



# PAUL DOHERTY

## LAS PUERTAS DEL INFIERNO



LOS MISTERIOS DE ALEJANDRO MA

3

Lectulandia

En el año 334 a. C., tras la batalla del Gránico (El Ateo), Alejandro Magno se ha marcado un nuevo objetivo militar: Éfeso; pero tanto él como sus rivales saben que antes deberá someter una ciudad de gran valor estratégico, Halicarnaso, un bastión prácticamente inexpugnable.

Sin embargo, no es esto lo único que preocupa al célebre general, pues los asesinatos que se están produciendo en su círculo más cercano demuestran a las claras que el enemigo ha logrado infiltrar a sus secuaces entre las filas de Alejandro, lo que a su vez puede poner en peligro cualquier operación militar. Doherty enfrenta al lector a uno de los episodios más sanguinarios, emocionantes y turbulentos de la historia de un militar incomparable y lo hace con un ritmo intenso y sin concesiones.

**Lectulandia**

Paul Doherty

# **Las puertas del infierno**

**Los misterios de Alejandro Magno - III**

ePub r1.0

pepitogrillo 09.02.16

Título original: *The Gates of Hell*  
Paul Doherty, 2003  
Traducción: Pere Muñoz Avellaneda

Editor digital: pepitogrillo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Sarah y Laura Murray,  
apreciadas alumnas del  
Trinity Catholic High School.

*Woodford Green, Essex*

«Μετα δε ταυτα του Αλεξανδρου  
φιλοτιμουμενου τω την ιδιαν.»

«Entonces Alejandro puso todo su empeño  
en mostrar su proeza a su padre».

Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*,  
Libro 17, capítulo 86

# EL MUNDO GRIEGO

## 334 a.C.



## Nota del autor

El sitio de Halicarnaso por parte de Alejandro a finales del verano del año 334 a. C. fue como se describe en esta novela. Algunos historiadores afirman que la ciudad cayó en días más que en semanas, y que la lucha en ambos bandos fue feroz y sanguinaria. Memnón, Efiartes y Orontobates eran astutos y maliciosos comandantes: realmente esperaban que Alejandro destrozase sus propios ejércitos contra las enormes murallas de Halicarnaso y que nunca se hiciese con la ciudad ni controlase su puerto de aguas profundas. Alejandro salió en caballo para inspeccionar las fortificaciones y tuvo que retirarse en seguida. Estaba convencido de que se haría con el puerto de Myndus, pero su plan fue astutamente frustrado. Al parecer, siguió buscando algún punto débil en las defensas de Halicarnaso, y de manera regular trasladó su maquinaria de asalto de un lado a otro. También tuvo que enfrentarse a las rápidas salidas de Memnón, que causaron considerables pérdidas en el ejército macedonio. La última gran lucha nocturna ante las murallas está gráficamente descrita en las fuentes primarias.

Cuando Alejandro forzó una entrada, se encontró que la ciudad había sido incendiada.

La relación de Alejandro con la reina Ada está aquí fielmente reflejada, así que dudo que él fuera el responsable del fuego que devastó la ciudad. Sospecho que todo empezó cuando los persas se retiraron a las ciudadelas del puerto. De hecho, la manera en que se llevó a cabo el asedio hasta el abrupto final, los repentinos ataques de Memnón, así como el incendio que empezó justo antes de que Alejandro entrara en la ciudad, son el origen de mi historia. Memnón y Efiartes sabían que no debían atacar a Alejandro a campo abierto, pero ambos violaron su propia regla sagrada en Halicarnaso y Efiartes pagó por ello con su vida. En diversas ocasiones, si no hubiese sido por la Vieja Guardia de Alejandro, la fuerza macedonia habría sido masacrada. La única explicación de la táctica de Memnón, la repentina caída de la ciudad y el consiguiente incendio, es que Alejandro tuviera algo parecido a una «quinta columna» en Halicarnaso que a Memnón y Efiartes les resultó imposible controlar. Tuvieron que enfrentarse al enemigo externo antes de que pudiesen resolver el problema del enemigo que tenían dentro. Según todas las teorías militares, Memnón y Efiartes nunca debieron haber abierto las puertas de Halicarnaso para lanzar un contraataque tan desesperado. La analogía moderna más adecuada sería una tripulación de un carro de combate que abandona el vehículo para combatir a pie con armas de mano: la única explicación para tal decisión sería que algo terrible hubiera pasado dentro del tanque. El sitio fue tan feroz como lo he descrito. Y la hazaña de los dos macedonios borrachos, que empezaron una batalla nocturna por una bravuconada bajo los efectos del alcohol, está fielmente narrada por Arriano y otros autores.

Las teorías médicas y los tratamientos mencionados en esta novela están basados



en extractos de las notas de Hipócrates de Cos, además de otras fuentes primarias. Es posible que los médicos griegos no hubiesen comprendido toda la complejidad del cuerpo humano, pero eran grandes observadores de su funcionamiento. Médicos como Telamón recorrían el mundo conocido adquiriendo conocimientos de diferentes fuentes: Telamón, de hecho, está basado en uno de los médicos de Alejandro, Filipo.

Por supuesto, el axioma político de que donde hay una lucha de poder la intriga florece, los espías y los asesinos se mueven de campamento en campamento y el uso de códigos y mensajes secretos prolifera está bien avalado por fuentes primarias. El método de la escitala está descrito en Tucídides, Plutarco y Jenofonte, mientras que Eneas el Táctico, en su *Sobre la defensa de lugares fortificados*, dedica todo un capítulo a la criptología. La disposición del alfabeto en un cuadrado, de cinco por cinco, es una de las bases para la criptología moderna. Sin embargo, es importante señalar que ese sistema de «tablero» se llama el Cuadrado de Polibio, después de que el escritor griego lo mencionase en el décimo capítulo de sus *Historias*.

Alejandro es una figura camaleónica. Era un consumado actor que engañaba deliberadamente tanto a su propia corte como al enemigo. Lo hizo en el Gránico, y de nuevo en su brillante asedio de Halicarnaso. Una de las grandes figuras de la historia para Hegel, Alejandro fue una estrella fugaz cuya vida y hazañas aún nos fascinan miles de años después de su muerte. Estuvo muy influenciado por sus padres: su relación filial puede describirse sucintamente como de amor y odio. Adoraba tanto a Filipo como a Olimpia, pero sus constantes peleas tuvieron efectos psicológicos en él. Durante la mayor parte de su vida, Alejandro intentó escapar de la sombra de su padre y de la perturbadora presencia de su madre. El intento de Filipo de casar al retrasado Arrideo, y la interposición de Alejandro en tal plan, están basados en hechos. Fue un asunto que provocó un violento altercado entre Filipo y Alejandro, y alimentó las ideas de Olimpia de deshacerse de su antiguo esposo.

Alejandro fue un griego que quiso ser persa, un hombre que creyó en la democracia pero que podía ser tan autócrata como cualquier emperador. Podía ser generoso en extremo, indulgente y compasivo, pero cuando le cambiaba el ánimo, podía golpear con una crueldad salvaje. La completa destrucción de Tebas y de los mercenarios de Memnón en el Gránico ilustra el lado más oscuro de Alejandro. En ocasiones podía ser infantil, confiado e inocente, y consideraba la vida como una gran aventura y los problemas militares como enigmas a resolver.

Alejandro fue un amigo y compañero leal. Una vez daba su palabra, la mantenía. Sentía pasión por la poesía y el drama, en particular por la *Ilíada* de Homero y, gracias a su tutor Aristóteles, un profundo interés por la naturaleza. Podía ser supersticioso hasta el punto de ser neurótico pero, como en Halicarnaso, podía mostrar un coraje sorprendente. Su genio como general y líder quizá no haya sido superado, pero también tenía una vena de autoparodia, e incluso humildad. Su afición a la bebida ha sido tema de mucho debate. Algunas autoridades, como Curcio Rufo, sostienen que fue un borracho dado a furias homicidas. Aristóbulo, su gran amigo,

citado por Arriano, afirma que las largas sesiones de bebida de Alejandro no se deben tanto a su afición al vino, sino a la camaradería con sus amigos. Alejandro fue ciertamente un consumado actor: se deleitaba engañando a propios y extraños, y a menudo utilizaba sus banquetes para transmitir cualquier mensaje que quisiese. Sufrió ataques de pánico, pero probablemente se debieran a los temores de la infancia, pues su valentía era sobrecogedora. Le encantaba burlarse de la gente, y a veces iba demasiado lejos, en concreto con Ptolomeo y Cleito. Fuese lo que fuese, Alejandro tenía sus defectos y fallos, ¡y el vino los hacía salir! Quizás eso explica la duradera fascinación que causa en nosotros; no sólo por sus grandes victorias y hazañas, sino por su personalidad, la cual, en ocasiones, podía resumir lo mejor y lo peor de la humanidad.

Paul C. Doherty

# Personajes históricos mencionados en el texto

## La Casa de Macedonia

---

FILIPO:	Rey de Macedonia hasta su asesinato en el año 336 a. C. Padre de Alejandro.
OLIMPIA DE MOLOSSUS (Nacida en Mirtale):	Esposa de Filipo, madre de Alejandro. Corregente de Macedonia durante la conquista de Persia por Alejandro.
ALEJANDRO:	Hijo de Filipo y Olimpia.
EURÍDICE:	Esposa de Filipo después de que él se divorciara de Olimpia. Era sobrina del general favorito del rey, Attalo. Eurídice, su bebé y Attalo fueron ejecutados después de la muerte de Filipo.
ARRIDEO:	Hijo de Filipo y una de sus concubinas, envenenado por Olimpia. Sobrevivió, pero discapacitado psíquico durante el resto de su vida.

## La corte de Macedonia

---

CLEITO EL NEGRO:	Hermano del ama de cría de Alejandro. Guardaespaldas personal de Alejandro.
HEFESTIÓN:	Compañero inseparable de Alejandro.
ARISTANDRO:	Nigromante de la corte y consejero de Alejandro.
ARISTÓTELES:	Tutor de Alejandro en los olivares de Mieza; filósofo

	griego.
SÓCRATES:	Filósofo ateniense. Acusado de «impiedad», fue obligado a beber veneno.
PAUSANIAS:	Asesino de Filipo de Macedonia.
DEMADES:	Ingeniero y creador de las torres de asalto macedonias.

### **Los generales de Alejandro**

---

PARMENIO:	
PTOLOMEO:	
SELEUCO:	
AMINTAS:	
ANTÍPATRO:	(nombrado corregente en Macedonia).
NEARCO:	
NICANOR:	

### **La corte de Persia**

---

DARÍO III:	Rey de Reyes.
MEMNÓN DE RODAS:	Un mercenario griego al servicio de Persia, uno de los pocos generales que derrotó a las tropas macedonias.
ORONTOBATES:	Gobernador de Halicarnaso
EFIALTES:	Renegado griego: general de mercenarios pagado por Persia.
CIRO Y JERJES:	Antiguos grandes emperadores persas.

## Los escritores

---

ESQUILO, ARISTÓFANES, EURÍPIDES Y SÓFOCLES:	Dramaturgos griegos.
HOMERO:	Celeberrimo autor de la <i>Ilíada</i> y la <i>Odisea</i> .
DEMÓSTENES:	Demagogo griego, ardiente opositor de Alejandro.
HIPÓCRATES DE COS:	Médico y escritor griego, considerado el padre de la medicina.

## La mitología griega

---

ZEUS:	Dios supremo.
HERA:	Su esposa.
APOLO:	Dios del Sol.
ARTEMISA:	Diosa de la Caza.
ATENEA:	Diosa de la Guerra.
HÉRCULES:	Semidiós. Uno de los famosos antepasados de Alejandro.
ESCULAPIO:	Semidiós. Un gran sanador.
EDIPO:	Trágico héroe y rey de Tebas.
DIONISIO:	Dios del vino.
ENYALIOS:	Antiguo dios de la Guerra macedonio.

## La guerra de Troya

---

PRÍAMO:	Rey de Troya.
HÉCTOR:	Hijo de Príamo y gran general

troyano.

PARIS:	Hermano de Héctor que provocó la guerra de Troya al secuestrar a la bella Helena.
AGAMENÓN:	Líder de los griegos en la guerra de Troya.
AQUILES:	Héroe griego y guerrero en la guerra de Troya que mató a Héctor. Murió al ser alcanzado por una flecha disparada por París. Alejandro lo consideraba un antepasado directo.
PATROCLO:	Amante de Aquiles; su muerte en la guerra de Troya causó la furia asesina de Aquiles.

#### **La corte de Halicarnaso**

---

MAUSOLO:	Antiguo gobernante de Halicarnaso.
PIXODARO:	Antiguo príncipe de Halicarnaso.
ADA:	Reina legítima de Halicarnaso, enviada al exilio por Pixodaro.

## Prefacio

**E**n el año 336 a. C., Filipo de Macedonia murió súbitamente en su momento de mayor gloria, asesinado por un antiguo amante cuando iba a ser aclamado por los Estados clientes. Grecia y Persia se complacieron con ello; había que frenar la creciente supremacía de Macedonia. El dedo de la sospecha por el asesinato de Filipo señaló directamente a su artera esposa (Olimpia, la Reina Bruja) y a su único hijo, el joven Alejandro, a quien Demóstenes de Atenas despreció por «mocoso». Los enemigos de Macedonia se ilusionaban con la perspectiva de una guerra civil que destruiría al joven heredero y a su madre y acabaría con cualquier amenaza a los Estados griegos y con la expansión del imperio persa de Darío III. Alejandro no tardaría en desengañarlos a todos. Actor consumado, político astuto, despiadado guerrero y brillante general, en el plazo de dos años Alejandro aplastó toda oposición en su reino, venció a las tribus salvajes del norte y se autoproclamó capitán general de Grecia. Se convertiría en el líder de una nueva cruzada contra Persia, justo castigo por los ataques a los griegos de Ciro el Grande y sus sucesores un siglo antes.

Con la total destrucción de Tebas, el hogar de Edipo, Alejandro demostró que no toleraría ninguna oposición. Luego se volvió hacia el este. Asumió la misión de vengar las afrentas sufridas por Grecia. En secreto, Alejandro deseaba satisfacer sus ansias de conquista, de marchar hasta el fin del mundo, de demostrar que era más hombre que Filipo, de ganar el favor divino y, también, de confirmar la convicción transmitida por su madre: que su concepción se debía a la intervención divina.

En la primavera de 334 a. C. Alejandro reunió a su ejército en Sestos mientras, al otro lado del Helesponto, Darío III, su siniestro jefe de espías Mitra y sus generales planeaban la destrucción total de aquel advenedizo macedonio. Alejandro, sin embargo, estaba dispuesto a una guerra definitiva. Se adentró en Asia y destruyó al ejército persa en la batalla del Gránico. Marchó hacia el sur, capturando ciudades estratégicas como Efeso, pero el gran premio era Halicarnaso, una creciente ciudad con un amplio puerto sobre el Egeo.

Alejandro quería tomar Halicarnaso, no sólo por su importancia estratégica y para demostrar su habilidad como el gran sitiador de ciudades: Halicarnaso también tenía un vínculo con su oscuro pasado, en particular con la tormentosa relación con su difunto padre Filipo. Los enemigos de Alejandro sabían que Halicarnaso atraería al Macedonio, y esperaban que destruyera sus ejércitos contra sus formidables fortificaciones. Los tres comandantes locales, el antiguo enemigo de Alejandro, Memnón de Rodas, junto con el persa Orontobates y el renegado griego Efiates, creían que en aquella ocasión serían capaces de atrapar al Lobo Macedonio y desbaratar sus sueños de conquista. Halicarnaso estaba fortificada, la trampa preparada, y Alejandro condujo a sus tropas hacia una de las más dramáticas confrontaciones de la historia antigua...

*Nota:* El código secreto utilizado aquí es el de Polibio, descrito en el capítulo x de sus *Historias* (véase la nota del autor).



## Prólogo

«Memnón ya había sido nombrado por Darío gobernador de Asia Menor y comandante de toda la flota».

Arriano, *Las campañas de Alejandro*, Libro 1, capítulo 20.

**E**l camino desde Mylasa hasta Halicarnaso había sido despejado para el paso del Más Grande, el emisario personal de Darío, Rey de Reyes. El señor Mitra, el Guardián de los Secretos del Rey, un hombre que trabajaba en la sombra, había sido enviado por Darío desde Persépolis por un asunto de gran importancia. Encapuchado y vestido de negro, con el rostro cubierto por una máscara dorada, se apresuraba a cumplir con las órdenes de su señor. Rodeado por los Encapuchados, su guardia personal, se dirigía ruidosamente hacia la Triple Puerta, la enorme y cavernosa entrada al vasto puerto de Halicarnaso. Los hombres de la avanzada habían partido antes: iban vestidos de negro, con fajines violetas alrededor de la cintura, y los rostros medio cubiertos por máscaras plateadas que protegían sus bocas del polvo y ocultaban sus identidades. Todos llevaban alrededor de la muñeca una correa de cuero con el blasón de Darío, su sello personal. Recorrían el camino como los Ángeles de la Muerte. No tenían siquiera que levantar la voz: su mera presencia les abría paso. Los viajeros, temerosos de aquellos siniestros guerreros sobre sus oscuros caballos con arreos negros y plateados, se hacían rápidamente a un lado. Algunos incluso se postraban, apretando sus frentes contra el suelo y permaneciendo en silencio. Nadie osaba protestar, no en aquella peligrosa época. El Lobo Macedonio, Alejandro, había destrozado al ejército del Gran Rey en la sangrienta batalla del Gránico, y se había dirigido hacia el suroeste, donde había capturado las grandes ciudades de Efeso y Mileto.

Los viajeros, naturalmente, hablaban entre ellos en las posadas, tabernas y hospedajes que había en los múltiples oasis a lo largo de la calzada real. Decían que el León Persa iba a desafiar al Lobo Macedonio, pero tales palabras eran más producto del vino que de la estrategia militar. Los ejércitos de Alejandro avanzaban, barriendo toda la costa del mar Egeo, capturando un puerto tras otro con la misma facilidad que una joven doncella arranca manzanas maduras en un huerto repleto. Todos sospechaban lo que haría después Alejandro: los mercaderes eran hombres de paz y de negocios, pero no les quitaban el ojo de encima a los hombres de guerra.

Según se rumoreaba, Alejandro permanecía en las montañas del noroeste: estaba siendo entretenido por Ada, una mujer rolliza y de piel blanca, con el cabello teñido con alheña, que había sido reina de Caria y gobernante de su ciudad principal, Halicarnaso. Sin embargo, había sido derrocada por sus propios parientes, Pixodaro y el sátrapa persa Orontobates, y obligada a exiliarse en un lugar montañoso y atestado de búhos, en una mera sombra de su pasada gloria. Alejandro, aquel lobo astuto, se

había puesto a cortejarla, o eso afirmaban los mercaderes. Se había presentado ante la pequeña corte de la reina Ada, había besado sus enjorjados dedos y había prometido devolverla a su legítimo trono. Ada había pestañeado sus ojos pintados de antimonio, y le había lanzado una mirada coqueta a aquel conquistador de cabellos dorados que aún no había cumplido los veinticinco años y avanzaba como una fiera saeta hacia el corazón del imperio de Darío.

Oh sí, los mercaderes conocían bien la historia. Ada había farfullado y reído tontamente antes de hacer su más sorprendente anuncio: Alejandro era su hijo adoptivo, el que la vengaría y expulsaría a sus enemigos del antiguo reino de Caria. Alejandro, por supuesto, había aceptado su papel. La noticia se difundió con rapidez. Ada podía parecer rolliza e insulsa, pero su rechoncho y maquillado rostro era sólo la máscara de un ingenio tan afilado como el cuchillo de un carnicero. La reina y Alejandro comenzaron a intercambiar mensajes afectuosos en su nueva relación. Ella le enviaba carnes y exquisiteces a diario, incluso le ofrecía cocineros y panaderos, maestros en su oficio. Puede que Alejandro se estuviera riendo de ella, pero en tal caso sabía disimularlo muy bien. Rechazaba sus exquisiteces y en una ocasión le devolvió los cocineros, añadiendo educadamente en su carta que no los necesitaba, porque la mejor preparación para el desayuno era una noche de marcha y para el almuerzo un sencillo desayuno. La respuesta había deleitado a Ada. Alejandro fue fiel a su palabra y atacó inmediatamente al sur, apuntando como el rayo de Zeus hacia la gran fortaleza de Halicarnaso. No era de extrañar que Darío se preocupara y el señor Mitra y su cortejo marcharan a toda prisa bajo cielos resplandecientes hacia las imponentes murallas y las fortificadas almenas de la ciudad. Los mercaderes tomaron sus propias decisiones. Venderían sus productos y se irían tan rápido como pudiesen, antes de que el Macedonio llegase y cercase Halicarnaso con una banda de acero.

Mitra, al pasar junto a aquellos mercaderes, les miró malévolamente por las rendijas de la máscara. Su cabeza calva y sus mejillas estaban empapadas de sudor; los muslos y piernas le dolían como consecuencia del impetuoso viaje, pero, incluso en aquel precipitado periplo, había interpretado las señales. La gente estaba huyendo, abandonando sus granjas y aldeas, subiendo hacia las montañas a esperar hasta que los hombres de guerra hubiesen pasado a la historia. Los mercaderes estaban cargando sus carros, mascullando excusas y yendo tierra adentro. Hasta cierto punto, a Mitra le alegraba aquello; al parecer algunos desconfiaban del Macedonio y estaban esperando a ver cómo se desarrollaban las cosas antes de decidir a qué bando apoyar. Mitra alzó su matamoscas y lo agitó ligeramente a su alrededor, apartando la miríada de insectos que había plagado su viaje. El capitán de su escolta aminoró la marcha. Unos cuantos hombres de la avanzada galoparon de vuelta; todo estaba a salvo mientras el camino por delante estuviese despejado. Habían abrevado sus caballos hacía apenas una hora, y Mitra esperaba estar a la sombra de Halicarnaso antes de que todo el calor del sol de mediodía se hiciese sentir. Le habría encantado sacarse la capucha, quitarse la máscara y mojarse la cara, pero su sombrío disfraz valía más que

un centenar de mercenarios escitas.

—Conducid a los hombres con amor —le había susurrado a su amo Darío—, si podéis, y si no, con terror. Es una desgracia, mi señor, que la mayoría de los hombres deban ser gobernados sembrando el terror.

Mitra sonrió irónicamente con su propio lema. El terror no derrotaría a Alejandro de Macedonia, ni a su falange con sus largas sarisas, disciplina de hierro y brillantes estratagemas militares. Por eso Darío y Mitra necesitaban a alguien más.

—Mi señor —el capitán de la guardia acercó su caballo, quitándose la máscara—. Los caballos están lo suficientemente fuertes. Halicarnaso sólo está a tres kilómetros.

Mitra levantó su matamoscas. El capitán gritó una orden, la escolta salió trotando y luego se puso a galopar frenéticamente. Los jinetes de negro se alejaron retumbando por el largo y blanco camino polvoriento. A los lados, el exuberante paisaje, con sus frondosos bosquecillos, campos y prados verdes de flores salvajes multicolores, daba paso a un terreno más duro y seco. Mitra se dio cuenta de ello, y sonrió complacido. Allí era donde Alejandro establecería su campamento, donde levantaría sus torres de asalto. ¿Y qué sombra encontraría? ¿Qué árboles, fuentes y pozos? Si acampaba allí, pensó Mitra, se quemaría bajo el sol abrasador. Oyó unos gritos a lo lejos y alzó la vista. Las murallas de Halicarnaso aparecieron: sus monumentales ciudadelas, sus estrechas ventanas, sus almenas y, dominándolas a todas ellas, la enorme torre fortificada que anunciaba la llegada a la Triple Puerta. Ésta estaba abierta, con sus guardias mercenarios griegos firmes delante de la muralla, alzando sus lanzas en señal de saludo. Mitra y su escolta entraron ruidosamente en el gran recinto fortificado más allá de las murallas, donde la guarnición tenía sus barracones y caballos de reserva. Allí se detuvieron los escoltas. Mitra se puso al frente: se abrió una puerta tachonada de hierro y pasaron a la ciudad propiamente dicha.

Los oficiales se les acercaron para escoltarles hasta el palacio del gobernador. Mitra miró a su alrededor. Memnón, el comandante en jefe de Darío, había estado ocupado. Ya se habían demolido algunas casas y recogido los escombros, mientras que las calles estaban repletas de carros cargados de municiones, catapultas y torres de asalto. Todo aquello se llevaría al campo de batalla y se montaría con rapidez. Los soldados estaban siendo entrenados, se estaban cavando nuevas letrinas, y abriendo nuevos manantiales. Mitra asintió en señal de aprobación. Memnón conocía su oficio, luchar y matar. Si Alejandro llegaba hasta allí, era muy probable que cayese en la trampa. La escolta de Mitra atrajo muchas miradas, pero todos habían sido advertidos de antemano y nadie les observaba. Bajaban sus cabezas o se daban la vuelta. El emisario del Rey de Reyes, su Guardián de los Secretos, no debía mirarse como a una feria ambulante o una compañía de actores.

Atravesaron los barrios de la ciudad, avanzando por anchas avenidas bordeadas de cipreses y plátanos y estrechos callejones entre casas pintadas de blanco. Pasaron por delante de pequeños templos con sus pórticos y columnatas, y cruzaron

concurridos y ruidosos mercados. El ambiente era agri dulce, una mezcla del olor de la fruta y la carne, perfumes y el aroma embriagador del aceite de oliva. Mitra estudió todo con detenimiento. Las plazas del mercado eran el alma de cualquier ciudad, y en Halicarnaso la actividad parecía la misma de siempre. No se sentía pánico ni histeria en el ambiente. ¿Aquello era bueno o malo? ¿Confiaban los ciudadanos de Halicarnaso en que, pasase lo que pasase, sobrevivirían? Desde que había llegado a Abydos, unos cinco meses antes, Alejandro no había saqueado ninguna ciudad. En lugar de ello, había reestablecido el gobierno griego, permitiendo a los demócratas hacerse con el poder. Mitra apretó los dientes. ¿Es que los vendedores de vino y los tenderos, los comerciantes de pieles y de perfumes de Halicarnaso se daban cuenta de aquello? ¿De que si Alejandro era derrotado, la vida seguiría igual, mientras que si ganaba, las cosas podrían incluso mejorar? Mitra tiró fuertemente de las riendas, y su caballo relinchó, echando la cabeza hacia atrás.

—La ciudad es próspera —susurró el capitán—. No escasea la comida ni el agua.

Mitra no le prestó atención. Ya estaban subiendo por una pequeña colina en dirección al palacio; la atención de Mitra se centró en el gran mausoleo, el monumento funeral de Mausolo, antiguo gobernante de aquella ciudad, hermano de la exiliada reina Ada. Mitra estaba fascinado por el impresionante esplendor de aquel magnífico homenaje. Se alzaba al menos unos cincuenta metros hacia el cielo, una delicia artesanal de mármol, oro y plata. Sobre la base había una estructura en forma de templo, nueve pilares en cada lado, un cuadrado perfecto, y encima, una pirámide de veinticuatro escalones coronada por una enorme talla de mármol de un carro y cuatro caballos.

—Una gran maravilla —susurró el capitán.

En esta ocasión Mitra asintió. Halicarnaso había sido en otro tiempo la capital del reino independiente de Caria y Mausolo fue su último gran gobernante. A Darío le habría encantado destruir aquel monumento como si se tratara de una afrenta a su propia majestad, pero Mitra y los otros magos le habían pedido cautela. El Guardián de los Secretos del Rey entrecerró los ojos. Quizá, si ocurría un milagro y Alejandro lograba irrumpir en la ciudad, podrían darse órdenes secretas para la destrucción del mausoleo. Pero ¿cómo quemar mármol y oro?

—Señor, ya casi hemos llegado.

La amplia avenida era ya más silenciosa. Ante ellos resplandecían las blancas murallas del palacio del gobernador, con las puertas abiertas. Una guardia de hoplitas, con armadura completa, se mezclaba con los espléndidos atavíos de los Inmortales persas, el núcleo del ejército de Darío. Juntos formaron una guardia de honor. Los persas apoyaron una rodilla en el suelo y los griegos se sacaron sus yelmos emplumados y permanecieron con las cabezas agachadas. Mitra, mirando hacia delante, entró en la verdosa y agradable frescura de los jardines del palacio, y subió por caminos empedrados hasta un pequeño patio. Los mozos de cuadra acudieron corriendo. Uno cayó de bruces detrás del caballo de Mitra. El Guardián de los

Secretos del Rey lo utilizó para desmontar. Otros sirvientes llegaron con copas de vino enfriado con sorbetes, ramos de flores y cuencos de frutas. Mitra no hizo caso a las flores; se quitó la máscara, agarró la fría copa y se la puso en la mejilla. Vertió una pequeña libación en el suelo y se la ofreció a su capitán, que probó un poco del vino y se la devolvió. Sólo entonces Mitra bebió, despacio, humedeciéndose los labios, limpiándose la boca y la garganta. Miró hacia las sombras proyectadas por las columnas del pórtico: un hombre vestido con una túnica blanca y con los brazos colgando a los lados esperaba en la entrada. Mitra se abrió camino se quitó la capucha. Su anfitrión, calvo y de facciones marcadas, se le acercó con una mano extendida. Mitra la estrechó.

—Memnón de Rodas —susurró Mitra—. Nuestro amo, el Rey de Reyes, envía sus saludos y una muestra de reconocimiento.

La oscura y dura mirada del mercenario griego no reveló ninguna emoción.

—¿Cómo están mi esposa Barsina y mis hijos?

—Están cerca del corazón del gran rey. Los trata como a su propia familia.

Memnón se permitió una ligera sonrisa.

—Mi señor, los demás están esperando.

—¿Y el prisionero? —preguntó Mitra—. ¿El espía?

—Se está muriendo.

—Entonces debemos ir a verle primero.

Memnón se encogió de hombros y atravesó el pórtico. Mitra y dos de sus escoltas le siguieron. Cruzaron un patio empedrado hasta un cobertizo donde se almacenaba vino y aceite. El aire era limpio, aunque Mitra notó algo más: fuego, sangre y carne quemada. Memnón fue hasta el fondo de la estancia y golpeó la pesada puerta de roble, que se abrió de inmediato. Unos guardias con armadura de cuero flanqueaban el pasillo débilmente iluminado que atravesaba diferentes despensas. Se adentraron aún más en la oscuridad. El aire se volvió frío y viciado. Pasaron junto a celdas y calabozos: se cruzaron con miradas detrás de las pequeñas rejas en la parte alta de las puertas. Doblaron una esquina, y Mitra se cubrió la cara y la nariz debido al desagradable hedor. El pasadizo desembocaba en una pequeña sala circular con un techo abovedado de piedra. Las paredes estaban húmedas y mohosas; brillaban bajo la luz de las lámparas de aceite colocadas en nichos, y había un fuerte resplandor que provenía de un gran brasero ubicado en el centro. Se veían figuras, oscuras como sombras, moviéndose por todas partes, hombres vestidos con gorras de cuero y mandiles. A un lado había una mesa, en la que se encontraban los crueles instrumentos de tortura: tenazas y hierros de marcar en medio de charcos de sangre. Un hombre, encadenado, colgaba de un pequeño aparato, con su cuerpo desnudo inmóvil, cabizbajo; el pelo negro, enmarañado y con sudor y sangre, le tapaba la cara. Memnón, con la delicadeza de una madre con su hijo, se acercó y le levantó ligeramente la cabeza. El rostro del prisionero estaba manchado con sangre seca. Le faltaba un ojo, no quedaba más que una visible cuenca; el otro ojo estaba medio

cerrado; tenía la nariz rota y hundida, no era más que carne ensangrentada. La sangre seca le surcaba el bigote y la barba.

—¡Trae una antorcha, Cerbero!

El carcelero principal cogió una antorcha de la pared y fue hacia él.

—¿Cerbero? —preguntó Mitra.

—El carcelero principal de Halicarnaso —explicó Memnón—. Experto en tortura.

—¿Cómo de experto? —exigió Mitra—. ¿Ha hablado el prisionero? —Se quedó mirando al carcelero, un hombre rechoncho y bajo, con cara de feo mastín y calvo, aparte de unos mechones de pelo que tenía sobre cada oreja.

—Ya no podrá hablar más —respondió el carcelero, devolviéndole insolentemente la mirada.

A Mitra le habría gustado azotarle en esas mofletudas y sudorosas mejillas *con* el matamoscas, pero reprimió su ira.

—¿Se está muriendo?

Cerbero se resistía a dejarse intimidar.

—Tenía mis órdenes, señor: hacer que el hombre hablara, y eso ha hecho, durante un rato.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó Mitra—. ¿Cómo se llama? ¿Qué ha dicho?

—No ha dicho ningún nombre, pero se ha identificado como el rapsoda de Efeso.

—¿Y qué ha cantado?

—Que no es un rapsoda de Efeso —contestó el carcelero descaradamente.

Mitra levantó su matamoscas y le dio unos ligeros toques junto al cuello. Los ojos de Cerbero, casi cubiertos por capas de grasa, se movieron hacia Memnón.

—He hecho mi trabajo, señor.

—Así es, así es —asintió Memnón—. El hombre no es un rapsoda de Efeso —continuó—, sino uno de los compañeros de Alejandro: un mensajero, un espía.

—¿Y qué nos ha dicho?

—Que Alejandro viene en camino.

—Eso ya lo sé.

—Que está trayendo sus torres de asalto por mar.

—Eso ya lo sé.

—Que necesita encontrar un puerto cerca de Halicarnaso —Memnón se mostró irritado.

—Eso también lo sé —Mitra aguantó la mirada del carcelero y le presionó el cuello con su matamoscas cada vez con más fuerza.

—¡Díselo! —ordenó Memnón—. ¡Dile lo que sabes!

Cerbero dio un paso atrás.

—El Macedonio tiene el manuscrito pitio.

Mitra bajó el matamoscas.

—¿Y qué más? —Fulminó a Memnón con la mirada.

—¡El Macedonio tiene una legión de espías en la ciudad! —Memnón se calló

mientras el prisionero gemía.

—¿Ha dado nombres? —inquirió Mitra.

—Unos cuantos —respondió Cerbero—. Demócratas, artesanos, mercaderes. Todos ellos han sido apresados, la mayoría.

—¿Serán ejecutados? —preguntó Mitra.

—Ya lo han sido —le aseguró Memnón.

Mitra sentía que le hervía la sangre.

—A éste le falta un ojo y ha perdido la lengua —se acercó un poco más. Tras tirar el matamoscas hacia el carcelero, Mitra sacó su daga de debajo de la capa, levantó la cabeza del rapsoda de Efeso, y le cortó el cuello de oreja a oreja. El prisionero dio un grito ahogado y su cuerpo se estremeció haciendo sonar sus cadenas. Mitra se apartó, secó la sangre en el mandil de Cerbero y volvió a envainar el cuchillo. Agarró de nuevo el matamoscas y, girando sobre sus talones, abandonó la sala.

Fuera, en el patio, Mitra comenzó a caminar de un lado a otro, golpeando el matamoscas contra su bota de montar. Memnón permanecía quieto, con los brazos cruzados.

—¡Así que lo tienen! —protestó Mitra. Miró a Memnón directamente a los ojos. El mercenario griego estudió la cara cadavérica y esquelética de aquel cortesano tan siniestro. Unos ojos de párpados caídos brillaban en un rostro estrecho y arrugado, de nariz alargada y con una mera rendija como boca. La cabeza y la cara de Mitra estaban completamente afeitadas y empapadas de sudor, y su furia era evidente por lo rojas que se habían puesto sus hundidas mejillas.

—Puede que lo tengan —le aseguró Memnón—, pero ¿pueden comprenderlo?

Mitra suspiró. Alzó la vista hacia una de las cornisas del edificio. El escultor había tallado el emblema de la corte persa, la insignia de su dios Ahura-Mazda, el Ojo que Todo lo Ve, colocado sobre las alas de una águila dorada. Darío se preguntaba si su dios estaba con ellos, o si había dejado de proteger a Persia. ¿Se había retirado a las alturas del cielo y había permitido que el Dios de la Oscuridad, el Acusador, el Asesino, Ahirman, merodeara por su imperio para hacer de las suyas? Mitra se mordió el labio. En realidad, él no creía en ningún dios, ya fuese el grupo de deidades griegas y sus proezas sexuales o el oculto esplendor de la Llama Divina que ardía ante el templo de Ahura-Mazda en Persépolis. Alejandro no sería derrotado por la intervención de los dioses, sino por una astucia implacable y una ferocidad sangrienta.

—¡Nuestro señor envía sus saludos, Memnón de Rodas!

El mercenario se inclinó imperceptiblemente. Mitra hurgó en su bolsillo y extrajo un pergamino. Se lo entregó a Memnón, quien lo cogió con destreza.

—Ahora sois gobernador de Asia Menor —murmuró Mitra—, y comandante en jefe de todas las fuerzas persas sobre mar y tierra.

Memnón desenrolló el pergamino y le echó un vistazo, con los ojos brillantes de orgullo.

—El Rey de Reyes confía plenamente en vos —continuó Mitra—. Si se hubiesen seguido vuestros consejos, la batalla del Gránico no se habría llevado a cabo. Alejandro no habría conseguido la victoria. El Rey de Reyes ha confirmado vuestra ejecución del sátrapa que condujo sus ejércitos a semejante desgraciada derrota. No debe repetirse...

—No se repetirá, pero Alejandro tiene el manuscrito pitio —Memnón enrolló el pergamino y se lo ató al cordel de su cintura—. Los demás están esperando —declaró—. Tenemos cosas de las que hablar.

—¿Y el otro asunto?

—En la segunda hora después del mediodía —respondió Memnón—, yo mismo me reuniré con él.

Entraron en el palacio y atravesaron silenciosos pasillos flanqueados de guardias, con suelos de cedro pulido y un aire fragante debido al fuerte perfume de las cestas de flores. Llegaron hasta el final del palacio, orientado al este. La escolta de Mitra, que custodiaba la entrada, abrió las puertas de cedro y les dio paso al *andron*, la sala de los hombres, una larga estancia de techo bajo con triclinios y mesas, cuyas paredes carecían de ornamentos a excepción de un friso en el que se representaba a Apolo en su carro.

Los dos hombres que había allí se levantaron cuando Memnón y Mitra hicieron su entrada. El primero era Orontobates, gobernador de Halicarnaso. Iba vestido con una túnica de gloria sobre una túnica blanca, metida en un pantalón violeta con ribetes dorados, y unas botas mullidas en los pies; su cabello, graso y ensortijado, le caía hasta los hombros. Se había sacado su gorro redondo y cilíndrico con borlas de rango, y lo había dejado sobre una pequeña mesa delante de él. Pequeño y fornido, con la piel aceitunada y los conmovedores ojos de un medo, Orontobates tenía un ligero parecido a su pariente lejano Darío, Rey de Reyes: una semejanza que realzaba al mesarse constantemente la barba empapada de un costoso perfume. Mitra le mostró el blasón de Darío; Orontobates se arrodilló y lo besó, murmurando una plegaria para que su amo fuese siempre protegido por la Llama Sagrada. Se puso en pie e hizo un gesto hacia su compañero, el rubio y rubicundo Efialtes de Tebas. De nuevo se hicieron las presentaciones. Mitra quedó fascinado con Efialtes, un hombre alto y desgarbado, con una mirada azul penetrante y un extraño rubor en su rostro de guerrero. Al principio, Mitra atribuyó aquel rubor al vino, pero a Efialtes no le flaqueaban las piernas, tenía la mirada despierta y un tono de voz cortado. Como todos los griegos, hizo una reverencia de lo más mecánica, pero Memnón tosió ruidosamente, así que se arrodilló y besó el sello real. Se intercambiaron cumplidos, y entonces Memnón guió a cada uno a un triclinio. Los criados trajeron el oscuro vino de Caria, cestas de frutas, pan recién hecho y queso. A Mitra le sirvieron agua perfumada para que se lavase la cara y las manos. Lanzó la toalla a un paje, se quitó su túnica negra y la tiró al suelo, y se acomodó en el triclinio. Memnón estaba susurrando algo a Efialtes. Se calló, alzó su copa y brindó por Mitra.



—Así que el Macedonio se acerca —Mitra bebió un buen trago—. ¿Cuándo llegará?

—Ha estado visitando a aquella perra gorda en su fortaleza de las montañas —respondió Memnón—. Vendrá por los desfiladeros y avanzará por la costa hasta Halicarnaso.

—¿Cuáles son vuestros preparativos?

Memnón señaló los mapas que había amontonados junto a su mesa.

—Para tomar esta ciudad, Alejandro necesitará torres de asalto. Tendrá que traerlas por mar.

—Pero no tiene puertos —añadió Orontobates.

—Exacto —sonrió Memnón—. Tiene la opción de luchar por Myndus, al oeste, o por este puerto. Ambos están protegidos por la flota persa, así que tendrán que desembarcar sus torres de asalto en alguna parte y transportarlas en carro. Eso llevará tiempo y será costoso.

Memnón sacó las piernas del triclinio. Despejó su mesa y, utilizando trozos de pan, improvisó un mapa.

—Halicarnaso es una ciudad y un puerto. En la parte sur está protegida por el Egeo, controlado por la armada persa. Alejandro ha perdido su flota; sólo le quedan unos cuantos escuadrones. El resto de la ciudad —Memnón se encogió de hombros—, está protegido por las altas fortificaciones y el terreno rocoso. A su vez, las murallas están defendidas por torres y pequeños castillos.

—¿Son inexpugnables? —preguntó Mitra.

—Son lo suficientemente gruesas como para soportar el ataque más violento.

—¿Y qué más? —inquirió Mitra, cuyas palabras cortaban el perfumado aire como el azote de un látigo.

—Nuestros ingenieros ya están cavando una gran zanja alrededor de las murallas, de unos seis metros de ancho y tres de profundidad.

—¡Bien! ¡Bien! —murmuró Mitra—. ¿Y qué más?

—Habéis visto el terreno alrededor de la ciudad —explicó Memnón—. Es seco y agreste. Con muy poca hierba, y casi sin sombra. No hay manantiales ni pozos. Y eso se extiende unos ocho kilómetros por cada lado. La primera línea de Alejandro estará a casi dos kilómetros de las murallas de la ciudad, y su campamento aún más lejos —Memnón se encogió de hombros—. Cuanto más lejos, por supuesto, más fértil y arable es la tierra. Hay unas cuantas granjas y caseríos hacia el este. Seguramente Alejandro establecerá alguno de ellos como su cuartel general.

—Ya —Mitra sorbió el vino—. El Macedonio vendrá. No puede atacar por mar. La zanja, por no decir el terreno, impedirá a sus ingenieros minar las murallas. Tendrá dificultades para montar sus torres de asalto. Si lo consigue, tendrá pocos suministros. Su campamento estará expuesto a los elementos y el sol se está volviendo abrasador. Sí, estáis bien preparados.

—Si Alejandro apareciese ahora —le aseguró Memnón— podríamos cerrar las

puertas y dejarle morir de hambre.

—¡Ojalá ocurriese eso! —Efialtes se levantó de su triclinio, con sus azules ojos brillantes de entusiasmo.

—Si ocurriese eso —repitió Mitra—, general Efialtes, ¿creéis que os llevaríais la victoria?

—Sé que lo conseguiríamos —al tebano le resultaba difícil estarse quieto. Estaba sentado en el borde de su triclinio y se agachó hacia delante, apartándose un mechón de rubio cabello de la frente—. Decidle al Rey de Reyes que lucharemos a muerte.

—No tenéis elección —sonrió Mitra—. Sois de Tebas, general Efialtes. Alejandro quiere vuestra vida. Ha prometido que si caéis en sus manos, colgaréis de una cruz durante días.

—Y si lo atrapo yo —replicó Efialtes—, ¡le espera el mismo destino! Siento una profunda enemistad hacia Alejandro de Macedonia. Tebas fue destruida completamente —su tono de voz subió con la emoción—. Mi esposa, mi familia, mis parientes, todos fueron pasados a cuchillo —su mirada seguía fija—. No dudéis de mí, señor Mitra. He huido de mi país. He comido vuestro pan y vuestra sal y he aceptado vuestro oro. Voy vestido con vuestras sedas, llevo armaduras de vuestros pertrechos. Pero aunque me dejaseis afuera en taparrabos, ¡lucharía contra Alejandro de Macedonia!

—Puedo dar fe de ello —intervino Orontobates, con una voz sonora y refinada.

Mitra giró la cabeza. Orontobates no era lo que aparentaba. Hacía el papel de cortesano rechoncho y amante del lujo pero había visto su buen servicio contra los escitas; Orontobates era un general magnífico, un astuto estratega, y no rendiría su ciudad fácilmente. Mitra se volvió hacia Memnón y sonrió a medias.

—Estoy encantado —susurró—. Los tres son uno. El señor Darío estaba preocupado por esto.

—Somos uno —asintió Memnón; había permanecido recostado en su triclinio mirando pensativamente su copa de vino mientras los demás hablaban.

—Parecéis inquieto —Mitra insistió—. ¿Qué os preocupa?

Memnón alzó la vista hacia las oscuras vigas libanesas.

—He enviado a mi amada esposa y a mis hijos a la corte del Rey de Reyes. Como Efialtes, estoy en esto hasta la muerte. Soy Memnón de Rodas. Alejandro me llama renegado, traidor de la causa griega. Si caigo en sus manos, no pediré clemencia porque no habrá ninguna. Halicarnaso está bien fortificada. Tengo a los mejores mercenarios y a algunas de las brigadas de élite de Persia.

—¿Entonces? —añadió Mitra con irritación.

—Alejandro tiene un don. Parece haber sido tocado por la fortuna. Nada de lo que se propone fracasa.

—Ha tenido suerte —se burló Orontobates.

—¿Podéis pensar en una virtud mejor para un general? —replicó Memnón—. Vendrá hasta aquí sin hacer ruido con sus otros lobos para husmear nuestras

debilidades.

—¿Qué debilidades? —preguntó Orontobates.

—¡Tiene el manuscrito pitio!

A Orontobates casi se le cae la copa; Efialtes parecía perplejo.

—Explicádselo —señaló Mitra a Memnón—. Explicad a Efialtes lo que es.

—Hace años —Memnón bebió un sorbo de la copa—, Halicarnaso era la ciudad principal del reino de Caria, gobernado por Mausolo, cuya tumba podéis ver ahí fuera. Una de las grandes maravillas del mundo —añadió sarcásticamente—. Mausolo murió y pasó a la gloria. Estalló una guerra civil. La reina Ada, hermana de Mausolo, fue expulsada de Halicarnaso y buscó refugio en Alinde, en su fortaleza de las montañas. Mausolo era un gran constructor. Él y su otro hermano, Pixodaro, fortificaron la ciudad como la veis ahora: fuertes murallas, puertas reforzadas, ciudadelas, almenas... El responsable de todo eso fue un arquitecto, Pitias. Pitias era un genio, un matemático brillante, pero también era un hombre amargado. Sostenía que Pixodaro le había engañado quitándole cierto tesoro. El rey, por supuesto, desestimó las acusaciones. Pitias era un avaro. Pixodaro se enfureció por las constantes acusaciones y amenazó con requisar la fortuna de Pitias, de manera que el arquitecto la escondió en alguna parte, probablemente en la ciudad, y luego huyó. Antes de hacerlo, escribió un cifrado secreto.

—¿El manuscrito pitio?

—El mismo —asintió Memnón—. Está escrito en un código que nadie entiende. Según la leyenda, en su cifrado, Pitias reveló dónde había escondido su tesoro —hizo un gesto hacia Orontobates—. ¿Conocéis la historia?

—Así es —afirmó el gobernador persa con pesar—. Hemos tenido una buena cantidad de buscadores de tesoros cavando por todas partes.

—Y aún más importante —continuó Memnón— es que Pitias reveló un gran secreto. Afirmaba que una sección de la muralla de la ciudad era más frágil que el resto. Un fallo intrínseco, una terrible debilidad que cualquier sitiador de Halicarnaso podría aprovechar.

—¿Qué clase de debilidad? —preguntó Efialtes—. ¿Seguro que puede detectarse?

—Cuando asumí el gobierno —intervino Orontobates—, me tomé la leyenda en serio. Contraté a los mejores ingenieros y no pudieron encontrar fallos. Sin embargo, en su informe, insinuaron cuál podría ser el punto débil —cogió dos barras de incienso de la mesa y las puso en paralelo—. Efialtes, sois un general. ¿Habéis sitiado ciudades y supervisado la construcción de murallas fortificadas?

El tebano asintió.

—Ahora pensad —prosiguió Orontobates—. Cuando se construye una muralla, primero hay que cavar hondo para poner los cimientos —juntó las dos barras de incienso—. Estos cimientos, con el suelo a cada lado, forman una estructura en la que puede construirse un muro, ¿verdad?

—¡Ah! —exclamó Efialtes—. ¿Y sospecháis que...?

—En una sección de las murallas —continuó Memnón—, podría ser que los cimientos fueran débiles, el terreno inestable y la estructura sobre la que se aguanta la piedra no tan segura como en el resto de la fortificación.

Mitra escuchaba atentamente. Los grandes escribas del rey habían estudiado aquel manuscrito con poco éxito. Darío lo había descartado calificándolo de tontería infantil; pero Mitra discrepaba. El manuscrito pitio era la razón de su visita a Halicarnaso.

—¡Continuad! —Mitra volvió a llenarse la copa.

—Pitias escribió su mensaje en un cifrado —Orontobates extendió las manos—. En un trozo de papel de vitela, de no más de treinta centímetros, y se lo envió a la reina Ada. Según se rumorea, Ada contrató a las mentes más agudas, a los mejores matemáticos, para ver si el código podía descifrarse; aunque resultó inútil —Orontobates se inclinó hacia delante y cogió su copa—. El manuscrito fue descartado, y nadie le prestó más atención. La reina Ada se escondió en su fortaleza de las montañas, entre amenazas y quejas. Los años pasaron. El manuscrito pitio no representaba ningún peligro hasta ahora. Alejandro de Macedonia se ha arrimado a la reina Ada, la llama «dulce madre», y ella le corresponde proclamándole su querido hijo adoptivo.

—¿Y le ha entregado el manuscrito pitio?

—Sí —respondió Memnón—. Ada, la rechoncha furcia, ha proclamado a Alejandro su hijo y heredero. Le ha entregado el manuscrito y el secreto que contiene.

—¿Entonces existe? —insistió Efialtes.

—Claro que existe —asintió Memnón—. ¡Orontobates, mostrádselo!

El persa se levantó y caminó hasta una mesa auxiliar. Abrió el cofre con incrustaciones de marfil que había encima, y sacó dos rollos de pergamino. Entregó uno a Efialtes y otro a Mitra. El Guardián de los Secretos del Rey lo desplegó.

—¿Es una buena copia? —preguntó.

—Pagamos oro y plata —respondió Orontobates—. Tenemos espías en la corte de la reina Ada así como ellos los tienen en Halicarnaso. La copia fue hecha hace dos meses y luego nos fue traída.

Mitra alzó la mano para pedir silencio; se quedó mirando el manuscrito, una copia del cual también se hallaba en los archivos de Persépolis. La escritura era clara y definida: todo lo que podía ver eran números que incluían la figura de un cuadrado. La primera línea era así:

45: 64: 54: 33: 34: 11: 53: 11: 52: 23: 33: 34: 54: M: 23: 54: 54: 44

—Mis escribas han estado muy ocupados —continuó Orontobates—. Han intentado una y otra vez descifrar el código. Les he ofrecido una recompensa más allá de su imaginación, pero no han podido interpretarlo.

Los escribas de Mitra en Persépolis habían tenido el mismo éxito; enrolló el pergamino y se lo puso en la escarcela del cinturón.

—Pero si no podemos descifrarlo —preguntó—, ¿por qué iba a hacerlo el Macedonio? Nuestros escribas son expertos. ¿Qué posee Alejandro que nosotros no tengamos?

—Suerte —bramó Memnón—. Buena fortuna.

—¡Tonterías!

Mitra acabó su copa y la dejó de golpe sobre la mesa. Se recostó en su triclinio. El vino empezaba a hacer su efecto: los músculos de las piernas ya no estaban agarrotados, se sentía adormilado, le pesaban los ojos. La mano de Mitra se posó en la daga de su cinturón, un gesto habitual cuando se sentía preocupado o inquieto.

—¿Y el rapsoda de Efeso? —susurró—. ¿Sabía algo del contenido del manuscrito pitio?

—No —respondió Memnón—. Sólo de su existencia y que está en poder de Alejandro.

—Ya —Mitra ordenó sus ideas—. Alejandro se dará cuenta de que las murallas son demasiado duras para poder derribarlas. Tiene el manuscrito pitio, lo cual podría darle alguna ventaja. ¿Qué más?

—Tiene simpatizantes en la ciudad.

—¿Y qué más?

—Sus torres de asalto son muy buenas.

Mitra se incorporó en el triclinio.

—De los espías en la ciudad podemos encargarnos. ¿Qué ventajas secretas tenéis?

—Poseemos una copia del manuscrito pitio —declaró Memnón—. Y una oferta de ayuda.

Se puso en pie y caminó hasta el reloj de agua del rincón. Bajó la mirada: el agua había caído por debajo de la mitad del vaso.

—¿Y vais a reuniros con ese traidor? —preguntó Mitra—. ¿Sabéis quién es?

—Mi señor —Memnón se puso a reír y negó con la cabeza—, fuera de este palacio hay hombres que conseguirían nuestras cabezas por un puñado de oro. En el campamento de Alejandro hay hombres que nos darían la suya incluso por menos. Nosotros tenemos espías y traidores, ellos tienen espías y traidores. Sólo es cuestión de quién golpea primero y más rápido.

—¿Y habéis tenido un primer contacto con él? —quiso saber Mitra.

—Oh sí, hemos intercambiado algunas palabras.

—¿Y por qué no arrestarle? ¿Traerle aquí? ¿Torturarlo?

—¿Y ahuyentar a cualquier otro que ofrezca su ayuda? —Memnón sonrió—. Mi señor, esperaba algo más de vos.

—¿Dónde nos reuniremos con él?

Memnón miró por la ventana hacia las vides que había al otro lado de los fragantes parterres. A pesar del poderío de aquella ciudad, Memnón se sentía

vulnerable, inquieto, no sólo por él mismo, sino por su querida esposa Barsina y sus hijos. En ocasiones, cuando yacía en el catre de su austera cámara, Memnón se preguntaba si había hecho la elección correcta. Los demonios le asaltaban, la tentación era casi tangible. ¿Debía quedarse al servicio de Persia? ¿Por qué no huir y ofrecer su espada a Alejandro de Macedonia? ¿Hacer las paces? ¿Era porque el señor Mitra estaba allí? ¿Empezaban sus dudas a delatarle ante los demás? ¿Era porque el Rey de Reyes había pedido, siempre de manera tan delicada y amable, que la esposa de Memnón y su familia fuesen enviados a la corte persa? ¿Y ese espía con el que iba a encontrarse en la vinería del barrio de los tenderos? ¿Era un auténtico espía? ¿O se trataba de un asesino?

—¡Mi señor!

El áspero tono de la voz de Mitra sacó a Memnón de su ensoñación. El rodiano volvió en sí.

—No nos reuniremos con él —anunció.

—¿Qué? —Mitra frunció el ceño.

—Que no nos reuniremos con él —repitió Memnón—. He dado mi palabra. Iré yo solo, armado únicamente con una espada —hizo un gesto hacia Orontobates—. Ninguno de vuestros Secretos, ni guardias, ni soldados.

—¿Cómo sabéis que no es un impostor? —Mitra estaba sentado en el borde del triclinio.

—Porque habló del manuscrito pitio, porque dijo que podía confiar en la palabra de Memnón de Rodas —Memnón caminó hacia la puerta—. Señores, no tardaré mucho, ¡y no deben seguirme!

Memnón salió de la sala y se dirigió a sus aposentos. Cogió su capa militar y se la puso sobre los hombros. Estaba en la puerta cuando advirtió que le faltaba algo, dio media vuelta, cogió la espada del colgador de la pared y se la ató a la cintura. También cogió una pequeña daga de un cofre y se la puso en un bolsillo dentro de la capa. Se quitó los anillos de los dedos y el brazalete de su muñeca izquierda, se puso la capucha y salió furtivamente de los terrenos del palacio. Atravesó las puertas, después de mostrar su pase y se detuvo por un momento, al final de una escalinata en ruinas que llevaba a un templo del dios del mar, Poseidón. Se volvió y vislumbró al mendigo que arrastraba los pies detrás de él. Iba cubierto por una sucia capa, con un robusto bastón de fresno en una mano y una pequeña bolsa de cuero en la otra. Memnón sonrió y continuó andando. No dejaría todo al azar: el mendigo era en realidad uno de sus lugartenientes, que, por si acaso, permanecería a una cierta distancia.

—En esta vida —susurró el rodiano para sí—, no se puede confiar en la palabra de nadie.

Una vez se alejó del palacio, Memnón apretó el paso, empujando y abriéndose camino entre la multitud. Después de la sutil intriga del *andron*, la luz del sol y el ruidoso tumulto del mercado eran reconfortantes. A los cocineros les iba bien en su

negocio, el aire olía a carne de gacela y a pescado asado. El mendigo aún estaba a la vista. Su misión era proteger la espalda de Memnón y asegurarse de que su señor no era seguido. Memnón había ido demasiado deprisa, de manera que mató el tiempo fingiendo escuchar a un cuentacuentos que afirmaba haber visitado las altas nieves del norte: narraba cómo había sido capturado por una tribu de dorados cabellos y ojos tan verdes como esmeraldas que montaba caballos alados y cazaba grifos y enormes dragones. Memnón se quedó mirando la astuta cara del hombre y por un momento se preguntó si sería un espía, uno de los muchos que Alejandro debía de haber enviado a la ciudad para sembrar la discordia. El rodiano siguió caminando. No notó nada raro: ni compras desafortunadas, ni histeria disimulada ni aquel horrible temor que se esparce por una ciudad que se prepara para ser asediada.

Se preguntaba si él y Alejandro no eran como actores sobre un escenario, y si a aquella gente en realidad no le importaba quién iba y venía. Se detuvo y alzó la vista hacia el gran mausoleo. Sonrió forzosamente. Lo que nadie sabía, ni siquiera Orontobates, es que en la comisión encabezada por el señor Mitra, Darío había decretado que si la ciudad caía y Memnón debía retirarse, se prendería fuego a todo. Una joven bailarina, con pequeños cascabeles cosidos en sus ropas, se le acercó, chasqueando sus castañuelas y moviéndose sinuosamente para captar su atención. Memnón la apartó y siguió caminando. Llegó al barrio de los tenderos y encontró la calle de la estaquilla, un estrechísimo callejón con tiendas viejas y casas a cada lado, con la basura apilada en montones. Entró en la lúgubre vinería.

—¿Está aquí el visitante de Corinto? —preguntó, dando la contraseña preestablecida.

—Así es, y espera arriba —respondió el rechoncho posadero.

Memnón atravesó la sala, subió por una escalera gastada y abrió la puerta. La habitación estaba oscura y olía a humedad, no había muebles, sólo una lámpara de aceite brillaba en medio del suelo. Un rayo de luz en el rincón opuesto permitía intuir que había una salida a una escalera exterior.

—Cerrad la puerta.

La voz resonó roncamente en la penumbra. Memnón entrecerró los ojos. Pudo distinguir una silueta apoyada en la pared de enfrente. Saltó al notar que algo duro se aplastaba contra el revoque a sus espaldas, y su mano fue directa al mango de la espada.

—¡No hagáis eso, Memnón de Rodas! No deseo haceros daño, pero debo tener cuidado. Vuestros ojos todavía no están acostumbrados a la oscuridad. Hablaremos y me iré. ¡Cerrad la puerta! ¡Sentaos!

Memnón lo hizo. Miró a través de la oscura habitación; la pequeña ventana estaba completamente tapada y la lámpara de aceite estaba colocada más para crear sombras que para iluminar.

—¿Estoy perdiendo el tiempo? —preguntó Memnón con severidad.

—Sabéis que no —la voz hablaba en voz alta. Memnón se preguntó si era una

mujer—. Sabéis que no.

El tono cambió de nuevo: esta vez tenía un marcado acento griego, como si el hombre estuviese hablando en koiné, el dialecto comercial de los puertos, y luego, como si imitara a Memnón, se puso a hablar en ático.

—¿Está mi señor Mitra de buen humor? Le he visto llegar —el hablante no esperó una respuesta, y su voz se volvió culta—. «Las palabras son una medicina para el alma que sufre», Memnón.

—Mi alma no sufre —respondió Memnón rápidamente, reconociendo la cita de Esquilo—. Sin embargo, —ahora él citaba del mismo autor teatral, un verso de la obra *Agamenón*— «Zeus ha ordenado que la sabiduría venga a través del sufrimiento».

Su respuesta fue acogida con unas risotadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Memnón—. «¡Renuncio a tu amistad porque lo mismo soplas con la boca lo que está frío que lo que está caliente!».

—¡Ah, buena cita! —respondió la sombra—. De las *Fábulas* de Esopo, ¿verdad? ¿De «El hombre y el sátiro»? Bueno, os daré otra del mismo autor, de su maravillosa historia sobre Hércules y el boyero: «No invoques a los dioses si no hay esfuerzo de tu parte». ¿Habrá esfuerzo por vuestra parte, Memnón de Rodas?, —de nuevo cambió la voz.

Memnón se preguntaba si no estaba tratando con un actor. Miró a través de la habitación: ahora podía distinguir más detalles. ¿No era una máscara de enano lo que llevaba puesto aquel misterioso visitante? ¿Una de aquellas utilizadas por las compañías ambulantes de actores?

—Sólo es una máscara —respondió la voz a sus pensamientos—. Cualquiera puede comprarlas.

—¿Qué me ofreces? —preguntó Memnón discretamente.

—El Macedonio se acerca —respondió—. Va a venir a Halicarnaso para asediarla. Tiene el manuscrito pitio.

—¿Y qué me ofreces?

—Confusión y caos. Atacaré una y otra vez contra Alejandro y su poderío.

—¿Intentarás matar al Macedonio?

—Si puedo, pero su vida es sagrada. Golpearé a aquellos que le hacen su maldito trabajo. Os proporcionaré información. Traduciré el manuscrito pitio.

De nuevo las risotadas siguieron a un hondo respiro de Memnón.

—Oh sí, Memnón de Rodas, puedo hacer todo eso y más.

—¿Cómo nos harás llegar los mensajes?

—Alzad la vista al cielo —respondió en tono susurrante—. Cuando el asedio comience, daré a conocer mi presencia —la sombra se movió; un bastón redondo, de un metro de largo, rodó por la habitación—. ¡Tomad esto, general! Leed a vuestro Herodoto, investigad la escitala.

—La conozco... ¿Y qué es lo que quieres?



—A cambio, señor Memnón, cuando haya cumplido con mi palabra, quiero medio talento de oro, la protección personal del gran rey...

—¿Y?

—Y el manuscrito pitio.

—¿Para qué? ¿Para descubrir los secretos de la ciudad?

—No, mi señor, por el tesoro que contiene. Dadme vuestra palabra.

Memnón se quedó callado.

—¡Dadme vuestro juramento! —ordenó bruscamente—. ¡Por las vidas de vuestra esposa Barsina y vuestros hijos!

—Te lo doy.

—¡Bien!, —la sombra se movió hacia la puerta del fondo—. Volveremos a hablar. ¡Adiós!

La puerta se abrió por un instante: Memnón alcanzó a vislumbrar una silueta antes de que se cerrara de golpe y alguien pasara el cerrojo. Se quedó mirando la oscuridad. No dudaba de lo que le había dicho aquel visitante. Quienquiera que hubiese planeado aquella reunión con tanto cuidado, debía de ser alguien astuto y con mucha confianza en sí mismo. Se inclinó hacia delante y agarró el bastón. ¿Pero tendría éxito?

## Capítulo I

«Toda Caria se había rendido a excepción de Halicarnaso, que fue defendida por una numerosa guarnición de mercenarios griegos y persas».

Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*, Libro 2, capítulo 9.

— **L**a sangre y las flores no son una buena combinación —Telamón sumergió la pequeña esponja en el vino y lavó los cortes de las manos del hombre.

«Ojalá fuese cierto», pensó. Se detuvo y miró a su alrededor. En un día tan hermoso como aquél, logró imaginar que había vuelto a uno de los jardines del templo de Egipto: él y su amor perdido, Anuala, yacían sobre la alta hierba bajo un terebinto. El sol era intenso, pero los muchos árboles de aquel jardín proporcionaban fresca sombra, realzada por el borboteo de una fuente y los reflejos ondulantes que producía el agua al caer en el estanque.

—Las flores y la sangre no son una buena combinación —repitió Casandra, la ayudanta de Telamón, mientras preparaba los vendajes de lino y un pote de goma de acacia. La mirada azul claro del malherido se frunció extrañada. El médico miró a su paciente con curiosidad. Sarpedón era espartano, un mercenario. Tenía aspecto de soldado: altura media, cuerpo de atleta, pelo corto y la cara arrugada y quemada por el sol, aunque estaba bien afeitado.

—¿No te dejas barba y bigote?

Sarpedón sonrió. Telamón notó que algunos de sus dientes, blancos y brillantes, estaban cuidadosamente limados.

—Soy espartano. Cuando dejé mi país decidí dejar todo atrás —su sonrisa se ensanchó—. Eso incluía mi bigote y mi barba.

—¿Dónde has estado? —preguntó Casandra.

El soldado miró fijamente a aquella mujer de tez blanca y ojos verdes, cuya melena roja parecía una llamarada sobre su cabeza.

—Seguro que en ningún sitio en el que hayas estado. Recordaría un cabello como el tuyo. ¿Eres celta?

Casandra negó con la cabeza.

—De ascendencia celta. Fui sierva en un templo de Tebas antes de que el Gran Asesino —no hizo caso de la profunda inspiración de Telamón—, antes de que Alejandro, Rey de Macedonia —añadió irónicamente—, arrasara la ciudad y no dejara piedra sobre piedra.

—¿Eres una esclava? —preguntó Sarpedón.

—Nací libre, pero fui hecha prisionera. Hasta que mi amo —tocó ligeramente el hombro de Telamón—, me liberó para convertirme en su ayudanta.

—Yo no soy su amo —contestó Telamón—. Si lo fuera, Sarpedón, intentaría

hacer algo con su ligera lengua y su mal genio que —fulminó con la mirada a Casandra—, un día la meterán en serios problemas. Ahora abre las manos, con los dedos separados.

Yeso hizo Sarpedón. Telamón echó un vistazo a los profundos cortes y tajos que tenía en las palmas y entre los dedos.

—¡Bien, aguántalos así!

Sarpedón apartó el taburete mientras Telamón empezaba a verter sobre sus manos un vino tan espeso que era casi violeta. Telamón cogió un trapo, limpió y secó las manos del mercenario, y luego untó cada corte con una mezcla de miel y sal.

—No había visto esto nunca antes —declaró Sarpedón.

—Lo aprendí en Egipto —explicó Telamón.

El espartano alzó la vista. Telamón era alto y de rostro oscuro, con cabello y barba bien cortados, pómulos altos y ojos hundidos: Sarpedón no pudo determinar si eran de color azul oscuro o violeta. Hombre cuidadoso y preciso, Sarpedón lo estudió atentamente mientras le limpiaba los cortes y preparaba los vendajes: un médico de mirada aguda y mente aguda. Lo tendría en cuenta.

—Nunca antes he visto cortes tratados de esta manera —repitió.

—Los egipcios han estado utilizándolo durante siglos —murmuró Telamón—. Insisten en que se limpien todas las heridas. De hecho, su palabra *seref*, que significa «infección», está representada en sus jeroglíficos con un cuenco caliente. Si el pus se queda en la piel —explicó el médico—, se infecta, se calienta y se hincha. He visto a hombres morir por un simple corte en la pierna —agarró la callosa mano de Sarpedón y examinó un corte—. Me pregunto cómo coseré esto.

—¿Qué? —exclamó Sarpedón.

—Usaré una espina —dijo Telamón—. Juntaré los dos bordes de la piel y dejaré que se unan cuidadosamente. ¿Cuánto hace que eres soldado, Sarpedón?

—He vagado por el mar como una rana que croa —bromeó éste, citando unas famosas palabras de Sócrates.

—Tienes nombre de héroe.

—Ah sí. El gran héroe que luchó en Troya —Sarpedón se encogió de hombros—. Pero no sabría decir mucho más. Sé poco de libros: a veces me enorgullezco de llevar el nombre de un héroe concebido por Hera. Serví en Egipto —continuó—. Estuve en una plaza fuerte a las afueras de Memfis.

—Estuve allí —Telamón cogió uno de los vendajes y empezó a envolver las manos de Sarpedón—. No lo apretaré mucho: aguantaré los pliegues con goma. Casandra te proporcionará vendajes nuevos. Deberías cambiarlos al menos dos veces al día.

—¿Dos veces? —preguntó Sarpedón.

Telamón alzó la vista divertido.

—¡No te creas los cuentos de viejas! Dos veces al día, mañana y noche. Lávate las manos con agua caliente, y mójalas en vino espeso. Usa miel y sal para limpiar

cada herida. Mantén las uñas cortas —le miró de cerca—. Y, por cierto, tu ojo derecho está infectado. Lávatelo con agua fría y ponte un poco de kohl, te protegerá el ojo del polvo.

—¿Aprendiste todo esto en Egipto? —preguntó Sarpedón.

—Aprendí algunas cosas en Egipto —asintió Telamón—. Un hermoso lugar.

—Estaba enamorado —interrumpió Casandra—, pero un persa mató a su mujer, así que él mató al persa y tuvo que huir. La madre de Alejandro, Olimpia, lo detuvo. Y no encontró nada mejor que hacer —añadió con picardía—, que unirse al ejército de su hijo.

Telamón no le hizo caso y siguió concentrado en los vendajes.

—¡No los aprietes tanto! O si no, dejarás la infección dentro. La piel debe respirar. Así —Telamón comenzó a vendar la mano derecha del soldado.

—¿Mataste a un hombre? —preguntó Sarpedón.

Telamón se detuvo: su mente volvió a aquella vinería de Tebas. El oficial persa que había violado y asesinado a Anuala estaba riendo, con cara de sueño, acariciándose su bigote grisiento como si se vanagloriase de un gran logro. Telamón recordaba la sangre palpitando en su cabeza. El cuchillo en la mano. La rápida puñalada. La satisfacción de ver cómo se desvanecía aquella estúpida y arrogante sonrisa.

—Yo maté a un hombre —confesó—. No me arrepiento.

Telamón apretó los labios. «No me arrepiento», pensó, «pero no volveré a ver los encantadores ojos de Anuala, ni a apretar mis labios contra los suyos, ni a sentir su cuerpo cerca del mío, ni a oír su alegre risa cuando no sé si se está burlando de mí o no». Alzó la vista; Casandra le observaba, con mirada seria, sin burlas, sin sonrisas, como si estuviese intentando ver su alma.

—¿Y tú, Sarpedón? ¿Qué diablos hace un soldado, un capitán de la guardia de la reina Ada, trabajando en el jardín?

Sarpedón mantenía su mano quieta. Iba vestido con un simple chaleco de cuero sobre una falda blanca, y llevaba sandalias de marcha en los pies. Telamón ya se había dado cuenta de las cicatrices en los bronceados y nervudos brazos, y de la herida de lanza justo bajo la clavícula.

—¡Eres un soldado, Sarpedón, no un jardinero!

—Serví en las tierras rojas de Egipto. Estuve con otros mercenarios: kushitas, griegos, cretenses; todos los bribones y villanos que venden su espada por una bolsa de plata. Fuimos atacados por libios y nos perdimos en una tormenta de arena. La mayoría murió por falta de agua —hizo una pausa—. Más tarde vagué por el imperio persa desde Troya hasta Persépolis. Oí hablar de la reina Ada —se encogió de hombros—. Me convertí en capitán de su guardia. ¿Habéis visto su fortaleza?

Telamón alzó los ojos al cielo.

—¡Nunca he estado tan aburrido en mi vida! —continuó Sarpedón—. Nada de luchas, nada de marchas, muy poca instrucción.

—¿Por eso te volviste jardinero?

—Así es, me volví jardinero. Esta mañana he salido a podar los rosales, un arbusto trepador silvestre —señaló al tejado rojo de la casa que asomaba por encima de los árboles—. Está por la parte de atrás. Alguien debió de traer la rosa a la villa. En cualquier caso, estaba removiendo la tierra...

—Deberías haber llevado guantes —declaró Casandra.

—Hazlo a partir de ahora —Telamón acabó el vendaje. ¿Has llevado manoplas de piel?

Sarpedón asintió.

—Encuentra un par, dos tallas más grandes. Póntelas sobre los vendajes. Eso sí, te sudarán las manos; ah, y cuidado con esos rosales.

Sarpedón se puso en pie.

—Y busca a Casandra luego para cambiarlos.

—Lo haré encantado —Sarpedón le guiñó el ojo a Casandra, que le fulminó con la mirada.

—¡No soy lo que piensas!

—¿Y qué estoy pensando, Pelo Rojo? —Sarpedón se inclinó.

Casandra arrugó la nariz al sentir el olor de sudor y cuero. En uno de los árboles un pájaro cantaba ruidosamente. Telamón alzó la vista: se movieron algunas hojas, y una paloma torcaz salió volando hacia el sol.

—Es un lugar encantador, ¿verdad, Sarpedón?

—Aparte de las serpientes —el espartano se enderezó—. El jardín está plagado.

—Con o sin serpientes —respondió Telamón—, es ciertamente un cambio con respecto a Alinde. ¿Qué sabes de aquellos a quienes proteges?

Sarpedón abrió sus vendadas manos.

—Que eres Telamón, médico personal de Alejandro de Macedonia, un consejero de confianza. Cuando el rey visitó a la reina Ada, te sentaste cerca de él en el banquete.

—El rey puede beber demasiado —contestó Telamón—. Yo estoy para añadir toda el agua que pueda a su vino.

—Has sido enviado aquí, a la Villa de Cibeles —Sarpedón echó un vistazo a su alrededor—, para vigilar a los escribas que trabajan en el manuscrito pitio.

Telamón le miró entrecerrando los ojos.

—¿Sabes mucho de eso?

—Una de mis responsabilidades fue vigilar la sala de los títulos de dominio cerca de las dependencias de la reina Ada, donde guardaba libros y manuscritos. Cuando la noticia de la victoria de Alejandro nos llegó, sacaron el manuscrito pitio. Ordenó a sus escribas y archivistas que volvieran a tratar de descifrarlo, pero son un maldito atajo de inútiles; no sacaron nada en claro.

—¿Sabes qué es? —preguntó Telamón.

Sarpedón puso mala cara.

—Solán, el escriba jefe, es conocido mío, y a veces compartíamos una copa de vino. Dice que el pitio es un misterio que no puede resolverse. Bessos, el joven, cree que sí. Y el sacerdote Cherolos quiere ganar fama y favor descifrándolo.

—¿Y Pamenes?

—Él es un misterio —volvió a hacer una mueca—. Nadie sabe de dónde vino... unos dicen Atenas, otros Corinto. Es un escriba inteligente. Afirma conocer cifrados y signos secretos. Creo que incluso trabajó en Egipto.

Telamón se apoyó en el taburete y alzó la vista hacia las parras que surcaban el enmarañado tejado de aquella hornacina.

—¿Y nuestros otros invitados? —preguntó Sarpedón— ¿por qué los ha enviado el rey?

—Gentius —explicó Telamón—, está considerado uno de los mejores actores de toda Grecia. Su interpretación de la trilogía tebana de Sófocles —no hizo caso de las repentinas carcajadas de Casandra—, es considerada una obra maestra. Él y su esposa Demerata van de corte en corte. Ahora que Alejandro es victorioso, Gentius ha venido a Asia.

—El rey se considera a sí mismo un artista —interrumpió Casandra—. Dice conocer todas las grandes obras —añadió con desdén—, pero Alejandro no conoce nada más que la *Ilíada* de Homero, que puede recitar verso por verso y aburrir a todos hasta dormirlos.

Sarpedón se inclinó hacia delante, acercando su cara a la de Casandra. Sonrió y le guiñó el ojo a Telamón como señal de que no pretendía nada malo.

—¿Eres tan apasionado como fiero, tebano?

—¡Tendrás algo más que cortes en tus manos si no vas con cuidado! —amenazó Casandra.

—¿Así que el rey va a venir? —Sarpedón se incorporó.

—El rey estará aquí esta noche —contestó Telamón—. Si sales a caballo, Sarpedón, encontrarás a sus tropas. Busca la gran nube de polvo.

—Procuraré buscar algo más que eso.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy aquí para vigilar la Villa de Cibeles —respondió Sarpedón—. En el campo saben que la guerra se acerca. Halicarnaso, sólo a unos pocos kilómetros de aquí, va a ser sitiada; los caminos se están despejando. Estoy seguro de que los espías de Memnón observan la villa.

—¿Estás seguro?

—Como de que las rosas huelen bien. Bueno —el espartano extendió la mano—, ¿cuánto te debo, médico?

Telamón apartó la pequeña mesa.

—Dos copas de vino y una conversación sobre Egipto —vio la sorpresa en el rostro de Sarpedón—. Estás aquí para protegernos, espartano, o al menos a los escribas y empleados de la reina Ada. Coge una rosa para Casandra —añadió con

picardía.

—Tendrá una cada día —Sarpedón se marchó caminando alegremente, silbando entre dientes.

—¡Un tipo extraño! —exclamó Casandra.

—Todos somos extraños —Telamón señaló los tarros—. ¿Podrías llevar todo esto a nuestro botiquín?

Casandra juntó las manos e hizo una reverencia.

—¡Sí, oh gran majestad, faraón de mi corazón!

—No hay cura para la insolencia.

Casandra estaba a punto de replicar cuando una voz grave interrumpió el silencio.

Cuando volvimos a la guardia,  
bajo el terrible peso de tus amenazas,  
después de barrer todo el polvo que cubría  
el cadáver,  
dejando bien al desnudo su cuerpo  
en descomposición.

—¡Gentius! —murmuró Telamón.

El actor apareció entre los arbustos y se les acercó dando grandes zancadas. Gentius era un hombre alto y desgarrado, con piernas delgadas y un amplio pecho. Tenía un cuello esquelético y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante como un pájaro, aspecto que realzaban su nariz aguileña, su pequeña boca y sus ojos saltones bajo una mata de pelo negro. Iba vestido con una simple túnica verde. Telamón quedó impresionado por la piel de camello que llevaba Gentius sobre sus hombros, que incluso conservaba las pezuñas. Se acercó con decisión al cenador, seguido por su morena y menuda esposa Demerata. Ella iba vestida con una túnica azul oscuro bajo un manto rojizo, y llevaba brazaletes de cobre en las dos muñecas y una ajorca con pequeños cascabeles en el tobillo izquierdo. Demerata, al parecer, adoraba a su marido, y le seguía a todas partes como una verdadera sombra. Casandra se sentó junto a Telamón en el asiento del jardín y se quedó mirando a aquella curiosa pareja. El médico se preguntó en silencio si Gentius había nacido deforme (tenía los hombros ligeramente encorvados) pero con los dones del arte de la imitación y aquella poderosa y sonora voz que podía invocar la magia del teatro.

—¿Estás enfermo? —preguntó Telamón.

Gentius se detuvo con las piernas separadas y las manos colgando a los lados mirando fijamente al médico. Demerata se escondió parcialmente detrás suyo, con sus ojos pintados con kohl llenos de asombro.

—No estoy enfermo, aunque mi garganta necesita leche de cabra, rica y cremosa —bramó Gentius—. Bueno, ¿no reconoces los versos?

Telamón contuvo su impaciencia.

—Sófocles, *El ciclo de Tebas*.

—¡Eso lo sabe todo el mundo!

—¿Cuál?

—*Antígona* —Telamón frunció la boca—. El parlamento del centinela a Creonte.

Demerata aplaudió y se puso a saltar como un niño. Gentius dio un paso adelante, con una mano en el pecho.

—Estamos ocupados —Telamón se levantó—. Me encantaría escucharte...

—Estoy ensayando para esta noche —declaró Gentius pomposamente—. Tengo entendido que el rey cenará aquí. No debo decepcionarle. Ven, Demerata —y, girando sobre sus talones, se marchó.

—Asombroso —susurró Telamón—, que un hombre tan feo pueda crear tal belleza.

—¿Es bueno?

—Le vi en Corinto —contestó Telamón—. Insistió en representar el papel de Medea en la obra de Eurípides *Las bacantes*.

—¿Hacia el papel de una mujer?

—Llevaba una máscara. Todos estaban dispuestos a burlarse, pero Gentius se superó. Vi a hombres llorar. Oh sí, no me mires sorprendida, Gentius es un gran actor. ¡Alejandro siempre contrata a los mejores!

Por el jardín se oían otros fragmentos de la obra. Telamón empezó a reír. Al principio en voz baja. Intentó reprimirse pero no lo consiguió, continuó riendo más fuerte, saltándosele las lágrimas y agitando los hombros. Casandra se le quedó mirando boquiabierta: aquél no era Telamón el solemne médico, el hombre tranquilo y reservado.

—¿Qué ocurre?

Telamón se calló. Estaba a punto de responder pero empezó a reír de nuevo. Se llevó las manos a la cara.

—¡Gracias a los dioses Aristandro no está aquí! —consiguió decir al fin.

—¿Por qué?

Telamón miró la cara de extrañeza de Casandra y rompió a reír otra vez.

—No lo sabe —Telamón hizo una pausa para tomar aire—. Gentius no sabe quiénes van a ser el coro.

—¿Ah no? —Casandra se volvió y miró hacia el jardín—. ¿No serán los encantadores muchachos de Aristandro?

—Los encantadores muchachos de Aristandro —Telamón dejó de reír.

Aristandro era el Guardián de los Secretos del Rey, mago, nigromante, astrólogo, confidente del rey, y sus «encantadores muchachos», sus guardaespaldas, a quienes él llamaba «el coro». Casandra se puso a reír y se fue caminando hasta el borde del estanque, contemplando las flores de loto completamente abiertas al sol. Telamón fue detrás de ella.

—¿Por qué Aristandro tiene ese coro? —preguntó.



Telamón entrelazó su brazo con el de ella.

—A Aristandro le predijo una bruja que moriría de una muerte violenta por traición. Así que contrató a sus propios guardaespaldas, una docena de enormes celtas. Aristandro los llama sus «encantadores muchachos» o el coro. Les enseñó griego y los parlamentos más célebres de las obras de Sófocles, Eurípides y Aristófanes. No estoy muy seguro de si Aristandro está intentando educarles o burlarse de los poetas.

—¿Y cuándo llegará el Gran Asesino? —preguntó Casandra.

Telamón le puso las manos en las mejillas y las apretó ligeramente.

—Casandra, te considero mi amiga, mi ayudanta.

—Pero no tu compañera de cama.

—No mi compañera de cama. Alejandro de Macedonia también es mi amigo.

—Él no tiene amigos.

—Alejandro de Macedonia es mi amigo —continuó Telamón sin alterarse—. Es amable, generoso, y...

—Y un gran asesino.

—Es amable, generoso, dadivoso, valiente...

—¿Y el otro aspecto? —preguntó Casandra en voz baja.

—Puede ser un gran asesino —admitió Telamón—. Salvaje como una pantera, astuto como una mangosta. Cuando está borracho no acepta un insulto. Casandra, ¡debes mantener la boca cerrada! Prométemelo.

Sus ojos verdes brillaron de ira, y torció el gesto.

—¡Prométemelo o te despido!

Casandra se soltó.

—¡Lo prometo por los dioses!

—Si no crees en ellos.

—Ni tú tampoco.

—¿Lo prometes por nuestra amistad?

Casandra asintió.

—Por nuestra amistad —suspiró y se cruzó de brazos—. ¿Por qué estamos aquí realmente, Telamón? Hace cinco días que llegamos. Dime por qué estamos aquí. ¿Qué está tramando nuestra noble mangosta?

—Tomar Halicarnaso —respondió Telamón. Cogió a Casandra de las manos, apartándola de los árboles y matorrales en los que podía merodear algún curioso, abrió su bolsa y sacó un mapa esbozado sobre un trozo de papel—. Mira, Casandra, ésta es la costa del sur de Asia, el Egeo, y aquí está Halicarnaso —le entregó el rudimentario plano.

—¿Lo has dibujado tú?

—No, uno de los escribas de Alejandro: muestra el problema. Fíjate cómo Halicarnaso está rodeada de murallas. Aquí en el este está la Puerta de Mylasa, en el oeste está la Puerta de Myndus y en el norte la Triple Puerta. La ciudad está bien

fortificada con torres, muros y ciudadelas. La parte sur está protegida por el mar y la armada persa. Según nuestros espías, el foso alrededor de la ciudad ya ha sido acabado: tiene unos ocho metros de ancho y es muy hondo.

Cassandra silbó entre dientes.

—¿Ves el problema? —continuó Telamón—. Alejandro tiene que cruzar ese foso antes de poder atacar las murallas, y además le será casi imposible destruirlas por debajo. Sin embargo, Halicarnaso tiene un talón de Aquiles.

Telamón apartó a una abeja que salió de los parterres que había a su alrededor. Olió la fragancia de los jacintos: un extraño contraste con la muerte y la destrucción que estaba a punto de describir.

—Asaltar esas defensas será una carnicería —observó—. Estaremos muy ocupados en la enfermería.

—¿Mencionaste un talón de Aquiles?

Telamón estaba a punto de responder cuando oyeron el sonido discordante de unos platillos que provenía de la casa; sobre él, la voz de Gentius recitando a gritos un verso de la obra de Sófocles:

—«Oscuro día, ¿cuánto hace que eres noche para mí?».

—¿Es necesario que hagan eso? —exclamó Telamón. Miró a través del jardín hacia donde Sarpedón estaba levantando uno de los largos postes con los que se construyen enrejados para las parras. El espartano llevaba unos guantes gruesos y pesados. Les saludó y desapareció entre los árboles.

—Es Demerata —contestó—. Al parecer los platillos son para dar un efecto más dramático a las palabras de su marido.

—¡Van a causar a todo el mundo dolor de cabeza! —protestó Telamón—. Bueno, volviendo a Halicarnaso, ya te he contado la historia. Pitias el arquitecto sostenía que había una debilidad en las murallas de la ciudad. Lo mantuvo en secreto pero lo escribió en un manuscrito que nadie puede descifrar; en el mismo manuscrito que revela dónde escondió su considerable tesoro. Durante años el manuscrito ha estado en los archivos de la reina Ada; ahora todo el mundo lo quiere. Si Alejandro descubre dónde está ese fallo, por ahí es por donde atacará.

—¿Y no hay otra manera de encontrarlo?

—En absoluto —Telamón fue hasta la orilla del estanque de carpas y bajó la vista: los juncos y las hojas eran frondosas y verdes, y el agua se arremolinaba a su alrededor. Una y otra vez aparecía un destello dorado cuando un pez subía a la superficie para coger alguna de las moscas que zumbaban sobre el agua.

—¿Y por qué estamos aquí? —repitió Cassandra.

—Los escribas de la reina Ada, el archivista Solán, Bessos el empleado, Cherolos el sacerdote y Pamenes, han estado, durante meses, trabajando con el cifrado. Alejandro y la reina Ada decidieron que debían traerlos aquí, y yo estoy para vigilarles.

—¿Por qué tú?

Telamón se dio cuenta de las salpicaduras de sangre que habían caído sobre su túnica verde al vendar las manos de Sarpedón.

—Tengo algunos conocimientos de cifrados, de escritura secreta. El rey cree que puedo ayudar.

—¿Y puedes?

Telamón negó con la cabeza.

—He estudiado el manuscrito pitio una y otra vez. Lo que debemos encontrar es la clave, pero eso es imposible. Sólo con que descubriese un patrón, una clave, tendría alguna posibilidad de descifrar el código —torció el gesto—. Pero no puedo hacer mucho más.

—El asesi... —Casandra se corrigió—. El rey preguntará esta noche qué progreso se ha hecho.

—Bueno, recibirá una breve respuesta, ¿verdad? ¡Ninguno!

El escriba Bessos apareció, haciéndoles señas para que lo siguieran. Se oía una campanilla desde la casa. Sarpedón salió de entre los árboles quitándose los guantes. Telamón y Casandra salieron del jardín, cruzaron la puerta principal y atravesaron el gran patio empedrado. Los criados se apiñaban alrededor del pozo, llevando jarras. A cada lado del patio había largos edificios de poca altura con tejados oscuros. Al fondo, con sus piedras pintadas de blanco, se alzaba un edificio de dos pisos, con un tejado rojo vivo brillando al sol.

—Oh, vaya, otra reunión —gruñó Casandra.

—Sí, otra reunión.

Cruzaron el patio, entraron por la puerta principal y atravesaron un pasillo empedrado hasta lo que debió de haber sido la sala de las hilanderas. El suelo era de mosaico de piedras blanco y negro; en un rincón había telares y husos. La habitación había sido escogida por sus ventanas en lo alto de los muros. También estaba decorada con gusto, con telas de colores en las paredes. Las cómodas sillas de respaldo circular que utilizaban las mujeres en su hilado ya estaban dispuestas en forma de herradura. Casandra y Telamón se sentaron en un extremo mientras el resto de escribas entraban. El primero en hacerlo fue Solán, atareado como de costumbre, corto de vista y con sus secos labios siempre en movimiento. El archivista le recordaba a Telamón a un viejo buitre con sus hombros curvados, ojos hundidos y una nariz larga y estrecha, una impresión acentuada por la calva y el pelo, que se extendía hasta debajo de sus mejillas.

—¿Siempre es así? —susurró Casandra.

Solán, con una tablilla para escribir, se sentó de golpe en la silla del centro y empezó a frotar las manchas de tinta de su sucia túnica gris. Bessos fue el siguiente en entrar: era más joven, y parecía un pequeño tonel con el moreno rostro de un mono arrugado, con brillantes ojos y una sonrisa permanente. Iba elegantemente vestido con túnica y manto, con un collar de calcedonia alrededor de su rechoncho cuello, mientras que sus dedos titilaban constantemente por la bisutería que llevaba. Unos

instantes más tarde, después de que los criados fuesen oídos gritando su nombre, Cherolos el sacerdote hizo su aparición como si estuviese entrando en el sanctasanctórum. Cherolos imitaba el estilo egipcio; su cabeza y su cara, cuidadosamente afeitadas, brillaban con aceite. Llevaba un vestido de lino desde la cabeza a los tobillos, sandalias decoradas en los pies, un manto sobre un brazo y bajo el otro, una máscara: siempre la llevaba y se la ponía cuando rezaba a cualquier extraña divinidad que adorase. Alrededor del cuello le colgaba un medallón con el dibujo de una serpiente, y tenía una insignia similar en el enorme anillo de su mano izquierda.

Telamón se volvió hacia un alboroto que había en la puerta: Gentius y Demerata intentaban entrar, pero Sarpedón los estaba echando amablemente.

—¡Podríamos ayudar! —bramó Gentius—. ¡Podríamos serles útiles!

Bessos guiñó el ojo a Telamón. Sarpedón, con éxito, cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¡No voy a dejar que esos dos entren aquí! —gritó, con la cabeza hacia delante y la mirada furiosa—. Ya he tenido bastante de sus parlamentos. ¡Ya he tenido bastante de esos malditos platillos! Ah, por cierto, ¿dónde está Pamenes?

—Creo que bajará en seguida —murmuró Bessos—. Aún está en su habitación, lo que algunos llaman «la cámara del fantasma».

Solán frunció el ceño.

—No hay ningún fantasma —explicó Bessos—. Ya os lo he dicho antes: las tablas del suelo crujen. De todas formas, Pamenes ha estado caminando de un lado a otro.

—¡Pero no podemos esperar! ¡No podemos esperar! —declaró Solán—. Tenemos asuntos pendientes.

—¿Qué asuntos? —dijo Cherolos con una sonrisa tonta, poniéndose la máscara en la cara. Telamón la observó y no pudo establecer si era de un carnero o de un demonio.

—Si estudiaseis más y oraseis menos —replicó Solán—, quizá progresaríamos —sacó varios trozos de pergamino—. Esto es lo que he encontrado. ¿Puede alguien añadir algo?

Telamón movió su silla para aprovechar toda la luz de la ventana; sintió una profunda sensación de desesperación. Habían estado en la casa durante cinco días y habían decidido concentrarse en la primera línea del manuscrito pitio. Ahora que miraba los hallazgos de Solán, se dio cuenta de que habían progresado muy poco... de hecho, nada. La sala se quedó en silencio. Sarpedón se acomodó en una silla, sin los guantes, más interesado en los vendajes de sus manos. Bessos se las quedó mirando y empezó a hacerle preguntas. Sarpedón respondió, pero Solán le dijo que se callara.

—El rey llega esta noche —anunció, con cara de fastidio—. ¿No podemos ofrecerle nada más que cotilleos sobre nosotros?

Telamón estudió la primera línea de números.

45: 64: 54: 33: 34: 11: 53: 11: 52: 23: 33: 34: 54: M: 23: 54: 54: 44

—No sé lo que significa el pequeño cuadrado —comentó Bessos—, pero ¿y si cada número fuese una letra del alfabeto?

—¡Eso es imposible! —contestó Solán—. Lo aceptaría si ningún número fuese mayor de 26, la suma de las letras del alfabeto —negó con la cabeza—. Lo he intentado de todas las formas...

—¿Qué pasa —Cherolos dejó la máscara en el suelo— si no hay solución? Quizá Pitias puso un enigma que nadie puede resolver.

—Pamenes cree que él sí puede —dijo Bessos.

—¿Y dónde está? —Solán fulminó con la mirada a Sarpedón—. El rey dijo que teníamos que concentrarnos en esto. La reina Ada espera grandes cosas —golpeó repetidamente el brazo de la silla, moviendo los brazos como las alas de un pájaro—. ¡Sarpedón, sube y dile a Pamenes que le estamos esperando!

El espartano se encogió de hombros y se marchó. Telamón bajó la vista hacia el trozo de pergamino. Conocía los cifrados y los había visto en Egipto y en otros lugares. Los médicos a menudo mantenían sus observaciones ocultas en una fórmula sólo conocida por ellos, pero normalmente era fácil de descifrar. Solán tenía razón: Pitias había utilizado una clave, pero ¿cuál era? Oyó gritos y pasos que bajaban corriendo. Sarpedón entró de golpe en la sala.

—¡La habitación de Pamenes está cerrada con llave! ¡He llamado y he gritado su nombre sin respuesta!

—¡Ah! —exclamó Cherolos—. Pensaba que era alguien quejándose.

Telamón se levantó de un salto. Pamenes era un empleado joven pero muy cualificado: su aire de estudioso tranquilo le había impresionado desde el principio, y nunca llegaba tarde a una reunión. Telamón siguió a Sarpedón afuera y por todo el pasillo. Un criado que llevaba una jarra de agua se hizo a un lado precipitadamente. Subieron a la segunda galería, doblaron una esquina y pasaron por delante de otras dos habitaciones hasta la que había al final del todo. Telamón llamó insistentemente a la puerta con el puño; llegaron los demás, amontonándose detrás de él.

—¡Algo ocurre!

Sarpedón se marchó corriendo y volvió con una barra de acero.

—He encontrado esto en la casa del guarda —la colocó entre la puerta y el dintel.

—¿No podemos tirarla abajo? —preguntó Solán.

Sarpedón, empujando la barra, negó con la cabeza.

—Los goznes de cuero están muy apretados. Y hay cuatro.

Metió aún más la barra en el hueco, empujando la puerta. La madera crujió con un chasquido. Se abrió un poco más, aunque los cerrojos interiores, arriba y abajo, aún estaban firmes. Sarpedón mantuvo la barra metida. Trajeron un banco y, con la

ayuda de todos, lo condujeron contra la puerta como si fuese un ariete. Hubo un crujido satisfactorio cuando el cerrojo de arriba cedió, seguido por el segundo, y la puerta se abrió de par en par.

—¡Está vacía! —exclamó Telamón.

Miró a su alrededor. Había un escritorio y un taburete, pedazos de pergaminos esparcidos por el suelo y un pequeño catre en el rincón opuesto con la ropa retirada. Sobre la mesa había una copa, un plato con un trozo de queso y migas de pan. Los postigos de la gran ventana del fondo estaban abiertos. Telamón fue hacia allí y se asomó. Vio el alféizar por fuera, los arbustos que había debajo, y entonces vio a Pamenes despatarrado sobre los adoquines, con un charco de sangre alrededor de su cabeza, como vino tinto derramado. Telamón se apartó, y sus sandalias pisaron algo. Se agachó y recogió alpiste del suelo.

—¿Qué es esto? —dijo Solán, con voz temblorosa.

Telamón se apartó rozándole. Los demás se asomaron y vislumbraron el cadáver con gritos y exclamaciones. Telamón, seguido por Sarpedón y Casandra, bajaron y salieron a toda prisa hacia el patio y la parte trasera de la casa. El jardín allí era frondoso y estaba repleto de matorrales, maleza y hierbajos. Pamenes había caído sobre el angosto camino adoquinado que protegía la pared de la casa de la humedad. Yacía desparramado, se le había salido una sandalia y tenía la boca abierta y la mirada fija. Telamón tocó su mejilla. Estaba frío. Volteó el cuerpo para observarlo mejor. El lado izquierdo de la cabeza estaba aplastado, y la contusión iba desde la oreja hasta el cuello, el hombro y el brazo, por lo que sería por ahí por donde el cuerpo había chocado primero contra la dura piedra. Telamón notó el cráneo fracturado y, usando sus dedos cuidadosamente, apartó el cabello marrón oscuro.

—Un corte profundo —murmuró—. Hay sangre, hueso e incluso cerebro. Ha caído con fuerza, y lleva muerto un buen rato.

Alzó la vista hacia la ventana y calculó que sería una caída de unos cinco metros. Solán aún estaba asomado a la ventana; con su boca abierta se parecía aún más a un buitre. Los demás bajaron, agrupándose alrededor, haciendo preguntas. Telamón dio media vuelta al cadáver.

—¿Qué es eso? —preguntó Casandra.

Telamón cogió la mano derecha del muerto. Aún había algunas pequeñas semillas enganchadas en su fría mano sudorosa y otras desparramadas a su alrededor. Una paloma se puso a arrullar en uno de los árboles sobre él.

—¡Oh no! —susurró Bessos.

—¿Oh no, qué? —preguntó Telamón.

—A Pamenes le encantaban los pájaros y los animales —contestó el escriba—. Siempre estaba dando de comer a las palomas.

Telamón examinó el cadáver atentamente. Observó la sandalia que se le había salido y la corta túnica hasta la rodilla. La levantó y pudo ver más magulladuras del lado izquierdo, aunque ninguna otra herida. Entonces examinó la parte trasera de la

cabeza del muerto: no había ni contusiones ni cortes. Se puso en pie y dio un paso atrás hacia la hierba, pisando con cuidado para evitar la sangre sobre la cual las moscas ya revoloteaban.

—¿Un accidente? —preguntó Casandra.

—Es posible —respondió el médico—. Pero quiero asegurarme. Por favor, apártense todos.

—¿Bajo? —Solán en otras circunstancias habría resultado cómico.

—¡No! —gritó Telamón—. Quedaos donde estáis. No toquéis nada de la habitación. Casandra —le pidió—, ve y asegúrate que hace lo que le digo.

Se marchó a toda prisa. Gentius y Demerata aparecieron con un grupo de sirvientes. Gentius miró impresionado al cadáver. Demerata pegó un grito y se metió entre los arbusto a vomitar.

—¡Apartaos! —advirtió Telamón—. ¡Sarpedón, ayúdame!

Se arrodillaron junto al cadáver. Telamón lo volvió a colocar como lo habían encontrado, sobre su costado izquierdo, con las piernas retorcidas y los brazos separados del cuerpo.

—Quiero que recuerdes esto, espartano —declaró Telamón—. El cuerpo sobre su costado izquierdo. No puedo detectar ninguna otra herida o golpe en la cabeza ni en el cuerpo excepto los que pueden explicarse con la caída. Una de sus sandalias estaba suelta. Fíjate que los cordones no están del todo atados.

—¿Podría haber resbalado? —preguntó el espartano.

—Es posible. Si Pamenes estaba inclinado hacia fuera con el alpiste, puede que simplemente perdiese el equilibrio, intentase recobrarlo, la sandalia floja no ayudase y cayese. Observa cómo ha caído sobre el pavimento, lo cual es lógico. Pamenes daría un traspié, saldría por el alféizar y caería directamente sobre la piedra: su cabeza golpearía el suelo primero, y su cuerpo debió de rebotar. Hay un corte reciente en su rodilla izquierda, donde la pierna probablemente rozó la pared mientras caía. La muerte debe de haber sido inmediata.

—¿Cuánto hace? —preguntó Sarpedón.

Telamón miró hacia el sol entrecerrando los ojos.

—Pronto será mediodía. Yo diría..., —pasó la mano sobre la túnica del muerto: la piel estaba fría y sudorosa. Apretó un dedo contra una pierna y sintió la rigidez del músculo—. ¿Quizás una hora? La repentina pérdida de sangre y el *shock* deben de haber enfriado el cuerpo.

—Pero eso es imposible —Bessos se agachó junto a él—. Le he oído pasearse de arriba abajo por su habitación antes de que nos reuniéramos en la sala de costura.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Telamón.

—¡Por el amor de Apolo! —exclamó Bessos—. ¿Es que no recordáis cuando habéis entrado en la celda?

En su prisa por lo que había visto, Telamón había olvidado cómo crujieron las tablas del suelo.

—Le he oído caminar de un lado a otro —insistió Bessos— como si estuviese absorto en sus pensamientos.

—Pero eso no puede ser —comentó el espartano—. ¡Ya has oído al médico! Pamenes lleva muerto al menos una hora.

—¿Ha entrado alguien en la habitación? —Telamón se puso en pie, mirando hacia la ventana, donde pudo vislumbrar el cabello rojo de Casandra.

—La puerta tenía el cerrojo echado y hemos tenido que tirarla abajo —recordó Sarpedón.

—¿Y no hay otra entrada?

—Sólo la ventana.

—¿Podría haber trepado alguien? —Gentius decidió unirse a la conversación.

—No, no habrían podido —un hombre panzudo y ancho, de espaldas se abrió paso, con su rechoncha cara manchada de hollín: llevaba un delantal salpicado de sangre atado sobre su enorme cintura, y sus manos y brazos brillaban de grasa.

—¿Quién eres? —preguntó Telamón.

—Soy el *mageiros*.

El individuo se giró y tiró de una muchacha de cara delgada y mirada furtiva, con algo más que un parecido casual con él, y la colocó delante suyo. Ella también llevaba el atuendo de cocina, con una cuchara detrás del cordel que mantenía su delantal en su sitio.

—Soy el *mageiros* —repitió—. Carnicero y cocinero.

—¿Quién te ha contratado?

—Él —el *mageiros* señaló hacia la ventana—. El entrometido de Solán. He hecho un inventario de la casa y del jardín —continuó, con la grasa del labio inferior sobresaliendo.

—¿Podrías hacer el favor de aclarar lo que quieres decir? —exigió Telamón.

—Bueno, ya habéis visto lo alta que es la ventana. No tenemos escaleras para llegar allí.

—¿Estás seguro?

—Nadie está sitiando este lugar —respondió el *mageiros* entre las risas de sus compañeros—. No encontrareis una escalera tan larga, no en esta villa. Lo sé. Mirad, si quisierais entrar allí desde el exterior, tendríais que llegar al alféizar desde otra ventana.

Telamón observó el ancho alféizar que había bajo la ventana del segundo piso.

—Me gustaría estudiar eso —murmuró—. Pero echemos otro vistazo al pobre Pamenes.

Telamón levantó la túnica y examinó el pecho, notando la sudorosa piel y las delgadas costillas. También observó con detenimiento la vestidura, pero no pudo detectar ningún rasgón ni ningún roto que indicasen que alguien la hubiese agarrado.

—Ha sido un accidente —dijo Cherolos, arrastrando las palabras—. Nadie le ha visitado.



—Ah, alguien sí —replicó Bessos.

—¿Quién?

Bessos se encogió de hombros.

—Pamenes se levantó temprano: bajó a las cocinas y luego volvió. Le oí caminar de aquí para allá. También oí a alguien pasar por delante de mi puerta, estoy seguro, pero no sé quién.

—¿Yendo hacia la habitación de Pamenes o marchándose? —preguntó Telamón.

—¡No estoy seguro!

Telamón asintió: a efectos prácticos, pensó, un desafortunado accidente. Pero sintió un escalofrío de temor, pues sospechaba que había sido un asesinato.

## Capítulo II

«Ada presentó una petición para recuperar el lugar de sus ancestros y solicitó la asistencia de Alejandro».

Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, Libro 16, capítulo 24.

**O**rontobates se apoyó en su triclinio y aceptó agradecido los cumplidos de sus colegas.

—Anguilas con salsa de mora —comentó el gobernador persa con orgullo— es una de las exquisiteces que sirven mis cocineros. Debo daros la receta: vino tinto y blanco, orégano y salsa de pescado...

—Un plato excelente —intervino Memnón bruscamente.

Estaba sentado en el borde de su triclinio, con una copa de vino en la mano, mirando hacia los faroles de aceite que colgaban de los árboles. Habían cenado en la terraza privada del gobernador, un recinto con techo que daba al jardín con su elevada fuente en forma de delfín saltando. Al atardecer parecía como si el delfín estuviese tallado en plata pura. El cielo nocturno se había vuelto de un color violeta, rasgado con trazos de rojo dorado mientras el sol se acababa de poner.

—Es difícil imaginar la guerra —murmuró Orontobates.

Memnón observaba a las libélulas revolotear sobre la fuente. En algún lugar más allá del recinto unos músicos tocaban suavemente: Memnón reconoció la cadenciosa melodía, una canción de amor sobre un joven soldado lejos de casa. El aire era cálido y limpio. Las flores de las cestas amontonadas alrededor del recinto acababan de cortarse, y habían sido ligeramente apretadas para que su agradable olor no se perdiese. Las mesas delante de cada triclinio estaban apiladas con platos y bandejas de plata, los restos del festín de Orontobates. El gobernador había bebido mucho, y tenía una mirada de malicioso placer como si estuviese saboreando un secreto muy agradable.

—Mi señor Mitra ha vuelto a Persépolis —Orontobates se inclinó hacia delante y agarró la jarra de vino.

—¡Gracias al Señor de la Llama Oculta! —murmuró Efiates.

Orontobates alzó su copa y brindó por el tebano.

—Es bueno verle venir y es bueno verle marchar —asintió—. Ha vuelto bien satisfecho por lo que ha visto y oído...

Orontobates se calló cuando una bailarina siria, desnuda si no fuera por un taparrabos plateado, apareció en la entrada. Se inclinó con maliciosa afectación, y los pequeños cascabeles plateados de sus brazaletes tintinearón ligeramente. Tenía un suave rostro infantil, ojos de azabache, nariz respingona y una bonita boca, encuadrado todo con una peluca untada de aceite sujeta con una cinta dorada. Se movía sinuosamente: Orontobates brindó por ella y luego movió los dedos. Por la

cara de Memnón se podía decir que el rodiano no estaba de humor para bailar; lo que deseaba era hablar. Orontobates despidió a la muchacha.

—Estáis ensimismado, Memnón.

—¿Están preparados? —contestó éste con brusquedad.

—Salieron de la ciudad hace ya un tiempo —Orontobates sonrió. Alzó la vista hacia las estrellas que brillaban como diminutas joyas plateadas sobre cojines púrpura—. Estarán en posición y darán la bienvenida a mi visitante macedonio. ¿Cómo lo sabíais? —Miró fijamente al rodiano—. ¿Cómo sabíais que Alejandro llegaría esta noche a la Villa de Cibeles?

Memnón se encogió de hombros. Rellenó su copa pero añadió tanta agua como vino.

—¿Vos qué creéis, Orontobates? Apuesto cinco daricos de oro a que Alejandro saldrá ileso.

Orontobates movió la cabeza de un lado a otro, calculando la apuesta.

—Acepto —respondió—. Mis hombres son expertos guerreros. Han luchado en los desiertos, en pasos de montaña...

—¿Es que Alejandro no irá bien protegido? —preguntó Efialtes.

—Irá bien protegido —asintió Memnón—. Pero también es impetuoso, como probablemente veamos mañana por la mañana. Cree que está protegido por los dioses. Se considera el nuevo Aquiles, aunque sin ningún talón vulnerable. Estará bien recordarle que es un mortal como los demás.

—¿Cómo lo sabíais? —Efialtes repitió la pregunta sin contestar de Orontobates.

Memnón hizo un gesto hacia el huerto más allá del pequeño pabellón.

—¿Oís a los ruiseñores, Efialtes? Cuando estaba en Rodas tenía un ruiseñor como mascota y siempre empezaba a cantar cuando caía la noche. Para responder a vuestra pregunta, me lo dijeron los pájaros —se rascó el sudor del cuello—. Es mejor que no diga nada más.

Efialtes apartó la mirada para esconder su fastidio. A primera hora de aquella tarde, Memnón les había hecho llamar a él y a Orontobates. Memnón, por una vez, estaba nervioso de entusiasmo, incapaz de contenerse. El señor Mitra se había marchado unos días antes, y Memnón se había dedicado exclusivamente a preparar las defensas de la ciudad. Iba a hacer una referencia ocasional a un espía, a una información valiosa, pero, cuando se reunieron, el rodiano estaba eufórico.

—Primero pensé que el tipo era un embaucador, un farsante —les había confesado. Luego contó a sus compañeros comandantes lo que le habían revelado: que Alejandro estaba a punto de llegar a la Villa de Cibeles protegido por sólo una reducida tropa de asalto. Orontobates se puso eufórico hasta que Memnón siguió con las noticias: el escriba Pamenes había sido asesinado. El espía de Memnón le había confiado que el cadáver del escriba yacía en un cobertizo de la villa y que en su sudario se encontraba su diario secreto. La sonrisa se desvaneció de la cara del gobernador persa. En su entusiasmo, Memnón no le prestó atención.

—Mi espía ha insistido en que tanto el cuerpo como el diario sean robados. Debemos enviar una fuerza de ataque experta.

—Sí, sí —Orontobates había aceptado rápidamente—. ¡El cuerpo y el diario! —El gobernador persa se había puesto nervioso, rascándose la mejilla, atusándose la barba. Al rato, Memnón le había preguntado por qué.

—Pamenes —había suspirado el gobernador persa— era el espía del señor Mitra en la corte de la reina Ada.

—¿Qué? —Había gruñido Memnón.

—No sé quién es vuestra fuente, señor Memnón —había comentado Orontobates—, pero parece que sabe bastante. Como he dicho, tanto el cuerpo como el diario deben ser robados. ¡Me ocuparé de ello!

El buen humor habitual de Orontobates había vuelto. Efiartes sabía que los agentes del gobernador persa en la ciudad le habían traído buenas noticias. Orontobates se había decidido por una celebración y había preparado un pequeño banquete en el que sus cocineros se habían superado a sí mismos. Durante el festejo, Efiartes y Memnón estuvieron desconcertados por cómo Orontobates se vanagloriaba constantemente, moviendo los labios en silencio como si saborease una gracia. El gobernador persa volvió a llenar su copa, y agarró las dos asas de plata de ambos lados.

—Tengo un regalo para vos, Memnón —alzó la copa y dio un sorbo—. No sois el único con secretos.

—¿No será otra bailarina? —bramó Memnón—. Si no os lo he dicho mil veces, no os lo he dicho ninguna, Orontobates: ¡sólo hay una mujer en mi vida!

—Lo sé —intervino Orontobates—, la bella Barsina. No, no es una muchacha —golpeteó el lado de su copa con las uñas—. Ni un tesoro, ni una espada, se trata de un eunuco. De hecho, ¡*del* Eunuco!

Orontobates rió ante su sorpresa. Volvió a dejar la copa en el suelo, se acomodó y dio unas palmadas: su capitán de la guardia apareció en la puerta.

—¡Traed al prisionero!

El capitán se fue y volvió con uno de los individuos más curiosos que Memnón había visto en su vida. Al principio pensó que se debía a la poca luz.

—¡Acercadlo! —ordenó Orontobates.

El hombre, vestido con una bata de la cabeza a los pies, fue empujado hacia ellos en medio del ruido que producían las cadenas y grilletes que tenía alrededor de muñecas y tobillos. Era muy alto, de al menos un metro noventa, y delgado como una aguja. Su extraño rostro, la cabeza calva, y la manera en que le sobresalía el labio inferior le recordaron a Memnón a una carpa recién pescada. No miró a Orontobates sino justo delante de él. El capitán de la guardia le apretó el hombro y le obligó a arrodillarse. El eunuco miró por encima del hombro a su torturador, con la maldad brillando en sus ojos. Se quejó y gimió como si tuviese las rodillas magulladas y, sin que se lo dijeran, se volvió a apoyar sobre los pies. Alzó las manos y se tocó la

cicatriz que cubría el lugar en el que debía estar su oreja derecha.

—No es muy buen regalo —murmuró Efiates.

Memnón estudió sus rasgados ojos, la prominente nariz, aquel labio inferior sobresaliente, preparado para protestar. El prisionero aún rechazaba mirar al gobernador o a sus acompañantes: parecía fascinado por un tapiz que colgaba detrás de Orontobates.

—¿Vais a regodearos? —La voz del eunuco era áspera—. ¿Es para eso que me habéis traído hasta aquí? ¿O me haréis bailar? ¿Voy a ser crucificado? ¿O sólo perderé la cabeza?

—¡Caballeros, caballeros! —Orontobates extendió las manos—. Contemplan a esta criatura y maravíllense. Se hace llamar el Eunuco, un accidente de nacimiento, creo. Carece de lo que la mayoría de hombres tiene entre las piernas.

—¡Y la mayoría de hombres carece de lo que tengo entre las orejas! —replicó el Eunuco.

Memnón le observó más de cerca. El vestido del Eunuco estaba sucio, tenía unos pocos pelos antiestéticos en la barbilla y, cuando se movía, su agrio olor se esparcía entre los fragantes perfumes del pabellón del gobernador. Al lado izquierdo de su cara tenía una cicatriz donde su oreja había sido extirpada, pero eran sus manos lo que fascinaba a Memnón: sus dedos eran largos y finos, curvados ligeramente como las garras de alguna gran ave, con uñas limpias y bien cortadas.

—¿Debo presentarte a mi invitado? —murmuró Orontobates—. Estoy tan contento de haberte atrapado... No vas a ir al campo de ejecución, Eunuco. ¡Oh no!

El cambio en la expresión del hombre fue sorprendente: sus ojos parecían agrandarse, la boca ya no le sobresalía tanto, los labios se separaron descubriendo unos buenos dientes blancos. Se estaba tambaleando hacia delante, pero el capitán de la guardia, un mercenario griego, le agarró por la nuca y lo tiró hacia atrás.

—Como decía —prosiguió Orontobates—, no conocemos el nombre de este sujeto, que se hace llamar el Eunuco y no oculta su deformidad. Algunos afirman que es un amonita, otros que nació en Canaán, hijo de una bruja.

—¡Oh, nada de magia negra ni nigromancia! —exclamó Memnón.

El Eunuco se volvió con una desdeñosa mirada en su cara.

—No, nada de eso —respondió Orontobates—. Nuestro amigo el Eunuco ha recorrido la faz de la tierra. ¡Levanta las manos, Eunuco!

El prisionero obedeció.

—Fijaos en esas manos, esos dedos finos y delgados, señor Memnón. Mis músicos, especialmente mis arpistas, considerarían esas manos como un regalo de los dioses.

—¿Aunque sólo tenga una oreja? —preguntó Memnón.

—Oh, es el resultado de un cliente más bien insatisfecho de hace unos años. El Eunuco es el mejor de los escribas, sea con una tabla de cera, un trozo de papiro o un pergamino. Es un maestro falsificador; en su pequeña bolsa lleva algunas órdenes y

cartas, pases y licencias, todas selladas por tal gobernador o tal otro. ¡Incluso ha falsificado el sello del Rey de Reyes! Cualquiera que quiera cruzar las fronteras, tener un contrato de venta falso o una licencia para comerciar, va en busca del Eunuco. Muy raramente les falla. Sólo una vez, ¿eh? —Orontobates se inclinó hacia delante—. ¿Fue un mercader de Damasco? El Eunuco cometió un error, uno muy simple. Redactó un documento en nombre de un oficial de la frontera pero un escriba con ojo de lince, que era miembro de la familia de aquel oficial, se dio cuenta de que la fecha era incorrecta...

—Sólo por unos pocos días —se quejó el Eunuco.

—En cualquier caso —suspiró Orontobates—, los bienes del mercader fueron incautados. Él y sus socios fueron en busca del Eunuco. Debo decir que tuvo mucha suerte de escapar con la única pérdida de su oreja. Nuestro Eunuco es un hombre adinerado al que le gusta jugar. También le gustan las mujeres jóvenes, ¿verdad? Quizás ellas no puedan hacer mucho por él, pero él seguro que puede hacer algo por ellas: ¡nuestro Eunuco es un hombre de secretos!

Memnón de repente se dio cuenta de adonde quería ir a parar Orontobates.

—¿El manuscrito pitio?

—¡Correcto! —sonrió Orontobates—. Eunuco, ¿has oído hablar del manuscrito pitio, el cifrado del arquitecto que construyó las murallas de la ciudad?

—Pensaba que era una leyenda.

—¿Entiendes los cifrados? —preguntó Memnón.

El Eunuco le miró fijamente, con sus negros ojos como la obsidiana, cuyas pupilas estaban tan dilatadas que el blanco apenas se veía.

—¿Eres un traidor? —preguntó Memnón.

—¿Puede nadar un pez? —se mofó Orontobates.

—Sí, creo que eres un traidor —Memnón estiró el brazo y sostuvo la barbilla del Eunuco—. Pero ¿conoces los cifrados, la escritura secreta? ¿Podrías resolver el código pitio?

—¡Díselo! ¡Díselo! —Orontobates se frotaba las manos.

—Lo que su excelencia el gobernador ha dicho es cierto —confesó el Eunuco—. He recorrido la faz de la tierra, señor.

Memnón retiró la mano. El Eunuco, levantándose, se movió hacia delante sobre sus rodillas hasta que sólo les separó la mesa.

—He estudiado los manuscritos de los templos de Menfis en Egipto y también los de Babilonia. Incluso trabajé durante un tiempo en la ciudad de Delfos.

—Ah sí, el lugar de los oráculos —asintió Memnón—. La escritura secreta de los sacerdotes.

—Puedo dar fe de ello —intervino Orontobates—. Nuestro amigo incluso ha interceptado a mensajeros reales, se ha apropiado de las misivas que llevaban y las ha traducido para aquellos ojos que nunca deberían haberlas leído: por eso hemos estado buscándole por todas partes.

—¿Cómo lo habéis atrapado? —quiso saber Memnón.

—Con un cebo —respondió Orontobates—. Un príncipe mercader, conocido mío, empezó a correr la voz de que necesitaba ciertos pases y licencias. Ofrecía una gran recompensa y nuestro amigo no pudo resistirlo. Lo cogimos en el barrio de los curtidores. Intentó escapar fingiendo ser un mendigo. ¿Qué triunfo, eh?

—¿Traducirás el manuscrito pitio? —preguntó Memnón.

—Podría intentarlo.

—Seguro que lo harás —le amenazó Orontobates—. ¿Has visto ahí fuera el Palacio de la Calavera?

La sonrisa se desvaneció del rostro del Eunuco.

—¿Has visto las horcas? Allí crucificamos a los hombres. Algunos tardan días en morir, ¿verdad, capitán?

—En algún caso, semanas, Su Excelencia.

—Una horrible muerte, la crucifixión —continuó Orontobates, arrellanándose en el triclinio—. Te mantenemos vivo con agua para que el sol no te quemee, pero al final, las piernas flaquean. Tú tienes unas piernas largas, Eunuco, y fuertes brazos. Te mantienes arriba hasta que pierdes el sentido una y otra vez, sientes el cuerpo decaer, el tórax se bloquea como una barra de acero alrededor del pecho. Empiezas a ahogarte, así que te empujas hacia arriba y la danza empieza de nuevo. Creo que tú podrías sobrevivir, eh... —Entrecerró los ojos, frunciendo la boca—, cuatro, o incluso cinco días.

—¿Qué queréis? —preguntó el Eunuco.

—El manuscrito pitio traducido —ordenó Memnón.

—¿Y si lo consigo?

Memnón se rascó la barbilla.

—Un perdón total por todos los delitos y ofensas. Dos bolsas de daricos de oro, una licencia y un pase para viajar a cualquier lugar del imperio.

—¿Y el tesoro? —El Eunuco levantó la cabeza.

—Ah, ¿así que conoces la historia del manuscrito pitio?

—¿El tesoro? —repitió el Eunuco—. Dicen que el arquitecto reveló dónde lo había escondido. Quiero la mitad.

Memnón ladeó la cabeza, estudiando al Eunuco atentamente.

—¿Sabes quién es Alejandro de Macedonia?

—En mis viajes he visto a su ejército.

Memnón metió su mano debajo del cojín. El Eunuco tragó saliva.

—¿Has estado en su campamento? —continuó Memnón.

Efialtes sacó las piernas del triclinio. Orontobates ya no sonreía.

—¿Dónde estuviste antes de llegar a Halicarnaso? —inquirió Memnón.

—Eh...

En algún lugar un arpista rasgueaba las cuerdas, suave y armonio, como una corriente de agua, una cadenciosa melodía. Memnón empujó la mesa a un lado, sacó

la mano de debajo del cojín y puso el puntiagudo filo de su daga contra la oreja izquierda del Eunuco.

—Podrías ser crucificado —murmuró—, y, si lo eres, te aseguro que colgarás de esa cruz sin ninguna de tus dos orejas.

—¿Qué ocurre? —bramó Orontobates.

—Me estoy preguntado algo sobre nuestro amigo —respondió Memnón—. ¿Cuánto hace que estás en Halicarnaso?

El Eunuco se mordió los labios.

—Tres días.

Memnón no movió la daga, pero se inclinó hacia Orontobates.

—¿Cuánto hace que vuestro amigo mercader estuvo corriendo la voz de que necesitaba aquellos pases?

—Al menos siete días.

—¿Entonces, por qué no mordiste el anzuelo antes? —Memnón apretó la daga tanto que la cara del Eunuco se contrajo de dolor—. ¿Te digo dónde has estado? Eres un falsificador y un estafador —prosiguió—. Un hombre al que le gustan las diabluras como a un pájaro volar, y no hay un lugar mejor para llevarlas a cabo que en un ejército en marcha. ¿Has estado ocupado entre los macedonios, Eunuco? Falsificando cartas y licencias para acumular provisiones, ¿eh? Mi señor Gobernador, ¿no habéis mencionado una pequeña bolsa que llevaba esta criatura?

—No la hemos encontrado —respondió Orontobates—. El Eunuco visitó una vinería al final del barrio de los curtidores. Se volvió receloso y huyó: su bolsa podría estar en el fondo de algún pozo o escondido bajo un montón de basura.

—Habría sido interesante ver qué había en ella —sonrió Memnón—. Lo veo en tus ojos, Eunuco: te estás preguntando si decir la verdad o mentir. ¿Te gustan las apuestas, los juegos de azar? Apuesta ahora. Si pierdes, te quitaré la oreja y su Excelencia te quitará la vida.

—Es verdad.

El Eunuco estaba temblando. Había intentado mentir, pero los ojos de párpados caídos de aquel mercenario griego parecían leer sus pensamientos más íntimos.

—Cuando el ejército macedonio bajó de las montañas me uní al campamento. Como decís, buscaba posibilidades y allí había muchas. Cualquier extraño que aparezca en un pueblo o ciudad es tomado por amigo del Macedonio...

—Y tratado con respeto —interrumpió Memnón—. Estoy seguro de que llevabas cartas que te proclamaban amigo del rey de Macedonia. ¿Correcto? Por eso te deshiciste de tu bolsa. Por eso ahora estás tan nervioso. Pero, continúa, continúa.

—Me enteré de lo del manuscrito pitio —el Eunuco tragó saliva; su garganta estaba tan seca que sintió que tragaba polvo. Memnón le ofreció su copa de vino, y el prisionero bebió con avidez.

—Todo el mundo sabe que Alejandro marcha hacia Halicarnaso. En el campamento circulaban rumores. Se comentaba que los escribas de la reina Ada



estaban intentando traducir el manuscrito pitio.

—¿Y?

—Fui y ofrecí mis servicios.

El Eunuco gimió cuando el cuchillo de Memnón le presionó un poco más, y un hilo de sangre bajó por su mejilla.

—Pero algo fue mal —gritó—. El títere de Alejandro, el brujo...

—¿Aristandro?

—El mismo.

—Supongo que empezó a hacer preguntas, ¿no?

—Sí, sí. Por eso huí. Llevaba cartas macedonias: por eso Aristandro y sus brutos estaban interesados en...

—¿Crees que puedes descifrar el código? —Memnón apartó la daga.

—Por la recompensa —el Eunuco se tocó la oreja izquierda—. Y por venganza. Señor, puedo resolver el enigma, ¡y más rápido que cualquiera de los escribas de Alejandro!

—¿Fue un accidente o un asesinato?

Alejandro de Macedonia se acomodó mejor en su triclinio, con sus ojos de extraño color rojos de cansancio: llevaba el cabello empapado de sudor y el agotamiento le arrugaba las mejillas. La copa de vino que sostenía contenía más agua que el jugo que bebió en Lesbos. Apenas había probado los platos de lamprea, marisco y pollo relleno de olivas, y sólo había comido unos cuantos pasteles de miel y sésamo.

Telamón echó un vistazo alrededor de la sala. Quería asegurarse de que nadie estaba escuchando. Hefestión, amigo del alma de Alejandro, se había quedado dormido sobre el triclinio a la derecha del rey, como el general Ptolomeo, que tras beber dos copas de vino había caído de inmediato en un sueño profundo, con un trozo de pastel aún agarrado entre sus dedos. El resto de invitados, incluyendo a Solán y a los escribas, estaban charlando entre ellos. El *mageiros* permanecía en la puerta mirando tristemente al rey. Alejandro se volvió y le vio.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —susurró.

—Apenas has tocado la comida —murmuró Telamón—. Has herido sus sentimientos. Iba a preparar un plato de anguilas.

—Mi estómago bulle como un cazo sobre el fuego. Pero supongo que... — Alejandro alzó su copa de vino en dirección del *mageiros*—. ¡Una magnífica cena, señor! —gritó, ahogando toda conversación—. No le hecho el honor, pero es culpa mía, no vuestra. Podéis aceptar este brindis como muestra de reconocimiento.

El *mageiros* hizo una reverencia y se retiró. Un oficial del Escudo de Plata, una unidad de infantería de élite, cerró las puertas detrás del cocinero y volvió a su puesto de guardia entre las sombras. Él y sus oficiales rodeaban los triclinios de la cena, silenciosos como estatuas, con las manos en las empuñaduras de las espadas, y los ojos en su señor. Otros miembros de la unidad patrullaban las galerías y pasillos o

permanecían afuera en el jardín bajo las acacias, los sicomoros y las palmeras. Los músicos ya se habían marchado, rendidos de desesperación. El rey apenas se había dado cuenta de su presencia: había susurrado a Sarpedón, quien estaba tumbado en un triclinio de enfrente, que deseaba paz y tranquilidad más que nada.

—¿Accidente o asesinato? —repitió Alejandro.

—Te lo diré luego —respondió Telamón.

El rey frunció el ceño, en señal de enfado acumulado. Telamón se prometió a sí mismo que sería cauteloso. Dio gracias a los dioses que Casandra no hubiese sido invitada. En ocasiones Alejandro encontraba sus sardónicos comentarios difíciles de soportar.

—Lo que yo quiero saber —insistió Telamón—, es ¿por qué tanta prisa? ¿Cuántos hombres has traído contigo?

—No muchos.

—Podías haber caído en una emboscada.

—Eso nunca ocurrirá.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Mi madre me dijo que seré el conquistador más grande del mundo —Alejandro sonrió—. Marcharé hasta el borde de la costa oriental mientras mi vida esté en manos de los dioses.

—¿Crees a Olimpia?

—Le temo —dio un sorbo de la copa.

—A ella no le agrada saber que has adoptado a otra madre.

Entonces Alejandro inclinó la cabeza hacia atrás y rió.

—¿Te refieres a la reina Ada? Un golpe maestro, ¿verdad? ¡Ahora soy su legítimo heredero! Las ciudades y pueblos leales a ella me han recibido con coronas de oro y guirnalda de flores. Mi madre verá de qué soy capaz. Ella sabe que sólo hay una Olimpia —el rey bajó la voz—. ¡Demos gracias a los dioses!

—¿Y aún insistes en marcharte mañana temprano?

—Al alba —contestó Alejandro—. Quiero ver las defensas de Halicarnaso por mí mismo.

—Eso también es peligroso.

—¡La vida es peligrosa! —protestó Alejandro, señalando hacia los platos—. Podrían estar envenenados, o una espina se me podría haber quedado clavada en el gaznate.

—¿Y el resto del ejército?

—Están a medio día de camino —Alejandro cerró los ojos—. He dejado a Parmenio al frente; el viejo oso estará conduciendo a sus tropas con la mordacidad de su lengua.

Telamón apartó la vista. Podía imaginarse a Parmenio, con su cara quemada por el sol y el cabello gris, moviéndose a caballo entre las filas de hombres sudorosos, instándoles a que continuaran adelante. Nubes de polvo envolviendo a las diferentes

unidades que vociferan canciones subidas de tono. Los oficiales gritando órdenes entre un estruendo de trompetas. El traqueteo de los carros y los estruendosos cascos de la caballería resonando mientras el ejército, como una plaga de langostas, acababa con los productos del campo y secaba sus arroyos y pozos.

—Memnón estará esperándote.

—Y yo le estaré esperando a él. Esta vez le atraparé.

—Él cree que te ha atrapado a ti.

—Es cierto —Alejandro cogió una oliva y la mordió con cuidado—. He visto los mapas. Mis torres de asalto aún están en el mar.

—¿Entonces, qué vas a hacer? ¿Saltar las murallas de Halicarnaso? ¿Ponerte alas como Ícaro y volar hacia el sol?

Alejandro se inclinó en el borde del triclinio, a pocos centímetros de Telamón: su aliento olía a vino, pero ni siquiera el polvo y el sudor podían tapar la extraña fragancia que emanaba su piel. Iba sin afeitar y su barba de tres días, roja y dorada, brillaba bajo la luz de las lámparas de aceite, y su cabello estaba echado hacia atrás descuidado y sin aceitar. Telamón señaló la copa de vino del rey.

—No vayas a beber demasiado.

—No vayas —imitó Alejandro—. Me preocupas, Telamón. Me preocupas en serio —añadió—. ¿No me crees, eh? Piensas que sólo estamos marchando hacia delante y hacia atrás. ¡Mira tus mapas! —susurró el rey—. Cuando caiga Halicarnaso, todos los puertos del Egeo serán míos. Los persas pueden flotar como polvo sobre un estanque mientras yo ataco el centro.

—¿Y por qué no lo haces ahora? —contestó Telamón.

El rey suspiró y se acomodó en el triclinio.

—Podrías evitar la ciudad —continuó Telamón—. ¿O es algo más, Alejandro? Has ganado tu gran batalla en el Gránico. ¿Estás intentando imitar a tu padre, Filipo, el gran asaltador de ciudades? ¿Quieres mostrar, al mundo que ningún lugar, por magníficas que sean sus fortificaciones, puede resistirse a Alejandro?

El rey escupió el hueso de la oliva en la palma de su mano y se la secó con un trapo.

—Pareces estar resuelto a discutir. Te hago preguntas, Telamón, y no respondes.

—Yo sólo quiero saber por qué —declaró el médico—, por qué te vas a plantar delante de Halicarnaso.

—Necesito el puerto.

—No, no es verdad. Aunque tomes la ciudad, Memnón puede retirarse a una de sus ciudadelas y la flota persa podría quedarse allí. Me pregunto...

Alejandro le fulminó con la mirada y guiñó un ojo.

—Halicarnaso... —dijo—. Oye, por cierto, ¿por qué Sarpedón lleva guantes?

Telamón se lo explicó.

—Igual que tu padre, ¿eh, médico? —se burló Alejandro—. Dejó el ejército de mi padre para convertirse en jardinero, en granjero.

—Se cansó de matar, del derramamiento de sangre.

—A muchos soldados les pasa —Alejandro alzó su copa de vino y brindó por Sarpedón, el cual se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—¿Qué me estabas diciendo? —insistió Telamón.

—Halicarnaso es una gran ciudad. Más allá de sus murallas yace el magnífico mausoleo. Halicarnaso representa las mejores defensas de la parte occidental del imperio persa. Tienes razón. Si me hago con ella, en contra de todo pronóstico, será mejor que cualquier otra victoria en tierra o mar. Proclamaré al mundo que ninguna fortaleza puede resistírseme.

—¿Y tu padre?

—Filipo duerme en el Hades —masculló Alejandro—. Quiero que se quede allí, ¡que no acose mis sueños!

—¿Aún tienes pesadillas?

Alejandro asintió.

—Fuera del portalón, Telamón, Filipo se dirige al anfiteatro: todos los representantes de Grecia están esperando para saludarle. Pausanias el asesino se aproxima corriendo, daga en mano. Le veo lanzar la estocada. No sé si advertir a mi padre o animar al asesino.

—¿Hablas de esto con Hefestión?

—No —Alejandro parecía sumido en sus pensamientos—. Pero sí conmigo mismo. ¿Mate yo a mi padre? —Se dio unos toques en la cabeza—. ¿Recuerdas cuando éramos muchachos en las arboledas de Mieza, recuerdas la academia de Aristóteles? Nuestro gran filósofo, cuando no se estaba pintando las uñas, nos hablaba del alma y de la voluntad. Sostenía que los seres humanos se mueven y actúan en diferentes niveles. Somos lo que pensamos que somos. Somos lo que queremos que los demás piensen de nosotros. Y, finalmente, somos lo que verdaderamente somos. ¿Quise en realidad la muerte de Filipo? ¿Aplaudí en secreto al asesino? ¿Fue Filipo mi padre? ¿O tiene razón Olimpia? ¿Fui concebido por un dios?

—Eres el hijo de Filipo, Alejandro. Eres inocente de su asesinato, aunque tu madre no. Filipo te engendró. Posees su genio.

Los ojos de Alejandro se entrecerraron.

—Puede que incluso seas más grande —continuó Telamón—. Pero más grande en qué, no estoy muy seguro.

Alejandro se puso a reír, y señaló adonde Gentius y Demerata se estaban besando.

—Tengo ganas de escucharle... pero no esta noche —añadió, cansado.

—¿Dónde están Aristandro y sus encantadores muchachos, el Coro?

—Ah, tengo noticias para ti —Alejandro empezó a reír—. Tuvimos que dejar atrás a Aristandro. No se encuentra bien.

—Algo sin importancia, espero...

—Aristandro quiere verte. Sufre un catarro. Sólo confía en ti y ha despedido a los

otros médicos, Cleon, Perdicles y Nicias. ¡Dijo que no volvería a poner sus dedos en ningún lugar cerca de su nariz o de sus orejas! Bueno, Telamón, la muerte de Pamenes: ¿asesinato o accidente?

—Podría ser asesinato. Pamenes estaba en su habitación solo.

—¿En la llamada cámara del fantasma?

—Sí, las tablas del suelo crujen, como un barco anclado. Pamenes se levantó pronto esta mañana: bajó a las cocinas a comer un poco de pan, queso y uvas. Luego volvió a sus estudios. El resto del servicio siguió con sus obligaciones. El *mageiros* y sus pinches han estado muy ocupados en las cocinas. Sabían que ibas a venir, lo cual quiere decir que también lo sabía cualquier espía persa.

Alejandro agitó la mano, desechando la idea.

—Yo estaba en el jardín con Casandra...

—¿Cómo está?

—Tan afectuosa y adorable como siempre.

Alejandro sonrió.

—Sarpedón estaba ocupándose de las flores. Sólo volvió a la casa una vez, para beber algo de vino aguado. Luego se dirigió a la sala de los telares para hablar de los progresos. La discusión fue muy breve —añadió Telamón con sequedad—. Bueno, según Bessos, Pamenes aún estaba caminando de un lado a otro cuando salió de su habitación para asistir a la reunión.

—¿Pero dices que Pamenes llevaba muerto al menos una hora?

—Podría equivocarme —confesó Telamón—. Y que la muerte súbita provocara el enfriamiento.

—¿Y si ha sido un accidente? —preguntó Alejandro.

—Al parecer, a Pamenes le gustaban los animales y los pájaros. Tenía una cesta de alpiste en su habitación y se asomaba por la ventana para dar de comer a los diferentes pájaros, en particular a las palomas que se posaban en el alféizar. He estado en su habitación. He cogido un poco de alpiste y me he asomado a la ventana. Es bastante posible que Pamenes se haya inclinado hacia delante, haya perdido el equilibrio, y haya caído. Es un accidente bastante común. Cayó rozando la casa, pues la rodilla izquierda estaba ligeramente arañada —Telamón dio una palmada—. Su cabeza golpeó el pavimento, un caminó de ladrillo rojo construido alrededor de las paredes para evitar la humedad. La muerte debe de haber sido instantánea; tenía el cráneo aplastado.

—¿Una caída así mataría a un hombre?

—Sí. ¿Recuerdas las lecciones de Aristóteles sobre el movimiento? Es posible que durante unos pocos segundos Pamenes luchara para recobrar el equilibrio y puede que eso haya dado más peso y velocidad a su caída. Cayó dando una o dos vueltas, y la cabeza chocó contra el duro suelo.

—¿Pero no gritó? ¿Seguro que nadie le oyó?

—La habitación de Pamenes está separada de la de Bessos en el exterior por un

pequeño contrafuerte de unos treinta centímetros de ancho. Puede que haya caído en silencio, o que el grito haya sido inaudible —Telamón señaló a Gentius y Demerata, que aún se miraban con adoración el uno al otro—. Nuestro maestro actor y su esposa estaban preparando su obra al sonido de los platillos, lo cual estaba distrayendo a todo el mundo.

—¿Ha podido entrar alguien en el dormitorio y haber tirado a Pamenes?

—Las puertas estaban cerradas, y no había señales de lucha. No hay ninguna otra marca o contusión en el cuerpo de Pamenes que no pueda explicarse por una caída repentina.

—¿Podría alguien entrar y cerrar la puerta, convencer a Pamenes para que se acercase a la ventana, empujarlo y escapar por el alféizar?

—Y yo he pensado lo mismo —asintió Telamón—. Pero a Pamenes le habría dado tiempo para forcejear, y no hay desorden en la habitación. He examinado el alféizar: está cubierto de polvo y excrementos de pájaro. Te aseguro que nadie ha caminado por ahí.

—¿Podrían haber escalado? —Alejandro estaba disfrutando con aquel interrogatorio.

—No, a menos que fuese un mono o una mosca. He hecho inspeccionar la villa. No hay escaleras para subir hasta esa altura.

Alejandro apoyó la cabeza en el brazo del triclinio. Telamón no sabía si iba a ponerse a dormir o a pensar.

—¿Pamenes tenía enemigos? Mira a tu alrededor, Telamón: ¿y ese sacerdote con la extraña máscara? Pamenes no le gustaba.

—Había resentimiento entre ellos —reconoció Telamón— por una dama de la corte de la reina Ada. Bessos era bastante amable con Pamenes: sentía una gran admiración por su destreza. Solán estaba celoso: al parecer, la reina Ada estaba prestando a Pamenes más atención de la que debería.

Ambos se quedaron mirando al escriba mayor, con su lacio cabello cayéndole por la cara. A pesar de su aspecto escuálido, cogía la comida con tanta avidez como un buitre la carroña.

—Si no recuerdo mal —dijo Alejandro, arrastrando las palabras—, Solán fue quien escogió la Villa de Cibeles. Bueno, él y Sarpedón, pero fue Solán quien tomó la decisión final. También contrató al *mageiros*. ¿Nuestro cocinero no trabajó una vez en las cocinas del gobernador de Halicarnaso hasta que se hizo una investigación sobre ciertos platos que faltaban? El tipo decidió inmediatamente unirse a la corte de la reina Ada.

—¿Estás diciendo que podrían ser asesinos, espías? —Telamón puso mala cara—. Es posible: Darío y Memnón, por no decir el señor Mitra, pagarían un tesoro por tener tu cabeza —hizo un gesto hacia los platos—. El propio Sarpedón ha probado tu comida.

—¿Y qué dices de él? —Alejandro se incorporó—. Ah, por cierto, ¿adónde ha

ido?

—Sarpedón es un buen soldado —contestó Telamón—. Serio con sus obligaciones, aunque no muy culto. Por lo que tengo entendido le gustaba Pamenes. Él y Bessos a menudo compartían una copa de vino con él.

Telamón se quedó mirando las lámparas de aceite que ardían con luz parpadeante en sus cuencos.

—¿Recuerdas lo que decía Aristóteles? ¡Observa la evidencia! —murmuró—. Lo que es posible debe ser probable. Toda evidencia alrededor de la muerte de Pamenes señala hacia un desafortunado accidente.

—Te conozco, Telamón, quizá mejor que tú a mí —susurró el rey.

Telamón echó un vistazo a su alrededor. Los escribas, los demás invitados y los oficiales habían bebido mucho. Las copas y los platos producían un estruendo increíble. El tono de la conversación había subido. Algunos estaban pidiendo a gritos que volviesen a encender alguna lámpara. Ptolomeo roncaba con la cabeza colgando, Hefestión trataba de mantenerse despierto.

—Hay coincidencias y coincidencias. La muerte de Pamenes —explicó Telamón—, parece un desafortunado accidente.

—¿O se hizo que pareciese un desafortunado accidente?

—Exacto. Él estaba trabajando en el manuscrito pitio.

—Aristandro también —Alejandro rió—. Menos cuando se está quejando de la nariz. Le ofreció ayuda un granuja llamado el Eunuco, que ha estado ocupado falsificando permisos y licencias. Sin embargo, antes de que los encantadores muchachos de Aristandro pudiesen ponerle sus delicadas manos encima, huyó del campamento. Ahora probablemente esté trabajando para Memnón en Halicarnaso.

—¿Es bueno? —preguntó Telamón.

—Cuanto más sé de él, más deseo que Aristandro no hubiese sido tan impetuoso. Es un hábil falsificador. Hace falta un hombre astuto para atrapar a un hombre astuto... es por eso que te necesito, Telamón —Alejandro hizo una pausa para beber un sorbo de su copa—. ¿Estaba Pamenes cerca de descifrar el código?

—Sarpedón sentía un gran respeto por él, como Bessos —respondió Telamón—. He estado examinando los manuscritos de Pamenes. Había algo extraño en aquella habitación —Telamón se mordió el labio—. Pero no sé qué es. Todo estaba en orden. En cualquier caso, encontré una tabla de cera en su caja de madera. He recordado una historia de Herodoto sobre cómo los espartanos fueron advertidos de la inminente invasión de Jerjes: el mensaje no estaba escrito en la cera, sino debajo, tallado en la caja de madera.

—¿Entonces has encontrado algo?

—Así es. «Epsilon» y «Pente».

—¡El nombre griego de la letra «E» y del número «5»! —exclamó Alejandro.

—Y algo más: un verso de la *Antígona* de Sófocles. «Imposible conocer...». —Telamón hizo una pausa—. Sí, eso es: «Imposible conocer el alma, los sentimientos y

el pensamiento de ningún hombre».

—«Hasta que no se le haya visto en la aplicación de las leyes y en el ejercicio del poder». —Alejandro acabó la cita—. No podría pensar en unos versos mejores para describirme a mí mismo.

—He encontrado la cita en un pedazo de pergamino —explicó Telamón—. Pamenes ha marcado la letra «E» de cada palabra —se encogió de hombros—. No puedo decir más que eso. También he encontrado un bastón y unos cuantos pedazos de pergamino, pero nada más.

—¿He oído que citabas a Sófocles? —gritó Gentius.

Telamón levantó la vista. Gentius tenía un oído más fino de lo que pensaba. ¡Habría que tenerlo en cuenta! ¿O es que podía leer los labios? Telamón había conocido a actores que poseían aquella habilidad. ¿Había estado Gentius siguiendo su conversación?

Mientras tanto, Alejandro había cogido un racimo de uvas y las estaba lanzando en la boca abierta de Ptolomeo. Hubo un alboroto en la puerta, y Sarpedón se acercó a toda prisa.

—He alertado al capitán de la guardia —murmuró a Telamón.

—¿Qué ocurre? —Alejandro se dio la vuelta.

—Mi señor, será mejor que permanezcáis donde estáis —susurró Sarpedón—. Puede que me equivoque. No quiero que se rían de mí como de un niño que se queja de los ruidos de la noche.

Telamón se levantó del triclinio y siguió a Sarpedón fuera. El pasillo estaba frío; las puertas habían sido abiertas. Los soldados se estaban armando con sus corazas musculadas y escudos plateados. Se sujetaban las faldas grises de piel con la correa púrpura, la insignia de su unidad, y se ponían cascos beocios que les protegían las orejas y la nuca. Un oficial estaba comprobando espadas y cinturones.

La puerta que daba al patio exterior se abrió de golpe. Un fornido individuo entró con grandes zancadas, con la barba y el pelo muy cortos, la cabeza cuadrada y la cara como un membrillo retorcido. La gran cicatriz que le atravesaba la cara le había vaciado su ojo derecho, y se curvaba hasta debajo de la oreja. Iba vestido con una coraza de cuero, falda y botas de marcha en los pies. Su gruesa capa negra, forrada de piel de oso, le proclamaba como Cleito el Negro, guardaespaldas personal de Alejandro. El horrible rostro de Cleito estaba adormecido; en una mano sostenía una jarra de vino, en la otra una pierna de pollo medio roída. Echó un vistazo a su alrededor, y con su ojo bueno miró a Telamón con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre, médico? ¿Ha empezado el banquete?

—Ya ha acabado —replicó Telamón—. Llegaste, tiraste tus riendas a un mozo de cuadra y cogiste esa jarra y esa carne de la cocina. Al minuto siguiente estabas roncando en uno de los establos.

—¿Qué es todo este alboroto? —Cleito colocó la jarra y el hueso de pollo en una mesa. Sarpedón se acercó; Cleito le reconoció y le dio un apretón de manos—.



¿Queréis estaros quietos? —gritó a los soldados que aún se preparaban.

Los hombres se quedaron tan quietos como ratones ante un gato. Un paje entró corriendo con el cinturón de combate de Cleito y se lo abrochó. Sarpedón hizo un gesto tanto a Cleito como a Telamón para que le siguiesen hasta el patio bañado por la luz de la luna. Telamón miró a lo lejos. Las puertas del otro extremo estaban abiertas; más allá estaban los jardines, oscuros y silenciosos. Sarpedón se detuvo y se quedó mirando hacia la noche como si pudiese ver algo. Desde la casa se oyó el ruido de pasos corriendo, y gritos de órdenes.

—¿Qué ocurre? —exigió Cleito, tambaleándose peligrosamente de un lado a otro.

—No estoy muy seguro —contestó Sarpedón—. Pero creo que estamos siendo atacados.

—¿Qué? —rugió Cleito.

—No quiero que me tomen por un cobarde —alegó Sarpedón. Señaló hacia la puerta—. Estaba ahí con una sirvienta tomando el fresco de la noche. Estoy seguro de haber oído el chirrido del acero y un grito ahogado. Recordé que un criado y su moza se habían marchado un poco antes —suspiró—. ¡Hay alguien ahí fuera que no ha sido invitado al banquete del rey!

## Capítulo III

«Los macedonios... reforzados, finalmente repelieron a sus desesperados asaltantes sin sufrir muchas pérdidas en el enfrentamiento».

Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*, Libro 2, capítulo 9.

Cleito y Telamón se apresuraron a volver a la casa. El guardaespaldas fue a advertir a Alejandro. Telamón cogió un cinturón con espada, se lo abrochó y se reunió con Sarpedón en la puerta del patio. La noche era hermosa, y las estrellas eran como luces en un cielo sin nubes. Había una luna llena tan majestuosa como un barco anclado. La brisa llevaba la fragancia de los parterres y las plantas. De vez en cuando el croar de una rana, intercalado con el chirrido de un grillo y el lejano canto de algún ave nocturna, interrumpía el silencio. Sarpedón había desenvainado su espada: permanecía escuchando, como un gato al acecho.

—Estoy seguro —murmuró—, de que el ruido ha venido de allí.

Atravesaron la hierba, húmeda ya por el primer rocío. Telamón recordó sus noches en los bosques de Mieza cuando Cleito les instruía en el ataque nocturno: cómo moverse, qué peligros tener en cuenta. Oyeron un aleteo sobre sus cabezas, y un pájaro salió volando y se alejó como un fantasma silencioso. El corazón de Telamón empezó a latir más deprisa. Podía oír su propia respiración y los fuertes resuellos de Sarpedón. ¿El ruido lo producía el follaje? ¿Era aquello un arbusto o se trataba de algún asesino escondido tratando de pasar desapercibido, arma en mano, preparado para atacar? Se alegró de que Sarpedón lo animara a avanzar, pues el movimiento aliviaba. Se adentraron aún más entre los árboles.

El pie de Telamón golpeó algo. Se agachó y su mano tocó carne húmeda, y una sustancia pegajosa ya fría. Se llevó los dedos a la nariz, y tocó otra vez lo que se imaginaba era el cuerpo de uno de los empleados de la villa que estaban buscando. Palpó el cabello largo y los pechos de una muchacha, y heridas de daga, una en la garganta, y la otra en el vientre. Sarpedón estaba ya agachado junto al cadáver del hombre que había despatarrado junto a ella.

—¡Tenemos que volver! —susurró Telamón.

Mientras se daba la vuelta, unas sombras parecieron levantarse del suelo. Telamón sintió un olor a sudor. Se movió a un lado justo cuando el asesino atacó, y arremetió con su espada. Detrás de él oyó el sonido del choque del acero mientras Sarpedón reducía a un segundo oponente. Entonces corrieron raudos como ciervos a través de la hierba hasta el claro que había a la entrada del patio.

Telamón oyó un grito detrás de él. Estaban apareciendo otras sombras, oscuras y siniestras, que amenazaban con impedirle escapar. Pensó en Sarpedón y se volvió. El espartano le seguía de cerca y le empujó hacia delante. Mientras se daba la vuelta, Telamón vislumbró algo aterrador: todo el huerto parecía haber cobrado vida, había

hombres por todas partes. Bajo la penumbra, las negras figuras se movían rápidamente como lobos hacia la villa. Sarpedón seguía empujándolo. A Telamón se le cayó la espada, pero, al final, resbalando y tropezando sobre los adoquines, alcanzaron la entrada. Delante de ellos las luces brillaban detrás de las ventanas. Cleito ya estaba ordenando salir a un destacamento del Escudo de Plata, completamente armado, lanzas en ristre y escudos altos. Formaban una línea de defensa que se extendía desde un ala de la villa hasta la otra, con al menos tres hombres de grosor. Un joven soldado corrió hacia delante.

—¡Estúpido idiota! —maldijo Sarpedón—. ¡Somos nosotros!

El hombre titubeó. Les permitieron pasar entre las filas de hombres completamente armados, cuyos ojos miraban desde detrás de sus yelmos. Los empujaron hacia las puertas. Alejandro estaba allí, armándose. Ptolomeo, con ojos pesados, tenía dificultades para abrocharse el cinturón de su espada. Telamón regresó a la entrada, y se subió en el pequeño Hermes que había en la cabeza de Apolo. Miró por encima de los cascos del Escudo de Plata que ya avanzaban por el patio. Se habían encendido antorchas y se habían colocado en los nichos. Al principio, Telamón pensó que se había imaginado a los atacantes: el patio que se extendía hasta el portalón permanecía en silencio. Estaba a punto de bajarse cuando de repente la entrada principal fue abarrotada, y los asaltantes aparecieron como una siniestra y veloz oleada. Entraron de golpe, bien organizados: una primera hilera se agachó, cargando arcos, y detrás apareció una segunda línea con flechas preparadas. Se encendieron y se lanzaron antorchas para proporcionar más luz. Una voz gritó. Las flechas se soltaron con un sonido de cuerda tensa y un silbido en el aire. Los macedonios del Escudo de Plata, sin embargo, levantaron sus escudos y formaron una muralla de bronce, contra la cual las flechas se estrellaron. Aquí y allá gritó algún hombre, soltando escudo y lanza y retorciéndose por la cruel punta que le agujereaba la cara o el cuello. Lanzaron una segunda descarga. Telamón fue bajado de un tirón. Cleito se lo llevó a rastras, cerrando la puerta de golpe mientras más flechas se clavaban en ella y en los postigos de madera. Alrededor de la casa empezaron a oírse gritos y alaridos, y el choque de las armas. Alejandro estaba sentado en un taburete, con la espada en el regazo, hablando rápidamente con dos oficiales. Ptolomeo se había vuelto a dormir en un rincón.

—¡Cleito! —exclamó Alejandro—. ¡Sarpedón! ¿Cuál es la situación?

—Están atacando por todas partes —dijo Cleito, bruscamente—. Tienen arcos y espadas, también han traído catapultas: uno de los graneros está en llamas.

Afuera se oían gritos y chillidos, y el traqueteo de las armaduras del Escudo de Plata, que seguía avanzando. Uno de los pajes reales irrumpió en la cocina, con la cara ensangrentada y la túnica hecha jirones.

—¡Están arriba! —gritó—. ¡Han subido por las paredes!

Telamón sintió un vacío en el estómago, el vino que acababa de beber se le agrió y notó un amargo sabor en el fondo de la garganta. Cleito bramó una orden. Sarpedón

y algunos soldados dejaron la cocina y se dirigieron hacia las escaleras. En algún lugar una mujer gritaba. Alejandro se puso en pie: levantó la espada mientras encajaba el brazo en un escudo.

—Me pregunto qué querrán. ¡Telamón, quédate aquí!

Bajo del casco beocio, Alejandro ya no parecía dormido ni cansado, y su rostro se veía tan juvenil como si los años no hubiesen pasado y estuviese en los bosques de Macedonia, ansioso por participar en algún juego militar.

—Deberías quedarte aquí. —Le advirtió Telamón, y entonces se acordó de Casandra—. ¡Mi ayudanta...!

—Estará bien —Alejandro se dirigió hacia la puerta—. Mis guardias defienden la primera galería —miró por encima del hombro—. No es un verdadero peligro, Telamón. No son un ejército, sino una horda de asesinos. En seguida se darán cuenta de que están atrapados entre la villa y mis tropas del otro lado. ¡Cálmate, médico!

Alejandro se marchó. Telamón se sentó en el taburete. Estaba temblando, empapado de sudor. El aire nocturno estaba hendido por el ruido del metal, gritos, alaridos, y el sonido de pasos corriendo. Dejó la cocina y salió al pasillo. Sarpedón y los demás ya estaban apartando los cadáveres. Se hicieron a un lado cuando Casandra, con una sábana encima y su cabello rojo suelto, casi se tira escaleras abajo. Tenía los ojos como platos y la cara pálida: tan pronto llegó hasta Telamón empezó a darle golpes en el pecho y el estómago. Uno de los ayudantes de Sarpedón hizo un comentario de burla, y los hombres rieron. Telamón la metió en la cocina.

—¡Cálmate! —le pidió—. Coge un poco de vino. Mejor aún, ¡lo iré a buscar yo mismo!

Encontró una jarra en un rincón y, con un cazo, llenó dos cuencos hasta la mitad y añadió un poco de agua. El sonido de la lucha empezó a remitir. Unos soldados con cortes y magulladuras entraron en la cocina. Casandra apretó con fuerza la copa de vino, mirando como loca a su alrededor. Telamón envió a un guardia a buscar su botiquín y, ayudado por Casandra, comenzó a limpiar heridas y vendar cortes. La cocina se llenó de gente. Cleito volvió, con su espada llena de sangre desde la punta hasta la empuñadura. En seguida impuso un poco de orden. Llevó a Telamón y a Casandra a la habitación de los telares para que se ocuparan de los heridos: la mayoría de las dolencias eran cortes superficiales y contusiones.

—Me parece que hemos perdido a unos doce hombres.

Telamón se giró. Sarpedón estaba detrás, con el rostro empapado en sudor. Telamón sonrió y señaló las manos vendadas protegidas con los pesados guantes de piel.

—Espero que hayan sido útiles.

—Me han ido bien para agarrar la espada; al menos no se me ha resbalado de las manos —Sarpedón cogió un trapo de la mesa y se secó la cara y el cuello. Una gran ovación resonó desde otra parte de la casa, seguida de gritos y carcajadas.

—El rey ha vuelto —Cleito entró dando grandes zancadas, con lo que pasaba por

una sonrisa en su horrible cara.

—Vaya, he ahí un hombre al que le gusta matar —susurró Casandra.

—¿Por qué las risas? —preguntó Sarpedón.

—Han encontrado a Ptolomeo aún dormido detrás de la mesa de la cocina. Alguien ha pensado que estaba muerto. Ahora se ha despertado y se ha dado cuenta de que se perdió todo el alboroto. Médico, Sarpedón, el rey quiere veros. Dejad que la criada pelirroja se encargue de las heridas.

—¡No soy una criada! —soltó Casandra.

—Para mí, sí —se burló Cleito y, girando sobre sus talones, dejó la habitación.

Alejandro había vuelto al comedor, una de las pocas salas, como declaró alegremente, a las que no habían entrado los atacantes. Ya se había quitado la armadura y estaba examinando un ligero rasguño en su antebrazo. Telamón fue a ayudarlo, pero el rey le hizo señas de que se alejara y se tiró sobre un triclinio, espantado y con los brazos abiertos. Durante unos instantes se quedó allí hablando en silencio hacia el techo, y luego se incorporó, haciendo gestos a Sarpedón, Telamón y Cleito para que se sentaran donde quisieran. Un criado de aspecto nervioso trajo vino. Solán y los demás escribas volvieron, pero Cleito les dijo que se fueran, cerrando la puerta con una patada.

—¿Qué es lo que dice Homero, Telamón? —preguntó Alejandro—. Tengo un ejemplar bajo mi almohada. ¿Qué dice sobre los «repentinos ataques sangrientos a la madrugada»?

—Eso no ha sido un ataque —intervino Cleito—. Ha sido una emboscada. Sabían que estábamos aquí —se agachó como un gran oso, y las manos le colgaron entre las piernas. Vació su copa de vino y recorrió la cicatriz de su cara con un dedo—. ¿Estás de acuerdo, Hefestión?

—Sí —respondió Hefestión—. Todos iban vestidos de negro. Eran guerreros del desierto, veteranos de las guerras persas contra los nómadas en Egipto. Deben de haber venido en pequeños grupos y, cuando ha caído la noche, habrán sobrepasado nuestro reducido piquete, habrán escalado las murallas y se habrán escondido en el jardín —hizo un gesto con la cabeza a Sarpedón—. Si no hubieses ido a investigar, habrían llegado a la villa antes de que se hubiera dado la alarma.

—¿Y su misión? —preguntó Alejandro.

—Vaya, señor —gruñó Cleito—, ¡mataros!

Alejandro miró a Telamón. El médico aún sentía bastantes náuseas, pero cualquier muestra de debilidad entre aquellos asesinos sólo causaría risas, no simpatía. Conocían su pasado, la repulsa que su padre sentía por la sangre, su propia salida repentina de la academia y sus estudios en otras latitudes.

—Bueno, médico, has visto los síntomas. ¿Cuál crees que es la causa?

Telamón recordó aquellas oscuras formas y su loca carrera a través del jardín.

—Estoy de acuerdo —respondió lentamente—. Si Aristandro estuviese aquí, quizá podría analizarlo todo con más frialdad.

—Estará aquí por la mañana —murmuró Alejandro—. Continúa.

—Deberíamos haber tenido una mejor guardia —declaró Ptolomeo, con su rostro moreno y simiesco aún rojo de ira, y sus palabras graves y lentas—. Te lo he dicho antes, Alejandro, siempre estás al frente y siempre tienes que estarlo. ¿Qué tenemos aquí? ¿Un centenar de hombres como mucho? La villa es grande. Me apuesto a que la mayoría de nuestros centinelas y piquetes estaban completamente dormidos...

—¿Siguiendo tu ejemplo? —preguntó Cleito, provocándole.

Ptolomeo le devolvió la mirada.

—Todos en esta finca sabían que ibais a venir —continuó Telamón—, así que la noticia podría haber llegado hasta Memnón y sus comandantes en Halicarnaso. Sólo queda una cuestión desconcertante, aunque podría comprobarse rápidamente —Telamón se calló.

—¡Venga, Aristóteles! —se burló Ptolomeo—. La intriga me está matando.

—Esta mañana sabíamos que Alejandro estaba llegando. Pero nadie se ha ido de la villa hacia Halicarnaso. Ningún criado, ninguno de los escribas. Deben de haber avisado bien a Memnón. Los atacantes, seguramente, tenían un plano de la villa: qué habitaciones eran importantes, el jardín, las entradas...

—¿Alguien podría haber disparado una flecha con un mensaje enrollado? —planteó Hefestión.

—Tendría que ser un flecha muy pesada —replicó Sarpedón—. Telamón tiene razón. Los atacantes disponían de mucha información. Conocían el lugar, la hora. Es casi —torció el gesto— como si alguien les hubiese descrito cada detalle.

—¿Estás seguro de que no se ha ido nadie? —preguntó Alejandro.

—Mi señor —respondió Sarpedón—, mis órdenes son muy estrictas. Esta granja queda a al menos seis kilómetros de Halicarnaso, a una buena hora caminando.

—¿Podrían haber cogido un caballo del establo?

Sarpedón negó con la cabeza.

—Nos habríamos dado cuenta. Halicarnaso es ahora una ciudad enemiga. Lo tendrían difícil para entrar, aunque fuesen espías. Tendrían que reunirse con Memnón o con uno de sus capitanes, y luego volver aquí. A nadie se le ha echado en falta durante tanto tiempo.

—¿Tenemos prisioneros?

—Tres —declaró Hefestión—. Uno tenía una herida en el estómago, así que le he cortado el cuello.

—¡Traed a los otros dos! —ordenó Alejandro.

Ptolomeo estaba a punto de levantarse cuando se oyeron unos golpes en la puerta. Solán, seguido de Bessos, fue admitido en la reunión. Acto seguido, ambos se hincaron de rodillas. Cherolos el sacerdote llegó a ellos, con su máscara aún puesta. Los tres parecían agitados, especialmente el sacerdote, que había perdido su aire de altiva arrogancia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alejandro.

—Mi señor, ¡se han llevado el cuerpo de Pamenes!

—¡Qué! —Telamón se puso en pie de un salto. El cadáver había sido retirado a una caseta. Debido al calor, la pira funeraria ya se había preparado para la mañana siguiente.

—Hemos ido a revisar la caseta... —farfulló Solán—. ¡Se han llevado el cadáver!

Alejandro y sus compañeros se quedaron callados. Telamón cerró los ojos. Pensó en Pamenes yaciendo sobre aquel oscuro charco de sangre, en cómo levantaron su cuerpo y lo llevaron bajo techo. Él y Casandra lo habían preparado: le habían quitado toda la ropa y lo habían envuelto en lino empapado de aceite perfumado para disimular el hedor de la corrupción.

—¿Telamón?

Abrió los ojos. Alejandro le estaba mirando con curiosidad.

—¿Es por eso que han venido? ¿A llevarse el cadáver de un hombre que había sufrido un accidente?

—¿Fue realmente un accidente? —susurró Telamón—. ¿O el pobre Pamenes fue asesinado? ¿Dejó el asesino alguna información escondida sobre él cadáver? —Sacudió la cabeza—. Eso demuestra un hecho importante: alguien de la villa, en un período de tiempo muy breve, ha conseguido transmitir información vital a Memnón, aunque no sé cómo. Primero, que Alejandro estaba en camino. Segundo, que su escolta era escasa. Finalmente —suspiró—, que Pamenes estaba muerto y que su cadáver poseía un secreto que a Memnón le interesaba.

—¿Pero qué? —preguntó Alejandro.

—No lo sé. ¿Solán?

El archivista jefe negó con la cabeza.

—¿Estáis seguro de que ha desaparecido el cuerpo? —Alejandro golpeó con el puño en la mesa.

Solán se quedó más acongojado que nunca.

—Lo hemos buscado, mi señor.

—¡Volved a buscar! —bramó el rey—. ¡Cleito, trae a los dos prisioneros!

Los escribas se marcharon. Unos instantes más tarde, Cleito hacía entrar a los cautivos, con las manos atadas detrás de la espalda y sogas alrededor del cuello que dos soldados del Escudo de Plata apretaban con fuerza. Fueron obligados a ponerse de rodillas en medio del círculo de triclinios. Cleito les quitó las oscuras máscaras y les rasgó los jubones, de manera que quedaron desnudos de cintura para arriba. Alejandro cogió un taburete y se sentó casi entre ellos, con la cabeza inclinada hacia un lado, un gesto que siempre hacía cuando estudiaba a alguien atentamente. Se quedó mirando a uno y después al otro.

—¿Sois persas? —hablaba en la koiné griega, la lengua franca de las provincias.

Los dos hombres también se le quedaron mirando. Telamón, sentado detrás de Alejandro, observaba con atención. Ambos hombres tenían la cabeza afeitada, y no llevaban ni bigote ni barba: sus torsos estaban empapados de aceite. Telamón recordó

que aquello les ayudaba en el combate cuerpo a cuerpo. Vestidos con aquellas ropas negras de lino, con los cuerpos grasientos, le resultaría difícil al enemigo verlos y atraparlos. No llevaban ni anillos ni adornos. Eran hombres de mediana edad con los oscuros y curtidos rasgos de los veteranos, la piel quemada y áspera por el sol y el viento del desierto. Eran de estatura media y parecían gemelos, los dos con delgadas facciones, narices afiladas y unos oscuros ojos acuosos. Uno de ellos respondió en su lengua. Telamón entendió la palabra *Alexandros*.

—Soy Alejandro, el Cornudo —respondió en voz baja—. Soy de Macedonia.

Uno de los hombres tiró la cabeza hacia atrás y le escupió. Alejandro hizo señas a Cleito para que se apartara y, agarrando los jirones de la ropa del individuo, se secó la saliva de la mejilla.

—¿Por qué habéis venido esta noche?

El tipo volvió a tirar la cabeza hacia atrás y le escupió otra vez. Alejandro le golpeó en la boca, partiéndole el labio y haciéndole sangrar.

—¿Por qué habéis venido esta noche? —repitió.

De nuevo, no hubo respuesta.

—¿Ibais a matarme?

El persa con el labio partido sonrió.

—¿Quién os ha enviado?

—Memnón, Efiartes —la respuesta vino con una voz cantarina.

—¿Entonces, entendéis mi lengua? —Alejandro continuó en koiné—, ¿por qué os habéis llevado el cadáver?

De nuevo la sonrisa.

—¿Vais a decir algo?

Uno de los hombres se sentó sobre los talones, con la cabeza gacha; el otro empezó a cantar en voz baja. Telamón reconoció el himno del Dios de la Luz.

—Pregúntales —Alejandro miró a Cleito.

El guardaespaldas, sonriendo, se acercó. Hizo una lazada de gruesa soga alrededor de la frente de uno de los prisioneros y le dio vueltas lentamente. Cleito apretó la soga con fuerza, pero el persa aún seguía cantando. La apretó todavía más. El hombre tosió y resopló: le escurría sangre de la nariz y la boca; los ojos se le salían de las órbitas. Su compañero mantenía la cabeza gacha.

—¡Más fuerte! —ordenó Alejandro.

Cleito le obedeció: los gritos del hombre desgarraron el aire.

—¡Suéltala!

El guardaespaldas aflojó la soga, y el hombre cayó de bruces. Cleito señaló al otro. Alejandro negó con la cabeza.

—Son asesinos profesionales. No nos dirán nada —se agachó delante del segundo persa—. Habéis luchado en el desierto, ¿verdad? —Su tono era amable—. Podría arrancaros la piel a tiras y aun así no me diríais nada. Ahora bien, no sois soldados capturados en combate —se puso en pie—. ¡Cleito, que los saquen de aquí! Llevadlos



más allá de la entrada. ¡Cuando me marche mañana al alba, quiero verlos crucificados!

Los guardias se aproximaron. El persa inconsciente, quejándose y gimiendo en su propia sangre, y su compañero fueron sacados de allí. Alejandro volvió a su triclinio y cogió la copa de vino, con la mano temblorosa. Se bebió el vino de un sorbo, lanzó una mirada iracunda a su alrededor, tiró la copa a un rincón, se puso en pie de un salto y se marchó. Hefestión salió corriendo detrás de él. El comedor se quedó en silencio.

—Han venido a matarle —murmuró Ptolomeo—. Si no hubiese sido por ti, Telamón, quizá lo habrían conseguido. Nuestro noble rey debe darse cuenta de que no es Aquiles. Sangra igual que todos nosotros, ebrio o sobrio.

Y, poniéndose en pie dando tumbos, Ptolomeo se fue a un rincón a vomitar.

\*\*\*

Sarpedón encontró la mirada de Telamón y le hizo señas para que saliera. Las galerías estaba aún repletas de soldados: los muertos estaban siendo amontonados en una pira provisional que se había levantado más allá de la entrada principal. Sarpedón llevó a Telamón hasta el patio. Allí aún quedaban restos de la repentina y breve batalla: flechas clavadas en puertas y postigos, lanzas rotas y escudos abandonados. Había siluetas moviéndose por todas partes. Un horrible grito hendió el aire nocturno.

—Otro enemigo herido —susurró Sarpedón—. Algunos de ellos se han marchado a rastras para morir.

Un oficial salió de entre la oscuridad: reconoció a Telamón y les dejó pasar. Se detuvieron en el portalón en el que primero se había dado la alarma.

—Podrían haberte matado —murmuró Telamón—. ¿Cómo ocurrió, Sarpedón? Eres un soldado.

—Sospechaba que pequeños grupos de soldados persas se reunían en el campo, refugiándose en los arbustos, entre los árboles, utilizando el desnivel del terreno —el espartano hizo una pausa—. Y que luego irían avanzando. Nuestra línea de piquetes es escasa, y los hombres están agotados. Resultaría fácil a semejantes luchadores expertos colarse en la oscuridad y atravesar los muros como una negra y silenciosa ola: esos pobres criados probablemente les sorprendieron.

—¿Y vinieron a matar al rey? —preguntó Telamón.

—Posiblemente. De lo que no hay duda es de que se han llevado el cuerpo de Pamenes.

—¿Por qué?

Sarpedón alzó la vista, con los ojos enrojecidos de cansancio.

—No somos lo que parecemos, médico. La corte de la reina Ada es un mundo de ilusiones, lleno de refugiados de Halicarnaso, hombres y mujeres amargados. Todos traen sus propias quejas y frustraciones. ¡De todas formas, es tu misión investigarlo,

no la mía!

—Casi se salen con la suya, ¿verdad?

—Todo ha sido bien ejecutado —asintió Sarpedón—. Sabían que Alejandro traía un ejército reducido. El verdadero peligro para aquellos atacantes era quedar atrapados entre las tropas acuarteladas en la villa y las que había apostadas fuera.

Un búho ululó entre los árboles.

—El pájaro de Atenea —susurró Sarpedón—. Pero la advertencia llega demasiado tarde.

—¿Por qué me has traído aquí? —Telamón sentía el frío aire nocturno secar el sudor de su piel.

Sarpedón le hizo dar media vuelta y le señaló el segundo piso de la villa.

—¿Qué ves?

—Pues ventanas, la mayoría de ellas cerradas, y resquicios de luz.

—¡Espera aquí! —ordenó Sarpedón.

Se marchó, no hacía la puerta principal, sino hacia la entrada lateral que llevaba a la cocina. Volvió con una muchacha que presentó como la hija del *mageiros*. Ella parecía resistirse, pero Sarpedón la tenía agarrada del brazo, y su cara enfurruñada era de sueño.

—Estoy cansada —gimió—. Quiero mi cama.

—Ay, y alguien que la ocupe contigo. Ahora bien, quiero que recuerdes —Sarpedón continuó—: Al caer la noche salí aquí contigo. Estabas un poco más alegre, con la boca llena de tu queso preferido y el vino calentándote la tripa. ¿Me dijiste que querías un beso?

—Me ofreciste una moneda —dijo ella haciendo un mohín.

—¿Y qué vimos?

—Miramos hacia la casa y vimos la luz de un farol moviéndose.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Sarpedón.

—Sí, era ahí —señaló hacia una ventana, cuyos postigos estaban rodeados de luz—. ¿Por qué?

—Cuéntale al médico qué viste exactamente.

—Era como un farol balanceándose adelante y atrás, y luego desapareció.

Sarpedón la empujó a un lado.

—Eso fue lo que realmente causó la alarma —murmuró, mientras observaba a la muchacha alejarse—. Salí con ella buscando un revolcón. Me dijo que debíamos ir con cuidado porque un pinche y otra criada habían salido a la oscuridad: estaba asustada por si se lo decían a su padre. Se dio la vuelta y vio la lámpara oscilar en aquella ventana. Yo también la pude ver. Le dije que volviera y subí las escaleras... la fiesta aún continuaba.

—¿Qué habitación era?

—La de Solán: la puerta estaba abierta. Entré pero no había nadie, y no había señales de ninguna linterna o luz. Bajé y regresé aquí: noté que había algo raro y di la

alarma.

—¿Quieres decir que la linterna era un aviso? ¿Un mensaje para los persas?

—Creo que sí. Alguna señal acordada.

—¿Podría haber sido Solán?

Sarpedón se encogió de hombros y se puso la capa sobre ellos.

—Como he dicho, médico, todos llevamos cargas encima. Solán es un hombre amargado. Le molestaba Pamenes porque éste había ganado el favor de la reina Ada.

—¿Y el verdadero motivo?

—A Solán no le gustan las mujeres: sus relaciones siempre han sido con hombres. Creo que Pamenes le gustaba. También desea al joven Bessos.

—¿Y Cherolos?

—Es un sacerdote que adora a un misterioso dios serpiente. A Cherolos no le cae bien nadie. Tuvo que dejar Halicarnaso a toda prisa. Como digo, discutió con Pamenes por una mujer.

—¿Así que ninguno de ellos podría estar pagado por Persia?

—Todos podrían estar pagados por Persia, Atenas, Alejandro... —Sarpedón se encogió de hombros—. Nuestros escribas son hombres cultos, desesperados por ganar un puesto elevado o un cargo en la corte de cualquiera.

Telamón se mordió el labio: la luz se había visto en la habitación de Solán, pero cualquiera podría haberlo hecho.

—¿Quién anda ahí?

Telamón se giró en seguida.

—¡Oh no!

Gentius y Demerata se aproximaban por los adoquines. El actor llevaba aquella curiosa piel de camello. Demerata iba envuelta en una túnica como una muñeca.

—«¡Horror más allá de lo impensable!» —decía la voz de Gentius.

¡La más horrenda desfiguración  
que yo haya visto!

¡Oh, cruel

e insensata agonía!

¿Qué demonio del destino con raudo ataque  
ha caído sobre ti?

—¿Reconoces los versos, médico? —Gentius se acercó con aire arrogante.

—¿Cómo podría olvidarlos? Te vi recitar los mismos versos en Corinto —respondió Telamón—. Me levanté y te aclamé como el resto.

Gentius fingió una reverencia.

—¿Dónde estabais cuando tuvo lugar el ataque? —continuó Telamón.

—Bueno, muchacho —Gentius agitó la mano—, no soy alguien de espadas o escudos. No me encontrarás en primera línea de combate. No soy Aquiles, el de los

pies ligeros.

—¿Así que también te estás preparando para recitar a Homero?

Gentius dio un paso adelante, su perfume se esparcía como una nube. Se quedó con una mano sobre el hombro de su esposa.

—¿Dónde estabais? —insistió Telamón.

—En las bodegas, temblando con el resto.

—¿Y por qué estáis aquí?

La cara del actor se arrugó con una sonrisa.

—Estoy aquí porque el rey me ha pedido que recite.

—¿Y cuándo estuvisteis en Halicarnaso por última vez?

Demerata dio un paso atrás. Gentius, alarmado, levantó la mano, sacudiendo los dedos como si estuviera a punto de soltar algún angustioso parlamento sobre Edipo.

—Dime cuándo estuvisteis por última vez —Telamón no hizo caso de la risita de Sarpedón.

—Hace dos meses, justo cuando el verano, con todo su esplendor, llenó los campos de flores.

—¿Y recitaste para Memnón y Efiáltes?

—Por supuesto.

—¿Y te pagaron?

—Es mi trabajo. Intenté escribir una obra —Gentius siguió a toda prisa— sobre el antiguo rey de Halicarnaso, pero a los persas no les gustó y tuve que salir por piernas, ¿verdad, Demerata? Atravesé la Triple Puerta y me largué hecho una furia —se llevó un dedo a los labios—. No volveré. Halicarnaso nunca presenciará mi arte ni mi genio.

—¿Pero la reina Ada sí lo hizo?

Gentius estiró su cuello de gallina.

—Representé fragmentos de Eurípides. Hacía el papel de Medea. Hice saltar las lágrimas a la reina.

—Estoy seguro de que así fue —dijo Telamón con sequedad—. ¿Y te encontraste con nuestros escribas?

Un cambio en la mirada del actor, que se mordía los labios, y la manera en que su esposa ya no permanecía a su lado sino más bien escondida detrás de él, indicaban que algo pasaba. Sarpedón estaba junto a Telamón, cabizbajo, agitando los hombros de la risa.

—Me encontré a los escribas, incluyendo al muerto, Pamenes. Sarpedón sabe la verdad. Pamenes intentó seducir a mi Demerata.

—¿Y lo consiguió?

—¿Puede un gusano volar? —preguntó Gentius bruscamente—. No estoy aquí para discutir mi... —Sacudió la mano—. La noche es aún muy joven. He visto al rey, a los soldados —arrugó la nariz—. Duermen en sus sábanas sudadas, pero haremos una fiesta y estáis invitados. Aún queda vino y comida.

Y, sin esperar una respuesta, Gentius dejó el patio tan dramáticamente como si fuese un escenario.

—¿Pamenes intentó seducir a Demerata? —preguntó Telamón.

—Eso dicen los rumores —respondió el espartano—. Por eso lo encontraba tan divertido: la furia de Gentius sobre su diminuta esposa que le mima tanto pero tiene ojos para otros. Si hay algo más... —Se encogió de hombros—, no lo sé.

Telamón le dio las buenas noches.

—¿Vas a venir a la fiesta? —Sarpedón imitó la forma de hablar de Gentius.

—Quizá sí, quizá no —contestó Telamón.

Entraron en la villa. Los soldados se estaban preparando para la noche, rodeados de restos del reciente enfrentamiento. Telamón se detuvo y miró una mancha de sangre, una salpicadura rojo oscuro sobre una pared pintada de blanco. Por muchos motivos, el ataque había sido culpa de Alejandro: su impetuosidad sobradamente conocida y su total indiferencia por su propia seguridad le habían dejado expuesto. Sus enemigos, como Memnón, le habían estudiado bien. Debieron de suponer que el hombre que atacó a la caballería persa sin la ayuda de nadie en la batalla del Gránico tendría prisa por ver las fortificaciones de Halicarnaso.

En algún lugar al fondo del pasillo un soldado empezó a cantar:

—¡Noble y hermosa era ella sobre la que caía la lluvia dorada! —Una voz gritó exigiendo silencio, y la canción se fue apagando.

—¿Es que no vas a dormir nunca?

Telamón alzó la vista. Casandra estaba bajando las escaleras, con una capa aún agarrada a los hombros.

—¿Dónde están los asesinos? —preguntó—. Pensaba que nos sacarían a todos de nuestras habitaciones para acomodarles.

—Fuera en el huerto —sonrió Telamón—. A Alejandro le gusta dormir bajo las estrellas.

—¿Para demostrar que es fuerte?

—No. Primero porque es más cómodo. Y segundo, porque le gusta mostrar a sus hombres que no pide ningún favor para él.

—¿Dónde están el resto de nuestros compañeros?

—Con Gentius —respondió Telamón—. En su famosa fiesta. Gentius es una criatura nocturna: era muy conocido en Corinto por sus discursos de medianoche.

Subió las escaleras. Casandra le bloqueó el paso. Alzó la vista; su cara estaba más bien pálida, y la lámpara que llevaba se movía ligeramente en su mano.

—¡Casandra! —Le apretó las manos, que estaban frías—. ¿Aún estás preocupada, asustada?

—¿Por qué, amo? —Con sorna, acercó su cara—. ¿Por qué tienes que combatir? —susurró—. ¡Eres médico, curandero! ¡Eres inútil con una espada! Cleito el Negro dice que cierras los ojos cuando luchas. ¿Qué intentas demostrar, Telamón? ¿Que eres tan valiente y despiadado como las otras panteras?

—Quizá —Telamón sonrió. Le besó la punta de la nariz—. ¿Crees que soy un cobarde y estoy intentando demostrar que no lo soy? —Se puso a reír repentinamente—. Oh Casandra, ¡tendrías que haberme visto correr! Bueno, vamos, estoy demasiado nervioso para dormir.

Llegaron hasta el final de las escaleras. Una sombra negra se les atravesó súbitamente y Telamón pegó un brinco. Un sonoro maullido resonó en la oscuridad.

—Es el gato de la villa —explicó Casandra—. Es medio salvaje, el pobrecillo. La única persona en la que confiaba era Pamenes, que le daba leche.

—Es su dormitorio lo que quiero investigar —Telamón siguió caminando. El pasillo era largo, con habitaciones a ambos lados. La de Pamenes estaba al fondo, apartada de las demás, y daba directo al jardín. La puerta estaba abierta, aunque alguien había cerrado los postigos. Casandra buscó a tientas y encendió dos lámparas de aceite. Luego fue a su habitación y regresó con un par más. Telamón empujó la pesada puerta y se sentó en el borde de la cama.

—¿El amo va a pronunciar un discurso? —preguntó Casandra, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas.

—¡Tu amo te va a pegar una bofetada si no vas con cuidado! —replicó Telamón, mirando a su alrededor.

—¿Por qué no han usado esta habitación el rey y sus matones? —preguntó Casandra.

—Ya te he dicho por qué. Hablando en plata, todos tienen sus miedos, Casandra. En una habitación estás atrapado, confinado. A Alejandro, Ptolomeo, Hefestión, no les gustan las paredes y los techos. Tú misma les has llamado panteras; les gusta el aire libre y las finas paredes de una tienda: es un legado de su infancia. Cuando éramos estudiantes en los bosques de Mieza, siempre dormíamos al raso. Los soldados también son supersticiosos. Me apuesto a que si lo arrinconamos, y lo acosamos a preguntas, confesará que tiene miedo a que el fantasma de Pamenes aún merodee por aquí.

—¿Crees en los fantasmas, amo?

Telamón se dio unos toques en la cabeza.

—Aquí arriba, sí: es donde ronda el fantasma de Pamenes.

—¿Crees que le asesinaron?

Telamón se puso en pie y se rascó la cabeza.

—Sospecho que sí. Pero cómo, no lo sé —condujo a Casandra hasta el pequeño escritorio de acacia, despejado ya de manuscritos.

—Sabemos —afirmó el médico, mientras la hacía sentar en la extraña silla de respaldo circular que habían traído de la sala de telares— que Pamenes se sentaba aquí. No era un escriba egipcio, que se habría sentado en el suelo con las piernas cruzadas y una tabla de escritura sobre el regazo. Se sentaba frente al escritorio para apoyar el peso y concentrarse con mayor facilidad —Telamón, de pie detrás de Casandra, señaló a la ventana—. Está abierta. La luz del sol entra de lleno, los pájaros

vienen y se posan en la cornisa o en el alféizar.

Telamón fue hasta el fondo de la estancia y cogió la cesta de alpiste. Metió la mano, cogió un puñado y abrió los postigos. El frío aire nocturno entró de golpe.

—Ahora bien, es posible que Pamenes se inclinase hacia delante... ¿para qué?

—Los pájaros salvajes no comían de su mano.

—¡Exacto! —murmuró Telamón—, ¿y luego?

—Se inclinaría hacia abajo —respondió Casandra— para esparcir el alpiste en la cornisa o en el alféizar.

Telamón lo hizo. Con la poca luz que había apenas pudo distinguir el alféizar, e inclinándose hacia abajo se dio cuenta de lo precario que era su equilibrio. Se incorporó.

—Yo...

Un espantoso alarido desgarró el aire nocturno, seguido de gritos, y el lejano sonido de golpes.

—¡Por la luz de Atenea! —murmuró Casandra.

Se oyó de nuevo otro alarido, horrible, como si el alma de un hombre estuviera desgarrándose de su cuerpo. Aparte de eso, los sonidos lejanos de la villa cesaron. Un ave nocturna graznó una respuesta. Telamón miró fuera hacia la oscuridad. Los alaridos continuaban y se oía a un hombre gritar. Entonces se acordó de los persas.

—Están crucificando a los prisioneros.

Casandra sacudió la cabeza, con las manos en las mejillas arañándose la cara, un gesto que siempre hacía cuando estaba nerviosa.

—¡Telamón! —murmuró—. Por las noches me tumbo en mi catre y te miro. Pienso en por qué no nos embarcamos y nos vamos a otra parte. Ésta era una agradable villa con huertos de cerezos, bayas en las plantas, flores en el jardín y algunas gallinas correteando por ahí —su voz se redujo a un susurro—. Dicen que los melones son grandes y jugosos. Entonces llega el Rey de los Asesinos, y trae el hedor de la muerte con él. Y yo me pregunto qué hago aquí, qué haces tú aquí.

Telamón no pudo responder. Casandra se le acercó. Su pelo rojo ondeaba al viento, y sus verdes ojos brillaban.

—Te pareces a Medea.

—¡Ojalá fuese la gorgona Medusa! Convertiría a todos esos hombres en piedra. Les vi en Tebas, cuando el humo subía en columnas y la sangre llegaba hasta los tobillos.

Telamón le puso un brazo alrededor de los hombros para reconfortarla, y presionó sus labios contra su cabello. Volvió a hacerlo cuando otro grito atravesó el aire nocturno.

—No sé por qué estamos aquí, sólo sé que lo estoy —murmuró—. No tengo adonde ir. Vivo en mi propio mundo, Casandra, y tú vives conmigo. No puedo explicar las muertes de miles. Sólo puedo concentrarme en lo que tengo entre manos. Me mantiene cuerdo.

Casandra se apartó.

—Cuando estaba en la corte de la reina Ada —prosiguió—, atendí a una niña enferma. ¿Lo recuerdas? Había sido atacada por un perro, le había arrancado un trozo de carne de su pequeño brazo. Lo único en lo que me concentré fue en curar la herida y aliviar el dolor. Si empezara a preguntarme por qué, no podría concentrarme. No lograría hacer nada bien. Habría acabado vagando por las calles como un loco aullando a la luna. Es nuestro trabajo, Casandra. El fantasma de Pamenes clama venganza, pero en cuanto a salvar el mundo... —Volvió a la ventana—. Soy un nómada —murmuró—. No —negó con la cabeza—. Es más que eso. Una vez, en las rojas tierras de Egipto, vi a un león de melena dorada, magnífico en su terrible belleza, acechando a su presa. Me quedé petrificado —miró por encima del hombro—. Alejandro me provoca la misma fascinación.

—Él es, era, tu amigo.

—Sí, pero eso lo hace aún más fascinante —Telamón forzó una sonrisa—. Quizás puedo hacer algún bien aquí, como en cualquier otra parte. Los sacerdotes de Isis sostienen que el destino de un hombre está escrito en su frente, que no hay escapatoria. Así que... —Se apoyó en la pared— aquí estoy, escuchando unos hombres morir mientras investigo la muerte de otro.

Casandra se le acercó y le cogió la mano.

—¿Crees que Pamenes fue empujado?

Telamón asintió.

—Alguien entró en esta habitación, cerró la puerta, le mató y escapó de alguna manera.

—¡Pero eso es imposible! —Casandra movió su pelo rojo hacia atrás—. He hablado con Bessos, que duerme en el dormitorio de al lado. Me ha repetido la misma historia: su puerta estaba ligeramente abierta, oyó algunos pasos, pero nada más.

—¿Estás segura? —Telamón se volvió.

—Sí. Además Solán mantiene que no paraba de ir de un lado a otro en su propia habitación. No vio nada extraño. ¿Cómo pudo alguien atravesar una puerta cerrada, llevar a Pamenes a la ventana y tirarlo?

—¿El asesino podría haber escalado? —sugirió Telamón, con voz débil.

—¡Médico! ¡Médico! —Casandra se burló de él—. Las paredes son escarpadas. No hay escalera ni nadie pisó el alféizar. Tu aguda vista —se mofó— se ha dado cuenta de eso.

Telamón dio una patada en el suelo y se puso a caminar. Cuando lo hizo las tablas del suelo crujieron ligeramente, como el sonido de un barco anclado.

—¡Pamenes fue asesinado! —exclamó—. Lo sé. Pero Casandra... —Volvió hacia el escritorio y examinó un pequeño cofre de estilos: todas las puntas estaban desafiladas—. Pamenes era un escriba —comentó—. Utilizaría plumas como un arquero flechas, y aun así no encuentro ninguna afilada. ¿No es extraño? Tampoco tenía una en la mano cuando encontramos su cadáver. Así que, ¿dónde está ese estilo?



## Capítulo IV

«Alejandro acampó cerca de Halicarnaso y puso en movimiento un activo y formidable asalto».

Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, Libro 17, capítulo 24.

**L**a cámara del delfín, en el palacio del gobernador en Halicarnaso, era descrita por sus visitantes como exquisita. La estancia recibía su nombre por los delfines plateados con aletas doradas que saltaban y retozaban sobre un brillante mar sin olas. Las columnas de aquella pequeña sala de audiencias estaban pintadas a la manera egipcia: azul oscuro con capiteles y bases rojo sangre. Sus paredes eran de un azul claro glaseado. El suelo era de mármol, por lo que quienes la visitaban se sentían caminando sobre agua bajo la luz de una miríada de lámparas de aceite, colocadas en nichos y sobre grandes pies de bronce o sobre pequeñas mesas de madera alrededor de la estancia. La sala estaba dominada por un espacio elevado con triclinios, cubiertos de magníficas telas estampadas con pavos reales brillantemente coloreados, y con pequeñas mesas para la comida. Debido al aire nocturno, los sirvientes habían preparado platos de carbón rociados de perfume.

Efialtes y Memnón, cuando se reunieron con Orontobates en el lugar, no prestaron mucha atención a su alrededor. Al igual que el gobernador, habían sido despertados. Rápidamente se habían vestido con túnicas y capas y habían calzado sus pies desnudos con sandalias ajustadas para acudir a escuchar las noticias. El líder de la fuerza de asalto contra la villa se arrodilló sobre un cojín ante ellos, con el rostro todo sucio y manchado. A su alrededor sus lugartenientes se agacharon como estatuas, escuchando atentamente cómo su superior, con una voz suave pero profunda, informaba de lo que había ocurrido.

—Nos dividimos en pequeños grupos —el oficial miraba sediento las copas de sorbete sobre las mesas.

Orontobates cogió una y se la puso en la mano. El comandante cerró los ojos y murmuró una plegaria de agradecimiento. Orontobates estaba encantado: podían no haber matado al Cornudo, el Lobo de Macedonia, pero habían vuelto con el botín de guerra.

—Continúa —gruñó Memnón.

—El macedonio había llevado pocos soldados. La villa sólo estaba protegida por unidades agrupadas en fogatas. La mayoría de los macedonios estaban agotados, completamente dormidos. Encontramos poca oposición, cortamos unos cuantos cuellos, evitamos al resto y conseguimos llegar hasta la villa. Los guardias estaban relajados y eran pocos. Escalamos el muro y, como se nos informó, nos reunimos en el huerto, en el extremo más alejado. Los verdaderos habitantes de la villa habían huido y, gracias al Señor del Fuego, ¡se habían llevado a sus perros!

—¡Debimos haber lanzado un ataque total! —Orontobates se inclinó hacia delante, golpeando con el pie en el suelo—. Debimos haber atacado, habríais podido matarlos a todos.

—¡Chist! —Memnón levantó una mano—. ¿Cuántos eran ellos?

—Unos centenares, como mucho —el oficial se aclaró la voz.

—¿Ya cuántos habéis perdido?

—A treinta: nos hemos traído a cinco heridos, pero estaban muy graves así que les hemos cortado el cuello —el comandante alzó una mano, con los dedos separados—. Sus almas están ahora con el Señor de la Luz.

—Ahora son parte de la llama viviente —asintió Memnón—. ¿Habéis encontrado los mensajes dejados por nuestro espía? —añadió.

—Como prometió, encontramos el cadáver en el cobertizo, desnudo, cubierto por una sábana y una tela de lino. El diario estaba oculto debajo de él. Nos llevamos el cuerpo inmediatamente.

—¡Bien! ¡Bien! —murmuró Memnón.

—Luego nos agrupamos —prosiguió el oficial—. Vi una luz agitándose en una ventana del piso de arriba, la señal acordada de que la fiesta había empezado. Alejandro y sus capitanes estaban borrachos.

—¿Pero no lo estaban? —sonrió Memnón.

El comandante de la fuerza atacante se encogió de hombros y dio un sorbo a la copa.

—Di órdenes de aproximarnos a la villa, pero alguien dio la voz de alarma.

—¿Quién?

—Creo que fue Sarpedón, el capitán de la guardia de la reina Ada. Uno de mis hombres le reconoció desde los árboles. Estaba con otro, el médico Telamón: eso lo descubrí por la conversación.

—¿Telamón? —Memnón le interrumpió. Se inclinó hacia delante—. He oído los rumores.

—¿Quién es? —dijo Orontobates bruscamente.

—Un reputado médico, amigo de la infancia de Alejandro. Se formó en los bosques de Mieza en la academia de Aristóteles pero su padre lo sacó de allí. Se convirtió en médico y vagó por el mar Medio como un ánima en pena.

—¿Os lo habéis encontrado alguna vez?

—Unas cuantas veces —Memnón hizo una mueca—. Si Alejandro se hace acompañar de Telamón, tendrá buen consejo, aguda inteligencia y ojo atento.

Orontobates golpeó una bandeja de plata contra la mesa.

—Comandante, os habría recompensado si hubieseis atrapado a Sarpedón y le hubieseis cortado el cuello. Ha sido una espina en el costado.

—Ellos tenían ventaja. Se nos escaparon y alcanzaron la villa. Se dio la alarma y entonces lancé el ataque. Intentamos penetrar en la villa pero no sabíamos dónde se hospedaba el rey y, aunque los soldados de fuera estaban relajados, un escuadrón del

Escudo de Plata protegía las dependencias principales. Llegamos a las habitaciones de arriba... ahí fue donde perdimos a la mayoría de nuestros hombres, quedaron atrapados en un pasillo. Para entonces se había dado la alarma en el campamento al otro lado de los muros. Temí que me cortasen la cabeza, así que di la orden de retirada. Nos llevamos a los heridos y huimos. No ordenaron ninguna persecución.

—¿Y has leído el diario? —espetó Orontobates.

El comandante se encogió de hombros.

—Trajimos el cadáver del escriba Pamenes y su diario. Una vez estuvimos fuera de peligro, ordené encender antorchas. Quería asegurarme de que nos habíamos traído todo.

—¿Y el cuerpo?

—Excelencia, lo podéis ver vos mismo. El hombre lleva muerto al menos un día: tiene un golpe brutal en la parte izquierda de la cabeza y heridas en el costado.

—¿Un accidente? —La voz de Efialtes era áspera. Memnón se le quedó mirando con curiosidad. Efialtes era un valiente y hábil general, un luchador valeroso, pero, en los últimos días había estado nervioso, inquieto, y su odio por Alejandro y el resentimiento por la destrucción de Tebas por parte del macedonio eran más y más evidentes.

—¿Un accidente? —Efialtes repitió la pregunta.

—Señor, yo no soy médico.

—Dime —Memnón mantenía su voz calmada—. En el ataque de la villa, ¿el espía que nos estaba ayudando se reveló en algún momento?

El comandante negó con la cabeza.

—¿Han hecho prisionero a alguno de tus hombres? —preguntó Orontobates.

—Hay ocho que no hemos encontrado, puede que más —el comandante extendió las manos—. Pero, si los han capturado, no hablarán.

De nuevo Memnón le hizo un gesto al hombre para que bebiese, y éste lo hizo con avidez antes de pasar la copa a los compañeros que tenía a su espalda.

—Podéis iros —Orontobates se puso en pie. Cogió una bolsa de piel y se acercó a ellos sonriendo, dándole a cada uno un darico de oro—. Lo habéis hecho muy bien.

Los luchadores del desierto se levantaron, hicieron una reverencia hacia la tarima y desaparecieron en la noche.

—Pudimos haberle matado —Efialtes hablaba como para sí mismo—. Pudimos haberle atrapado como a una rata en un barranco.

—¿Efialtes! ¿Efialtes! —le tranquilizó Memnón—. Enviamos un pequeño grupo en medio de la noche. Si hubiéramos enviado más hombres, los macedonios se habrían percatado de que se estaban acercando —alzó la copa hacia Orontobates—. Vuestros hombres lo han hecho bien. Han traído el cadáver... pero ¿por qué estuvisteis de acuerdo en que se ordenara esta misión?

—Mi señor —el persa le sonrió—, puedo ser tan misterioso como vos. ¿Habéis considerado en algún momento que vuestro espía pueda haber asesinado a Pamenes?

Aquí es donde todo se vuelve interesante. Venid, os lo enseñaré.

Dejaron la cámara del delfín, atravesaron galerías iluminadas por la luna, y bajaron a las mazmorras del palacio. Los guardias y carceleros no parecían más que fardos de ropa. Cerbero estaba en su pequeña habitación a mitad del pasillo, con su rechoncha y tiznada cara roja por el vino y sus labios babosos y húmedos. Les dedicó la más halagadora de las reverencias.

—¿Deseáis ver al Eunuco?

Orontobates negó con la cabeza.

—¡No, al cadáver!

Cerbero les condujo por el pasadizo, más allá de la confortable habitación en la que estaba hospedado el Eunuco: la celda estaba en silencio y las lámparas apagadas. Llegaron a una cámara al final del todo. Cerbero abrió la puerta y les hizo pasar. El cuerpo de Pamenes, rodeado de lámparas de aceite, yacía despatarrado sobre una mesa. El hedor de la descomposición, a pesar del perfume puesto a su alrededor, era terrible. El rostro de Pamenes tenía un aspecto lívido, de un blanco sucio, con los ojos medio cerrados, y la cabeza desfigurada por la sangre seca de la espantosa herida. Las piernas, los brazos y el torso aún estaban cubiertos de polvo y suciedad por el apresurado viaje nocturno. La cabeza había sido afeitada cuidadosamente, y había cabello por la mesa y el suelo.

—¡Por el ojo de Atenea! —masculló Orontobates—. ¿Qué es esto? —Cogió una lámpara de aceite y la acercó a la calva del muerto.

Memnón distinguió el tatuaje justo después del nacimiento del pelo: el ojo que todo lo ve de Ahura-Mazda entre alas de águila.

—¡Ese es el emblema de un mago! —exclamó—. ¡Un sacerdote persa, un guardián de la llama secreta!

—Yeso es lo que es —asintió Orontobates—. Este joven es un medo de nacimiento, un sacerdote de Persépolis, uno con el don de lenguas. Cuando la reina Ada huyó de Halicarnaso, el señor Mitra y yo decidimos que era esencial tener espías en su corte. Queríamos a un hombre especialista en letras que pudiese hablar la lengua griega e imitara sus costumbres. Pamenes fue el elegido: su devoción por la Divina Morada era incuestionable. Se dejó crecer el pelo, se vistió con ropas griegas, representó el papel de sabio escriba y se ganó un puesto en la corte de la reina Ada. La información que enviaba siempre fue valiosa.

—¿Entonces? —Memnón se tapó la nariz.

—Su muerte podría ser un accidente —continuó Orontobates—. Pero eso sería una extraña coincidencia.

—Así que hay dos opciones —susurró Memnón—. O fue asesinado por alguien que sabía que era un espía...

—O fue asesinado por vuestro espía —añadió Orontobates—. Sólo el Dios de la Luz sabe la verdad.

—¿Hay alguna manera de descubrirlo? —preguntó Efialtes.

Memnón se retiró hacia la entrada, aún tapándose la nariz, y miró hacia el cadáver.

—Si él es culpable de la muerte de este sacerdote... —Orontobates acarició la cabeza de Pamenes como una madre a un niño—, entonces, mi señor... —El persa alzó la vista, con una mirada feroz—, tendré que enfrentarme con él a muerte. Pamenes era un mago, un fiel servidor del Rey de Reyes.

—No lo sabemos —intervino Efialtes—. Si Pamenes no fue asesinado por el espía de Memnón, su muerte podría ser obra de los agentes de Alejandro.

—Mi espía —añadió Memnón—, podría incluso haber sido aliado de Pamenes. Y cuando mataron al mago, haber escondido su diario bajo el cadáver: debía de saber que nos llevaríamos las dos cosas.

Orontobates miró con desconfianza hacia atrás.

—¿Y el diario? —preguntó Memnón con severidad, cambiando de tema.

—Ah sí, el diario —Orontobates les condujo fuera de la celda, subiendo rápidamente los escalones y atravesando el pasadizo de vuelta a la cámara de delfín. A medio camino se detuvo e intercambió unas palabras con un guardia, que se marchó corriendo. Se pusieron cómodos. Efialtes cogió un racimo de uvas, recordó lo tarde que era, y lo volvió a colocar en el plato.

—Estáis agitado, mi señor, deberíais descansar —Orontobates partió un pastel dulce y se metió varios trozos en la boca—. Deberíais ir a dormir.

—¡Descansaré cuando Alejandro esté muerto! —replicó Efialtes.

—Si Pamenes fue asesinado —Orontobates hizo caso omiso del arrebató y volvió a su pregunta—, me pregunto si fue vuestro espía, Memnón.

—Es posible —aceptó el rodiano—. Puede que no supiese la verdadera identidad de Pamenes. Recordad, ese espía no es leal a nadie más que a sí mismo, o puede que viera a Pamenes como una amenaza...

Hizo una pausa al oír pasos: un escriba con la cabeza afeitada y una túnica de gasa sobre sus huesudos hombros entró y se arrodilló sobre un cojín ante la tarima. Llevaba una tabla de escritura de unos sesenta centímetros, que puso en el suelo. A un lado había una colección de hojas de papel de vitela, cosidas de modo rudimentario, y al otro un fino trozo de papiro nuevo sobre el cual el escriba había estado trabajando.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Orontobates.

—Pamenes —respondió el escriba— era de lo más fiel y erudito. Su diario proporciona detalles sobre la corte de la reina Ada.

—Lo sabemos —Orontobates agitó la mano.

—Habla de la especial relación entre el Macedonio y la reina; sobre el interés de los invasores en las fortificaciones de la ciudad así como en el manuscrito pitio. El Macedonio se enfrenta a una gran dificultad —el escriba se permitió esbozar una sonrisa—. Alejandro disolvió a la mayor parte de su flota, pero sus torres de asalto aún están en los barcos, que siguen navegando en busca de un puerto.

—¿Qué? —exclamó Memnón.

—Según Pamenes, Alejandro espera tomar el puerto de Myndus al oeste de Halicarnaso, y así traer las torres de asalto. Dice tener espías en ese puerto que le entregarán la bahía.

—Bueno, qué sorpresa se va a llevar, ¿eh? —rió Memnón, dando palmadas.

—¡Continúa! —ordenó Orontobates.

—La reina Ada ha proporcionado a Alejandro los mejores escribas de su corte para traducir el código pitio. Están acompañados por el médico griego Telamón. Pamenes no se fiaba de él. «Demasiado astuto para su propio bien»... —El escriba dio unos toques en el trozo de pergamino—. Así es cómo es descrito Telamón. Están protegidos por Sarpedón, capitán de la guardia de la reina Ada, un mercenario espartano, un zafio analfabeto que tiene devoción por la reina y que podría ser su amante.

—¡La reina Ada ha compartido cama con media Grecia! ¡Tiene pocas fortificaciones, o ninguna! —Orontobates rió de su propia gracia.

—Solán —continuó el escriba— es arrogante y desagradable: un viejo que aún desea honores. Pamenes creía que podría ser captado: es sobornable y superficial. Cherolos es astuto, y siente una fanática devoción por su extraño dios; fue colocado en el grupo como espía de la reina Ada. Bessos, el joven escriba, está descrito como el más cualificado. Pamenes, sin embargo, trabajaba solo y tenía sus propias ideas.

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Memnón.

El escriba alzó un trozo de vitela y lo mostró.

—Pamenes estaba trabajando en el cifrado pitio. Pero, por alguna extraña razón, citó unos versos de la obra *Antígona* del autor de teatro griego Sófocles. He copiado algunos como los escribió Pamenes. Señaló todas las «E» y todas las «I». También hizo un dibujo, como si el manuscrito pitio fuese un arbusto con dos raíces: la primera la describe como «Pente», lo cual creo que es «cinco» en griego, y la segunda es «Epsilon», la quinta letra de su alfabeto, mi señor Memnón.

Éste sonrió para sí. Aunque había trabajado para Persia y había derrotado a los enemigos del Rey de Reyes, los persas no lo veían como uno de ellos. Bajó la vista al manuscrito. Reconoció los versos de *Antígona* y sintió añoranza. Cuando visitó Atenas por última vez había presenciado aquella obra representada por sus propios compatriotas.

—Mi señor, si miráis un poco más abajo —insistió el escriba.

Memnón obedeció.

—¿Veis los números y las letras?

Efialtes se acercó y se sentó junto a Memnón.

—Las letras de vuestro alfabeto están dispuestas en cinco hileras y cinco columnas. Todas están numeradas.

Memnón lo siguió con los dedos.

	<b>1</b>	<b>2</b>	<b>3</b>	<b>4</b>	<b>5</b>
<b>1</b>	<b>A</b>	<b>B</b>	<b>C</b>	<b>D</b>	<b>E</b>
<b>2</b>	<b>F</b>	<b>G</b>	<b>H</b>	<b>I/J</b>	<b>K</b>
<b>3</b>	<b>L</b>	<b>M</b>	<b>N</b>	<b>O</b>	<b>P</b>
<b>4</b>	<b>Q</b>	<b>R</b>	<b>S</b>	<b>T</b>	<b>U</b>
<b>5</b>	<b>V</b>	<b>W</b>	<b>X</b>	<b>Y</b>	<b>Z</b>

—Ya lo veis, mi señor, cinco hileras, cinco columnas: todas numeradas del uno al cinco.

—¿Es posible —preguntó Memnón— que esto sea el código del manuscrito pitio? Está escrito en números. ¿No podría cada número representar una letra?

—Lo he pensado, mi señor —respondió el escriba—. He cogido la letra «E» y me he preguntado si era 15 y la letra «B» 12 —sacudió la cabeza—. Pero no funciona; falta algo más.

—¿Qué más anotó Pamenes en su diario?

El escriba abrió las manos.

—Mi señor, ahora sabéis todo lo que escribió Pamenes.

Memnón le devolvió el trozo de pergamino.

—¿Y si descifras el código?

—Mi señor, podría alardear, pero no me creo capaz.

—En tal caso —Memnón se quedó mirando a Orontobates—, lo que Pamenes ha descubierto debe ser entregado al Eunuco. Veamos si él puede ganarse el pan y salvar su vida.

El escriba se retiró. Orontobates, satisfecho consigo mismo, murmuró algo sobre hacer una visita a las dependencias de las mujeres y, agarrando su copa de vino, salió de la sala caminando como un pato. Efiates volvió a llenar sus copas.

—Cifrados y secretos —murmuró—. ¡El Macedonio debería estar muerto!

—Aún puede aplastarse el cráneo contra las murallas de Halicarnaso —Memnón se acomodó sobre el triclinio, con los párpados pesados—. Me pregunto... —hizo una pausa—. Efiates, mañana a primera hora quiero a nuestro mejor escuadrón de caballería preparado.

—¿Saldréis a encontrarte con el Macedonio?

—Verás —Memnón inclinó la cabeza hacia atrás y rió—, he estudiado a Alejandro desde que era un muchacho. Mi hermano y yo pasamos un tiempo en la corte de su padre. Es posible que Alejandro venga a vernos mañana, así que quiero estar preparado.

Los ojos de Efiates brillaron. Memnón se inclinó hacia él y le agarró la muñeca.

—Eres mi hermano de sangre, Efiates. Te confío mi vida. Tú, yo y Orontobates

podemos defender Halicarnaso, pero ¿qué te ocurre? Te comportas como un recluta novato.

—Tenemos espías en el campamento de Alejandro —contestó Efialtes lentamente—. Y ellos tienen espías en el nuestro.

—¡Por supuesto! —se burló Memnón—. Así es la vida, Efialtes. Aparte de unos pocos elegidos, ¿quién puede resistirse a la atracción del oro, la plata, las piedras preciosas y el ascenso? Se trata de algo más, ¿no es así?

Efialtes asintió.

—Yo vengo de Tebas. Antes de arrasar la ciudad, Alejandro pidió que me entregaran a él. Tebas se negó. Ya conocéis su destino —Efialtes alisó los pliegues de su capa—. Mi señor Memnón, he perdido a todos: madre, padre, hermanos, hermanas y la niña de mis ojos, mi hija de dieciséis años. He buscado por toda Grecia y más allá. Ninguno de los míos fue hecho esclavo. Se me partió el ama; ya no me quedan lágrimas —suspiró—. Pero la vida continúa. Te tienes que poner una valiente máscara encima, como un actor representando un papel.

—Alguien te ha estado acosando, ¿verdad? —preguntó Memnón. Efialtes sacó un trozo de pergamino.

—«Un ronco estrépito cunde por la ciudad —leyó—, mientras alrededor se extiende una red de torres. El guerrero cae bajo la lanza del guerrero». —Efialtes alzó la vista—. ¿Reconocéis el verso?

—Es de la obra de Esquilo *Siete contra Tebas* —respondió Memnón—. Es del coro de mujeres tebanas.

Efialtes le mostró el pergamino. Memnón estudió la rudimentaria escritura: también había citas de Homero y de la obra de Eurípides *Hécuba*, con un tema constante en todas ellas: el saqueo de ciudades, la captura y la violación de mujeres. Memnón sopesó el pergamino en su mano. Quienquiera que hubiese enviado aquello a Efialtes había estudiado a su presa muy atentamente. Efialtes tenía sed de venganza: su alma estaba consumida por un enfrentamiento a muerte con los macedonios. Memnón recordó una frase de otra obra: «Tales acciones pueden llevar la mente febril de un hombre a la locura».

—¿No sabes quién lo ha escrito? —preguntó.

—Si lo supiera, tendría su corazón en la punta de mi lanza. Me lo pasaron por debajo de la puerta de mi dormitorio. Entregaron un pergamino similar a uno de mis mozos de cuadra, se lo metió en una cesta de fruta cuando volvía de la ciudad.

—Estás siendo acosado —comentó Memnón—. Hay simpatizantes de los macedonios merodeando por la ciudad. Hombres a quienes les encantaría abrir las compuertas a Alejandro. Pretenden socavar tu valor, debilitar tu voluntad, invocar recuerdos pasados.

—Ya he pensado en eso —replicó Efialtes—. Pero hay algo más. Mi señor, ¿habéis bajado a la ciudad recientemente? ¿Habéis paseado entre los artesanos, los vendedores de cacharros y pieles, los pequeños mercaderes, los holgazanes y



vagabundos frente a las vinerías?

Memnón se le quedó mirando con expresión sombría.

—Hay un cambio de ánimo —continuó Efialtes—. Algo desagradable.

—Pero eso puede decirse de cualquier ciudad a punto de ser asediada —Memnón mantuvo su rostro impasible.

—No, esto es diferente. No he querido alarmar a Orontobates, pero hace tres noches uno de mis capitanes, un tebano como yo, fue al barrio de los sogueros...

—Un sitio infestado de ratas —interrumpió Memnón.

—El hombre es irascible. No acepta miradas hoscas o amenazantes. Hubo una pelea. Él y sus hombres persiguieron a los provocadores hasta una casa desvencijada cerca del antiguo templo de Apolo. Se les escapó la presa, así que mis hombres decidieron hacerse un favor con algo de vino. Encontraron un montón de espadas macedonias, atadas con cuerdas, escondidas debajo de los escalones de la bodega.

—¿Estás seguro de eso? —Memnón se acarició la cara y maldijo en voz baja.

—Tengo las espadas y las he estudiado detenidamente: están forjadas hace poco y son de origen macedonio. Reconocería esas espadas aunque las palpase a oscuras.

—¡Pero eso es imposible! —protestó Memnón—. Durante las últimas once semanas las puertas han sido vigiladas atentamente: cada carro, cada bulto han sido examinados. Deben de haberlas traído antes.

—Meses antes —replicó Efialtes— Alejandro estaba luchando por su vida en el Gránico: estoy seguro de que nuestro gran merodeador no tenía la previsión de pensar en Halicarnaso.

—¿Entonces estás diciendo que esas espadas fueron metidas recientemente por alguna entrada secreta?

—Quizá. —Efialtes se acercó y se sentó junto a Memnón sobre el triclinio. Le mostró otro pedazo de pergamino, un rudimentario mapa de Halicarnaso.

—Mirad esto, mi señor. Decidme cuál es nuestro punto débil.

Memnón estudió el pergamino.

—Las murallas son altas y están bien fortificadas, las puertas son seguras, afuera hay un ancho foso que atraparé al enemigo. Tenemos tropas más que suficientes, una brigada de élite del ejército persa y algunos de los mejores mercenarios que Grecia puede ofrecer. Tenemos el control de la bahía, la flota persa controla la costa...

—¿Qué ocurriría? —le interrumpió Efialtes, señalando con el dedo el centro del mapa, el mismo lugar en el que el gran monumento de Mausolo se elevaba hacia el cielo—. ¿Qué ocurriría —repitió— si hubiese un levantamiento en la ciudad? ¿Los demagogos incitando y armando a la multitud?

—Podríamos sofocarlo, especialmente si intentasen abrir las puertas.

—¿Y qué pasaría —insistía Efialtes— si ese levantamiento tuviese lugar mientras nos estamos encargando de las murallas? ¿No veis, mi señor, que estaríamos atrapados entre los atacantes de fuera y los de dentro? Tendríamos que abrirnos paso para lograr salir al puerto.

Memnón se quedó mirando el mapa: gruñó en voz baja cuando comprendió plenamente la pesadilla que Efiates le estaba describiendo de manera tan gráfica.

\*\*\*

Telamón y Casandra habían desmontado la habitación de Pamenes, amontonando todas sus posesiones en una pila en el suelo. Telamón cogió un cuenco de barro cocido, lo olió, y lo tiró.

—¡Leche agria, odio ese olor! Por cierto, ¿estaba aquel gato aquí la mañana que rompimos la puerta?

—No me acuerdo.

Telamón se sentó con las piernas cruzadas: cerró sus oídos a los terribles gritos de fuera.

—¿No es mucho, verdad? —Miró a su alrededor—. Falta algo.

Habían encontrado trozos de pergamino con las palabras pente y epsilon garabeadas en ellos, un bastón redondo, pedazos de pergamino con extraños símbolos, pero nada destacable o significativo. Telamón permaneció en silencio. La calma fue interrumpida por ruidos que venían de la villa; se oyeron unas carcajadas del piso de abajo, donde Gentius estaba entreteniéndolo a sus invitados. Telamón cerró los ojos y evocó el oscuro rostro de Pamenes.

—Si fuiste asesinado —susurró— ¿por qué te escogió el asesino? ¿Por qué los atacantes persas se llevaron tu cuerpo?

—Los locos hablan solos —comentó Casandra.

—Todos estamos locos —Telamón removié las míseras posesiones—. ¿Por qué se llevaron el cuerpo de Pamenes? ¿Había algo que el asesino quería esconder?

Casandra caminó hasta la ventana, pisando cuidadosamente el suelo de madera. Se dio la vuelta y cruzó los brazos.

—¡Continuad, oh amo! —Su voz resonó en la oscuridad.

Telamón sonrió para sí y echó un vistazo al catre. Unas sábanas de lino cubrían el colchón de paja, y éste descansaba sobre unas tiras de cuerda tendidas sobre un armazón de madera. Se levantó y apartó el velo protector de lino. Lo sacudió y luego dio la vuelta al colchón, golpeándolo con cuidado. Casandra trajo una lámpara de aceite; Telamón no descubrió ninguna hendidura ni ningún bolsillo secreto. Lo tiró al suelo y examinó el soporte de cuerda: de nuevo, nada. Telamón estudió el armazón, cómo todos los maderos encajaban unos con otros.

—Una vez tuve un laúd —dio unos toques a la madera—. Era corintio y tenía que montarlo pieza por pieza.

Sacó las cuerdas de soporte y tiró en vano de los maderos.

—¡Están pegados con resina de acacia! —exclamó.

Se fue hasta el pie de la cama y probó con uno de los maderos de esa parte. Aquél cedió fácilmente.

—¡Ah!

Entonces Telamón desmontó el camastro y lo volcó; en el madero que pasaba por el pie se oyó un traqueteo. Sacudió todo su contenido para que cayese al suelo. Juntó todo con sumo cuidado. Casandra se agachó con él, y ambas cabezas casi se tocaban mientras examinaban aquellas posesiones escondidas.

—Un hombre rico.

Telamón recogió los tintineantes daricos de oro, las mejores monedas del tesoro de Darío, luego el pequeño sello de cera con una representación de Ahura-Mazda y un anillo de bronce con la misma insignia. Dio una palmada y se le olvidó todo el cansancio.

—¿Revelará el amo su sabiduría?

—¡No te burles! —Telamón cogió el sello—. Pamenes no era griego. Era un medo, un oficial de la corte de confianza; por eso tenía este sello.

—¿Y el anillo?

—El anillo sólo los llevan los sacerdotes que protegen el Fuego Sagrado en Persépolis.

—¿Era un espía persa?

—No, mi gloriosa tebana. Pamenes era más que eso: era un sacerdote de confianza, querido por Darío y su Guardián de los Secretos, el señor Mitra. Nuestro amigo Pamenes debía tener facilidad para las lenguas: fue enviado a la corte de la reina Ada para ganarse su favor, enterarse de sus secretos y luego traicionarla.

—¿El manuscrito pitio? —preguntó Casandra.

—El manuscrito pitio entre otras cosas. Estoy seguro de que el señor Mitra, por no mencionar a Orontobates, el gobernador persa de Halicarnaso, tiene una copia en sus manos. También habrá revelado otros secretos: los planes de la reina Ada, el encuentro de Alejandro con ella, cualquier cosa de la que se haya podido enterar. Así que el asunto se pone interesante. ¿Fue asesinado Pamenes porque era un espía? ¿Alguien preparó su larga caída hacia la luz eterna para sacarse del medio un estorbo?

—Es posible.

—¿O simplemente lo mataron porque había descubierto algo del manuscrito pitio, y su asesino quería llevarse la gloria? O, incluso —se rascó su barbilla sin afeitarse—, ¿mataron a Pamenes porque sabía cómo traducir el manuscrito pitio y sus asesinos simplemente no querían que los persas consiguieran hacerlo?

—¿Estás seguro de que fue asesinado?

—Como de que hay árboles ahí fuera.

—¿Entonces por qué se llevaron su cuerpo?

—Ah, ahora vamos a nuestro asesino. De algún modo entró en su habitación y empujó o ayudó a Pamenes a salir por la ventana —Telamón hizo una pausa y extendió las manos—. El asesino consiguió entonces enviar un mensaje a la ciudad diciendo que Alejandro estaba llegando con un ejército reducido. Halicarnaso está a unos pocos kilómetros.

Nadie se marchó de la villa, así que el asesino debe de tener alguna manera secreta de comunicarse con sus superiores.

—¡Palomas! —exclamó Casandra—. Hay un palomar en la villa.

Telamón se puso a reír y negó con la cabeza.

—El mensaje debió de enviarse después de que Pamenes fuese encontrado, y eso fue ayer alrededor del mediodía. Memnón recibió noticias de que Alejandro estaba a punto de llegar y de que Pamenes estaba muerto. Ah, sí —se frotó las manos, ensimismado en sus pensamientos.

Casandra disimuló su sonrisa: a menos que tuviese un problema rondando en su abarrotada cabeza, Telamón se mostraba aburrido e inquieto, tanto si se trataba de curar cierta herida, sanar una dolencia o solucionar algún problema en la corte de Alejandro. Sospechaba que en parte ese era el verdadero motivo de que Telamón se hubiese quedado con Alejandro. El médico no podía hacerse una verdadera idea de quién era Alejandro: el rey era un problema que constantemente le desconcertaba. Decidió seguir con la burla.

—¿Y el gran filósofo compartirá sus conclusiones?

—Creo que Pamenes fue asesinado porque había hecho progresos con el manuscrito pitio. Su asesino, que también trabaja para el enemigo, quería la gloria además de quitarse de en medio a un rival.

—¿Sabría la verdadera identidad de Pamenes?

—Quizás. En cualquier caso, el asesino mata a Pamenes y, en sus prisas por escapar de la habitación, coge los manuscritos y la pluma, la que estaba usando el escriba, acabada de afilar. Luego encuentran el cadáver de Pamenes. El asesino pasa esa información a los persas y, para demostrar lo que había prometido, también revela que hay un manuscrito, robado a Pamenes, escondido bajo su cuerpo. A ninguno de nosotros se nos ocurriría buscar allí.

—Entonces, como he preguntado antes, ¿por qué los atacantes también se han llevado el cadáver?

—Los persas —murmuró Telamón—, tienen a sus sacerdotes en alta consideración. Querrían darle a su cuerpo un funeral honorable en una de sus Torres del Silencio. También puede ser que no quisieran que Alejandro descubriese que Pamenes era un espía persa.

—¿Así que los atacantes se han llevado el cuerpo y ese posible manuscrito? —Casandra se incorporó y se puso a andar, midiendo cuidadosamente sus pasos—. Debió de ser una paloma muy grande —bromeó—, para que pudiera llevar tanta información.

—¿Qué quieres decir?

Se dio la vuelta.

—Ese hombre está enviando mucha información: el plano de la villa, el paradero de Alejandro, la potencia de su escolta, la muerte de Pamenes, la localización de su cadáver...

—Por no decir las señales convenidas, como una lámpara encendida en una ventana —añadió Telamón—. Estoy de acuerdo, Casandra: el asesino necesitaría una paloma tan grande como un águila.

—¿Quién encendió la lámpara? —preguntó Casandra.

—Sarpedón y la muchacha de la cocina no lo vieron, y cuando él fue a revisar la habitación, tanto la lámpara como el que la sostenía habían desaparecido.

—¿Alejandro sabe algo acerca de todo esto?

—No. Sarpedón no se lo ha dicho. Probablemente estaba asustado. Si se les dejase hacer a hombres como Cleito, cualquier sospechoso sería torturado.

—¿Entonces quién crees que ha podido ser? —Telamón señaló hacia una lámpara encendida sobre la mesa—. Mírala, Casandra. ¿Qué ves revoloteando a su alrededor?

—Mariposas y moscas.

—Eso es lo que tenemos aquí —continuó Telamón—. Alejandro es la llama: todas las formas de extrañas criaturas son atraídas por el brillo y el calor de su corte. Una luz similar arde en Persépolis, con los mismos resultados. Allí donde hay poder, como si se tratara de un cadáver en lo alto de una colina, los buitres y los carroñeros se amontonan —se acercó a Casandra—. ¿En cuántos hombres crees que confía Darío? Cuando se hizo con el trono de Rey de Reyes, hizo que el hombre que le había ayudado, Bagoas, fuese ejecutado, relleno con serrín y transformado en una momia, y Darío la tiene expuesta en su Sala de Audiencias en Persépolis —hizo una pausa—. Alejandro no es diferente. Está rodeado de hombres y mujeres que, si pensarán que su muerte les haría ascender, atacarían con toda la compasión de una serpiente. Los espías y los traidores abarrotan todas las cortes. En Halicarnaso, en oscuras cámaras secretas, los hombres conspiran contra Memnón y, en algún lugar de esta villa, un asesino conspira contra Alejandro. Vivimos en un mundo de sombras, Casandra. No hay franqueza ni honestidad. Alejandro podría contar con los dedos de una mano el número de personas en las que puede confiar de verdad.

—¿Eres tú una de ellas?

—Podría serlo. Lo que me preocupa es durante cuánto tiempo seguiré siéndolo.

Oyeron pasos afuera. Telamón escondió rápidamente lo que habían encontrado. Dieron un golpe en la puerta medio abierta y Solán, seguido de Bessos y del sacerdote Cherolos, entraron en la habitación. Todos llevaban copas de vino. Solán tenía aún peor aspecto con la bebida. Cherolos no paraba de ponerse y quitarse la máscara. Bessos parecía algo incómodo con la actitud de sus compañeros.

—Pensábamos que bajaríais —balbuceó—. Sabemos que es tarde, pero el vino es bueno. ¿Y mañana? Bueno, mañana será otro día.

—¿Confiabais en Pamenes? —preguntó Telamón de repente, observando sus caras con atención.

—¡No seas estúpido! —exclamó Cherolos. Pestañeó y echó un vistazo a la habitación—. Tú seguro que no. Has estado hurgando entre sus pertenencias.

—¡Las que hemos encontrado! ¿Alguna vez os contó algo de su pasado? —

insistió Telamón.

—Decía que provenía de Sardis —tartamudeó Solán—. Pero era muy reservado.

—Todos en la corte son reservados. ¿Alguna vez os habló del manuscrito pitio?

—Bueno, lo habría hecho, ¿no? —Solán se tambaleó y se sentó en un taburete, con la túnica manchada de vino.

—Una vez le encontré —dijo Bessos, ansioso por distraer la atención de Telamón— con una copia de la *Ilíada* de Homero...

—¿Y?

—Parecía estar contando las letras.

—¿Y por qué debería estar haciendo eso? —preguntó Casandra—. ¿Qué tiene que ver la *Ilíada* con el manuscrito pitio?

—No lo sé —Bessos dio un paso atrás, como si estuviese avergonzado.

—Sospechas —persistió Telamón— que Pamenes había descubierto más de lo que te contaba, ¿verdad, Bessos?

El joven escriba asintió.

Sus tres visitantes se le quedaron mirando sin comprender de qué hablaba.

—¿Cómo sé yo...? —Telamón se calló cuando otro escalofriante alarido desgarró el aire.

—¿Por qué no los mata? —susurró Bessos—. ¿Por qué no los baja y les corta la cabeza?

—¿Qué estabas diciendo? —Solán levantó la vista.

—¿Cómo sé yo que no sois todos espías? Fuisteis criados, educados y formados en Persia. ¿Por qué no os quedasteis en Halicarnaso? ¿Por qué decidisteis uniros a la reina Ada?

—Fue exiliada por su hermano Pixodaro —farfulló Solán—. Éste se casó con una persa y Darío asumió el gobierno de la ciudad.

—Ah sí —le interrumpió Telamón—. Escuché cierta historia... ¿no fue Alejandro, mientras Filipo aún estaba vivo, quien ofreció casarse con una parienta de Pixodaro, pero fue rechazado?

—Filipo estuvo siempre intentando echar las garras a Halicarnaso —replicó Solán—. Nosotros lo habríamos agradecido. Puede que no seamos griegos en el verdadero sentido —el viejo escriba fulminó con la mirada a Telamón—, pero tenemos nuestro orgullo. Tú no eres el único al que no le gusta el dominio persa.

—Yo no he dicho que me desagrade —Telamón se levantó y se agachó ante aquel anciano, cuyos ojos y mente estaban nublados por el vino—. Pero ¿por qué te fuiste con la reina Ada?

—Me fui porque la amaba —Solán pestañeó—. Y Bessos se fue... ¿por qué te fuiste?

—Por la misma razón.

—Bueno, eso es lo que él dice —Solán le hizo un guiño con complicidad a Telamón—. Pero su familia no era del agrado de los persas. Y en cuanto a nuestro

buen sacerdote, venga, Cherolos, cuéntales quién eres realmente.

El sacerdote alzó inmediatamente su máscara.

—¡Eso es, ponte esa estúpida máscara! —se burló Solán. Se inclinó hacia Telamón—. Cherolos dejó Halicarnaso por obligación. Es un hereje. Fue sacerdote persa. ¡Ya sabes cómo adoran a Ahura-Mazda! Pero según Cherolos, el Dios de la Vida no creó este mundo, sino que fue obra de un oscuro Señor-Serpiente. Las autoridades persas querían interrogarle, así que se dejó crecer el pelo y huyó.

El sacerdote, herido por los comentarios de Solán, golpeó el suelo con el pie a modo de queja. Empezaba a protestar cuando se oyó un ruido de fuertes pisadas y el nombre de Telamón: Cleito el Negro abrió la puerta de un empujón y entró dando grandes zancadas. Ignoró a los demás, y tras apartar a Solán, agarró a Telamón por el brazo.

—¡Tienes que venir! ¡Tienes que venir ahora! ¡Es el rey, algo va mal!

## Capítulo V

«Durante el primer día Alejandro se dirigió hacia las fortificaciones... los defensores hicieron una salida y lanzaron armas a gran distancia».

Arriano, *Las campañas de Alejandro*, Libro 1, capítulo 20.

**T**elamón siguió a Cleito el Negro escaleras abajo. El guardaespaldas real no respondía a sus preguntas: cuando los demás intentaron seguirles, les bramó que se metieran en sus asuntos. Cleito llevaba su habitual capa negra.

—Nunca duermo —gruñó mientras atravesaban el patio empedrado—. Le dije al rey que era un error, que debía haber esperado a los demás; ¡sin todas estas prisas y ajetreos!

Entraron en el huerto, pasaron junto a hileras de soldados dormidos y salieron a lo que debía de haber sido un prado, ahora cercado y vigilado por el Escudo de Plata. Grupos de hombres estaban acampados alrededor de fogatas, algunos durmiendo, otros charlando en voz baja. Telamón no notó ni disgusto ni alarma. El pabellón de Alejandro se había montado en medio del prado. Los tenderos no habían hecho un buen trabajo: algunas de las cuerdas tensoras estaban flojas, y la mitad del pabellón colgaba como una sábana en la brisa nocturna. El guardia levantó una cortina y Telamón siguió a Cleito. El desorden era el habitual: piezas de armadura por el suelo, una espada llena de sangre, prendas de ropa, un pergamino enrollado. Hefestión estaba arrodillado en la entrada de las dependencias privadas del rey.

—¿Qué ocurre? —preguntó Telamón.

Hefestión levantó la cortina e hizo pasar al médico. Dentro, el ambiente era lúgubre y olía a vino derramado y a carne asada. Una bandeja había sido volcada. Telamón se puso a maldecir cuando resbaló sobre una fuente grasienta. La cama estaba vacía, con las sábanas tiradas a un lado y los cabezales en el suelo.

—¡Alejandro!

—En el rincón —susurró Hefestión.

Telamón miró por encima de su hombro: Cleito el Negro no había entrado con ellos, pero se había quedado fuera haciendo guardia.

—¿Es uno de sus ataques de pánico? —murmuró Telamón. Alejandro podía sucumbir a accesos de ansiedad, especialmente después de haber estado bebiendo: esos trastornos se manifestaban o bien en una actividad frenética o en una fría tensión que le tenía sentado en una silla o inmóvil en una cama.

—Se sentía mareado —respondió Hefestión—. Con algo de desorden estomacal. Yo estaba durmiendo fuera cuando ha empezado a gritar y a gemir. Está en el rincón del fondo.

Telamón rodeó el catre. Hefestión le siguió con una lámpara de aceite en la mano. Telamón la cogió, y bajo la tenue luz logró vislumbrar el brillo del metal.



—¡Alejandro! ¡Alejandro! ¿Qué ocurre?

Telamón hizo una pausa y se agachó. Era peligroso acercarse al rey durante uno de sus ataques: a menudo ni siquiera reconocía a sus amigos más íntimos. Telamón apartó la lámpara de aceite. Alejandro, desnudo a excepción de un taparrabos, estaba agazapado sosteniendo una daga, y sus extraños ojos le fulminaban con su mirada.

—¿Eres tú, padre? ¿Has venido a por mí? ¡Yo no tuve nada que ver! Fue mi madre. Colocó una corona en la cabeza de tu asesino y ofreció sacrificios a su sombra. ¡Yo no hice nada! Soy tu hijo que te quiere.

—¡Alejandro, soy Telamón! ¡Has estado soñando!

La mirada del rey no cambió. Telamón pensó en lo joven que parecía, la piel de su cara tan estirada, resaltando sus pómulos; los músculos del cuello de Alejandro estaban rígidos, y cuando hablaba, su barbilla apenas se movía.

—¿Qué debemos hacer? —susurró Hefestión.

—Ve a mis dependencias —contestó Telamón—. Dile a Casandra que llene una copa de vino y añada un poco de jugo de amapola.

El brazo de Alejandro empezó a temblar.

—¿Estará bien?

—¡Vete ya! —dijo entre dientes Telamón. Hefestión se marchó.

—Yo estaba allí —los ojos de Alejandro parpadearon—. Fuera del anfiteatro. Filipo iba caminando solo, con su manto sobre el brazo y aquella estúpida corona de laurel sobre la cabeza, sin escolta. No sé por qué lo hizo. Ninguno de sus compañeros iba con él. Iba tranquilo, como si estuviese dando un paseo por el jardín. Pausanias se le acercó corriendo, con una daga en la mano. Filipo se volvió, sonriendo; Pausanias le dio dos veces aquí —se dio unos toques en el costado izquierdo—. La daga atravesó el corazón de Filipo, lo abatió en su momento de gloria.

—Lo sé —murmuró Telamón—. Lo sé.

—¡Mi madre lo enterró en una tumba en Vergina! ¡Maravillosa tumba, Telamón! ¿Estoy soñando?

—Has estado soñando, Alejandro. Has viajado mucho en muy poco tiempo. Estás exhausto tanto física como mentalmente. Has bebido demasiado vino y ahora tienes sueños. ¿Recuerdas cuando soñabas en Mieza? Te levantabas gritando. Ptolomeo solía reírse de ti.

—¡Un día le cortaré la cabeza a ese advenedizo!

—No, no lo harás —Telamón se le fue acercando.

Los hombros de Alejandro se habían relajado; la mano que sostenía la daga se aflojó. Telamón se inclinó hacia delante, cogió la daga y la tiró a sus espaldas. Sus dedos rozaron la mano de Alejandro; estaba sudorosa y helada.

—Ven —Telamón recogió una sábana y se la puso con cuidado sobre los hombros—. Vuelve a la cama.

El rey, sin embargo, permaneció agazapado, tenso.

—Alejandro, te estás congelando. Debes entrar en calor —Telamón tiró de él para

ponerlo en pie.

El rey se tambaleó, intentó soltarse, tosió y le dieron arcadas.

—Debes volver a la cama —Telamón le condujo y le tranquilizó.

Volviéndose sobre su costado derecho, Alejandro se acurrucó en el lecho como un niño, con la mano bajo la cara. Telamón le tomó el pulso en el cuello: lo tenía fuerte pero irregular. Recogió toda la ropa que pudo y la puso sobre el rey y, tras sentarse al filo de la cama, empezó a frotarle la espalda. Hefestión volvió con la copa de vino. Alejandro se negó a beber pero Telamón, ayudado por Hefestión, le hizo incorporarse y le puso por la fuerza la copa entre los labios. Alejandro tosió e intentó resistirse, pero, finalmente, tragó, vació la copa y volvió a estirarse en la cama. Se quedó así un rato, dando sacudidas mientras la poción hacía su efecto. Farfulló algo sobre Olimpia. Intentó mantener los ojos abiertos pero al poco rato se sumió en un profundo sueño.

—¿Cuánto hace que le pasa esto?

Hefestión fue hasta un arcón y sacó una capa militar, que puso sobre el rey.

—Casi cada noche: éste ha sido el peor ataque. Alejandro sueña con su padre en el anfiteatro el día en que fue asesinado: ve a Pausanias corriendo hacia él.

—Pero Alejandro no tuvo nada que ver con el asesinato de su padre. Ya se lo he dicho, y tú también. Filipo se había divorciado de Olimpia, se volvió a casar y engendró un hijo.

—Ya lo sé —Hefestión condujo afuera a Telamón—. Vaya noche, ¿eh, Telamón? Poco dormiremos... El rey insiste en que nos levantemos al alba y cabalgemos hasta Halicarnaso; quiere ver las fortificaciones él mismo. Telamón... —El largo y oscuro rostro de Hefestión estaba cansado de sueño, con los ojos enrojecidos: se rascó su mejilla sin afeitar e hizo un gesto hacia el rey—. Escuché lo que le dijiste, médico. Yo le digo a Alejandro lo mismo. Sin embargo, mientras viajábamos hasta aquí, confesó que estaba cerca de Filipo cuando lo mataron pero que se quedó petrificado.

—¿Cree que pudo haber intervenido?

Hefestión asintió.

—Habla de aquellos pocos segundos, de la expresión de loco de Pausanias, su embestida mortal, la daga entrando y saliendo.

—Yo no estuve allí —Telamón se quedó mirando al rey durmiente—. Pero tú sí, Hefestión. Dime la verdad, ¿Alejandro sabía que su padre iba a morir?

—No lo sé —la respuesta de Hefestión fue rápida y directa.

—¿Pero tienes dudas?

—Tengo dudas —confesó Hefestión—. Y sospecho que también las tiene Alejandro. Se pregunta a sí mismo si en el fondo no lo deseaba, si en lo más profundo de su ser no deseaba la muerte de su padre.

Telamón se sentó en un taburete. Hefestión se arrodilló en el suelo delante de él, recogió un cinturón de espada y se puso a mover la daga dentro y fuera de la funda.

—Olimpia fue la causa. Manipuló a Pausanias, avivó sus quejas y le proporcionó una daga. La Reina Bruja no se siente culpable, pero Alejandro sí. En ocasiones me

pregunto si no será ése el motivo de que siga hablando de haber sido engendrado por un dios.

—Si Filippo no es su verdadero padre —sonrió Telamón fríamente—, entonces no sería culpable de parricidio.

—Así es, tiene su propia y extraña lógica.

Cleito levantó la cortina de la tienda y entró agachado.

—¿Está el rey a salvo?

—Está dormido —respondió Telamón—. Gracias a una mezcla de vino y jugo de amapola —se quedó mirando la fea cara torcida del guardaespaldas—. ¿No te alegra, Cleito, que yo dejase los bosques de Mieza y estudiase para ser médico?

—Eras un soldado inútil —gruñó Cleito—. Tenías dos manos izquierdas, aunque eras bueno corriendo.

Telamón no hizo caso de la burla.

—Cleito, tú estuviste con Alejandro el día que mataron a Filippo. ¿Estabas cerca de él?

—Sí, recuerdo cuando el viejo cabrón fue abatido: arrastrando los pies, con su pierna mala, y su único ojo desafiante. ¡Se veía tan feo como yo!

—¿Viste a Pausanias el asesino?

—Durante un breve instante. No hagas caso de todas las historias que corren sobre Pausanias, sólo es la febril imaginación del rey. Pausanias se le acercó como si quisiese hacerle una petición. Cogió la mano izquierda de Filippo y luego le clavó la daga, todo en un instante.

Telamón miró el cuchillo de la mano de Hefestión. Lo sopesó y se lo lanzó a Cleito, quien lo atrapó con destreza.

—¿Así de rápido? —preguntó Telamón.

—Aún más —sonrió Cleito, y clavó la daga en el suelo—. En un abrir y cerrar de ojos.

—¿Podrías haber detenido a Pausanias?

—Soy un soldado, no un dios —bromeó Cleito—. Nadie podría haberle detenido. Filippo merecía su muerte, paseándose por allí sin guardias, desnudo ante sus enemigos. Pero el muchacho... —Cleito solía utilizar aquel término para Alejandro—, el muchacho piensa otra cosa, y ése es su gran error. Piensa demasiado, deja que su imaginación corra como un caballo desbocado. Pero ahora duerme. Y, hablando de caballos —Cleito se dio la vuelta y levantó la cortina de la tienda—, ¡quiero asegurarme de que aquellos mozos holgazanes han hecho su trabajo!

Desapareció en la noche. Hefestión recogió la daga y la volvió a enfundar.

—¿Los sueños están empeorando? —preguntó Telamón.

—Cleito no quiere hablar de ellos —Hefestión miró hacia fuera con el rabillo del ojo—. Simplemente esconde cualquier debilidad de Alejandro. Lo único que teme Cleito es que se enteren los soldados.

—¿Hay algo sobre Halicarnaso que le haya provocado esas pesadillas?

Hefestión asintió.

—Posiblemente, pero no sé qué. Tanto si quiere emular a su padre, como superar sus logros, ganar el título de Gran Sitiador de Ciudades, o mostrar al mundo que no hay fortificación que se le resista, no lo sé. De todas formas, ahora dormirá, ¿no es así?

—Profundamente, pero no estoy seguro de cuánto tiempo —Telamón se puso en pie.

—¿Qué haremos?

—Cuando estuve en Egipto —contestó Telamón— fui contratado por la esposa de un adinerado mercader: su marido había desarrollado un profundo temor al agua. Solían cruzar el Nilo para visitar el panteón familiar en la necrópolis de la orilla occidental. El mismo hecho de ver el río llegó a aterrorizarle: empezaba a sudar, a gritar. Confesó que había cruzado el Nilo decenas de veces, más de las que podía recordar. Finalmente mencionó una ocasión en la que los cocodrilos habían atacado a un barco pesquero y habían tirado a un hombre directo al agua. Los cocodrilos revolcaron su presa una y otra vez. El mercader lo había visto todo. Si ya había visto otras escenas sangrientas, lo extraño era por qué aquella en particular le producía tanto miedo. Le visité durante un mes antes de encontrar la respuesta. Cuando era niño se había ido a nadar a una charca llena de juncos al lado del Nilo. Normalmente era segura...

—¿Y fue atacado por un cocodrilo?

—Así es, al parecer la criatura se había salido del río y estaba merodeando entre los juncos. Él y sus amigos escaparon ilesos, pero después de presenciar el ataque, todas sus memorias de infancia afloraron de nuevo.

—¿Y tú qué hiciste?

—Le sedé con vino y un opiáceo —sonrió Telamón—. Y me lo llevé a hacer un trayecto pesquero por el Nilo. Al día siguiente hice lo mismo, y al siguiente, pero cada vez reducía más el opiáceo —se frotó los ojos—. Uno de los tratamientos más agradables que he dado nunca. ¡Precioso! Fue justo después de la inundación: el Nilo estaba en plena crecida, llevando toda aquella frescura verde de vuelta a la tierra. Mi amada, la sacerdotisa Anuala, vino conmigo.

—¿Y el mercader?

—Oh, me pagó bien y no tuvo más problemas al cruzar el Nilo.

—¿Y puedes hacer lo mismo por el rey?

—Quizá podamos —Telamón se encogió de hombros—. Quizá funcione. Tú, yo, Cleito, puede que Ptolomeo, reconstruiremos la escena, para que el rey experimente su propia pesadilla: que se dé cuenta, como dice Cleito, de que a pesar de lo que Alejandro sentía por su padre, no tomó parte en su asesinato.

—¿Y estos problemas actuales? —Hefestión se puso en pie—. El ataque... ¿y si merodea algún traidor por aquí?

—Los traidores merodean por todas partes —respondió Telamón, levantando la

cortina de la tienda—. El rey debería tener cuidado. Sin embargo —sonrió por encima del hombro—, sé que hará justo lo contrario.

Telamón volvió a sus dependencias. Casandra ya estaba enrollada en una sábana sobre un catre bajo la ventana. Telamón decidió afeitarse. Se sentó a oscuras y se recortó el bigote y la barba. Luego se desvistió y, con una esponja atada a la punta de un bastón, se lavó con esmero, se secó y se masajeó con aceite.

—¿Ya duerme plácidamente el Gran Asesino?

Telamón se puso a toda prisa la túnica por la cabeza.

—¡No te preocupes! —dijo Casandra—. No te voy a espiar. Ah, por cierto, he sacado fuera el orinal. Alguno de esos cabrones perezosos de la fiesta debe de haberlo usado: ¡la habitación olía como un estercolero!

—No te preocupes —contestó Telamón—. Usaré las letrinas, y sí, el rey duerme plácidamente.

Casandra se dio la vuelta, su cara no podía verse en la oscuridad.

—Me pregunto si es verdad, Telamón. ¡Cuántos fantasmas deben atormentar su alma! ¿Le has dado semillas de amapola?

—¡Por supuesto! —Telamón retiró el velo de lino de su cama y se acostó, poniéndose la pesada capa militar sobre él.

—En tal caso —murmuró Casandra—, se levantará fresco con la aurora, ¡demostrando que no le pasa nada al Gran Alejandro!

Sus palabras fueron proféticas. Telamón sintió que apenas había dormido cuando se oyeron unos golpes en la puerta y Cleito el Negro entró, dando palmadas.

—Levántate ya, Telamón, el rey quiere verte. ¡Nos vamos a Halicarnaso!

Telamón se incorporó, con el cuerpo pesado y los ojos entrecerrados.

—Quiero dormir —bostezó—. ¡Me importa un comino Halicarnaso!

Cleito se acercó a Casandra.

—¡Ni se te ocurra! —gritó ella, sin ni siquiera moverse—. ¡Ni se te ocurra ponerme una mano encima, oso negro y asqueroso!

Cleito se inclinó, le dio una palmada en el trasero y salió rápidamente de la habitación soltando carcajadas.

Telamón se levantó y se vistió en seguida, se calzó las altas botas de marcha y se ató las correas. Se levantó, vertió un poco de agua de la jarra y se salpicó la cara. Cogió la capa y el cinturón de espada, que estaba colgado en un gancho en la pared. Ya percibía un poco más los sonidos que venían de abajo. Casandra refunfuñó algo pero Telamón, aún medio dormido, salió dando tumbos. Uno de los pajes reales le puso en las manos un trozo de pan medio roído y una copa de vino aguado. Telamón se los quedó mirando y los devolvió.

—Prefiero un buen ayuno —farfulló.

El patio de abajo estaba repleto de hombres a caballo. Eran miembros del Escuadrón de Caballería del Escudo de Plata, ataviados con corazas musculadas de bronce, faldas de guerra de piel gris, fajines púrpura en las cinturas y capas del

mismo color abrochadas sobre los hombros. Jóvenes, elegantes, se enorgullecían de su aspecto tanto como de su habilidad para el combate. Llevaban escudos en forma de botón, lanzas cortas y cinturones de espada en los hombros. La mayoría de ellos no llevaban puestos sus cascos beocios, sino que los llevaban colgando de una correa enganchada al arnés de sus caballos, las mejores monturas de las cuadras reales. Iban engualdrapados con sudaderos púrpura, el color de su regimiento, y arneses negros y brillantes, recién limpiados y pulidos. Alejandro estaba en medio de todos, comprobando los caballos, bromeando y charlando. Un mozo de cuadra trajo un caballo de guerra, un magnífico zaíno con un mantón de piel de leopardo que le cubría desde el cuello hasta la cruz. Alejandro tomó las riendas del caballo, dejando que el animal le olisqueara el cuello y las manos antes de saltar a la silla. Entonces, vislumbró a Telamón.

—Tu caballo está fuera, médico —sonrió—. ¡Una buena cabalgada matutina te vendrá estupendamente!

Y, girando el caballo, Alejandro salió chacoloteando, con los soldados amontonándose detrás de él como un grupo de escolares preparándose para hacer travesuras. Cleito y Hefestión estaban esperando al otro lado de la puerta del patio, con el caballo de Telamón entre los dos. Después de alguna dificultad, Telamón consiguió montarlo, haciendo caso omiso de las burlas de Cleito. Cogió las riendas y dio unos toques al caballo en el cuello.

—Es el más noble de los establos, lo escogí yo mismo —susurró Hefestión—. Pareces tan cansado como yo.

—El rey debería ser más prudente —gruñó Cleito—. Nos llevamos muy pocos soldados.

Siguieron a la cabalgata del rey a lo largo de una avenida de sicómoros hasta la entrada principal, donde les esperaban más soldados. Telamón escuchó los ruidos y relinchos de los caballos, y cuando llegaron allí descubrieron la causa del alboroto: a cada lado, frente a la entrada de la villa, los soldados de Alejandro, valiéndose de largos troncos de parras, habían colocado dos cruces improvisadas para crucificar a los prisioneros persas. Uno ya estaba muerto, y su cuerpo colgaba inerte; el otro aún se retorció, con los brazos amarrados a la madera, buscando con los pies el mástil para poder apoyarse y respirar mejor. Un poco más abajo, los soldados habían preparado una pira funeraria para las víctimas de la batalla de la noche anterior. Una compañía de arqueros avivaba un brasero improvisado cerca de allí. Las trompetas sonaban, y la escolta de Alejandro se organizó. El rey estaba en su caballo mirando fijamente la pira funeraria, con los ojos entrecerrados y la boca apretada con una mueca. Los muertos yacían apilados, envueltos en sus capas empapadas de sangre, griegos y persas unidos por la muerte. El hombre de la cruz gritó, el alarido fue desgarrador. Alejandro le echó un vistazo. Se inclinó hacia abajo y susurró algo al capitán de los arqueros. El hombre cogió su arco y sacó una flecha de su aljaba. Sólo algunos apreciaron, y a pocos les importó, que la afilada flecha cruzó el aire y

atravesó al hombre en pleno corazón. El cadáver se desplomó en la cruz. De nuevo Alejandro susurró algo, y el capitán, ayudado por otros arqueros, cogió los cuerpos de las cruces y los lanzó como si fueran maleza sobre la pira funeraria. Alejandro vació un frasco de aceite como acto de oblación. Sus soldados se quedaron callados, fila tras fila los jinetes estaban expectantes. Encendieron una antorcha: Alejandro desmontó, se aproximó a la pira y la lanzó. Los caballos relincharon al avivarse las llamas, y el humo subió en espirales. Alejandro volvió a montar, giró su caballo y miró fijamente las filas de la caballería.

—¡Nadie muere en vano! —proclamó—. ¡Los persas muertos son una prueba de la desesperación de los defensores de Halicarnaso! ¡Los macedonios que cayeron demuestran lo fiero que puede ser nuestro ataque! ¡Dejad que todos ellos caminen por los campos del Elíseo!

Hizo una señal al capitán de los arqueros: se añadieron más teas a la pira funeraria. Las llamas se alzaban hacia el cielo, el humo gris oscuro se elevaba como una nube. Telamón, que había seguido adelante, a unos metros de la escolta, alzó la vista. El sol aún no había salido del todo pero prometía ser un hermoso día: sólo se veían algunas nubecillas en el cielo azul.

Alejandro se acercó galopando, y Hefestión y Cleito tras él. Frenó, murmuró algo a sus compañeros y luego se acercó a Telamón.

—Quieto —ordenó: su caballo se movía y corcoveaba un poco. Alejandro apretó las rodillas y, agarrando las riendas con experiencia, lo calmó.

Tras ellos, Hefestión y Cleito hicieron avanzar las filas de caballería. Alejandro miró por encima del hombro, y entonces, inclinándose, le dio unas palmadas en la espalda a Telamón.

—Hiciste un buen trabajo ayer, médico —se puso a acariciar entre las orejas a su caballo—. ¿Qué tal ves a tu paciente esta mañana?

—No tan cansado como yo.

Alejandro se puso a reír. Telamón le estudió atentamente. El rey se había preparado bien, tenía la cara afeitada y aceitada, y se había lavado y peinado el pelo. Con su dorada coraza hinchada y el emplumado casco beocio colgando de su cinturón de guerra, Alejandro parecía el héroe conquistador, el joven aventurero, el general sin ninguna preocupación.

—No me gusta cuando me miras tan atentamente —murmuró—. Me haces sentir como si estuvieras buscando síntomas.

—No deberías tener pesadillas como aquélla.

—Filipo nunca me abandona. Si no es él, es mi madre —Alejandro se apartó—. ¿Te gusta tu caballo?

Ha sido escogido especialmente para un viaje cómodo. Esperemos que el día de hoy sea mejor que ayer.

Telamón echó un vistazo hacia el campo. En algunas cosas le recordaba a Macedonia: una cadena de montañas en la lejanía, llanuras ondulantes repletas de

flores silvestres de colores tan vivos que parecían pendones sobre las praderas. Bosquecillos de encinas, cipreses, sauces y sicómoros proporcionaban más verdor. De vez en cuando una columna de humo manchaba el cielo, pero los campos a ambos lados del camino parecían desiertos: un águila ratonera descendió y luego remontó el vuelo sorprendida por el chacoloteo de los caballos y el ruido del metal mientras Alejandro guiaba a sus escuadrones por la llanura hacia la ciudad de Halicarnaso.

Alejandro olisqueó la brisa.

—¡Siempre puedo oler el mar!

—¿Incluso tierra adentro?

Alejandro rió.

—Quizá sea mi imaginación. Hoy espero sorprender a los persas. Nicanor... —Se refería a su almirante— se ocupará de ver qué queda de mi flota. Sócrates —otro comandante— tiene órdenes secretas de atacar por el suroeste y apoderarse del puerto de Myndus. Le han dado garantías de que el puerto abrirá su entrada. Nicanor hará pasar los barcos y tendré mis torres de asalto.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil —le imitó Alejandro—. Entonces nos haremos con todos los carros y enseñaremos a Memnón que las murallas no se me pueden resistir.

—¿Para emular a tu padre?

—¡No empieces! —protestó Alejandro.

—¿Qué es lo que tiene Halicarnaso? —persistió Telamón—. Su captura mejorará tu reputación, pero ¿por qué significa tanto?

Alejandro miró hacia el cielo.

—¿Es un azor o un águila? —se preguntó—. Si es un águila, es señal de buena fortuna.

—En este momento —contestó Telamón—, no me importaría aunque fuese tu madre Olimpia.

Alejandro se puso a reír y palmeó su caballo.

—He hecho una pregunta. ¿Qué tiene de especial Halicarnaso?

—Es divertido que menciones a mi madre —Alejandro agarró las riendas con una mano—. No sueño tanto con ella, no como solía hacerlo, cuando ella se tumbaba en aquella cama con serpientes enrolladas por todo su cuerpo. Desde entonces las serpientes siempre me repelen; incluso la variedad común, cualquiera que se enrolle o se retuerza. Es divertido, ¿verdad?, cómo los temores de la infancia pueden volver a atormentarte. Hay un verso sobre ello en la *Riada* pero no logro recordarlo.

—¿Y Halicarnaso? —repitió Telamón.

—Ah sí, hay una historia. ¿Sabes que mi padre tuvo dos hijos?

—¿Tú y Arrideo?

—Pobre Arrideo, el crío de una de las concubinas de mi padre, un muchacho sano y escandaloso, o eso decían, hasta que Olimpia le dio unos dulces. El chico tuvo un ataque epiléptico y casi se muere. Tú has visto el efecto, no es más que un idiota



desgarbado y babeante. Ahora, mientras me hago mayor... —Alejandro acercó su caballo al de Telamón. El rey al parecer había olvidado que estaban dirigiéndose hacia el corazón del territorio enemigo. Se había olvidado de la estruendosa caballería detrás de ellos o de la tranquila campiña, con su hierba meciéndose bajo la brisa matutina y la neblina levantándose bajo el creciente sol. Siempre era así cuando Alejandro hablaba de sus padres, como si nada existiese excepto ellos y él—. Los asuntos entre mi padre y yo me amargaron. Me molestaban sus líos de faldas, y, quizá para desairarme, mantuvo negociaciones secretas con un hombre llamado Pixodaro, hermano de la reina Ada, que entonces era el gobernador de Halicarnaso, antes de que los persas tomaran el control. Filipo quería casar a Arrideo con una parienta de Pixodaro. Yo me alarmé.

—¿Tú y Olimpia?

—Yo me alarmé —repitió Alejandro enfadado—. Así que envié un mensajero secreto a Pixodaro. Describí a Arrideo como un completo idiota, y me ofrecí a casarme con aquella princesa. Mi plan fue revelado; mi padre se enfureció y eso fue el final del asunto.

—Entonces, ¿consideras este asalto como una venganza?

—No, no —la voz de Alejandro se hizo un susurro. Telamón no entendió lo que dijo, pero estaba seguro de que se refería a un misterio que debía resolverse. Iba a hacerle más preguntas, pero Alejandro le hizo un gesto tajante con la mano.

—¡Tomaré Halicarnaso! ¡Me saldré con la mía!

—¿Y Filipo?

Alejandro se encogió de hombros. Aflojó la correa de su yelmo, se lo colocó en la cabeza y, guiando su caballo con las rodillas, se abrochó la correa bajo la barbilla. Se quedó mirando a Telamón a través de la visera.

—Dejemos que el fantasma de Filipo deambule por el Hades. Dejemos que presencie lo que hago.

Alejandro giró su caballo y cabalgó en sentido contrario. Telamón se sintió bastante ridículo, allí solo al frente de la hilera. Poco después, Alejandro, Hefestión y Cleito se unieron a él. El ánimo del rey había cambiado, y hablaba con excitación sobre el campo y de cómo, cuando acabase la guerra, establecerían soldados macedonios para que cultivaran la tierra. Telamón se perdió en su propio ensueño. El sol se alzó y por primera vez en el día sintió verdadero calor. Ahora llevaba la cara cubierta de un fino polvo blanco, y se dio cuenta de que el paisaje había empezado a cambiar. Por momentos llegaba a oler el mar, el puerto. La avanzada iba por delante para asegurar que el camino era seguro. Alejandro se metió de lleno en los detalles del inminente asalto. Cuanto más se aproximaban a Halicarnaso, mayor era la inquietud de Telamón. El paisaje era bastante diferente, las praderas y los árboles habían desaparecido, dando paso a un terreno duro, arenoso y escarpado. Le recordó mucho a Egipto, cuando había dejado los frondosos y verdes campos que flanqueaban el Nilo, y se había adentrado en los montes que separaban la fértil tierra negra del

Nilo del calor abrasador de las vastas y tostadas tierras rojas. No había más que rocosas escarpas, salpicadas aquí y allá por matojos y por algún oasis ocasional en el que los charcos de agua estaban rodeados de gruesa hierba y palmeras torcidas. A su vez eso dio paso a un plano e inhóspito paisaje de roca, en el que el viento levantaba polvo que les golpeaba en la cara.

—La península de Halicarnaso —declaró Alejandro. Pura roca rodea la ciudad por los tres lados. Nadie sabe por qué. Mis ingenieros afirman que se debe a que los ríos y arroyos se separan cuando llegan a la ciudad y toman caminos diferentes al mar. No hay agua, por eso no hay hierba ni árboles.

—¿Y acamparás aquí? —preguntó Telamón.

—Tan cerca de las praderas como podamos.

Llegaron a una colina y se detuvieron. Telamón se quedó boquiabierto ante lo que vio. Nunca había llegado a Halicarnaso desde el interior. La ciudad parecía emerger del mismo suelo: gigantescas murallas almenadas intercaladas por torres fortificadas. La cabalgata se quedó en silencio. El viento se llevó el polvo. Telamón vislumbró la majestuosa torre de entrada, una pequeña fortaleza por sí sola, que dominaba la Triple Puerta, la entrada principal a aquella gran ciudad y bahía. Sintió como si estuviese soñando. Oía los ruidos de los soldados que iban detrás y el entusiasmado parloteo entre Alejandro y sus capitanes. La vista ante él, sin embargo, era imponente: murallas tremendamente altas de color gris claro construidas sobre roca pura, torres que se elevaban hasta las nubes. Las armaduras brillaban entre los parapetos y las almenas. La pesada puerta principal estaba protegida por barrotes de hierro, mientras que a lo largo de la muralla, hasta donde podía ver, se había cavado un ancho foso en el suelo. Telamón adelantó el caballo y calculó que debía de tener al menos veinticinco metros de ancho. Pero era el silencio lo que le turbaba. Tres años atrás se había unido a una expedición militar por las tierras rojas de Egipto, un escuadrón destinado a liberar de los asaltantes libios una de las grandes fortalezas construidas por los faraones. Cuando llegaron al lugar, desierto bajo el sol abrasador, todos y cada uno de los defensores simplemente había desaparecido. No encontraron nada más que una fortaleza armada y preparada, con las puertas aún reforzadas pero nadie dentro. En ocasiones la imagen volvía para rondar en sus sueños. Tuvo que pellizcarse para asegurarse de que estaba despierto: Halicarnaso era igual. Era una ciudad ingente, uno de los puertos más activos del Mar Medio. Un sofisticado y cultivado asentamiento griego que había crecido y prosperado y, por un tiempo, había sido un reino independiente; ahora era como aproximarse a una ciudad de muertos. Las ventanas a lo largo de las murallas habían sido cerradas, todos los edificios cercanos a los muros reducidos al nivel del suelo y aquella enorme zanja...

—Sus murallas están ciegas —murmuró.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —Alejandro, hablando de diferentes asuntos, acercó su caballo.

—Cuando te aproximas a una ciudad —respondió Telamón—, sea Corinto o

Atenas, la miras y ella te mira a ti. Pero Halicarnaso es como estar contemplando el rostro de un ciego. Sólo que esta vez te preguntas si está ciego o muerto. No hay vida, no hay movimiento.

Un escalofrío le subió por la espalda, y su caballo se movía inquieto debajo suyo.

—¿Es prudente, Alejandro? Tu ejército no ha llegado, pero Memnón está actuando como si lo hubiese hecho.

Telamón echó un vistazo a lo largo del parapeto. El silencio se estaba haciendo opresivo; incluso Alejandro se quedó callado. Tras empujar su caballo hacia delante, el rey estudió la ciudad. Cleito tampoco fue capaz de disimular su inquietud. Hubo una rápida conversación murmurada entre Alejandro y Hefestión y la cabalgata empezó a avanzar, abriéndose en abanico formando una larga fila ante las murallas de la ciudad.

—Deben de habernos visto —declaró Telamón. Alzó la mirada hacia las almenas y pudo ver el brillo de puntas de lanza—. ¿Hasta dónde se extienden las murallas?

—Las estamos mirando desde el norte —replicó Cleito. Señaló con la mano—. Ésta es la Triple Puerta. Las murallas tuercen a ambos lados hasta el este y el oeste, y llegan hasta el mar.

—Y en alguna parte —intervino Hefestión— encontraréis su punto débil.

—Sí, sí que lo encontraremos.

Telamón miró a derecha e izquierda. La caballería macedonia se había desplegado formando un largo arco a ambos lados del rey. La formación era de dos hileras de hombres. Todos estaban armados para el combate, con los yelmos puestos y los escudos preparados. Un trompeta alzó su *salpinx* y, tras recibir órdenes, lo hizo sonar. La fila avanzó amenazadoramente con el crujido de los arreos y el traqueteo de las armas. Los caballos relincharon, moviéndose alborotados al sentir el creciente peligro, la inminente batalla. Telamón se puso detrás del rey. Alejandro susurró una orden que fue transmitida a las filas. De nuevo el estruendo de trompetas, y el avance se detuvo.

—¿Qué está haciendo?

Telamón miró a su izquierda y se encontró el sonriente y agradable rostro de Sarpedón, con sus guantes aún puestos, y con la cabeza y la cara casi completamente tapadas por el casco beocio. Iba vestido con una coraza de cuero y una falda: no llevaba ni lanza ni escudo, pero había desenvainado su espada.

—¡No sabía que venías! —exclamó Telamón.

—Ni tú ni nadie —susurró Sarpedón. Pero la vida en la villa se hace aburrida para un soldado—. Alejandro se está luciendo. Quiere ver las fortificaciones. Como gesto de desprecio, probablemente pretenda recorrer toda la extensión de las murallas.

Telamón asintió. Alejandro haría eso. Cualquier cosa para mostrarse como héroe, para emular a sus grandes ídolos Agamenón y Aquiles: aquellos guerreros aqueos habían sitiado Troya y habían cabalgado alrededor de sus fortificadas murallas como desafío, como un acto de provocación.

—¡Ojalá tuviese un carro de guerra! —exclamó la voz de Alejandro.

—¡Gracias a los dioses no lo tiene! —comentó Hefestión en voz baja.

—Me pregunto si Memnón estará despierto —gritó Cleito.

Como respuesta se oyó un ligero zumbido. Alzando la vista, Telamón vio un fiero proyectil, una enorme flecha empapada de aceite, disparada desde las murallas.

—¡Tienen catapultas! —chilló un soldado—. ¡Tienen catapultas!

—¡Y nos lo dices ahora! —contestó algún ocurrente.

La enorme saeta, envuelta en llamas, cayó como una estrella fugaz; chocó contra el suelo a unos diez metros delante de ellos, haciendo saltar chispas y fragmentos de madera ardiente. Telamón miró hacia arriba al oír que había más gritos y exclamaciones. Habían lanzado tres proyectiles similares, rayos de fuego, que describían un temible arco ascendente y luego bajaban. Dos se quedaron cortos, pero el tercero impactó en la caballería macedonia en un extremo de la fila. El aire se desgarró con escalofriantes gritos y con quejidos de los caballos. Un soldado, con la capa y el sudadero en llamas, siguió cabalgando, formando hombre y animal una llama ambulante. El caballo se puso a correr como loco hacia la zanja: su jinete, en su propia agonía, había perdido el control, y ambos cayeron en el foso. Otros caballos corrían por todas partes, algunos con jinetes, otros solos. Telamón vio a un soldado correr hacia delante, con la capa ardiendo, como si pudiese huir de los horrores que le envolvían. También se dirigía ciegamente hacia las murallas. Dos de sus compañeros desmontaron e intentaron desesperadamente seguirle. Telamón alzó la vista. Los parapetos estaban ahora repletos: arqueros apoyados entre las almenas, con las flechas preparadas y los arcos tensos. Cayó una lluvia de flechas. Los tres soldados fueron sorprendidos. El hombre ardiendo simplemente se desplomó, envuelto por las llamas. De los otros dos, a uno lo mataron al instante, pero el otro intentó arrastrarse hacia su posición hasta que otras flechas le alcanzaron, y se retorció hasta quedarse inmóvil. Reinaban la confusión y el caos. Los oficiales cabalgaban a lo largo para intentar imponer el orden. Alejandro apenas se había movido. Permanecía sentado como si fuese una estatua de piedra, dando palmadas al cuello de su caballo y contemplando las murallas.

—Nos debían de estar esperando —murmuró Sarpedón—. Las máquinas tienen que prepararse y engrasarse, los braseros encenderse y llevarse hasta los parapetos.

Telamón hizo avanzar a su caballo y miró a su izquierda. Habían aparecido brechas en las filas macedonias. Había caballos coceando, soldados despatarrados en el suelo rocoso. En algún lugar un hombre gritaba de agonía y un caballo relinchaba, un quejido agudo que se interrumpió de repente cuando le cortaron el cuello. Cleito el Negro estaba ahora junto a Alejandro, señalando hacia su izquierda. Telamón miró en esa misma dirección y vislumbró nubes de polvo. Miró a su derecha, donde se estaban levantando otras similares.

—¡Caballería! —gritó Cleito—. ¡Han enviado escuadrones por puertas auxiliares! ¡Alejandro! —Se inclinó y sacudió al rey.

Éste permanecía impasible. Parecía fascinado por la gran Triple Puerta, como si con el mismo pensamiento pudiese hacer que aquella enorme entrada tenebrosa se abriese para recibirles. Lanzaron más flechas incendiadas. Una, disparada hacia el centro de las filas, se quedó corta. En seguida le tocó al flanco derecho de las líneas macedonias sufrir bajas, con los mismos espantosos resultados, hombres y bestias envueltos en llamas. Los caballos, desesperados, se lanzaban a la carrera, corcoveando a lo loco, lanzando a sus jinetes, y, en ocasiones, matándoles con salvajes coces. Alejandro salió de su ensueño.

—¡Ordenad a la línea que avance! ¡Rápido, al trote!

Cleito iba a protestar.

—¡Calla! —gritó Alejandro—. ¡Sigamos hacia delante todo lo que podamos!

La orden fue dada a los dos flancos. Las trompetas sonaron, una sola y larga nota indicó un avance general. Unos jinetes atravesaron las nubes de polvo. Era la caballería persa, con sus sombreros de fieltro, ropas de vivos colores, largas lanzas y escudos redondos. La línea macedonia se movió hacia delante para salirles al paso. Telamón se dio cuenta de la táctica de Alejandro. Al desplazarse tan cerca como pudiesen de la caballería enemiga, evitaría las catapultas del otro lado de las murallas, pues sus ingenieros temerían alcanzar a propios y extraños. Las dos fuerzas persas se unieron, formando una larga hilera de jinetes con el enorme foso tras ellos.

Alejandro hizo avanzar su caballo, Hefestión y Cleito seguían cada uno a un lado. Susurró instrucciones. Los macedonios se habían recuperado rápidamente del ataque. Los heridos ya habían sido retirados y los caballos habían sido sacrificados para evitarles el sufrimiento. Una serie de toques de trompeta resonó después de que las órdenes de Alejandro fuesen corriendo por cada flanco. Cleito parecía muy preocupado por otras nubes de polvo que podían verse en el lejano horizonte.

—Tenemos que ir con cuidado —Sarpedón agarró las riendas con una mano enguantada y alzó su espada.

Telamón sentía el estómago revuelto por los nervios y la tensión. Veía lo insensato que había sido Alejandro. Los persas habían salido a hacerles frente, pero ¿y si habían enviado a más tropas a las praderas para impedirles la retirada, rodearles y conducirles hasta las murallas de Halicarnaso? Alejandro se estaba dando cuenta del peligro. Negó con la cabeza y susurró algo. Se dieron nuevas órdenes. El centro de la línea macedonia tomó la delantera, Alejandro iba a la cabeza, formando una punta de flecha con sus comandantes. La línea persa era de al menos tres hombres de grosor. Entre el ajetreo y el bullicio, Telamón vio que había oficiales con armadura griega en el mando persa. Uno destacaba, con una pluma escarlata en su casco beocio y un grifo rojo como blasón en su escudo.

—¡Efialtes! —dijo alguien—. ¡Efialtes de Tebas! ¡No puedo ver a Memnón!

Alejandro siguió adelante. Las almenas y las torres de Halicarnaso estaban oscuras y abarrotadas de tropas agrupadas. Las catapultas se habían parado. Alejandro se detuvo y levantó la mano. De nuevo las trompetas emitieron un sonoro

toque.

—¡Efialtes de Tebas! —gritó el trompeta macedonio—. ¿Has venido a rendirte? ¿A entregarte a la justicia por luchar contra compatriotas griegos?

—¡Asesino de Macedonia! —bramó la respuesta—. ¿Has venido a recibir tu justo merecido de los dioses?

La respuesta de Alejandro fue desenvainar su espada con un silbido de acero y levantarla en alto. Telamón cerró los ojos. Iban a la carga. Pero a su alrededor se oyeron ansiosos comentarios sobre ser atrapados y rodeados, asesinados en aquella árida península.

## Capítulo VI

«Un contraataque de Alejandro los contuvo sin dificultad y fueron obligados a volver a las murallas».

Arriano, *Las campañas de Alejandro*, Libro 1, capítulo 20.

**A**lejandro permaneció inmóvil, con la espada aún en alto y el sol reflejado en su pulido metal. Telamón desenvainó la suya. Podía deducir por los movimientos de las líneas persas que Alejandro había confundido a sus enemigos. En lugar de retirarse, se estaba preparando para un ataque frontal. Sin embargo, se estaban dando órdenes secretas a los comandantes. Alejandro estaba utilizando deliberadamente su teatralidad para enmascarar sus propios preparativos. El rey estaba al frente, sobre su caballo, con la capa cuidadosamente colocada y la espada en alto. Parecía un comandante presidiendo un desfile en un campo de maniobras más que un hombre enfrentándose a las fuerzas enemigas. Una flecha, disparada por algún experto arquero desde las murallas, se clavó en el suelo a escasos metros delante de él.

—Alguien está probando suerte —susurró Sarpedón.

—¡Enyalios! ¡Enyalios con Macedonia!

El grito de Alejandro fue recibido con un clamor. El rey se puso en marcha, pero no al trote sino directo a un ataque frontal, usando la hoja plana de su espada para espolear al caballo. Los macedonios detrás de él no tuvieron más elección que seguir una precipitada carrera hacia el centro de la línea persa. El enemigo fue cogido por sorpresa: se desenvainaron las espadas, se bajaron los estandartes, las tropas empezaron a moverse, pero la caballería macedonia ya estaba en plena carga. Hombres a ambos lados de Telamón espolearon a sus caballos, con los escudos en alto y las lanzas hacia el frente, listas para impactar. El caliente viento se llevó los clamores y los vítores, los gritos y las ovaciones. Algunos de los arqueros de las murallas soltaron las flechas; aquí y allá hombres y caballos caían en un choque de color y polvo. Alejandro cabalgaba como un poseso, Cleito y Hefestión como corredores detrás de él, intentando ir a su paso. La línea persa apenas se había movido cuando la punta de la formación en flecha macedonia colisionó con ellos en su centro, causando un estruendo de metal y relinchos de caballos. La furia del ataque envió a hombres y monturas por los aires como bolos golpeados con fuerza por una bola. Telamón temía al foso detrás del enemigo, pero Alejandro, un excelente jinete y comandante de caballería, había calculado bien la distancia.

En el centro de las tropas, Telamón se sintió relativamente seguro: a cada lado vislumbró rostros aceitunados, miradas desafiantes y destellos de cimitarras. Sarpedón también estaba rodeado. La punta de flecha macedonia iba disminuyendo. Alejandro estaba volviendo, liderando la retirada mientras la fila macedonia se volvía

sobre sí misma. Ahora la punta de la flecha se dirigía en dirección contraria. Tras haber hecho recular al centro persa, Alejandro se estaba alejando, dejando que sus flancos cubriesen su retirada, para atacar a los persas, conducirles hacia el foso y reducir su afán de perseguirles.

Telamón estaba atrapado en medio del bullicio. Logró ver la cara de Alejandro entre la multitud, y a Cleito y Hefestión gritando a los jinetes que se apartaran. En seguida fue el turno de Telamón, y obligando a su caballo que girase, él también se unió al loco galope, dejando atrás el sangriento barullo del combate. Por todas partes algún caballo tropezaba, se le torcían las patas y hacía caer al jinete. A veces los caballos se recuperaban, se incorporaban rápidamente y el jinete saltaba de nuevo a la silla: en otras ocasiones los soldados se inclinaban para recoger a los compañeros caídos, y se unían a la desordenada retirada por la rocosa península.

El mundo de Telamón se redujo a la oscilante cabeza de su caballo, los gritos de los hombres, los jinetes a sus lados, el polvoriento aire caliente y la roca blanca pasando a toda velocidad debajo de él, como si la propia tierra se estuviese moviendo. No se atrevió a mirar atrás, se concentró en seguir hacia delante, con las riendas agarradas con firmeza pero sin tirar demasiado fuerte. La cabeza de su caballo empezó a moverse de arriba abajo con mayor insistencia, una señal de cansancio creciente. Dejaron la escarpadura: comenzaron a aparecer matorrales secos y árboles, y un toque de trompeta sonó entre el alboroto. Los jinetes delante de Telamón disminuyeron el paso; se encontraba entre un grupo de soldados con armadura, algunos de los cuales aún llevaban sus espadas desenvainadas, manchadas de sangre desde la punta hasta la empuñadura, y sus ojos brillaban en polvorientas caras blancas. El caballo de Telamón, agotado, moderó el paso. Una mano le agarró el hombro, pero él la apartó. Miró a su alrededor. La caballería macedonia era un remolino de jinetes en una enorme nube de polvo. Alguien le puso un odre en la mano. Quitó el tapón, lo alzó y dejó que el agua corriese por su cara y su boca. Los hombres estaban desmontando; alguien le quitó el odre de las manos. Telamón, desplomado sobre el cuello de su caballo, sintió un tirón en el brazo. Alejandro, sin casco, le estaba mirando, con el rostro cubierto de tierra blanca como si llevase una máscara.

—Pensaba que te habíamos perdido, médico. ¡Venga, baja!

Telamón pasó una pierna sobre su caballo y casi se cae encima de Alejandro.

—¡Así, así, médico! —Alejandro le dio unas palmadas en la espalda—. Te sentirás bastante extraño y mareado, como si hubieses estado en la cubierta de un barco en mitad de una tormenta.

Las piernas de Telamón flaquearon, pero Alejandro le aguantó.

—¡Está aquí! —gritó el rey, empujando a Telamón entre una multitud de soldados, todos hablando con entusiasmo. El aire apestaba a sudor y a cuero, el acero olía a sangre. Se abrió paso para el rey hasta un montículo en el que estaban esperando otros comandantes. Hefestión estaba estirado sobre la hierba. Se había



quitado su coraza y estaba con las piernas abiertas, chorreando de sudor, mientras que Cleito se estaba echando agua en la cara y el cuello. Alejandro llevó a Telamón hasta la sombra de una enorme encina, cuyas extensas ramas proporcionaban un agradable cobijo del sol, y le hizo sentarse.

—No malgastes esa agua, Cleito —gritó—. ¡Hefestión no la merece!

Telamón sólo quería que el temblor cesase, así como los extraños sonidos que resonaban como olas en sus oídos. Rogó no tener que vomitar. A Cleito le encantaría que lo hiciese. Alzó la vista: el rey le estaba sonriendo amablemente.

—Pensé que te había perdido, Telamón, en serio. Pasé por tu lado cuando nos retirábamos: parecías desquiciado.

—Soy médico —se quejó Telamón—, no jinete ni soldado.

—Venga —Alejandro le dio unas palmadas en la espalda—. Piensa en otra cosa, ya pasará.

Telamón miró hacia las praderas. La caballería macedonia estaba concentrada allí. Más allá del camino blanco, hacia el sur, aún se levantaban las nubes de polvo como humo.

—No había nada de qué preocuparse —comentó Alejandro—. Fue un truco muy bueno.

—¿Qué estaban intentando hacer?

—Veamos —Alejandro se agachó. Cogió una ramita con forma de herradura y la puso sobre la hierba—. Ésta es la muralla de Halicarnaso. Imagínatela como en forma de U, con los dos extremos acabando en el mar. Nos acercamos al centro, donde se encuentra la Triple Puerta. No podemos ver las murallas de los lados ni las puertas que esconden. Efiates es un luchador astuto. Yo pude tomar Tebas porque un comandante dejó una entrada abierta. Esta vez Efiates ha hecho el truco al revés.

—He visto dos líneas de jinetes —murmuró Telamón.

—¡Bien! —Alejandro suspiró, mirándole con los ojos entrecerrados—. Todavía podemos hacer de ti un soldado, Telamón. Ellos sabían que no podríamos verles, así que han abierto la entrada al extremo de cada lado de la muralla, han colocado un puente provisional sobre su zanja y han salido. Se suponía que nosotros debíamos atacar. Caballería contra caballería. Lo que también habían preparado eran escuadrones de caballería ligera para salir hacia las praderas: su misión era atacarnos por detrás o, si intentábamos escapar, obligarnos a recular. Gracias a los dioses por el polvo, ¿eh?

—Podrían habernos atrapado y matado —se quejó Telamón.

—Lo dudo. Un jinete macedonio vale diez persas, y ha sido una larga y torpe maniobra. Los persas en las praderas habrían encontrado el terreno difícil. Aún así podríamos haber escapado.

Alejandro se incorporó, dio una patada a la ramita y se quedó mirando al remolino de hombres y caballos.

—Eso no me importa: lo que sí me molesta es que sabían que íbamos a venir.

Habría llevado tiempo planear una maniobra como ésa. Tenían la caballería montada, los puentes provisionales preparados, las catapultas listas y cargadas. Calculo que todo llevaría al menos tres o cuatro horas de preparación.

—Entiendo lo que dices —vociferó Cleito, estirado sobre la hierba al lado de Hefestión—. Los cabrones nos estaban esperando.

—Tenemos a un traidor entre nosotros —Alejandro sonrió a Telamón.

—Tú siempre tienes traidores —contestó Telamón—. Ya lo sabes; Pamenes, por ejemplo.

—¿El escriba muerto?

—Lo descubrí anoche antes de que me llamaran para ayudarte —Telamón se quitó el polvo de las mejillas—. Era un mago, un sacerdote persa, y por eso se llevaron su cadáver. Sospecho que su asesino dejó documentos cerca del cuerpo.

—Pero ¿por qué deberían los persas hacerse con sus restos?

—Porque era un mago, un guardián de la Llama Sagrada. Tenía un anillo y un sello —Telamón señaló en dirección a Halicarnaso—. Ahora que me he encontrado de nuevo con los persas, he tenido el placer de recordar sus costumbres, y sospecho que llevaba el emblema de Ahura-Mazda escrito en su cuerpo, probablemente en el cuero cabelludo, oculto por el pelo.

—Sí, es el sitio habitual —respondió Alejandro—. Los magos persas llevan sus cabezas y sus caras afeitadas para que no se contaminen. Entonces —continuó—, ¿Pamenes era un espía persa en la corte de la reina Ada?

—Escondió su anillo y su sello —respondió Telamón, levantándose para ponerse al lado del rey—. Pamenes fingía ser un escriba griego. Probablemente llevaba un registro de lo que iba descubriendo, pero ése es sólo el principio del verdadero misterio.

—¿Hay algo más?

—Tiene que haberlo —Telamón se secó los labios con el dorso de la mano—. El asesino de alguna manera envió un mensaje a los persas cuando Pamenes murió, contando que tú ibas a llegar a la Villa de Cibele, escondió cualquier manuscrito secreto que tuviese el supuesto escriba en su propio cadáver.

—¿Ese asesino sabía que Pamenes era un mago?

—Posiblemente, esa cuestión aún me confunde. En cualquier caso, los persas vinieron anoche y se llevaron el cadáver de Pamenes. Lo deben de considerar sagrado. También se llevaron cualquier registro secreto que guardase, así como información de que el rey macedonio podría ser lo suficientemente temerario como para salir con una tropa ligera a contemplar las fortificaciones de Halicarnaso.

—¿He sido insensato, Telamón?

—¡Mucho! —replicó el médico—. Nos podrían haber matado a todos.

—¿Y qué piensas de nuestro traidor? —murmuró el rey.

—Es un hombre que trabaja para sí mismo y al que le importa un comino los griegos o los persas. Quizá mató a Pamenes porque lo vio como a un rival, y para

conseguir información para sus jefes. Puede que haya estado enviando a esos mismos jefes un mensaje diciéndoles que trabaja para sí mismo y consigo mismo. Y que nadie más puede inmiscuirse.

—¿Entonces quién puede ser? —preguntó.

—Cualquiera —Telamón torció el gesto—. Es interesante que Sarpedón haya venido esta mañana: podrían haberle matado. Sé por otro testigo que él vio la lámpara haciendo señales ayer por la noche a los atacantes persas: parece libre de toda sospecha.

—Además es analfabeto —añadió Alejandro—. No sabría del valor del manuscrito pitio. Además él fue quien dio la alarma ayer. Y aún más importante, la reina Ada responde por él. Cuando ella huyó de Halicarnaso, Sarpedón la ayudó. Si él vuelve a la ciudad, la sentencia de muerte se llevará a cabo. Las autoridades persas lo quieren vivo o muerto.

Telamón pensó acerca de lo que el rey había dicho. Sarpedón había estado fuera en el jardín con él mismo y con Casandra cuando Pamenes había sido asesinado. Además, sus vendajes y sus manos enguantadas le habrían dificultado cualquier ataque sobre un joven como Pamenes.

Alejandro se sentó y pidió a Telamón que hiciera lo mismo.

—¿No deberíamos marcharnos? —preguntó el médico.

Alejandro negó con la cabeza.

—Los persas no nos seguirán ahora. Las praderas son demasiado abiertas y temen una emboscada. No saben qué ejército puede aparecer por el camino. No, se refugiarán detrás de sus murallas y esperarán a que atacemos. Estabas hablando de tus compañeros en la villa.

—Tenemos a Solán, el escriba jefe, un hombre amargado por todo y muy ambicioso. Cherolos el sacerdote puede que esté aquí para vigilar a los otros, pero podría tener sus motivos. Finalmente, está el joven Bessos.

—¿Podría alguno de ellos haber tirado a Pamenes por la ventana?

—Es posible. Todos estaban en la casa a esa hora.

—Pero pensaba que la puerta de la habitación estaba cerrada.

—Sí, eso es lo que me inquieta —murmuró Telamón—. Sabemos que ciertos objetos, incluyendo un estilo, deben de haber salido del dormitorio de Pamenes. Cuando encontré el cuerpo, la piel estaba fría y la sangre coagulada. Pensé que había sido lanzado de su propia habitación, pero es posible que pudiesen haberlo matado en cualquier lugar: el cadáver luego fuera movido, y limpiada toda la sangre.

—¡No estoy de acuerdo! —Alejandro golpeó el puño contra la mano—. La habitación de Pamenes estaba cerrada del todo: debieron de matarlo ahí. Tú tienes muy buen ojo, Telamón, te habrías dado cuenta si el cuerpo hubiese sido movido.

—En tal caso —suspiró Telamón—, estamos hablando de alguien que estuvo en el dormitorio de Pamenes y se marchó por otro sitio.

El rey alzó la cabeza, saboreando la brisa en su rostro.

—Pero no hay escaleras —añadió—. Hemos inspeccionado la villa desde la bodega hasta el último piso.

—¿Y una cuerda? —planteó Alejandro—. Alguien como Sarpedón podría haber trepado y entrado por la ventana furtivamente.

—¿Y Pamenes le habría dejado pasar? —Telamón sacudió la cabeza—. Si Sarpedón hubiese tirado a Pamenes de la ventana y luego hubiese bajado por la cuerda, tendría que soltarla. No veo cómo podría haberlo hecho —entrecerró los ojos—. Además, si Sarpedón trepó podrían haberle visto, tanto desde el jardín como desde las habitaciones contiguas. ¿Y qué utilizó? ¿Cómo iba a hacer algo así con las manos completamente vendadas y enguantadas? —Se secó el sudor de la frente—. No, Sarpedón estaba con nosotros. Yo le vendé las manos. Se fue a buscar unos guantes y luego se puso a trabajar en el jardín, nada sospechoso. Lo que es más probable es el alféizar. Es lo suficientemente ancho para que el asesino lo recorriese, se metiese en la habitación de Pamenes y le esperase allí. Quizá se escondió y, cuando Pamenes entró, esperó a que fuese a la ventana con su alpiste para los pájaros. Le empujó, cogió lo que quería y se fue por el alféizar hasta cualquier otra habitación. Sin embargo —admitió—, eso convierte a Bessos en el asesino pues al menos debería saber si alguien pasó por su ventana abierta para entrar en el dormitorio de Pamenes.

Alejandro arrancó una brizna de hierba y se la puso entre los labios. Telamón imaginó la pared exterior de la parte trasera de la villa: las ventanas abiertas, la de Pamenes al final, y el asesino moviéndose por el alféizar, que estaba sucio y cubierto de excrementos de pájaro.

—Creo que me equivoco en eso —suspiró—. La cornisa es demasiado obvia: el asesino podría haber sido visto, y seguramente oído, por Pamenes. Incluso si logró entrar, Pamenes se habría resistido. Además —Telamón se mojó los labios—, he examinado ese alféizar y no he encontrado indicios de que nadie lo hubiese usado.

Un soldado gritó. Telamón alzó la vista; la voz del hombre era penetrante, y el médico de repente se dio cuenta de que se había olvidado de la posible participación de Gentius y Demerata.

—Y bien... —Alejandro se levantó—. ¿Todavía te sientes mareado?

Telamón sonrió.

—Ya no.

—¡Perfecto! Volvamos a la villa.

Bajaron la colina. Los jinetes, ahora un abarrotado círculo de risas y parloteo, saludaron al rey desenvainando sus espadas y haciendo el grito de combate macedonio. Alejandro les saludó.

—¡Hemos visto la fortaleza de Halicarnaso! —gritó—. Memnón nos ha visto. Ahora está a salvo, ¡pero volveremos y esas murallas no le protegerán!

Una gran ovación respondió a sus palabras. Le llevaron su caballo. Saltó sobre él como si no tuviese ninguna preocupación, cogió las riendas, e hizo que el animal se levantara sobre sus patas traseras, provocando los gritos de adoración de sus

hombres.

El grupo del rey comenzó a cabalgar por las praderas. Los demás montaron y, bajo las órdenes que gritaban sus oficiales, se organizaron en unidades. El rey salió a medio galope y, con sus jinetes detrás de él, se marchó por el polvoriento camino lejos de Halicarnaso.

Al volver a la villa, Telamón y Casandra estuvieron ocupados atendiendo heridas y cortes. Según el recuento habían perdido al menos dos docenas de hombres y treinta caballos. La mayoría de las heridas consistía en tajos de espada y daga, moratones y miembros rotos o con esguinces. Telamón montó un hospital provisional a la sombra de uno de los huertos, y organizó a unos cuantos camilleros, que se hicieron cargo de las heridas leves y las magulladuras mientras que él y Casandra atendían cosas más serias. Utilizaron vino fuerte, sal y miel para limpiar las heridas. Se aprovechó el lino de las camas para hacer vendajes y los armazones de madera se rompieron y cortaron en trozos que sirviesen para entablillar. Tanto Telamón como Casandra tenían una amplia experiencia sirviendo en hospitales de campaña. Casandra satisfacía las exigencias de Telamón en cuanto a la higiene, lavándose constantemente las manos en agua caliente y secándoselas con trapos limpios que luego se desechaban.

—¿Por qué haces eso? —preguntó un soldado mientras Telamón limpiaba un profundo corte justo bajo su rodilla.

—Todos me lo preguntan —respondió Telamón—. Realmente no sé que contestar. Los egipcios creen que el aire causa polución, y que todo el polvo y el pus deben quitarse —vertió el fuerte vino mezclado con sal en la pierna del hombre. El soldado se puso tenso, conteniendo un grito mientras el vino mojaba la herida expuesta.

—Bien —Telamón le tranquilizó—. Cuando una herida está muerta, se vuelve ligeramente verde y empieza a oler, entonces es cuando deberías gritar de verdad.

Aplicó miel alrededor del corte y, usando tiras de lino, le hizo un vendaje más bien suelto.

—No te lo quites —le advirtió Telamón—. Y no te lo aprietes.

Atraído por los gritos más allá de los árboles, dejó al soldado con Casandra y se dirigió hacia la fresca oscuridad. Dos hombres yacían sobre sábanas, con sus caras y sus torsos seriamente quemados por los proyectiles de Halicarnaso. En algunas partes la piel incluso se había consumido y estaba en carne viva. Uno de los hombres había perdido un ojo: su negra cuenca miraba en vano mientras las moscas, a pesar de los esfuerzos de los camilleros, volaban alrededor de la herida abierta.

—¿Hay algo que puedas hacer? —El comandante del escuadrón estaba sentado con la espalda recostada en un árbol.

Telamón se agachó entre los dos hombres.

—Les he dado vino —comentó el camillero—, mezclado con adormidera y mandrágora.

Telamón miró aquellos rostros, y se le cayó el alma a los pies. Las capas de piel

habían desaparecido; la carne se estaba arrugando. Uno de los soldados no paraba de quejarse en su sueño inducido por el brebaje, parloteaba en sus pesadillas, llamaba a su madre.

—No hay nada que pueda hacer —Telamón se quedó mirando al oficial—. No son sólo las heridas —con cuidado presionó la frente de uno de los heridos—. También es un trauma para sus cuerpos y sus mentes.

—¿Nada? —respondió el oficial—. ¿Eso es lo mejor que puedes ofrecer?

—Es lo mejor que puedo ofrecer —Telamón se le quedó mirando—. Soy médico, no milagrero.

—Pero he oído que unes venas, coses carne y frenas las hemorragias.

—Puedo atender lo que está rasgado, roto, dislocado y torcido, pero estos hombres ya no tienen piel. Yeso no lo puedo remediar. Sólo puedo tratar las heridas para que no se les infecten. Habéis luchado lo suficiente como para saber qué heridas no pueden curarse.

El joven oficial se puso las manos en la cara. Telamón se acercó y se sentó junto a él: se quedó mirando, impotente, hacia las moscas negras que revoloteaban sobre los heridos.

—Cuando se despierten —murmuró—, su agonía será insoportable. De todas las heridas, las más terribles son las causadas no por el acero o el bronce sino por el fuego.

El oficial suspiró y cogió la larga y estrecha daga que había clavado en el suelo a su lado.

—¿Qué debo hacer?

—Ya lo sabes —contestó Telamón y, poniéndose en pie, se alejó de los árboles.

Contuvo su ira. No era responsable, pero no podía evitarlo. Aclaró la mente y volvió a los casos en los que sí podía ayudar. Se concentró en lo que hacía, diciendo palabras de ánimo, prometiendo a los hombres que pronto estarían bien. Sabía muy bien que aquellos que habían sufrido heridas en las piernas o tenían costillas rotas no podrían montar a caballo durante muchos meses.

—Míralo por el lado bueno —sonrió a un jinete—. Irás en el carro de los convalecientes y disfrutarás de los placeres de la guarnición de alguna ciudad.

El día acababa y las sombras se alargaban. Alejandro, que había estado reunido con sus oficiales, salió y paseó entre los heridos, repartiendo monedas, pequeños regalos, agachándose para hablar con tal oficial o tal otro. Iba acompañado de Ptolomeo, quien se había quedado para proteger la villa: el comandante de Alejandro parecía más fresco y alerta que la noche anterior. Telamón podía deducir por su colorado rostro que Alejandro y él habían estado discutiendo, probablemente sobre la precipitada escapada matutina del rey. Telamón empezó a recoger sus cosas y, mientras lo hacía, volvió al problema que Alejandro había planteado sobre la muerte de Pamenes.

—Si pudiese resolver ese asunto —murmuró a Casandra—, posiblemente

descubriría algo importante.

—He estado observando a nuestros respetables escribas —respondió ella—. Afirman haber estado trabajando todo el día, pero algunos parecen tener resaca —alzó la vista para mirar a Telamón con los ojos entornados, mientras se arrodillaba en el suelo y hacía unos vendajes—. La villa ha estado muy tranquila hoy. Me alegro de que hayas regresado a salvo.

—Ve a buscar a Solán y a los demás —ordenó Telamón—. Pídeles que se reúnan conmigo detrás de la casa bajo la ventana de Pamenes.

Cassandra acabó lo que estaba haciendo y se alejó corriendo. Telamón atravesó el patio empedrado, subió el cubo del pozo y se lavó las manos y la cara. Entró en la cocina. El *mageiros* y sus pinches estaban atareados con sus cocinas y hornillos preparando todo tipo de panes y carnes. También estaban alistando una parrilla que montarían afuera para asar los trozos de carne que había desparramados en un sangriento desorden por la mesa de la cocina. A Telamón se le revolvió el estómago. El *magáros* le preguntó si quería algo de comer; él negó con la cabeza y salió.

Para cuando rodeó la villa, Cassandra ya había reunido a los escribas. Estaban sentados donde empezaba la hierba, mirando hacia la ventana como si, por el poder del pensamiento, pudiesen recrear la terrible caída de Pamenes. Telamón se detuvo en el camino de ladrillos rojos que rodeaba la casa.

—Siento llegar tarde —Sarpedón vino a toda prisa. Llevaba una copa de vino, y la manera en que caminaba indicaba que había bebido bastante—. Menos mal que estoy vivo —le hizo un guiño al médico—. He rezado a los dioses para que mi caballo no tropezara.

—Ha sido una estupidez —intervino Solán—. El rey podría haber muerto.

—Bueno, no le han matado —respondió Telamón más lacónicamente de lo que pretendía—. Pero a Pamenes sí.

Sarpedón se unió al grupo, sentándose de cuclillas con la copa de vino entre las manos. Telamón se acercó y se quedó frente a ellos como un maestro de escuela con sus alumnos.

—Os voy a decir lo que sé de Pamenes. Era un espía persa, probablemente un mago, un sacerdote de uno de sus templos. Silencio —interrumpió sus protestas—. Estaba trabajando duro para traducir el manuscrito pitio mientras os vigilaba por si podía enterarse de algo.

—¿Y lo hizo? —preguntó Cassandra.

—¿A qué te refieres? —inquirió Bessos con vehemencia.

—Os conozco, escribas —declaró Telamón—. Todos deseáis ser el que descubra el cifrado secreto. Trabajáis juntos, pero cada uno sueña con que sea un logro propio. ¿Le contasteis algo a Pamenes?

—No podíamos decirle lo que no sabíamos —sonrió Solán.

—Pamenes realmente no nos dijo nada destacable —añadió Bessos.

—Muy bien. La mañana en que murió —prosiguió Telamón—, Pamenes estaba

en su habitación. ¿Le visitó alguien?

Un coro de negaciones respondió a sus palabras.

—Pero, Bessos, tú dijiste que alguien cruzó la galería por delante de tu habitación. Debiste oír la puerta de Pamenes abrirse y cerrarse. ¿A qué hora fue?

—No lo sé —tartamudeó Bessos—. El sol había salido. Yo había bajado a la cocina. Sarpedón ya estaba trabajando en el jardín, le vi desde mi ventana.

—Yo no fui —comentó Sarpedón arrastrando las palabras. Estiró las piernas, todavía llevaba las botas de montar cubiertas de barro—. Habría dejado un rastro de tierra por todo el pasillo y el dormitorio.

—¿Pamenes bajó en algún momento? —preguntó Telamón—. ¿A la cocina, para comer o beber algo, o afuera, al jardín?

—Ya te lo han dicho —replicó Solán—. Hiciese lo que hiciese, Pamenes se lo guardaba para sí. Ahora que sabemos que era un espía, probablemente hizo sus plegarias matutinas al sol naciente o a cualquier dios que adorase.

—Bessos —Telamón se volvió hacia el pálido escriba joven: no se había afeitado y sus ojos aún estaban enrojecidos—. Tu ventana está alrededor del contrafuerte. Podrías haber salido a la cornisa, haber caminado por ella y haberte metido en la habitación de Pamenes.

—Así de fácil —Bessos chasqueó los dedos—. ¿Sin pisar el polvo incrustado? ¿Y sin que Sarpedón hubiese visto nada desde el jardín? Desde luego, a Pamenes no le habría molestado dejarme entrar por su ventana.

Telamón sonrió disculpándose.

—Sólo estaba probando una teoría.

—Lo que es importante —comentó Sarpedón—, es esa persona que atravesó el pasillo para visitar a Pamenes.

—Bueno, yo estaba en mi habitación —contestó Bessos, así que no fui yo. Sarpedón estaba en el jardín— lanzó una mirada acusadora a Cherolos y Solán.

—Tuviste que ser tú —Solán señaló al sacerdote—. Debió de ser eso. Yo no oí a nadie pasar por delante de mi habitación, y la tuya está junto a la de Bessos.

Telamón disimuló su sorpresa ante lo ágil que en realidad era la mente del anciano escriba. Le hizo un guiño a Casandra: no había pensado en eso.

—Si yo no oí a nadie —continuó Solán con excitación—, entonces esa persona tienes que ser tú, Cherolos. Además —agitó las manos—, podría probar que casi toda la mañana estuve hablando con el *mageiros* de comida y provisiones. ¡Estuvo subiendo y bajando las escaleras, un verdadero fastidio, molestándome con tal pregunta y tal otra!

—Yo... —tartamudeó Cherolos—, yo... yo... reconozco que sí que fui en una ocasión. Llamé a la puerta, sin embargo no hubo respuesta. Probé el pasador, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—Es extraño —intervino Bessos—. No oí que le llamasen ni ningún golpe en la puerta.



—Y aún más —gruñó Solán—, Pamenes nunca cerraba su puerta, o casi nunca. No me percaté de eso la mañana que lo mataron.

—Juro que digo la verdad —el rostro cetrino del sacerdote estaba colorado, y sus ojos almendrados brillaban—. Fui a ver a Pamenes —respiró hondo—. Le había visitado la noche anterior. La puerta de su habitación estaba abierta así que entré. Me habría ido inmediatamente pero había un trozo de pergamino en el suelo. Sentí curiosidad y lo recogí —sacó de su bolsillo un trozo de tela amarillento, con las esquinas rotas, y se lo entregó a Telamón. La mano del sacerdote estaba temblando.

—Deberías haberme dicho esto antes —Telamón echó un vistazo al pergamino—. Es el alfabeto —se lo entregó a Casandra—; id pasándolo.

—Ha formado el alfabeto en un cuadrado, cinco filas y cinco columnas —murmuró Solán. El viejo escriba estaba excitado con lo que había visto—. Estaba intentando encontrar una clave para el código. ¡Mira! —Se lo devolvió en seguida.

Telamón lo estudió más detenidamente. Las letras estaban toscamente colocadas en un cuadrado.

	<b>1</b>	<b>2</b>	<b>3</b>	<b>4</b>	<b>5</b>
<b>1</b>	<b>A</b>	<b>B</b>	<b>C</b>	<b>D</b>	<b>E</b>
<b>2</b>	<b>F</b>	<b>G</b>	<b>H</b>	<b>I/J</b>	<b>K</b>
<b>3</b>	<b>L</b>	<b>M</b>	<b>N</b>	<b>O</b>	<b>P</b>
<b>4</b>	<b>Q</b>	<b>R</b>	<b>S</b>	<b>T</b>	<b>U</b>
<b>5</b>	<b>V</b>	<b>W</b>	<b>X</b>	<b>Y</b>	<b>Z</b>

—El manuscrito pitio está numerado —Solán estaba tan nervioso que apenas podía estarse quieto—. ¿Quizá sea ésa la clave?

Telamón dobló el trozo de pergamino y se lo puso en su bolsillo. Se agachó mirando a Cherolos.

—¿Sabías que esto era importante, verdad?

El sacerdote asintió.

—Ayer por la mañana, ¿volviste a preguntar a Pamenes qué significaba?

Cherolos se mordía sus labios secos.

—Me pasé casi toda la noche intentando aplicar ese cuadro al manuscrito pitio —susurró—, pero no tenía sentido. Pensé en volver y preguntarle. Sentía curiosidad —miró con ira a su alrededor— por saber por qué Pamenes no nos había informado de eso. No quería hacer ruido. Llamé muy suave a la puerta, por eso nadie me oyó: probé con el pasador. Estaba cerrado, pero las tablas del suelo crujían. Pamenes debía de estar allí, pero no respondía a la puerta. Volví de puntillas a mi habitación. Luego nos reunimos en la sala de costura. Cuando encontraron a Pamenes muerto, no supe

qué hacer. Pensé que lo mejor era guardar silencio. Yo quería contároslo... —Su voz se fue apagando.

—Sarpedón —Telamón se giró hacia donde estaba sentado el espartano, con los ojos entrecerrados y medio dormido—. Cuando estuviste trabajando en el jardín aquella mañana, ¿pasaste por aquí en algún momento?

—En una ocasión, antes de cortarme las manos con el brezo. Recuerdo que los postigos de la habitación de Pamenes estaban abiertos, pero no vi nada. ¡Habría dado la alarma!

—¿Alguien notó algo raro?

—Leche —respondió Solán. Su cabeza se movió hacia delante, con el labio inferior caído—. Cuando me desperté aquella mañana, salí a la galería. El lugar apestaba a leche, y había leche derramada justo al final de las escaleras. Llamé al *mageiros* para que la limpiara. Dijo que ninguna sirvienta había subido leche.

—Claro —contestó Telamón—. ¡El gato! Pamenes solía cuidar de él, ¿verdad? ¿Le daba cuencos de leche?

—Es muy extraño —comentó Solán—. Pamenes era muy limpio y pulcro. Si hubiese derramado la leche, habría fregado el suelo. La leche de cabra se agria mucho.

—¿Y? —preguntó Telamón.

—Le pregunté al *magáros*. No recordaba que alguna de sus sirvientas hubiera subido leche por las escaleras. De hecho, tienen instrucciones expresas de mantenerse alejadas de nuestras habitaciones.

—¿Y por qué? —preguntó Telamón.

—Porque son unas urracas; ¡roban lo que les viene en gana! No me fío de ellas.

—¿Alguno de vosotros subió esa leche?

Todos sacudieron la cabeza.

—Debieron de subirla la noche anterior —concluyó Solán.

Telamón recordaba el cuenco que había encontrado en la habitación de Pamenes.

—Está claro que él alimentaba al gato, ¿pero nunca sacaba la leche de la cocina él mismo?

Solán negó con la cabeza.

—Ciudadanos de Tebas. Mi compañera y yo os saludamos.

—¡Oh no! —lamentó Bessos.

Gentius y Demerata doblaron la esquina de la casa. El alto y delgado actor iba vestido con su pieza de camello y llevaba una pequeña rama de parra. Tenía los ojos cerrados y una mano estirada hacia delante.

—¿Reconocéis el verso, incultos? —El actor abrió los ojos y se los quedó mirando de manera desafiante.

—Tiresias, el adivino de Tebas —replicó Casandra.

—Os he hecho llamar —dijo Telamón—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—He visitado el pabellón del rey —contestó el actor, agarrando el bastón como si

fuera un cetro de mando—. Demerata y yo nos estamos preparando para nuestra gran obra.

—¿Visteis algo raro la mañana en que mataron a Pamenes?

El actor negó con la cabeza.

—¿Le visitasteis alguna vez en su habitación? —preguntó Telamón. Demerata estaba detrás de su marido: un cambio en la mirada, una expresión fugaz, intrigaron al médico.

—¡Bueno! —Telamón suspiró y se puso de pie—. Si os acordáis de algo... —Alzó la vista hacia la ventana.

A sus espaldas el resto del grupo se levantó, hablando entre ellos. Miró por encima del hombro.

—Oh, Gentius, Demerata, ¿os podéis quedar?

Esperó a que el resto se marchase.

—¿Querías hablar en privado, médico?

—Así es. ¿Tenéis vuestras habitaciones al otro lado de la casa?

—Una habitación —contestó Gentius.

—¿Y quién de los dos bebe leche de cabra?

El actor parpadeó y forzó una sonrisa.

—Vaya, pues yo, para mi garganta, está rica y...

—¿Llevaste leche de cabra a la habitación de Pamenes la noche antes de que le mataran? —El actor hizo el gesto de girarse—. Puedes irte, pero te pediré que vuelvas. Subiste un poco de leche de cabra, ¿verdad?

Demerata deslizó su brazo por el de su marido, apretándole con las uñas.

—¿Sabes? —continuó Telamón—, el *mageiros* no recuerda que ninguno de nuestros escribas bajase a por leche, ni que ninguna de las criadas la subiera. Sin embargo, puede que te recuerde entrando en la cocina y llenando un cuenco que no te bebiste. Lo llevaste a la habitación de Pamenes. Tenías tanta prisa que derramaste un poco al final de las escaleras. Pero ¿por qué te tomarías esa molestia por un hombre que te desagradaba? Si los rumores son ciertos, Pamenes tenía los ojos puestos en tu encantadora esposa.

Demerata reaccionó con timidez, aferrándose aún más a su marido. La cabeza de Gentius se levantó como si fuera a pronunciar un discurso. Tomó aire.

—Ahora no estás en el escenario —Telamón vio a Casandra sentada sobre la hierba, mirándoles con curiosidad—. ¿Por qué le habrías de llevar leche al gato de Pamenes?

—Fue culpa mía —dijo Demerata—. Mi marido no me encontraba.

—Ah, ya veo, ¿así que te estaba buscando? Podrías encontrarte en la habitación de Pamenes, así que tu marido se inventó una excusa. ¿Y qué ocurrió?

—Había salido a dar una vuelta —respondió Demerata acaloradamente.

—¿Y tú, Gentius?

—Yo... yo... —tartamudeó—. Muy pocas veces olvido mis líneas, médico —

bajó la vista, y entonces alzó la cabeza, con el labio inferior temblando y lágrimas en los ojos—. De todos los personajes del teatro —susurró—, ninguno es tan ridículo como el de marido celoso. No encontraba a Demerata, se había ido a dar una vuelta. Y sí, yo subí la leche. Llené el cuenco demasiado. Derramé un poco pero no me pude parar a limpiarla. Sabía que los otros escribas estaban abajo tomando el fresco de la noche.

—¿Y Pamenes?

—Estaba solo en su habitación, sentado en su escritorio, con la lámpara de aceite encendida.

—¿Notaste algo extraño?

—No, él simplemente cogió el cuenco de leche y me dijo que era una amabilidad que recordaría. Apenas estuve en la habitación. Me sentí estúpido. Pamenes fue tan reservado como siempre. Recuerdo que el gato estaba sobre la cama —dio un paso atrás—. Me fui —farfulló—. ¿Me puedo marchar ahora?

Telamón estaba a punto de responder cuando se oyó una gran ovación desde el otro lado de la villa. Sarpedón dobló la esquina a toda prisa, derramando el vino de su copa.

—¡Los han visto! —gritó—. ¡El grueso de las tropas está llegando!

## Capítulo VII

«La fortaleza [de Myndus] opuso cierta resistencia: llegó un refuerzo enviado por Memnón desde Halicarnaso, y la empresa de los macedonios fue frustrada».

Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*, Libro 2, capítulo 9.

**T**elamón y Casandra se reunieron con el resto en el camino que llevaba hasta la villa. Mirando a lo lejos, pudieron ver grandes columnas de polvo. Con aquel calor, un mediodía de finales de verano, a Telamón se le hacía difícil imaginar qué terrores traía aquel ejército que se acercaba. Las piras funerarias ya no eran más que un montón de cenizas que volaban con el viento, mientras que las cruces improvisadas habían sido retiradas. Escuchó otra ovación. Alejandro, con toda su armadura, salió cabalgando de la villa escoltado por sus oficiales.

—Ahora es feliz —susurró Casandra—. ¡Rodeado de sus muchachos!

Telamón no hizo caso a su sarcasmo. La nube de polvo se acercaba. Vislumbró el brillo de las lanzas, el sonido de las canciones de marcha y ominoso estrépito de millares de botas, el traqueteo de los carros y el hueco ruido de cascos de la caballería. La nube gris se disipó y desapareció. La caballería tesalia, la tropa auxiliar de Alejandro, venía galopando al frente, con sus blancas capas al viento y sus relucientes corazas metálicas. La mayoría llevaban lanzas, y otros habían desenvainado sus espadas. Galopaban como si estuviesen en un desfile, alzando sus armas para saludar, mientras Alejandro, que se había colocado en buen lugar, levantaba la mano como respuesta. Los mariscales de ambos lados del camino instaban a los jinetes a avanzar. Los tesalios pasaron: algunos de ellos llevaban las cabezas cortadas y ensangrentadas de sus enemigos atadas por el pelo al arnés de sus caballos.

Casandra se escondió tras Telamón, temerosa de aquellos jinetes, que habían causado tanta destrucción en su propia ciudad de Tebas. La calma del campo se rompió, como si aquel gran ejército hubiese aparecido de la nada, y una masa de armaduras, hordas de hombres resplandecientes, se esparcía a ambos lados el camino y por las praderas. Después de los tesalios llegó la caballería regular con sus corazas y yelmos de metal, pesadas hombreras decoradas y largas capas. Llevaban lanzas de madera de cornejo con un contrapeso y una punta de metal, espadas curvas abrochadas en las cinturas: sus caballos eran castrados, fácilmente controlables con el bocado y las espuelas. Estos eran los hombres que aplastarían cualquier fila enemiga, y cabalgaban con toda la arrogancia que podían. Mezclados con ellos estaba la caballería tracia que servía como avanzada y como lanceros. Estaba compuesta por feroces guerreros, sin yelmo, con el cabello cayendo hasta los hombros, que se enorgullecían de sus largas barbas. Seguía la falange, la infantería. Estas eran las tropas de choque de Alejandro, preparadas para el combate con cascos, espinilleras,

un pequeño escudo redondo en el brazo izquierdo y sus enormes sarisas, lanzas de casi seis metros, cargadas con destreza sobre los hombros. Telamón había visto todo aquello en muchas ocasiones, pero los hombres marchando, los colores de sus estandartes, los diferentes fajines que indicaban sus brigadas, eran un espectáculo que siempre le atraía, así como el rítmico compás de su marcha y los nobles cantos de guerra. Telamón estaba avergonzado, pues se sentía más tranquilo ahora que las tropas habían llegado. No olvidaría aquella feroz carga a primera hora de la mañana, el fuego cayendo del cielo, el frenético choque de las armas, los tajos y las estocadas, las heridas sangrando a chorros. Debió de estar allí durante casi una hora mientras brigada tras brigada pasaban frente a la villa hacia el límite de las praderas, donde acamparían y sitiarían Halicarnaso.

No pasó nadie durante un rato. Parmenio y otros oficiales, que estaban detrás, se apiñaron alrededor de Alejandro y le informaron de las novedades. Luego aparecieron los regimientos de guardias del Escudo de Plata. Pasaron pavoneándose vestidos con las armaduras de combate y las brillantes plumas de los yelmos oscilando con el viento. Después vinieron los auxiliares: arqueros cretenses con sus largos arcos reforzados y aljabas repletas de flechas cruelmente afiladas, soldados de a pie agrianos y lanzadores rodianos. Las carretas cerraban la marcha, centenares de ellas iban abarrotadas de equipamientos, tiendas y provisiones.

—¿Podemos volver? —susurró Casandra—. Ya hemos visto llegar a todos los valientes muchachos.

Telamón la agarró de la mano. Pese a lo valiente que era, Casandra siempre se ponía nerviosa en tales ocasiones. En las tiendas y los hospitales de campaña los soldados sólo eran pacientes, víctimas de la guerra, pero la armada de Macedonia, con su grito de guerra, evocaba malos recuerdos de las tropas que habían destruido la ciudad sagrada de Tebas. Habían entrado en tromba por la Puerta de Electra y habían dejado su ciudad como una ruina ennegrecida, en la que la sangre corría hasta la altura de los tobillos. No había quedado piedra sobre piedra.

—¿Adónde irán? —preguntó Casandra mientras recorrían el camino.

—Las praderas se extienden como una herradura alrededor de la ciudad de Halicarnaso —respondió Telamón—. Establecerán allí su campamento base, distribuyéndose en diferentes grupos. Cada campamento estará conectado con líneas armadas de soldados. Luego irán hacia delante y escogerán qué sección de las murallas de la ciudad atacar.

—No veo ninguna torre de asalto.

Telamón le soltó la mano.

—Qué buena vista, Casandra. Tienes razón, yo tampoco las veo.

—¿Es que el gran Alejandro espera saltar por encima de las murallas?

Telamón se puso a reír y la condujo de vuelta a la villa. Volvieron a su habitación en el ala este del edificio, una espaciosa estancia rectangular con desnudas paredes blancas y suelo de madera pulido.

—¿En el pasado esto era sólo una villa? —preguntó Casandra, sentándose en la cama.

—Hay tantas habitaciones —comentó Telamón— que sospecho que también servía como taberna en el camino, como posada. Su propietario debió de ser un hombre muy próspero, un granjero mercante.

—Hasta que llegó Alejandro —se burló Casandra—. Ahora ya no será rico.

Telamón se sentó en un taburete y sacó el pedazo de pergamino que le había dado Cherolos.

—Casandra —murmuró—, tráeme nuestra copia del manuscrito pitio.

Ella fue hasta una bolsa de viaje y desabrochó las correas.

—¡Espera! —Telamón alzó una mano—. ¿Recuerdas, Casandra, cuando reunimos las posesiones de Pamenes? Nos pareció que no había muchas, ¿verdad?

—Así es.

—¿Viste alguna alforja?

Casandra negó con la cabeza.

—¿Y eso a qué se debe? Sabía que faltaba algo.

Casandra se acercó. Telamón le cogió distraídamente el pergamino de la mano.

—Veamos, tenemos a un espía persa —continuó—. Un hombre que ha entrado en la corte de la reina Ada. Se levanta una mañana y vuelve a sus estudios. Poco después es encontrado muerto, al parecer por una caída desde una ventana que le parte la crisma. Tenía alpiste en la mano, parte del cual está esparcido cerca del alféizar. Parece como si hubiese sufrido un accidente, se hubiese inclinado demasiado y hubiese caído, pero debieron de empujarle. Sabemos que se llevaron documentos, y sin duda un estilo. No estamos demasiado seguros de cómo cayó y, ahora, no aparecen sus alforjas.

—¿Por qué sigues volviendo a Pamenes? —preguntó Casandra.

—Resuelve eso y resolverás el misterio —contestó Telamón—. Alguien mató a Pamenes. Se llevó sus alforjas y apresuradamente cogió lo que quería de aquella habitación y se marchó. Sabemos que no pudo salir por la ventana. No había escaleras ni cuerdas. Cuando enviamos a alguien a buscarle, la puerta estaba cerrada con llave. Dentro, no había indicios de una refriega o de que se hubiera entrado a la fuerza —negó con la cabeza y alisó el manuscrito pitio sobre su regazo—. Cherolos le visitó la noche anterior y sólo se encontró esto, un simple trozo de papel. Gentius también lo visitó sobre la misma hora, pero, según dice, Pamenes estaba solo en su habitación —le hizo un guiño a Casandra—. Uno de ellos está mintiendo.

—Cherolos le volvió a visitar la mañana en que murió —añadió Casandra—. Bessos oyó algo. El sacerdote sostiene que la habitación de Pamenes estaba cerrada con llave, aunque el escriba podía haber estado dentro en aquel momento.

—Cualquiera que entrase en aquel dormitorio —comentó Telamón—, tanto desde fuera como por la galería, corría el riesgo de ser visto por Sarpedón, Solán, Bessos, por no mencionar a Cherolos, o incluso a Gentius y Demerata, que tenían sus propios

motivos para no perder de vista a Pamenes. Sin embargo —concluyó—, Pamenes es empujado, roban sus posesiones, y su asesino misteriosamente se marcha como un fantasma. —Telamón hizo una pausa—. Bueno, Casandra, echemos un vistazo a esto. Según el pergamino que me dio Cherolos, Pamenes dibujó una clave: cinco filas de letras y cinco columnas.

Ambos se quedaron mirando las letras garabateadas.

	<b>1</b>	<b>2</b>	<b>3</b>	<b>4</b>	<b>5</b>
<b>1</b>	<b>A</b>	<b>B</b>	<b>C</b>	<b>D</b>	<b>E</b>
<b>2</b>	<b>F</b>	<b>G</b>	<b>H</b>	<b>I/J</b>	<b>K</b>
<b>3</b>	<b>L</b>	<b>M</b>	<b>N</b>	<b>O</b>	<b>P</b>
<b>4</b>	<b>Q</b>	<b>R</b>	<b>S</b>	<b>T</b>	<b>U</b>
<b>5</b>	<b>V</b>	<b>W</b>	<b>X</b>	<b>Y</b>	<b>Z</b>

—Veamos, coge los primeros números del manuscrito pitio.

45: 64: 54: 33: 34: 11: 53.

Digamos que la clave es bastante simple: el número 15 sería la E y el 24 la I, por ejemplo.

Se puso en pie y caminó hasta su pequeño escritorio. Cogió el estilo, abrió el tintero e intentó traducir los números: las palabras que formó carecían de sentido. Tiró la pluma.

—No tiene ningún sentido. No veo cómo puede incluirse el número 64. Mira, Casandra, el rey y sus compañeros estarán por volver, y vaciarán la cocina. Baja y mira a ver qué puedes encontrar de comer.

—¿No irás a la fiesta del rey esta noche?

—No será una fiesta —murmuró Telamón—, sino un concurso de bebida.

—¿Mientras los grandes hombres alardean entre ellos y hacen su danza de guerra?

—Manténte apartada de ellos —contestó Telamón.

Casandra, diciendo entre dientes que los macedonios eran unos asesinos libidinosos, se fue de la habitación, cerrando la puerta al salir. Telamón se incorporó y se estiró. Se fue hasta la cama, corrió la cortina de lino, que estaba atada a un gancho en el techo, y se disponía a acostarse cuando se le heló la sangre. El cabezal había sido movido.

Había trabajado en muchos campamentos militares: tenía una estricta rutina que siempre seguía. Se hacía su cama, se traía su agua, conseguía su comida o pedía a



Cassandra que lo hiciese por él. No había dejado su cama así. Estaba a punto de dar un paso atrás cuando algo frío y pegajoso se le enrolló en su tobillo desnudo. Sin atreverse a respirar, bajó la vista. Había poca luz pero logró ver la brillante piel negra y verde de una víbora áspid. La serpiente se había enrollado en su pie, por encima de la sandalia, rozando su tobillo desnudo. Se puso tenso. Había viajado lo suficiente como para reconocer el verdadero peligro. Aquello no era ningún accidente. Observó el cabezal. Se produjo un ligero movimiento y otra serpiente, despertada con el ruido, apareció; se asemejaba a un trozo de sogá, si no fuera por la cabeza plana, los ojos vidriosos y aquella lengua bífida. No se atrevió a moverse. La serpiente de la cama no era un peligro, pero ¿cuántas más había debajo, enrolladas, listas para atacar? Tenía que quedarse quieto. Cerró los ojos y en silencio rezó para que Cassandra no tardase mucho.

Recordó el culto a la serpiente en aquel pequeño templo de Karnak. Anuala le había llevado allí para contemplar las vistas. El sacerdote había sido muy locuaz al mostrarles cómo tratar a las serpientes adecuadamente, para no alarmarlas. Un movimiento repentino, comida, calor o el miedo a ser atacado las hacía peligrosas. Podía escucharse su propia respiración. Sentía el frío en su tobillo. Abrió los ojos y contuvo las ganas de gritar o apartarse. Ya había tenido mucha suerte. Aquellas serpientes habían sido llevadas allí en una cesta, colocadas bajo el cabezal, y el resto bajo la cama y por toda la habitación. Pero ¿quién lo había hecho? Recordó a Cherolos el sacerdote. ¿No llevaba un emblema de serpiente alrededor del cuello? ¿Y la misma insignia en un anillo? ¿Y no era él quien adoraba a una Diosa Serpiente? Mantuvo la calma.

«No debo moverme —pensó—, las serpientes no deben agitarse». En otras circunstancias se habría reído de sí mismo, dándole la vuelta al problema como si fuese algún rompecabezas académico. Las serpientes eran muy fáciles de atrapar. Se vendían por cestas en los mercados por su piel o su carne. Cualquiera podría haberlo hecho. Oyó un ruido fuera en el pasillo. La puerta se abrió. Cassandra entró cargada con dos cuencos.

—¡Es lo mejor que he podido conseguir! Huele bastante bien. El *mageiros* ha dicho... —Se quedó callada—. Telamón, ¿qué ocurre?

—Serpientes —respondió él.

—Lo sé. El jardín está repleto: el buen tiempo las atrae...

—¡Están aquí! —gruñó Telamón.

Cassandra profirió un grito.

—Hay una encima de la cama —Telamón movió la palma de la mano hacia abajo—. Por Apolo, Cassandra, ¡mantén la calma! No, no, no te me acerques. Quiero que pongas esa comida en el suelo. Huele, ¿verdad?

—¿Y qué más? —El rostro de Cassandra era de terror.

—Baja corriendo a la cocina. No se lo digas a nadie. Pon algunos trozos de carbón caliente en un cuenco de bronce. Tendrás que traerlo con un trapo. Ahora date

prisa, ¡y no se lo digas a nadie!

Cassandra se marchó. Telamón se giró. Una oscura forma salió serpenteando de debajo de la cama, moviéndose ligeramente hacia un lado en dirección a los cuencos. Se le añadió otra, moviendo la cola y con la cabeza ligeramente levantada. Las serpientes ya habían notado la comida, la misma tentación que las atraía a las fogatas de los campamentos en muchos fuegos. Apareció otra.

—¿Cuántas hay? —susurró.

Pareció pasar una eternidad antes de que se oyeran pasos en las escaleras: Cassandra apareció con el cuenco envuelto en un trapo. Se apoyó en la puerta cerrada y miró con temor las oscuras, delgadas y resbaladizas formas de la muerte.

—¡Pon el carbón en el suelo! —ordenó Telamón—. ¡Empújalo hacia los cuencos y déjalo ahí! —Cassandra obedeció—. ¡Ahora no te muevas!

Telamón intentó controlar la respiración. Sentía frío y calor. Algo le rozó el pie. Otras serpientes estaban saliendo de sus escondites.

—Cassandra —ordenó—, quiero que vengas hasta aquí. ¿Ves aquella lanza en el rincón?

Ella asintió.

—Evita los cuencos. Pisa con cuidado.

Ella obedeció.

—Ahora mira detrás de mí.

—Puedo ver detrás de tus pies —susurró—. Hay poca luz pero estoy segura de que ahí no hay nada.

Telamón dio un rápido paso atrás, casi chocando con Cassandra. Sintió que le flaqueaban las piernas: un calambre le hizo agarrarse el muslo. Miró hacia la puerta. Al menos ocho serpientes se enrollaban alrededor de los cuencos.

—Bien —Telamón apartó a Cassandra—. Las serpientes estaban en mi cama.

—¿Y cómo nos deshacemos de ellas? —preguntó Cassandra.

—Ve abajo. El camino hasta la puerta es seguro. Sólo les interesa la comida y el calor. Ve al almacén y trae una cesta, un azadón, una pala o cualquier cosa parecida que encuentres.

Cassandra cruzó rápidamente la habitación y salió. Poco después regresó haciendo ruido. Telamón confiaba en que el ruido no provocase a las serpientes, aunque ahora estaban ocupadas con los cuencos de comida, deslizándose sobre ellos, enrollándose alrededor del plato de bronce con el carbón. Cassandra llevaba una cesta, de las que se utilizaban para guardar grano. Cuando se lo indicó, se puso su par de botas de marcha, y Telamón hizo lo mismo. Se liaron trapos de linos en los brazos y en las manos y, utilizando azadón, azada y pala empezaron a levantar las serpientes para colocarlas en la cesta.

—Están calientes y han comido —susurró Telamón—, por tanto están lentas.

Al final el suelo quedó despejado. Telamón y Cassandra hicieron una escrupulosa búsqueda por el dormitorio pero no encontraron nada. Agitaron los cabezales y las

sábanas, movieron las camas y levantaron los arcones con cuidado. Por fin Telamón se sintió satisfecho. El carbón se había vuelto cenizas. Uno de los cuencos se había derramado, vertiendo comida en el suelo.

—¡Gracias a los dioses por la comida y el calor! —Se secó el sudor de la frente.

Emplearon otra hora en limpiar el desorden. El propio Telamón sacó la cesta de la villa, la llevó hasta los árboles y la lanzó con todas sus fuerzas a la oscuridad. De regreso, se encontró con Gentius, que le preguntó si ocurría algo. Telamón le fulminó con la mirada. Subió a la habitación y ayudó a Casandra a terminar de ordenar, y luego sirvió dos grandes copas de vino.

—Ha sido intencionado, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —gruñó Telamón—. Nuestro aspirante a asesino se llevó una cesta a los campos, a cualquier parte de esta maldita villa, utilizó una azada o una lanza para llenarla de serpientes y la trajo de vuelta.

—¿Podrían haber visto al hombre?

—¡O a la mujer! —añadió Telamón—. No me ha gustado la manera en que Demerata me ha estado mirando, con aquellos ojos llenos de odio en su oscuro rostro. ¡Es tan lasciva como una cabra en celo y su marido lo sabe! Nuestras habitaciones están abiertas —suspiró—. Si nos hubiésemos quedado con el rey y hubiésemos vuelto aquí de noche, un mordisco de víbora podría haber resultado mortal.

—¿Entonces te quieren muerto? —susurró Casandra. Se sentó frente a Telamón y se inclinó ligeramente hacia delante. El médico le dio un toque en la punta de la nariz.

—No han tenido suerte, ¿verdad? Quienquiera que sea ahora el asesino sabe que sé que la muerte de Pamenes fue un asesinato. Todos sabemos demasiado, pero eso no nos lleva a ninguna parte.

Se quedó mirando la cama.

—Un sacerdote en Egipto me dijo una vez que si tienes tres encuentros con serpientes y sobrevives, nunca morirás por su picada.

—¿Y éste el primero?

—No —rió Telamón, poniéndose de pie—. El segundo. Cuento a Olimpia, la madre de Alejandro, como el primero.

Fue hasta su cama y examinó cuidadosamente el cabezal, la pesada manta y las sábanas de lino. Se oyeron ruidos que provenían de abajo: gritos y exclamaciones, ruidos de jarras y relinchos de caballos en el patio.

—¡El rey ha vuelto! —exclamó Casandra—. Y ya se ha organizado la fiesta de la bebida.

Telamón se quedó estirado durante un rato, rígido con los ojos cerrados. Oyó a Casandra moviéndose por la habitación comprobando que todo estuviese en su sitio, y entonces su cuerpo dio una sacudida y se quedó dormido. Todavía medio dormido, abrió los ojos, sobresaltado, y vio a Casandra arrodillada junto a él.

—Es tarde —su cara parecía fantasmagórica bajo la luz de la lámpara de aceite

que tenía en las manos, y la villa estaba extrañamente en calma—. Has dormido durante horas —le explicó—. Y te he estado vigilando. No te preocupes, no hay más serpientes.

—¿Alguna visita? —Telamón se frotó los ojos y se incorporó—. ¿Por qué está todo tan calmado? Pensaba que me despertarían los golpes de las espadas contra los escudos, el canto de guerra macedonio.

—Te has perdido todo eso —sonrió Casandra—. El rey quiere verte. También ha hecho llamar a los escribas. Algo ha ido mal.

Telamón gruñó y salió de la cama. Aún llevaba puestas sus botas de marcha. Se puso las sandalias, se salpicó la cara con un poco de agua y, recordando las serpientes, salió con cuidado de la habitación. Llegaron al *andron*, cuyos pasillos estaban guardados por oficiales del Escudo de Plata. Dentro, Telamón se dio cuenta de lo frenético que había sido el festín: había copas y bandejas por el suelo, trozos de comida nadando en charcos de vino. La estancia resplandecía con antorchas y lámparas de aceite. Los comandantes de Alejandro, repantigados en triclinios, estaban extrañamente callados y habían dejado de beber. Los músicos y las bailarinas estaban sentados en un rincón, asustados. La mesilla frente al rey había sido tumbada de un golpe. Alejandro, con una corona de mirto en la cabeza, y su dorada túnica manchada de vino, estaba escuchando atentamente al soldado arrodillado frente a él.

Telamón oyó un ruido y se volvió. Solán, Bessos, Cherolos, Gentius y Demerata entraron todos juntos en la sala detrás de él. El rey, molesto, levantó la cabeza. Lanzó una mirada iracunda a los últimos en llegar antes de dar unos toques en el hombro al soldado, ordenándole que continuase. Éste estaba exhausto: era miembro de la caballería ligera tracia, iba vestido con una coraza de cuero empapada en sudor, la parte trasera de su falda y los costados de sus piernas estaban cubiertos de barro. Farfullaba y mascullaba: hubo un momento en que Alejandro le hizo beber de su propia copa antes de pedirle que continuase. Cuando acabó, Alejandro le puso la copa en la mano y le hizo un gesto para que se retirase.

El explorador pasó rozando a Telamón y atravesó a trompicones la puerta, que se cerró tras él. Un oficial de guardia tomó posición, con el escudo en una mano y la espada desenvainada en la otra. La sala quedó inmersa en un silencio sepulcral. Alejandro estaba ensimismado, mirando el suelo, moviendo los labios sin decir palabra. Metió su mano entre los cojines, sacó una daga y la clavó, una y otra vez, en el diván relleno de pelo de caballo, actuando como un loco.

—¡Myndus! —rugió, nombrando el puerto al oeste de Halicarnaso—. ¡Myndus ha cerrado las puertas!

Aquello causó gritos ahogados de sus comandantes.

—¿Sabes lo que significa eso, Ptolomeo?

—¡Que tendremos que dejarnos crecer alas, señor, y sobrevolar las murallas de Halicarnaso! ¡Si no tenemos puerto no tenemos barcos! ¡Y si no tenemos barcos, no tenemos torres de asalto! ¡Quizá lo mejor sea dejarnos crecer alas!

Ptolomeo se agachó cuando Alejandro lanzó su cuchillo, que pasó bastante por encima de su cabeza y chocó contra la pared. Alejandro se quedó mirando a sus comandantes, y luego al grupo amontonado cerca de la puerta.

—¡Nicanor comanda mis naves! —bramó—. Su trabajo era traerlas hasta Myndus, ¡un escuadrón persa de trirremes les estaba esperando! Sócrates debía atacar por el suroeste. Se suponía que nuestros partidarios en Myndus abrirían las puertas.

—En su lugar —intervino Ptolomeo, sin intimidarse por la violencia de Alejandro—, ¡las puertas se cerraron y lanzaron las cabezas cortadas de nuestros amigos al pobre Sócrates!

—En una palabra, sí —Alejandro se quedó callado, volviendo a mirar el suelo.

Telamón percibió algo, un cambio en la mirada de Alejandro, como si él y Ptolomeo estuviesen saboreando un chiste, algún secreto compartido.

—¿Entonces cuáles son vuestras órdenes? —Parmenio, el entrecano veterano, habló—. Aún nos queda alguna maquinaria de asalto ligera.

—Oh, rodearemos Halicarnaso —decidió Alejandro—. Sellaremos sus puertas y veremos qué podemos hacer con aquella maldita zanja. ¡Como se estarán riendo Memnón y Efialtes! Parmenio, Hefestión, Amintas, Seleuco —se rodeó de sus comandantes—. Dividid el ejército en cuatro brigadas, estableced el campamento con una línea entre vosotros. Acampad al final de las praderas pero estableced una línea de avance justo antes del alcance de sus catapultas.

—¿Y yo, señor? —preguntó Ptolomeo.

—Tú, Ptolomeo, llevarás la Vieja Guardia —Alejandro se refería a los veteranos que habían luchado por su padre—. Con algunos arqueros cretenses y honderos rodianos —hizo un gesto hacia los mapas amontonados en un pequeño taburete a su lado—. Hay un lugar en la península de Halicarnaso, las rocas de Nyssa, un afloramiento árido. Quiero que montéis guardia allí. Da una visión estratégica hacia el este y el oeste.

—¿Y la maquinaria de asalto? —preguntó Hefestión.

—Para eso os quiero a vosotros —Alejandro señaló al grupo de la puerta—. Solán, Bessos, Cherolos y Sarpedón.

El espartano había entrado sin hacer ruido; iba vestido con una simple túnica, con una mano enguantada y la otra no: se quedó mirando adormilado a Telamón.

—Me estaba cambiando las vendas.

—¡No os quiero cuchicheando! —bramó Alejandro—. ¡Acercaos, todos los que servisteis a la reina Ada!

Solán condujo al grupo hasta un espacio entre las mesas. Casi resbala con un trozo de carne asada que había por el suelo, lo cual causó las risas de Ptolomeo y Seleuco. Telamón observaba a Alejandro. El resto de sus comandantes estaban borrachos, con las caras enrojecidas, y los ojos brillantes bajo las coronas de mirto colocadas de cualquier manera sobre sus cabezas, pero Alejandro estaba actuando. Se preguntaba por qué.

—¡De acuerdo! —Alejandro se sentó en el borde del triclinio y alzó las manos—. Las dos bahías de Halicarnaso y Myndus están en poder de los persas. Así que, ¿dónde puedo hacer entrar mis barcos y descargar mis torres de asalto?

—No hay ningún puerto —contestó Bessos rápidamente—. No hay ninguna bahía de aguas profundas en la que los barcos puedan descargar.

—¿Ninguna bahía? —insistió Alejandro.

—Hay un lugar —intervino Sarpedón—. La playa de Hera, una cala a sólo unos cuantos kilómetros al sur. Si la baliza lo orientase bien, tu almirante podría hacer entrar las naves.

—Pero las aguas son traicioneras —señaló Solán—. La cala es más bien pequeña: tendríais que mantener los trirremes en el mar. Tardaríais días, incluso semanas, en descargar.

—No, no —Sarpedón negó con la cabeza—. Mi señor, cuando desembarcasteis en Troya.

—Hice embarrancar mis barcos —Alejandro acabó la frase por él—. ¿Qué estás sugiriendo, espartano?

—Si hacéis entrar vuestras naves —contestó Sarpedón—, podrían ser varadas, arrastradas fuera del agua, permitiendo que otras fondeen detrás. Las máquinas de asalto podrían descargarse, ponerse en carros, y podrían estar aquí —se encogió de hombros—, en tan sólo un día o una noche de marcha.

Alejandro estaba asintiendo en señal de aprobación.

—Pero ¿cómo enviamos un mensaje a Nicanor? —preguntó Parmenio—. Está chapoteando como un pato en un estanque.

—No, no, él tiene otras órdenes —respondió Alejandro—. Si no podía encontrar atracadero en Myndus, debía salir al mar, evitar los escuadrones persas que bloquean la bahía de Halicarnaso y navegar directo al este. Entonces debe adentrarse y buscar una señal, que significa que quiero reunirme con él: de noche una enorme hoguera, de día, columnas de humo. Se acercará a la costa buscando nuestra señal, o agua para sus marineros y soldados —se frotó las manos—. Amintas, envía una avanzada. No, llévatelos contigo. Cabalgad tan rápido como podáis hacia la costa. Estaréis a salvo, no hay persas, todos están encerrados en Halicarnaso —se rascó la cabeza—. Encended las hogueras. Llévate a toda una avanzada. Nicanor enviará un bote hacia vosotros. Estudiad los mapas, llévate uno contigo. Debe buscar la playa de Hera —miró a Sarpedón—. ¿Por qué se llama así?

—En el promontorio —contestó el espartano—, se alza un templo abandonado dedicado a Hera. Tiempo atrás estaba tierra adentro, pero las mareas se comieron la costa y el templo fue abandonado.

—Haremos la hoguera allí —decidió Alejandro—. Al final de la tarde. Seleuco, coge dos escuadrones del Escudo de Plata, Sarpedón puede ir contigo. Nicanor hará entrar sus barcos. Tened los carros preparados y, si la fortuna os favorece —miró hacia el fondo de la sala entrecerrando los ojos—, en dos días podremos dar a

Memnón y a Efialtes el susto de sus vidas.

Telamón le miró a los ojos y captó la malicia en su mirada.

—Bueno, ya he dado suficientes órdenes —se levantó alisándose la túnica—. El resto de vosotros podéis comer como cerdos y luego iros a dormir. ¿Y yo? Yo me voy a dar un paseo con mi médico personal.

Salió con aire despreocupado. El oficial de los guardias se hizo a un lado para abrir la puerta, y Telamón siguió al rey. Alejandro atravesó el pasillo dando palmadas, saludando con la cabeza a los diferentes soldados apostados. Constantemente se detenía para examinar el equipo, la insignia en un escudo con el toro de Minos, o comprobar el filo de una espada. Salió al patio empedrado. Lo atravesó, se sentó en el borde del pozo y alzó la vista hacia las estrellas.

—¿Os encontráis bien, mi señor? —preguntó Telamón, aproximándose con cautela—. ¿Por el bien de quién es todo esto?

—Vaya —Alejandro sonrió en la oscuridad—, por el de todos nosotros, Telamón. Si no podemos conquistar Halicarnaso, ¿qué podemos conquistar? Quiero ponerles las manos encima a Memnón y a Efialtes, darles una lección que nunca olvidarán. Quiero esa bahía. ¡Quiero mostrar a toda Persia, a toda Grecia, que no hay ciudad que se me resista! Por eso necesito el manuscrito pitio traducido, para saber el punto débil de aquellas gigantescas murallas.

—¿Seguro? —Telamón se le acercó y se sentó junto a él—. Júrame, Alejandro, que no sabes lo que contiene el manuscrito pitio.

—Si conociese el mensaje entonces sería un hombre muy afortunado.

Algo en la voz del rey, un tono de tristeza, alertó a Telamón.

—Hay algo más, ¿verdad?, no son sólo esas murallas.

—Lo reconozco, pero tendremos que esperar, ¿no? —le insinuó Alejandro—. ¿Estás haciendo progresos?

—Algunos —respondió Telamón—. Pero ya hemos pasado por todo esto antes, ¿no, Alejandro? ¿Me vas a decir que no conocías la playa de Hera? Te he visto estudiando mapas durante horas. Debiste sospechar que Efialtes y Memnón te estarían esperando en Myndus. Incluso hasta el más novato es consciente de que necesitas hacer entrar los barcos. Tienes tus mapas y tus espías. Conoces esta costa como la palma de tu mano. Estás jugando de nuevo. ¿Por qué has hecho venir a todos al *andron*? ¿Te has dado cuenta de que hay un espía entre nosotros? Estás engañando a Memnón y a Efialtes, ¿no es así?

Alejandro miraba al cielo estrellado como si escuchase atentamente los sonidos de la noche: los gritos de los oficiales organizando la vigilancia nocturna, el sonido de la campana que pasaba de guardia a guardia para comprobar que todos estaban alerta y que la línea del piquete seguía entera.

—Cuando mi padre me enseñó a luchar —respondió Alejandro lentamente—, me dijo que mi primer cometido era engañar al enemigo. Les engañé en el Gránico. Los persas esperaban que yo fuese vagando por el campo, intentando conquistar tal o tal

ciudad, para hacerme con un puerto que me permitiera entrar las naves de guerra. Hice lo contrario. Después de capturar Efeso, pensaron que me revolcaría en sus riquezas.

—Y, en lugar de eso, atacaste rápidamente Mileto. Y ahora es el turno de Halicarnaso, ¿verdad?

—No te voy a contar todo, Telamón, pero captas la idea. Sin embargo, no te he invitado a salir en una noche estrellada para hablar sobre estrategia, sino de los males de la mente. He estado hablando con Hefestión y Cleito el Negro. Uno de estos días, cuando haya un período de calma en la lucha, quiero recrear las mismas circunstancias que rodearon la muerte de mi padre. Quiero representar lo que vi, cómo me sentí, qué pasó en realidad. ¿Es eso posible, Telamón? ¿Me serviría de algo?

—Podría hacerte más daño o podría curarte.

Alejandro se levantó del pozo y caminó de vuelta a la entrada.

—No, no, no me hará daño, Telamón. Nada puede hacerme más daño que esas horribles pesadillas.

Alejandro se detuvo en la entrada. Telamón le oyó reír y bromear con uno de los guardias, al cual siguió cansinamente hasta adentro. Para cuando volvió a su habitación, Casandra estaba a punto de irse a dormir.

—¿Qué es lo que quería? —Su voz era baja, adormilada—. Sabes, Telamón, he visto tu cara. Si Alejandro no hubiese sido un general, habría podido subirse con Gentius al escenario.

—Estoy de acuerdo —Telamón se quitó las sandalias y se estiró en su cama—. Al menos con Gentius sabes qué obra está representando. Con Alejandro nunca lo sabes hasta los versos finales. Bueno, estoy cansado y quiero dormir.

Planeaba levantarse tarde. Gruñó cuando sintió que le daban codazos y le sacudían. Abrió los ojos y vio el frío y delgado rostro de Aristandro, el Guardián de los Secretos del Rey.

—¿Qué estás haciendo en mi dormitorio? —Telamón echó un vistazo a los postigos: la luz aún era tenue. Oyó un ruido y miró hacia la puerta—. Veo que te has traído a tu Coro.

—Mis encantadores chicos —dijo Aristandro con una risa tonta—. ¡Mira, Telamón, mira lo contentos que están de verte!

Telamón miró con mala cara a los altos y fornidos guerreros celtas ataviados con una variopinta colección de armaduras: se apiñaron en la entrada sonriendo en señal de apreciación.

—Te ven como a un amigo —murmuró Aristandro, de cuclillas junto a la cama—, así que eres su amigo. Te conocen como al Sanador —su voz se redujo a un susurro—. Incluso creen que posees poderes mágicos.

Telamón miró rápidamente a la cama de Casandra: estaba vacía.

—Nos hemos cruzado con ella en las escaleras —comentó Aristandro, siguiendo



la mirada de Telamón—. Parecía tan contenta de vernos como siempre.

—Estoy seguro de que sí —Telamón retiró las sábanas—. Quiero ir a las letrinas, y quiero comer y beber. Realmente no te esperaba.

Aristandro se incorporó y dio un paso atrás, aún todo sonrisas, aunque Telamón se dio cuenta de que le dolía la oreja izquierda.

—¿Aún te da problemas?

—¡Oh, sí!

Telamón gruñó de cansancio. En la tenue luz estudió el rostro de aquel hermético individuo: tenía los pómulos y los ojos hundidos, el pelo ralo, los labios delgados y la nariz aguileña. Incluso desde donde estaba podía ver mocos en sus orificios nasales. Aristandro por fuerza sorbió la nariz.

—Duele —se quejó.

—¿Has tenido un resfriado? ¿Uno fuerte? —preguntó Telamón—. ¿Y la mucosidad sale en abundancia y en forma líquida?, Aristandro asintió tristemente.

—Puedo curarlo, pero no ahora —Telamón se volvió a estirar en la cama.

—Por eso he llegado el último —lamentó Aristandro—. El traqueteo de los carros no ha hecho más que empeorarlo —se le iluminó la cara mientras daba un paso adelante—. Pero tengo entendido que el gran Gentiús está aquí. Va a representar las obras de Sófocles —miró por encima del hombro—. Sófocles —susurró a los corpulentos rufianes de la entrada—. ¿Recordáis, muchachos? ¿El coro de los ancianos de Tebas?

—En Tebas, ciudad de luz —el líder habló, con un griego gutural y áspero—, de la casa de oro pitia...

—Reconozco el verso de *Edipo* —le interrumpió Telamón precipitadamente—. Nosotros también hemos estado estudiando nuestro manuscrito pitio, pero por el amor de Apolo, Aristandro, ¿no me puedes dejar en paz?

—Sé todo lo del manuscrito pitio —replicó Aristandro—. Ojalá no hubiese asustado a aquel charlatán del Eunuco, pero, en todo caso, ni siquiera los grandes filósofos podrían descifrarlo...

Telamón cerró los ojos. Aristandro se dirigió hacia la puerta, farfullando.

—Dejemos que el gran médico duerma un rato —añadió luego, susurrando a sus guardaespaldas—, debe de estar cansado...

—¡Vete al Hades! —susurró Telamón—. ¡Y quédate allí hasta que te llame!

Los ojos le pesaron de nuevo. Durmió de manera irregular durante un rato, consciente de las salidas y entradas de Casandra. Aristandro volvió, así que se dio la vuelta, fingiendo estar completamente dormido.

—Ya se ha ido —le avisó Casandra.

Telamón miró a su alrededor: la luz que dejaban pasar los postigos era más clara.

—¿Puedo abrirlos? —preguntó Casandra.

Telamón estaba a punto de responder cuando oyó unos ruidos en las escaleras. Bessos entró de golpe en la habitación.

—¡Será mejor que vengáis, médico!

—¿Por qué? ¿Pasa algo? ¿Es que sólo estoy yo?

—Perdicles y los demás médicos están con las tropas —Bessos pestañeó—. Eso es lo que ha dicho el rey. Será mejor que vengáis, señor. ¡Una muchacha de la cocina, la hija del *magáros*, ha sido envenenada!

Telamón se puso las sandalias a toda prisa y bajó las escaleras. Se dio cuenta de lo tarde que se había levantado; el sol en el patio empedrado le deslumbraba, y levantó la mano para protegerse los ojos de aquella luz. Al otro lado del muro del patio oyó un llanto desgarrador. Siguió a Bessos a través del césped hasta el mismo cenador en el que él y Casandra habían curado las heridas de Sarpedón.

La muchacha yacía sobre la hierba, con el cuerpo contorsionado. Alejandro y Hefestión estaban allí. Tenían un aspecto bastante ridículo, Hefestión sostenía un parasol de estilo egipcio sobre la cabeza del rey para protegerle del sol. Junto a la chica estaba arrodillado el *mageiros*. Una y otra vez sacaba la cara de entre las manos, echaba la cabeza hacia atrás y gritaba al cielo. Telamón echó un vistazo a su alrededor. En el banco había una bandeja con pan, queso, algunas uvas y una copa de barro cocido con vino aguada. Vio que el queso estaba medio roído.

—¡Que nadie toque eso! —advirtió.

Telamón apartó con delicadeza al *mageiros* y giró el cadáver para poner a la muchacha boca arriba: su negro y grasiento cabello enmarcaba un blanco rostro retorcido de muerte. Tenía los ojos fuera de las órbitas, los músculos de la cara ligeramente rígidos, un tono ligeramente violáceo justo debajo del pómulo y espuma blanca alrededor de la boca. Casandra le dio una servilleta.

—Es de nuestra habitación —le dijo.

Con la servilleta, Telamón abrió la boca de la muchacha: los músculos de la mandíbula estaban rígidos. Husmeó dentro y le giró la cabeza para que le diese la luz: las encías y el paladar se habían vuelto de un extraño tono violáceo, la lengua estaba ligeramente hinchada y cubierta con una mucosidad sucia. Olió, y notó el fuerte olor del queso de cabra y el empalagoso aroma de las almendras. Le palpó el resto del cuerpo: sus músculos estaban rígidos y duros, y el cuello aún estaba un poco caliente.

—¿Quién la ha encontrado?

—Yo —gimió el *mageiros*—. Le iba a llevar la comida a Sarpedón —señaló al mercenario, que estaba arrodillado sobre la hierba a una cierta distancia, mirando con incredulidad al cuerpo—. Me pregunté por qué no regresaba y vine hasta aquí. Pensé que estaría con él. Le encantaba el queso.

—¡Silencio! —Telamón hizo un gesto a Sarpedón para que se acercase—. ¿Qué ha ocurrido?

—Me encontré a la muchacha esta mañana —masculló el espartano—. Le dije que me marchaba a la costa. Le pedí que me trajera algo de comer al cenador. Le di una moneda... necesitaba comer algo antes de marcharme. Fue la última vez que la vi. Se fue a la cocina...

—¿Esperabas que ella estuviese aquí cuando volviste?

—No, no —Sarpedón negó con la cabeza—. Solía tapar la comida con un trapo de lino y dejarla en el cenador. Ya no la volví a ver, ni he entrado en la cocina, ¿verdad?

El *mageiros*, con los ojos llenos de lágrimas, negó con la cabeza.

—Ella preparó la comida —explicó su padre—, la puso en la bandeja, la cubrió con el trapo y salió de la cocina. Le encantaba el queso de cabra, pero...

Telamón miró al rey y a Hefestión, que observaban la escena como si fuesen espectadores de una obra de teatro, fríos y distantes.

—Entonces, ¿la chica se ha envenenado? —preguntó Hefestión.

Sarpedón se volvió, con el rostro crispado con ira.

—No, mi señor, no se ha envenenado, la han matado. Aquella comida no era para ella. ¡El asesino quería acabar conmigo!

## Capítulo VIII

«Los comandantes persas Orontobates y Memnón se reunieron para discutir la situación».

Arriano, *Las campañas de Alejandro*, Libro 1, capítulo 23.

**E**l ruido del choque de espadas resonaba en el patio de entrenamiento. Orontobates y sus oficiales observaban a los dos griegos, vestidos para el combate, andar en círculos, esquivar los ataques y amagar los golpes. Ambos iban ataviados con la armadura completa de un hoplita: grandes yelmos protegían sus cabezas y rostros, a excepción de los ojos y la boca, que se veían a través de las rendijas. El casco de Memnón llevaba una cresta negra, el de Efiates otra color sangre. Vestían corazas de bronce y faldas de cuero reforzadas con tachuelas de bronce y espinilleras en las piernas. Luchaban descalzos para tener una mejor estabilidad en el suelo arenoso. Llevaban un gran escudo ovalado, el de Memnón decorado con el león de Rodas y el de Efiates con el grifo rojo de Tebas. Los dos estaban empapados de sudor. Luchaban dibujando círculos, uno frente al otro, Efiates un poco más rápido, más ágil; Memnón más astuto, sereno y presto a reaccionar. Efiates entró empujando con su escudo, amagando con su espada ligeramente curva. Memnón contraatacó, llevando su escudo hacia la derecha mientras descargaba una espada más corta y menos afilada. Los filos chocaron. Efiates intentó desequilibrar a Memnón con un violento empujón con su escudo. Memnón fue más rápido. Tras liberarse, se movió rápidamente hacia la derecha y bajó la hoja plana de su espada sobre la parte descubierta del cuello de Efiates, entre el yelmo y el peto.

—¡Un golpe mortal! —gritó Memnón.

Efiates se retiró, y tiró el escudo y la espada al suelo. Se sacó el casco; Memnón hizo lo mismo. Se dieron un apretón de manos y aceptaron los aplausos de los espectadores. Unos pajes les llevaron dos hermosas copas de sorbete.

—Bebe despacio —le advirtió Memnón—. La última vez nos dieron retortijones. Efiates, ¡eres demasiado impetuoso!

—¡No dejaba de pensar que eras Alejandro! —contestó el tebano.

Caminaron hasta la sombra del pórtico, donde los sirvientes les ayudaron a desvestirse. Se dirigieron a la pequeña Piscina de Pureza y bajaron sus escalones de mármol. Nadaron lánguidamente durante un rato, moviéndose y dando vueltas, permitiendo que el agua refrescase, lavase y aliviase sus cuerpos. Orontobates se reunió con ellos, y se sentó en un banco de mármol cercano. Observaba a aquellos dos griegos, sus cuerpos morenos repletos de antiguas cicatrices, nadar en el agua. No confiaba en los griegos, no le gustaban, pero aquellos dos era una excepción; hombres honorables, valientes guerreros, astutos comandantes. Se había quedado en

la fortaleza sobre la Triple Puerta y había visto a Efiates combatir a la caballería macedonia y cómo Alejandro caía en la trampa que Memnón y Efiates le habían tendido.

—¿Estáis pensando lo cerca que estuvimos? —preguntó Efiates, mientras subía los escalones y cogía la toalla que un paje le ofrecía. Se secó con rapidez, se ató un taparrabos limpio y se metió una túnica de lino por la cabeza, y luego se puso los brazaletes y anillos de una bandeja que su criado personal tenía en las manos.

—Estoy pensando lo poco que faltó —asintió Orontobates—. Casi le atrapamos.

Memnón se les acercó, sacudiéndose como un perro. Se vistió rápido con una túnica de rayas.

—El sol quema demasiado para mí —dijo Efiates. Se retiraron a la sombra del pórtico, cuyos extremos vigilaban soldados vestidos con los colores de la casa de Orontobates. Miembros de la guardia personal de Memnón y de Efiates se agazapaban bajo la sombra de los árboles, con los escudos junto a ellos y las espadas desenvainadas. Orontobates se mordió el labio. Comprendía el nerviosismo de sus compañeros, no iba todo bien en la ciudad. El ambiente había cambiado: sus espías informaban que simpatizantes de los macedonios estaban sembrando la discordia, agitando, haciendo correr rumores. Los ataques contra soldados persas y partidarios se habían convertido en habituales.

—Vuestro espía tenía razón —Orontobates cogió un cuenco de fruta y tiró del racimo de uvas.

—No necesitaba un espía para saber que Alejandro vendría —contesto Memnón—. Es como nuestro amigo Efiates aquí presente, demasiado impetuoso para su propio bien.

—Bueno, se nos escapó —dijo Efiates, masticando una uva y limpiándose los labios con la lengua—. Pero tenemos problemas más importantes: el malestar en la ciudad.

—Lo sé —Memnón sintió la rabia hirviendo en su interior.

Había fortificado Halicarnaso y esperaba atrapar a Alejandro fuera de las murallas. Ahora, los problemas dentro de ellas lo amenazaban todo.

—Se han encontrado más armas —confesó Orontobates—. Tengo un espía, un mercader tebano. No estoy muy seguro de si estaba borracho o sobrio, pero afirma haber visto a un soldado macedonio.

—¿Qué? —Memnón se giró.

—Es lo que me dijo. Un soldado macedonio, vestido con su distintiva armadura con faldones en los hombros y falda de tachuelas de bronce.

—¿Y dónde fue eso?

—En el barrio de los tenderos.

—¿Y no pudo equivocarse? —susurró Efiates—. Quizá fue una ilusión. La gente tiene miedo a los macedonios.

—Alejandro no puede atravesar estas murallas —les aseguró Orontobates—. Sus

barcos no pudieron entrar en Myndus y rechazamos sus tropas.

—Pero aún queda el manuscrito pitio —intervino Efialtes.

—¡Capitán! —Memnón llamó a uno de sus mercenarios—. Baje a las celdas. Diga a nuestro carcelero Cerbero que traiga al Eunuco. Nos va a informar de los progresos que ha hecho.

—¿Hay un traidor entre nosotros? —Efialtes se quedó mirando el jardín.

—¿En nuestro consejo? —Orontobates negó con la cabeza—. No lo creo.

—¿Podría ser el Eunuco un espía?

—¿Y qué es lo que sabe? ¿Adónde iría? —se mofó Memnón—. Está recluido en las celdas, y sólo se le permite pasearse por el jardín. La única persona con la que habla es Cerbero.

Escucharon ruidos y volvió el capitán; el Eunuco, con una cartera de piel, venía trotando detrás como un perro. Cerbero el carcelero caminaba arrastrando los pies a su lado, con las manos en los ojos, pues no estaba acostumbrado a la luz del día. El Eunuco se les acercó y, sin que se lo dijeran, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—Apartaos —Memnón hizo una señal con la cabeza al carcelero y al capitán de la guardia, que se habían puesto bajo la sombra de una palmera que sobresalía. Arrastró un taburete, casi tocando al Eunuco, y se sentó. El preso le miró con malicia—. ¿Qué progresos has hecho?

El Eunuco abrió la cartera de piel y entregó a Orontobates, Efialtes y Memnón unos cuadrados de pergamino recién estirados.

—Como verán, señores —empezó—, el alfabeto está organizado en cinco hileras horizontales y cinco verticales —Memnón estudió su copia—. Debajo, están los primeros números del manuscrito pitio. También he incluido lo que he aprendido de Pamenes: su misteriosa referencia a «pente», el cinco griego, y a la letra «epsilon», la quinta de vuestro alfabeto.

—¿Qué más? —exigió Memnón.

—Pamenes había establecido un principio muy importante. Citó un verso de una obra de Sófocles y marcó cada E en ese fragmento: hizo lo mismo con versos de la *Riada*.

—¿Y? —Memnón refrenaba su excitación.

—Sólo es una teoría —el Eunuco continuó despreocupadamente—, pero sospecho que Pamenes se dio cuenta de que la letra E es la más utilizada en cualquier documento —sonrió obsequioso a Orontobates—. Desde luego, esto puede no ser cierto en la lengua persa.

—¿Y en el griego sí? —preguntó Efialtes inclinándose hacia delante.

—Ciertamente.

—Entonces, si te estoy entendiendo bien... —Memnón no hizo caso al calor. Dejó de sentir el olor de las flores, el zumbido de las abejas, los distantes sonidos del palacio y los de la ciudad que se dispersaban más allá de las murallas. Sólo sentía que

estaba a punto de conocer un secreto, de descubrir una debilidad por la que Alejandro seguramente pagaría una recompensa.

—Si os lo puedo explicar, mi señor —le halagó el Eunuco—. Si la E es la letra más común, entonces debemos buscar el número más común en el manuscrito pitio.

—¿Qué es?

—El cincuenta y cuatro, quizá, pero no creo que sea la E.

—Casi lo tienes, ¿no? —dijo Memnón—. Una vez hayas encontrado el número que substituye a la E, podrás encontrar los de las demás letras.

—Exacto —la sonrisa del Eunuco se desvaneció—. Pero hasta ahora, he sido incapaz de conseguirlo.

—¿Por qué?

—No lo sé: eso es lo que estoy intentando averiguar. Pitias debió sospechar que, algún día, alguien llegaría a la misma conclusión que yo. Por eso construyó una defensa en su código para proteger a la letra E.

—¡Explícate!

—Mi señor, mirad el manuscrito. Sus primeros números son los siguientes:

45: 64: 54: 33: 34: 11: 53: 11: 52: 23: 33: 34: 54: M: 23: 54: 54: 44

—Cuatro cincuenta y cuatros —murmuró Efialtes—. Pero si la E, la letra más utilizada, no es ese número, ¿dónde está?

—Escondida, bien protegida —contestó el Eunuco.

—¿Cómo? —preguntó Memnón.

—Posiblemente en el cuadrado entre el 54 y el 23.

—¿Y?

—O Pitias escogió deliberadamente palabras, para el principio del manuscrito, que no llevasen la letra E, o...

—¿O —le interrumpió Memnón— no estás tan seguro de que el 54 sea la E?

—Podría ser el 23 —murmuró el Eunuco—. O podría ser otra desviación.

—¿Cuánto tiempo más necesitas?

El Eunuco extendió las manos.

—Mi señor, en unos pocos días estoy seguro de que tendré una traducción.

—Si me la entregas —sonrió Memnón—, te marcharás de Halicarnaso más rico de lo que viniste.

—Y si fallas —intervino Efialtes—, ¡te cortaremos el cuerpo en trozos y los lanzaremos al campamento macedonio!

\*\*\*

—¿Es un asesinato?

Alejandro se sentó en el cenador, de cuclillas, y con la espalda contra el banco de madera. Telamón se sentó delante, y Sarpedón a su lado. El *mageiros*, aún sollozando, se arrodilló a su izquierda: Alejandro intentaba calmarle pero cualquier intento provocaba más llanto. Telamón miró por encima del hombro. Hefestión y Casandra estaban cerca del estanque hablando en voz baja. En algún lugar de la casa Gentius estaba ensayando sus versos. Aristandro al parecer había llevado su Coro para complementar la obra del gran actor.

—Es un asesinato —respondió Telamón, volviendo la vista—. Un veneno mortal, jugo de almendras. No es exactamente eso, pero huele y sabe como las almendras. Una destilación de plantas venenosas que puede comprarse en cualquier ciudad. La verdadera víctima se suponía que iba a ser Sarpedón.

—Debió de haber sido así —insistió el espartano—. Estoy a punto de marcharme a la playa de Hera. Alguien quería detenerme.

—¡Mi pobre hija! —El *mageiros* se quitó la mano de la cara.

Alejandro chasqueó los dedos a Telamón y se puso en pie.

—Te dejo esto a ti —el rey se marchó pisando la hierba, llamando a Hefestión para que se fuese con él.

Telamón se levantó, se sentó en el banco de madera y se quedó mirando a sus dos compañeros.

—Sarpedón, ¿dónde te encontraste a la muchacha?

—Yo estaba sacando agua del pozo. Ella estaba allí. Ya sabes que ella me gustaba. Le dije que pronto me marcharía —encogió un hombro—. Admito que estaba flirteando. Le pedí que trajera algo de pan, queso y una copa de vino aguada. Quizá me daría un beso antes de irme. Entonces me fui a los establos a preparar mi caballo.

—¿*Mageiros*? —preguntó Telamón en voz baja—. *Mageiros*, tu hija está muerta. Lo siento. Puedes llorar su muerte. Sin embargo, estoy seguro de que quieres justicia, venganza, ¿verdad?

El *mageiros* apartó las manos de la cara de nuevo y luchó por controlar los sollozos.

—Estabas en la cocina. Debiste ver a tu hija preparar la bandeja. ¿El pan y el queso eran frescos?

El *mageiros* asintió.

—Los puso sobre la mesa —dijo, con algún sollozo—, y los cubrió con un trapo de lino. Le pregunté para quién eran, y ella me respondió que para Sarpedón. Yo estaba ocupado haciendo pan.

—¿Quién entró en la cocina?

—¡Todo el mundo, incluso vuestra amiga pelirroja! —exclamó el *mageiros*.

—Entonces, ¿habría sido fácil para cualquiera levantar aquel trapo, quitar el queso y sustituirlo por un trozo envenenado?

El *mageiros* asintió.



—Cualquiera pudo haberlo hecho —confesó—. Señor, ¿sabéis lo que es que haya gente entrando y saliendo, pidiendo comida? Soldados que siempre están hambrientos, el rey y sus compañeros...

—¿Fuiste a la cocina, Sarpedón?

El espartano sacudió la cabeza.

—No. Lo primero que supe de lo que había ocurrido fue cuando oí que habían dado la alarma —se encogió de hombros—. Ella debió de volver para ver si yo había llegado y decidió comerse un poco de queso. Si no lo hubiese hecho —se levantó—, mi cadáver estaría yaciendo bajo una sábana ahí fuera. Telamón, debo irme.

El médico oyó ruidos de los establos, de caballos que estaban siendo preparados.

—Yo también debo irme —farfulló el *mageiros*. Se levantó y se fue arrastrando los pies por el césped como un hombre a punto de ser ejecutado.

Telamón recogió la bandeja y quitó el trapo de lino. Ni el vino y ni el pan estaban contaminados, sólo el queso tenía aquel escalofriante pero ligeramente fragante aroma de almendras. Llamó a un soldado, cubrió la bandeja y se la entregó.

—¡Toma esto! —ordenó—. ¡Consigue algo de leña, no toques nada de lo que hay debajo y quémalo!

El macedonio, un corpulento granjero, se sacó su *causia*, un sombrero de ala ancha, y se rascó su cabeza rapada.

—¿No es peligroso? —protestó.

—Haz lo que te digo —insistió Telamón—. ¡No toques nada, sólo quémalo!

El soldado se marchó. Telamón se fue hasta el estanque, se lavó las manos en el agua y se las secó en la túnica. Una sombra cayó sobre él.

—No te alarmes —dijo Casandra—. Pero ha habido otra muerte.

El médico se volvió de golpe. Casandra señaló hacia los árboles.

—¿Te acuerdas del gato de Pamenes? Bueno, pues alguien se lo llevó al huerto y le golpeó hasta matarlo con un bastón. Acabo de encontrar el cuerpo. Tus soldados pueden quemarlo también.

—¿Por qué deberían matar a un gato inofensivo?

—No lo sé —murmuró Casandra—. Podría no tener ninguna relación. ¿Algunos macedonios no consideran al gato de mala suerte? ¿Como una criatura de la noche?

Telamón se puso en pie y volvió al cenador. Casandra se sentó a su lado. Escucharon a Sarpedón y a su grupo marcharse con el chacoloteo de los caballos y las señales de los cuernos.

—¿Desembarcarán las torres de asalto? —preguntó ella.

—Oh sí, lo que Alejandro se propone, lo consigue —Telamón entrecerró los ojos y observó una mariposa revolteando sobre la hierba—. Estarán en tierra al anochecer. Mañana a esta hora Memnón mirará por las murallas de Halicarnaso y se llevará una sorpresa.

—Acabo de ver a Ptolomeo marcharse hacia las rocas de Niza.

—Me pregunto qué es lo que pretende Alejandro —reflexionó Telamón—. Su

mente es un mosaico compuesto de diminutas y exquisitas piezas diferentes. Tienes que ponerlas juntas y en orden para comprenderle.

—Alguien intentó detener a Sarpedón.

—Pero ¿quién? —preguntó Telamón—. Habrá sido muy fácil entrar en la cocina con un trozo de queso, quitar el otro y reemplazarlo... —hizo una pausa—. Por tanto, ¿qué tenemos, Casandra? La misteriosa caída de Pamenes desde su ventana. Que alguien intentó matarme con aquellas víboras. Ahora, esa pobre muchacha que por desgracia comió un trozo de queso preparado para Sarpedón.

—¿Por qué querrían matarle a él? —preguntó Casandra—. Sé que lidera las tropas hasta la playa de Hera, pero eso no es ningún secreto.

—¿Quizá vio algo comprometedor y no es consciente? Sabemos que Pamenes estaba vivo a primera hora de aquella mañana. Bessos podría haberse colado en la habitación, ¿o volvió el sacerdote Cherolos? ¿Vio Sarpedón algo de eso?

—Y, por supuesto, está nuestro gran actor, al que puedo oír por ahí —rió Casandra—. Con su hermética esposa.

—Sí —respondió Telamón—. Sólo tenemos su palabra de que Demerata no estuvo en la habitación de Pamenes. Me pregunto adonde iría a pasear. ¿Recuerdas aquella tarde, Casandra, que estábamos aquí fuera, pues preferíamos el jardín a aquella lúgubre casa? No la vimos. ¿Y ese gato muerto? ¿Por qué tendría alguien que matar a aquel pobre animal?

—Quizá fuese un sacrificio —murmuró Casandra—. Yo aún tengo dudas sobre Cherolos —añadió—. Tiene una mirada furtiva, misteriosa.

—Y todo por un trozo de manuscrito.

—¿Crees que Alejandro llegará a desvelar sus secretos?

—Casi lo he conseguido.

—¡Qué! —exclamó Casandra.

—He estado pensando. Pamenes estuvo concentrado en la letra E, la quinta del alfabeto griego. La señaló en los versos extraídos de una obra de Sófocles. Cuando estuve en Egipto solía estudiar los jeroglíficos de las tumbas: el más común era el que simbolizaba al faraón. Una vez entendías eso, el resto era bastante fácil. ¿Sabías que las vocales E, A e I son las letras que más se utilizan? La E seguro que sí. No estoy muy seguro de si la A es la siguiente, o la I. Pero si podemos descubrir lo que sustituye a esas tres letras en el manuscrito pitio, el resto saldrá pronto. Me apuesto una jarra de vino contra un cuenco de fruta a que Solán y los demás están siguiendo el mismo camino.

Escucharon ruidos que provenían del patio: Alejandro, Hefestión y los otros comandantes salieron, seguidos de sirvientes que llevaban taburetes, un banco de madera e incluso sillas de la sala de telares.

—¡Oh no! —murmuró Telamón—. ¡El gran momento de Gentius!

Observó a los charlatanes criados preparar un teatro improvisado, colocando las sillas, los taburetes y los bancos en forma de herradura. Alejandro miró a su

alrededor; alzó la mano, pidiéndoles que se unieran a ellos.

—Supongo que debemos ir.

Los criados trajeron pequeñas mesas con copas y bandejas. Colocaron un toldo provisional, aguantado con cuatro postes clavados en el suelo. Telamón y Casandra tomaron asiento detrás del rey. Aristandro, vestido para la ocasión con una túnica naranja chillón, atravesó la puerta a toda prisa, con una corona de laurel sobre la calva. Aún le dolía una oreja.

—Eso me recuerda algo —susurró Telamón—. Cuando todo esto acabe, ve a mi arcón de medicinas, Casandra; encontrarás una pequeña ampolla de aceite de alcanfor. Dile a nuestro noble Guardián de los Secretos Reales que la caliente y se eche un poco en el oído. Ablandará la cera y su molestia desaparecerá.

—Majestad —Aristandro se quedó bajo el cenador, con una sandalia suelta atrapada entre los pliegues de las telas que había desparramadas por allí, lo cual provocó gritos y exclamaciones del público—. Majestad, compañeros actores, hoy os traemos el esplendor de la obra de Sófocles *Edipo Rey*.

—¿Qué? ¿Toda entera? —gritó Cleito el Negro.

—Sólo fragmentos —replicó Aristandro con irritación—, representados por Gentius en el papel de Edipo y mis encantadores muchachos como el Coro.

Aristandro desapareció en el patio y volvió con su séquito. A Telamón le resultaba difícil mantener la compostura. Los celtas se habían quitado la armadura y todos iban vestidos con largas túnicas y sandalias. Cleito el Negro bajó la cabeza, sacudiendo los hombros, e incluso el rey le tuvo que dar un codazo. Aristandro, sin embargo, tenía sus propias ideas sobre cómo iba a representarse la obra. Reunió a sus guardaespaldas, los cuales iban de un lado a otro arrastrando los pies, rascándose la cabeza y la barba, y poniéndose la mano en un cinturón que ya no estaba en su lugar. Telamón tuvo que pellizcarse: el mundo de Alejandro era como una tierra extraña entre el sueño y la vigilia. En pocas horas iban a sitiar uno de las ciudades más importantes del imperio persa, pero estaban sentados en los jardines de una villa mirando el *Edipo* de Sófocles. El Coro no era una pandilla de jóvenes atenienses, sino una banda de asesinos celtas, instruidos por su amo para que recitasen algunos de los mejores versos nunca escritos.

Durante unos instantes hubo empujones y empellones mientras Aristandro colocaba el grupo a su gusto. Al fin se quedó satisfecho, se volvió e hizo una reverencia al rey. Lanzó una ponzoñosa mirada a Cleito el Negro, el cual se estaba tapando la cara con las manos. Incluso desde donde se encontraba, Telamón podía ver las lágrimas cayendo por las marcadas mejillas del viejo bribón. Hefestión, en cambio, aguantaba más. Telamón dio gracias a los dioses de que Ptolomeo no estuviese allí. Odiaba a Aristandro y le ridiculizaba siempre que podía. El simiesco general de Alejandro se había marchado, llevándose el contingente de sus tropas de élite hasta el rocoso afloramiento de Nyssa.

Sirvientes, esclavos y soldados que no estaban de guardia también se

congregaron. Casandra estaba extrañamente callada, como si no se percatase de la comedia a su alrededor. Estaba sentada, con la boca medio abierta, mirando al frente. Telamón cayó en cuenta de que la última vez que ella había visto aquella obra había sido en su ciudad nativa de Tebas. Antaño la patria de Edipo, Antífona y Creonte, Tebas era ahora un mar de fría ceniza gris.

—Estamos preparados —Aristandro hizo una reverencia al rey—. ¡Bueno, chicos, empezad cuando os lo diga!

Privada de su número  
perece la ciudad...

—¡No, eso no! —Aristandro le dio una bofetada al líder del Coro—. ¡Más adelante! ¡Más adelante!

El líder, un enorme bruto de pelo rubio y abundante barba, se quedó como un niño castigado.

—¡Soberano Liceo! —susurró Aristandro.

Soberano Liceo, que de las curvas cuerdas  
de tu arco, trenzadas de oro, yo quisiera  
se repartieran las flechas invencibles  
tendidas ante mí, en mi defensa,  
y también los ígneos resplandores  
de las antorchas de Artemis,  
con los que recorre impetuosa  
los montes de Licia.  
Y al dios de la diadema de oro,  
invoco, que dio su nombre a esta tierra,  
a Baco del vinoso rostro,  
celebrado con gritos de evohé,  
el compañero de las ménades,  
para que acuda con la llama  
de resplandeciente antorcha  
contra el dios entre los dioses no estimado...

Gentius, vestido con una túnica gris y una máscara de tragedia, salió del patio y se metió bajo el cenador.

—¡Habéis rezado y vuestras plegarias serán respondidas con ayuda y bendición...!

—¡Oh, gran rey! —contestó el Coro—. ¡Escuchad nuestra plegaria!  
Gentius continuó con el verso.

—Si me obedecéis...

Telamón observaba, fascinado. A pesar de las burlas, de la torpeza del Coro, Gentius tenía una presencia, una poderosa voz trágica que expresaba la desgarradora tristeza de aquella obra. Mientras recitaba, Cleito el Negro dejó de reírse y se incorporó, volviendo su deformada cara para escuchar mejor. Casandra empezó a sollozar levemente. El diálogo entre el Coro y Edipo, el personaje principal, tenía una sombría musicalidad por sí mismo. Incluso los mozos y los criados miraban boquiabiertos. Telamón reconoció el verdadero genio de Gentius: su postura, la manera en que contaba cada movimiento, su voz que hacía que las palabras y frases parecieran vivas. Tan absorto como estaba en la obra, Telamón no se dio cuenta de los gritos y los chillidos hasta que un pinche de cara grasienta llegó hasta el patio.

—¡El *magáros* está enfermo! ¡El *magáros* está enfermo! —gritaba—. ¡Oh, señores, vengan rápido!

Alejandro se giró y chasqueó los dedos a Telamón, el cual, farfullando disculpas a Gentius, atravesó el escenario improvisado y se apresuró a cruzar el patio. Los criados estaban amontonados en la puerta de la cocina. Una muchacha estaba gritando, con las manos en alto. El panadero, cubierto de harina de la cabeza a los pies, intentaba tranquilizarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Telamón.

El panadero señaló vagamente hacia la cocina llena de vapor. Telamón entró con cuidado. Había un carnicero acurrucado detrás de una mesa, con un cuchillo ensangrentado en una mano, y los ojos desorbitados del miedo. Un mozo de cocina estaba sentado en el suelo y mecía un pequeño pote, moviéndose hacia delante y atrás. Telamón miró a su alrededor. Un jamón pendía de las vigas del techo sobre uno de los hornillos. Cebollas y otras verduras colgaban de estacas clavadas en las mugrientas paredes blancas. Oyó un quejido y se detuvo frente a la mesa. Al fondo de la sala había un hogar abierto bajo un agujero en el techo. Un enorme caldero de bronce lleno de agua estaba borboteando estrepitosamente sobre el carbón, cerca de éste había una gran jarra de barro cocido; entre la jarra y el caldero yacía el *magáros*. Estaba convulsionando.

Telamón se le acercó de inmediato, mientras Casandra entraba en la cocina. El calor del carbón y de la olla hirviendo era intenso. Telamón, cogiendo al cocinero por el hombro, lo apartó de un tirón. El hombre se estaba ahogando, se le había puesto la cara lívida y los labios ligeramente morados. Parecía como si las mejillas y el grueso cuello se le hubiesen agrandado: tenía la piel fría y los párpados temblorosos.

—¿Qué ocurre, hombre?

Un chorro de babas salió de los labios del *mageiros* y le bajó por la barbilla. Telamón intentó abrirle la boca, probando con los dedos, pero le resultó imposible. Parecía atascada.

—¿Es un ataque epiléptico? —preguntó Casandra—. ¡Oh, por Apolo, Telamón, mira su brazo derecho!

Telamón vio los enormes verdugones, unos cuatro, en el interior del brazo, justo debajo del codo. Le agarró la muñeca y le tomó el pulso. Era débil, errático como el batir de las alas de una polilla luchando en vano por vivir: su brazo derecho se había hinchado. Lo palpó con cuidado.

—Anguilas —farfulló el *mageiros*. Empezó a agitarse, y el traqueteo mortal se hizo sonoro en su garganta.

Telamón se puso de pie. Dentro de la jarra de barro cocido estaban enrollados los brillantes cuerpos de las anguilas, con su negra y escamosa piel aún húmeda. Se apartó cuando el panadero, un enorme y rubicundo hombretón, volvió con grandes zancadas a la cocina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Telamón.

—Estaba preparado una exquisitez para el rey. Anguilas. Ya sabéis, su especialidad. Las hornea en tazas, con orégano y moras.

—Sí, sí. ¡Continúa!

—Metió la mano en las anguilas, y la sacó gritando y tirándose al suelo. ¡Es un milagro que no haya golpeado el caldero!

Telamón cogió un largo palo con un mango de lino, que servía para remover la olla.

—¡Pobre *mageiros*! —lamentó el panadero, señalando al cocinero postrado.

—No hay nada que pueda hacer —Telamón ya había intuido lo ocurrido—. Le han picado al menos cuatro veces. Una mordedura puede cortarse, pero no cuatro —metió el palo con cuidado en el pote de las anguilas y lo removió lentamente.

—¡Pero si están todas muertas! —gritó el panadero, acercándosele.

Por un momento Telamón vislumbró un escamoso cuerpo negro y amarillo moviéndose entre las anguilas.

—¿Qué pasa? —Cleito entró en la cocina con aire arrogante.

El *mageiros* yacía ya inmóvil, con la boca abierta, la lengua ligeramente fuera y los ojos entrecerrados.

—Me encanta el olor a pescado —Cleito olisqueó mientras se acercaba—. ¿Qué le pasa a ese vago grasiento?

—Le han asesinado —susurró Telamón—. Cleito, ahora no es el momento de tus modales de sargento. Haz que se lleven el cuerpo. No hay nada que pueda hacer —dio un toque con el pie a la jarra de anguilas—. Que también se lleven esto. Que soldados con botas de marcha vacíen el contenido. Diles que vayan con cuidado, hay víboras y su picadura es venenosa.

—Dos obras al mismo tiempo —Alejandro, aplaudiendo ligeramente, entró en la cocina—. Te he oído, Telamón. ¡Cleito, haz lo que dice! Médico, quiero hablar contigo.

Prácticamente empujó a Telamón por una pequeña puerta hasta el otro lado de la cocina, hasta un apestoso patio en el que se amontonaban los desperdicios. Los pájaros que picoteaban la basura graznaron y remontaron el vuelo, batiendo sus

negras alas.

—La hija del *mageiros* ha sido envenenada —comenzó Alejandro—, y ahora el propio *mageiros*. ¿Por qué?

—No lo sé. Si lo supiera, todos sabríamos la verdad. A ella la mataron con un trozo de queso que era para Sarpedón. Las anguilas eran frescas, las han traído esta mañana. ¿Verdad?

Alejandro se encogió de hombros.

—Soy un general —sonrió—, no un cocinero —suspiró—. Así que no cenaré anguilas esta noche.

—Sospecho que las anguilas las han traído en cestas de mimbre —continuó Telamón—, y las han vaciado en aquella enorme jarra. Alguien ha colocado víboras o en la jarra o en las cestas.

—Claro —murmuró Alejandro—. Y el *mageiros* ha metido la mano.

—Le han picado al menos cuatro veces —le explicó Telamón—, diferentes serpientes con venenos diferentes. Para algunos de ellos hay antídotos, y una mordedura puede cortarse bien, pero cuando hay tantas, no.

—¡Serpientes! —Alejandro susurró la palabra—. Tengo entendido que están por todas partes en esta granja. ¿Quién la escogió?

—Por lo que sé, Solán.

—Haré entrar algunos arqueros cretenses —declaró Alejandro—. Están acostumbrados a eliminarlas. No me estás contando todo, ¿verdad, Telamón? —Se le quedó mirando con el rabillo del ojo—. Tengo entendido que algo pasó ayer en tu habitación, ¿no?

Telamón se lo contó.

—Bueno, quienquiera que sea —Alejandro dio una patada a un montón de corazones de manzana, y aplastó uno bajo su sandalia—, mató al escriba, intentó asesinar a mi médico, y ahora acaba con el cocinero y su hija. Pamenes lo puedo entender —se rascó la barbilla y miró a Telamón directamente a la cara—. Y los persas sin duda pagarían por tu cabeza. Pero ¿por qué un cocinero y su hija?

Alejandro se pasó los dedos por su cabello rubio, y sus ojos de extraño color miraron fijamente a Telamón. Movi6 la cabeza ligeramente hacia la derecha como si estudiase al médico por primera vez.

—¿Y por qué no me contaste lo de tu ataque? —Le dio unos toques bajo la barbilla—. ¡Eres muy valioso, médico! Un ataque contra ti, es un ataque contra mí. A ti no te gustan las serpientes, ni a mí tampoco. Siempre nos recuerdan a mi madre. La próxima vez, inspecciona tu habitación. Y ten cuidado con lo que comes o bebes. ¿Sospechas de alguien?

Telamón negó con la cabeza.

—¿Me estás diciendo la verdad? —La cabeza de Alejandro se le acercó.

—¿Y tú? —Telamón imitó al rey, adelantando la cara a sólo unos pocos centímetros de Alejandro—. ¿Me estás diciendo la verdad sobre el manuscrito pitio,

Alejandro, o estás en tu propia obra? ¿Qué papel toca ahora? ¿El falso general preocupado por las fortificaciones de una ciudad? Te conozco, Alejandro, crecí contigo. He estado viajando a tu lado, el gran fingidor, el hombre que confunde a sus enemigos, el que ataca tan dura y ferozmente como cualquier serpiente.

El rey apartó la cabeza: su dura mirada dio paso a una fingida timidez. Le hizo caídas de ojo con sus largas pestañas como una muchacha.

—Vaya, Telamón —susurró—, no sé de qué me estás hablando. Y por cierto, ahora precisamente tengo una obra que presenciar.

El rey volvió a entrar en la cocina. Se detuvo a consolar a algunos de los sirvientes. Telamón oyó el ruido de monedas cayendo en el suelo y, cuando entró, el rey ya se había ido. Los criados, olvidando la tragedia que había ocurrido, buscaban desesperadamente las monedas. Llamó al panadero. El tipo se le acercó con cara hosca y los ojos entrecerrados aún buscando en el suelo las monedas.

—¿Cuándo han traído las anguilas?

—Justo después del amanecer. Un campesino y su hijo: ellos nos proporcionan los ingredientes para los platos que preparamos. Las anguilas eran frescas, las cogieron ayer por la tarde.

—¿Y cómo las han traído?

—En cestas.

—¿Y luego las han echado a la jarra?

—Así es —el panadero se sonrió.

Telamón le agarró de su túnica embadurnada de harina y se lo acercó.

—Un hombre ha sido asesinado brutalmente —susurró—. Dentro de unas horas, su cuerpo será ceniza y su alma está vagando por los fríos campos del Hades. ¿Quieres acompañarle?

—Las anguilas las han traído en cestas —masculló el panadero—. Las han puesto en la jarra y las han dejado ahí.

—¿Estabas tú a esa hora?

—Sí...

—¿Pero no has visto nada fuera de lo normal?

—Señor —gimoteó el hombre—, puede que alguien haya puesto víboras dentro, pero podría haber sido un accidente.

—No lo creo —Telamón lo apartó de un empujón.

—Al menos cinco —Casandra entró en la cocina—. Cinco víboras en total. Los guardias las han matado. Nuestro noble rey está ordenando ahora a los cretenses que inspeccionen el suelo y cacen y maten a todas las que puedan. Cleito dice que conseguirá una mangosta...

Telamón pasó rozando al panadero y le indicó a Casandra que le siguiese hasta el patio.

—¿La obra continúa?

—Sí. Alejandro, como sabes —Casandra sonrió sombríamente—, es muy



obstinado.

—¿Está Cherolos allí? Ve a buscarle —le dijo Telamón—. Me reuniré con él delante de su habitación. O dentro, si no está cerrada.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

Telamón entró en la villa, subió las escaleras y cruzó el pasillo. Alguien había puesto cestas de flores nuevas; la madera pulida tenía una fragancia que Telamón no sabía identificar. Fue hasta el fondo del pasillo, después de la habitación de Bessos, y giró a la izquierda hasta la pequeña hornacina. Se detuvo delante de la puerta de Pamenes y la empujó. La habitación aún estaba sin usar, como cuando la había dejado después de buscar con Casandra las posesiones del escriba muerto. Telamón caminó hasta la ventana abierta y miró hacia abajo al suelo de ladrillos rojo oscuro. Oyó a Casandra llamarle por su nombre, así que salió y se reunió con ellos. El delgado rostro avinagrado de Cherolos era todo ceño fruncido: el sacerdote se mostraba impaciente, dando suaves toques con la mano en el muslo.

—Estaba disfrutando de la obra.

—¿Dónde está tu habitación?

Cherolos fue hasta la puerta junto a la de Bessos, quitó el pasador y la abrió. Telamón entró. El sacerdote era muy ordenado: tenía la cama hecha, escondida entre velos blancos, y había ropa colgando de un perchero en la pared. El pequeño escritorio había sido convertido en un altar improvisado. Telamón fue hasta allí y se quedó mirando una cabeza tallada, que tenía un aro en la frente con una cabeza de cobra en posición de ataque.

—¡Meretseger! —exclamó Telamón—. ¡La diosa-cobra! Su templo domina la necrópolis de Tebas, ¿verdad? ¡Meretseger! ¡La que siempre observa y espera!

Cherolos asintió.

Telamón estiró el brazo y tocó la cabeza de mármol rojo que descansaba sobre una base de roble. Oyó la brusca inhalación de Cherolos.

—¿Dominas las serpientes? —Telamón se volvió para mirarle a la cara.

—Tengo algunos conocimientos.

—¿Sabes cómo manipularlas? ¿Cómo cogerlas?

—¡Un poco! —El sacerdote se limpió las manos en la túnica azul oscuro y se acomodó mejor el manto sobre los hombros.

—¿Has viajado a Egipto alguna vez?

—He estado en el reino de las Dos Coronas —contestó—. Estuve en el templo de Meretseger.

—Entonces, ¿qué estás haciendo en la corte de la reina Ada?

—Malentendidos en el camino de la vida.

—¿Has estado cazando serpientes, Cherolos?

El sacerdote sólo se sonrió.

—¿Los devotos de Meretseger no sacrifican gatos en su honor?

Hasta entonces, Cherolos había mirado al médico a los ojos desafiantemente, pero ante esta pregunta giró la mirada.

—Ah, y hay otra cuestión —Telamón le puso la mano en el hombro.

El sacerdote se volvió, mirando la mano de Telamón como si estuviese sucia.

—¿La mañana que fuiste hasta la habitación de Pamenes?

—Estaba cerrada.

—¿Y volviste? Fuiste el último en reunirse con nosotros en el *andron*.

El sacerdote bajó la cabeza.

—Yo creo que sí —continuó Telamón—. Volviste al dormitorio de Pamenes: aquella vez la puerta estaba abierta, y entraste. Cogiste sus alforjas y te las trajiste aquí. Las registraste, y fue entonces cuando encontraste aquel trozo de pergamino, no la noche anterior.

Cherolos tragó saliva.

—Tengo a un testigo —Telamón sonrió para disimular la mentira—. Te vieron con las alforjas.

—¡Pero eso es im...!

—¿Imposible? —preguntó Telamón—. ¿Porque escondiste las bolsas y las sacaste a la madrugada, después de haberlas registrado bien?

—Yo no maté a Pamenes.

—No, pero sí robaste sus posesiones. ¿Qué había en esas alforjas?

—Ropa, sandalias. Las tiré a un pequeño lago al otro lado de la villa.

—Muy bien —Telamón miró a Casandra, que estaba de pie junto a la puerta—. Encontraste sandalias, túnicas, míseras posesiones y un trozo de pergamino, ¿qué más? —Bajó la vista a la marmórea cabeza de Meretseger.

—Soy un extraño en la corte de la reina Ada —confesó Cherolos—. Quería hacerme un nombre. Sí, volví a la habitación de Pamenes. Estaba vacía, la ventana estaba abierta, y sus alforjas estaban allí. Sus posesiones, bueno... —Se encogió de hombros—, su mesa estaba limpia de pergaminos, sólo quedaban sus alforjas. Pensé en registrarlas y devolverlas más tarde. Escuché a los demás que llamaban, así que las escondí debajo de mi cama y asistí a la reunión.

—¿Y después de que Pamenes apareciera muerto en su habitación?

—No tuve más remedio que deshacerme de ellas.

—¿Y qué más encontraste?

Cherolos separó la cabeza de mármol de la base de madera y sacó un rollo, pequeño, fuertemente atado con un trozo de cordel. Se lo puso a Telamón en la mano.

—Puede que hagáis más uso de él que yo. Sólo dice lo mismo, lo de «Pente», «Epsilon» y el número 10.

—¿El número 10? —preguntó Telamón.

—No pude entender eso.

Telamón se quedó mirando el pergamino.

—Pero la habitación de Pamenes estaba cerrada cuando subimos —comentó

Cassandra—. ¿Cómo pudiste entrar dos veces?

Cherolos se encogió de hombros.

—Puedo responder a eso —Telamón guardó el trozo de pergamino—. Y la confesión de Cherolos prueba mi teoría. La habitación cerrada era sólo para confundirnos. Creo que Pamenes estaba muerto, debió estar muerto, mucho antes de que la habitación estuviese cerrada.

Llamaron a la puerta; Cassandra la abrió. Un paje real casi se cae al entrar en la habitación.

—Un mensaje del rey —farfulló—. La obra ha acabado pero la de verdad está a punto de empezar. Todos deben prepararse para marchar hacia el campamento.

## Capítulo IX

«Al día siguiente Alejandro hizo que su artillería de asalto atacase: y su movimiento fue contrarrestado inmediatamente por un destacamento de la ciudad».

Arriano, *Las campañas de Alejandro*, Libro 1, capítulo 22.

**E**l calor era sofocante, el sol un disco ardiente que calentaba la rocosa península que rodeaba la ciudad de Halicarnaso. Las águilas flotaban en las ligeras brisas que los sudorosos soldados deseaban sentir. Halicarnaso estaba bajo un asalto total. Alejandro había desplegado todo el ejército macedonio, falange tras falange, reforzado por regimientos del Escudo de Plata. A cada flanco había peltastas, mercenarios hoplitas, arqueros cretenses y honderos rodianos. Detrás de cada ala, se amontonaban escuadrones tras escuadrones de caballería, un mar embravecido de color, con todos los hombres de guerra preparándose para el combate. Las trompetas y los cuernos de guerra sonaban. Los caballos relinchaban y sacudían la cabeza, haciendo que las plumas entre sus orejas danzasen como un mar de estandartes. Alejandro iba equipado con la armadura completa de un general macedonio; coraza dorada, capa púrpura, falda de piel blanca como la nieve, espinilleras plateadas y los pies calzados con sandalias decoradas con tachuelas plateadas y púrpuras. Como era habitual, ocupaba el lugar de honor en el flanco derecho, rodeado de su escolta personal. Los comandantes de brigada ya habían ocupado sus puestos.

Telamón estaba sobre su caballo en la segunda fila detrás del rey, junto a otros miembros de la casa real. Pasaba una hora del mediodía, y aún hacía un calor implacable. Sentía que estaba mirando una hoguera rugiente más que las murallas de granito de Halicarnaso, que se elevaban cinco metros del suelo. Las torres y almenas estaban abarrotadas de hombres, pequeñas formas oscuras contra el cielo azul. Podía ver los sobresalientes puntales de las torres de asedio detrás de las murallas, donde Memnón ubicaría sus catapultas, hondas y mangoneles, todas las horribles máquinas de guerra.

Alejandro había desplegado toda la línea de ataque para que Memnón viese su poder. Al frente del ejército macedonio se encontraban las valiosas máquinas de asedio. Amintas lo había conseguido. Nicanor y su ayudante Nearco habían varado los barcos de guerra macedonios, uno a uno, sobre los blancos guijarros de la playa de Hera. Las torres de asalto habían sido desembarcadas con cuidado, colocadas en carros y transportadas rápidamente al campamento macedonio. Las habían ensamblado a toda prisa y desplegado frente a la Triple Puerta justo fuera del alcance de las máquinas de guerra que Memnón tenía detrás de las murallas. Telamón sonreía para sí: él y el resto, a excepción de Casandra, habían sido casi obligados a marcharse de la villa. Alejandro los quería cerca de él, pero eso había sido un error. Durante los

últimos días, Solán no había hecho más que quejarse. El rey había cedido y les había dicho entre dientes que podrían regresar a la Villa de Cibeles una vez sus queridas torres de asalto estuviesen en su lugar.

Telamón contemplaba aquellas infernales máquinas, capaces de causar una verdadera carnicería. Cuando sólo era un muchacho había visto al principal ingeniero militar de Filipo, Demades, construir los más increíbles artilugios de guerra. Alejandro los había perfeccionado. Contaba con torres de asedio construidas con postes de madera y mimbre que se elevaban casi tanto como las torres de Halicarnaso, con una serie de plataformas y pisos en su interior. Arriba, soldados; en el segundo y tercer piso, pequeñas armas de asalto como lanzadores de dardos y proyectiles; abajo, pesados arietes con cabezas metálicas colgados de poleas para que los hombres pudiesen hacerlas oscilar y destruir las murallas más resistentes. Pero aquellas torres no eran nada en comparación con las demás terroríficas armas, como los enormes arcos en estructuras cuadradas de madera reforzadas con tiras metálicas que podían disparar dardos, de dos metros y medio, y barrer las murallas de cualquier ciudad sitiada con una precisión devastadora; o como las eslingas, que podían arrojar rocas y ollas ardiendo. A semejantes proyectiles mortales se les daba una propulsión extra con una nueva técnica, introducida por Demades, que consistía en utilizar crin de caballo enrollada en lugar de cuerda. La sujetaban a una estructura de madera y la tensaban con poleas y palancas para luego soltarla con un efecto devastador.

Entre las armas de asalto había manteletes móviles de madera, cuyos techos estaban cubiertos con pieles de animales empapadas en agua para inutilizar las flechas incendiarias de los sitiados. Podían acercarse hasta las murallas, ya que sus techos inclinados protegían a los soldados del interior que manejaban los arietes. Las máquinas permanecían en una calma inquietante, como depredadores a punto de saltar. La mirada de Telamón se desplazó hacia el gran foso, y se preguntó cómo iba Alejandro a llenarlo para conseguir acercar las máquinas y que así los hombres pudiesen trepar las murallas. Durante los últimos días los carpinteros habían estado ocupados construyendo docenas de cabañas de techo plano, pero el rey se había negado a desvelar para qué las necesitaba.

Desde luego, Alejandro deseaba guardar las formas de la guerra. Quería que los sitiados percibiesen todo su poder antes de lanzar el ataque. Según las reglas de la guerra, debía hacerse una última oferta a Memnón y a su plaza para que se rindiesen. Alejandro desenvainó su espada y la mantuvo en alto mientras galopaba a lo largo de todo el frente macedonio, ovacionado por el repiqueteo de escudos y el ensordecedor grito de guerra macedonio: ¡Enyalios! ¡Enyalios! ¡Enyalios!

El ruido resonaba hasta el cielo, y era respondido con silbidos y abucheos de los hombres que había en las murallas. Los defensores desenrollaban enormes trozos de cuero, que colgaban de las almenas para tener más protección contra los arietes y los fieros proyectiles que en seguida les vendrían encima. El rey llegó hasta el extremo izquierdo de la línea de combate macedonia: se dio la vuelta y cabalgó por donde

había venido. Su negro corcel, Bucéfalo, disfrutaba del protagonismo y la aclamación, y sacudía la cabeza, con la blanca estrella en la frente bien visible. Alejandro había escogido su brida y su arnés en el saqueo del campamento persa después de su victoria en el Granice. Eran de cuero negro con piedras preciosas y tachuelas, y como sudadero llevaba una tela dorada. Alejandro tenía un aspecto impresionante; como uno de los compañeros de Telamón susurraba, parecía «El mismo dios de la guerra encarnado». El sol deslumbraba sobre su brillante armadura, su penacho de crin de caballo ondeaba por su espalda, la brillante espada en alto, el habitual gesto de un comandante a punto de lanzar un ataque total.

Una vez Alejandro volvió junto a sus oficiales, se quitó el yelmo, descubriendo su cara de chico, brillante de sudor, y aquellos ojos de extraño color llenos de malicia. Miró a su alrededor, se cruzó con la mirada de Telamón y le hizo un guiño.

—Caballeros, disfrutad de la calma —declaró—. ¡Porque pronto se desatarán todas las furias!

—¿Y qué pasa con ese maldito foso? —vociferó alguien.

Alejandro se llevó un dedo a los labios y se dio media vuelta. Cabalgó hacia delante a paso ligero, acompañado por dos heraldos y un trompeta. A la señal de Alejandro, el trompeta levantó el *salpinx* de bronce y dio un estridente toque antes de salir a medio galope hasta casi el borde del foso, gritando unas palabras que la brisa hacía casi imperceptibles.

—¡Hombres de Halicarnaso, abrid vuestras puertas y rendíos! ¡Entregadle a nuestro rey, el heredero adoptado de la reina Ada, legítima soberana de Halicarnaso, a los hombres que os han engañado: Orontobates, Memnón y Efialtes!

Un coro de protestas respondió a sus palabras. Una flecha se clavó en el suelo cerca de él, haciendo que su caballo resbalase. El trompeta se encorvó hacia abajo, cogió la flecha, la rompió como gesto de desprecio y volvió junto a Alejandro. Los dos heraldos se adelantaron, llevando las señales de guerra reconocidas. Llegaron hasta el borde del foso. El hombre con la tea ardiente la tiró hacia delante mientras que su compañero, armado con una lanza manchada con sangre animal, la arrojó tan fuerte como pudo a través de la zanja: cayó en su enorme oscuridad y recibió los abucheos de los hombres de las almenas.

—¡Preparados para atacar!

Seleuco, que había sido nombrado número dos durante la ausencia de Ptolomeo, dio las órdenes. De inmediato las falanges y los regimientos del Escudo de Plata se separaron, permitiendo a los carros de ingenieros avanzar pesadamente. La línea de combate se retiró, dividiéndose en brigadas. Las máquinas de guerra estaban preparadas, los braseros preparados para quedarse junto a carros llenos de piedras, dardos, flechas, rocas y proyectiles para las catapultas y las hondas. La línea de máquinas de asalto se transformó, y dejaron de ser gigantescas estructuras de madera con palancas, eslingas y lanzadores de crin de caballo. De pronto las máquinas se pusieron en marcha y las poleas se apretaron, los cabrestantes giraron, las ollas

hirviendo se colgaron de eslingas de cuero, y las lanzas, los dardos y las flechas se colocaron en las pulidas hendiduras de las catapultas y los enormes arcos. Las torres de asedio estaban preparadas: entraban soldados ligeramente armados, y subían por las escaleras hasta los diferentes pisos: arqueros y honderos arriba, lanzadores de jabalina debajo y, en la base, los que se ocuparían de los arietes. Los manteletes y las cabañas estaban preparados. El ambiente estaba repleto del crujido de las cuerdas y el chirrido de las poleas. Un humo negro se elevaba sobre los braseros, y el aire se impregnó con el hedor del aceite.

Los defensores de Halicarnaso dispararon sus flechas y hondas, pero se quedaron cortas. Por fin los artilugios de guerra macedonios estaban listos, las catapultas cargadas, los lanzadores preparados, y los enormes arcos cebados: cada máquina estaba custodiada por unidades de arqueros cretenses. Las torres de asedio se pusieron en marcha, en medio del crujir de sus ruedas.

—¡Preparados!

La orden de Seleuco fue obedecida por los trompetas, que dieron tres breves toques.

—¡Listos!

De nuevo las trompetas, pero sólo dos toques.

—¡A mi señal!

Un solo toque.

—¡Preparados para disparar!

Los *salpinx* volvieron a resonar, acompañados por flautistas y músicos de las diferentes brigadas. Telamón sintió como si el ejército entero se estuviese tensando. Era consciente de las impresionantes murallas de Halicarnaso, de las figuras sobre las almenas, del soleado cielo azul y de las primeras muestras de brisa de la tarde. Hubo un momento de absoluto silencio.

—¡Disparad!

La calma se rompió con los gritos de los hombres que manejaban las máquinas, con el escalofriante sonido de las palancas al soltarse y el de las poleas rodando, en medio de los crujidos de las estructuras de madera. Los mortales proyectiles, las rocas, las ollas de fuego y los dardos surcaron el aire con un impresionante silbido e impactaron contra las murallas o, en algunos casos, incluso contra las almenas de Halicarnaso. Tres figuras cayeron de los pretiles, agitando manos y pies, y fueron a parar al enorme foso. Empezaron a elevarse columnas de fuego y humo, ya que los proyectiles macedonios estaban alcanzando sus objetivos y prendiendo fuego a las edificaciones, las cabañas e incluso a los cuerpos de los defensores. Las máquinas de asalto seguían una espantosa partitura propia. Una vez los proyectiles eran lanzados, las palancas se tensaban de nuevo con los chirridos y los crujidos de las poleas. Se cargaban nuevas saetas, flechas, rocas y ollas ardiendo. El ingeniero jefe de cada máquina, después de evaluar el primer lanzamiento, daba órdenes a su equipo para que siguiese avanzando.

Los defensores respondieron. Salieron rocas silbantes por encima de las murallas de la ciudad, lluvias de ardientes dardos, ollas de aceite hirviendo; la mayoría fallaron, pero las que acertaban un objetivo ocasionaban una carnicería y una gran confusión. Una olla de aceite cayó sobre una catapulta que estaba siendo cargada, envolviendo la estructura de madera y todo a su alrededor en llamas.

—Ha estado bien —susurró alguien—, pero necesitamos acercarnos más. ¿De qué nos sirve todo esto con ese maldito foso en medio?

Se dieron nuevas instrucciones. Las trompetas y los cuernos de guerra sonaron. Ordenaron al ejército macedonio que se retirase y, mientras lo hacía bajo la dura disciplina de sus oficiales, las diferentes unidades se dividieron. Telamón oyó un estruendo de ruedas y miró a su alrededor. Las grandes cabañas de madera que Alejandro había hecho construir y había escondido entre sus líneas estaban siendo llevadas al frente. No eran más que una plataforma sobre ruedas, con una columna de madera en cada esquina para aguantar un techo de madera sobre el cual se habían estirado pieles de animales empapadas de agua. Cada cabaña, de unos ocho metros de largo, descansaba sobre seis rápidas ruedas. Arqueros cretenses a cada lado llevaban pequeños cubos de grasa para los ejes. Las cabañas se abrieron paso entre las filas, hasta la maquinaria de guerra. Telamón observaba asombrado.

—¡Qué listo!

Miró por encima del hombro. Sarpedón, sentado sobre un lamentable jamelgo, asintió con la cabeza en señal de admiración.

—¡Observa eso, Telamón —le dijo—, y aprenderás algo!

La maquinaria de guerra de Alejandro dejó de disparar. Habían lanzado unas cuatro o cinco descargas, creando el caos y la consternación en las almenas en una extensión de nueve metros entre dos torres cerca de la Triple Puerta. Unas treinta de las cabañas cubiertas con pieles se dirigían directamente justo allí. Telamón se dio cuenta de lo que pretendía Alejandro. Los comandantes de las almenas también se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo: sus catapultas, honderos y arqueros intentaban derribar a los hombres que empujaban aquellos manteletes. Las cabañas, sin embargo, servían como escudos a los soldados, y cuanto más se acercaban, eran objetivos más difíciles para los de las murallas. Consiguieron causar algunos daños. Una olla ardiendo fue a parar justo entre las columnas de una cabaña, destrozando el suelo de madera y envolviéndola en llamas. Los macedonios que la empujaban se alejaron corriendo de inmediato; dos fueron atrapados por las llamaradas, convirtiéndose en antorchas humanas, y luego derribados por los arqueros de las murallas. Uno de los hombres en llamas, enloquecido por el dolor, recibió una flecha en el pecho y, en lugar de retirarse a la línea macedonia, corrió en su histeria hacia las murallas y se cayó al fondo del foso. Otra cabaña fue alcanzada por una roca en el techo, pero pudo seguir adelante.

Las tres líneas de cabañas se iban acercando. La primera llegó al foso. Los hombres de detrás, haciendo caso omiso de las flechas y las hondas, de los horribles



gritos de los heridos, empujaron la cabaña hacia la zanja y se retiraron. Los arqueros de las almenas acertaron sus objetivos y dejaron a sus víctimas retorciéndose en el suelo. Los más afortunados alcanzaron la segunda cabaña de cada línea, se abrieron paso y ayudaron a sus compañeros a empujarla hacia el foso aún más rápido.

—Está construyendo un puente —susurró Telamón.

Los defensores de la muralla descargaron todo lo que tenían sobre aquellas construcciones que se acercaban, pero la táctica de Alejandro demostró tener éxito. Las cabañas caían una detrás de otra; incluso desde donde se encontraba, Telamón podía ver el improvisado puente emergiendo del foso, cabaña sobre cabaña proporcionando un tosco camino a través. No importaba si las cabañas caían de lado o si se torcían un poco, el foso estaba llenándose, lo que permitiría a los macedonios llevar sus arietes contra las murallas.

Los asediados, como el foso estaba tan cerca, tenían dificultades para dirigir su fuego: para hacerlo tenían que exponerse más. Seleuco dispuso unas cuantas filas de arqueros cretenses y de honderos rodianos, que contuvieron un continuo y bien dirigido ataque de los defensores. Las murallas de Halicarnaso se empaparon de sangre, con hombres gritando mientras caían de las almenas, rebotaban en la muralla, se precipitaban al foso o chocaban contra el puente que estaban construyendo los atacantes.

Los arqueros cretenses se aproximaron lentamente, y descargaron devastadoras lluvias de flechas para limpiar las murallas de defensores. Las catapultas, las ballestas y los lanzadores de piedras permanecieron inmóviles, no fuese a ser que destruyesen su improvisado puente o matasen a los hombres que aún estaban empujando las cabañas hacia él. Alejandro había escogido bien el lugar, llenando tanto cada zona del foso que las sólidas estructuras de madera de las cabañas proporcionaban soporte suficiente. El aire se enrareció con las nubes de humo que iban de un lado a otro, mientras que la zona frente al foso estaba repleta de cadáveres; algunos despatarrados sobre charcos de sangre, otros atrapados por fuego, reducidos a humeantes montañas de carne, huesos y armaduras ennegrecidas.

El ejército macedonio se retiró a su campamento: unas cuantas brigadas y falanges, regimientos del Escudo de Plata, tropas ligeramente armadas y algunos escuadrones de caballería permanecieron en la línea de combate. Ya todas las cabañas estaban en el foso. Telamón notó que alguien le tiraba del brazo, en señal de retirada, pero el médico estaba fascinado con el espectáculo. Las murallas de Halicarnaso estaban ennegrecidas por el fuego y manchadas de aceite hirviendo; las almenas, abolladas y resquebrajadas; las protecciones de cuero, chamuscadas y desgarradas. El puente a través del foso ya estaba terminado.

Los manteletes con pieles en el techo avanzaron, protegidos por una pantalla de arqueros. Dos fueron alcanzados por rocas, uno se incendió, envuelto en llamas. Finalmente llegaron hasta el borde del foso y fueron empujados sobre los techos de las cabañas. Alguno de ellos estaban más elevados que el resto: se improvisaron

rampas mientras los ingenieros bajaban al foso para reforzar las maderas con cuerdas. El puente era inestable, tosco, pero aguantaba. Alejandro había alcanzado las murallas, aunque el coste había sido enorme: los heridos y los moribundos se extendían como una sangrienta alfombra a lo largo de la dura roca blanca.

Telamón oyó los primeros golpes mientras los enormes arietes de punta de hierro dentro de los manteletes eran empujados hacia delante y atrás contra la muralla. Alzó la vista hacia las almenas. Aún estaban abarrotadas, los arqueros se asomaban y lanzaban flechas, rocas y ollas de aceite y agua hirviendo sobre los manteletes. Éstos, sin embargo, estaban muy bien protegidos, mientras que los arqueros cretenses representaban una amenaza mortal para cualquier defensor que se expusiese demasiado.

—Las cosas están yendo bien, Telamón.

Alejandro estaba a su lado, sin su armadura ceremonial, sentado sobre una montura de caballería común. Se mordía el labio. De vez en cuando se volvía a susurrar una orden a un paje, a uno de los muchos que le acompañaban en tales ocasiones, para que llevara mensajes a tal comandante o tal otro. Telamón estaba a punto de excusarse cuando oyó el clamor de un grupo de macedonios delante de la pequeña puerta auxiliar de una de las torres.

Se abrió de golpe. Los soldados persas salieron corriendo, transportando largos tablones de madera, qué colocaron encima del foso para formar su propio puente provisional. Alejandro espoleó su caballo mientras hilera tras hilera de mercenarios griegos se abalanzaba hacia la puerta auxiliar por la rampa de madera, moviéndose rápidamente hacia los manteletes. Un escuadrón de caballería persa, con sus magníficas túnicas y capas, salió con gran estruendo, directamente hacia la línea de arqueros cretenses. Alejandro habría cabalgado para unirse a éstos, pero Cleito el Negro le agarró las riendas. La guardia personal del rey se acercó y rodeó a la comitiva real. Un regimiento de falanges, con las sarisas bajadas, regresaba a toda prisa. Escuadrones de caballería macedonia galopaban en masa hacia los jinetes persas que ya estaban causando una gran mortandad entre los cretenses. Los arqueros, ligeramente armados, tenían pocas posibilidades. Algunos simplemente fueron derribados como bolos. Otros intentaron correr, para acabar siendo atravesados por una lanza o pisoteados por su propia caballería, ansiosa por reprimir aquel ataque sorpresa.

Telamón, al lado del rey, estaba rodeado por un círculo de hombres del Escudo de Plata; entre las cabezas en movimiento, y los jinetes que se retorcían en las monturas, vislumbró lo que estaba ocurriendo. La línea de arqueros cretenses se había roto, y los persas estaban muy ocupados intentando bloquear a los macedonios desesperados por penetrar y ayudar a sus compañeros sobre el puente. Toda la fuerza de la falange macedonia hizo retroceder a los persas. Se retiraron al son de una trompeta: mientras lo hacían, los mercenarios que estaban protegiendo detuvieron su ataque contra los manteletes, aunque Telamón pudo ver que habían causado estragos. La sangre salía

de uno en el que los ingenieros de dentro habían sido masacrados. Los soldados de Alejandro no podían perseguir al enemigo, porque las almenas sobre la puerta estaban abarrotadas de defensores bien armados. La caballería persa se retiró cruzando el puente, protegida por los mercenarios griegos. Éstos también se replegaron, protegiéndose con los escudos. Volvieron a cruzar el puente de tablones, que fue retirado inmediatamente, y la puerta auxiliar se cerró de golpe.

El ejército macedonio empezó a concentrarse de nuevo. Unos corredores se apresuraron a recoger a los heridos, pero acabaron siendo presa de los arqueros de las murallas. El suelo alrededor de la Triple Puerta se convirtió en un matadero. Los caballos intentaban levantarse. Los muertos yacían inertes en los crecientes charcos de sangre. Los gritos de los heridos pidiendo ayuda y agua resonaban lastimeramente. Alejandro estaba fuera de sí. Olvidando su seguridad personal, iba de un lado a otro. Un cuerpo de élite del Escudo de Plata formó rápidamente una herradura alrededor del rey y su séquito, ensamblando los escudos por todos los lados. Otros, con una formación similar, se adelantaron para proteger a los cretenses, y para permitir que fuesen retirados más heridos. Un regimiento de falanges avanzó directo hacia el puente sobre el foso: sus oficiales pisaron la larga fila de techos. Los muertos y los heridos fueron retirados y se quedaron los refuerzos. A pesar del contraataque de la ciudad, el ominoso ruido de los arietes contra las murallas continuaba. Alejandro ordenó avanzar a cuatro de las torres de asedio para despejar las almenas desde la Triple Puerta hasta la torre de la esquina. La guarnición, sin embargo, creyó que había hecho todo el daño que estaba a su alcance, y se retiró.

Se volvió a imponer el orden. A pesar de las muchas bajas, los macedonios habían llenado el foso, habían llevado arietes y habían mantenido las torres de asedio en su lugar. Éstas lanzaban proyectiles sobre las murallas y a la vez ofrecían protección a las catapultas, los mangoneles y las lanzadoras de dardos que, una vez más, retomaron su espantosa melodía. Alejandro había sitiado la ciudad con un cerco en forma de herradura, una serie de campamentos que se extendían alrededor de las murallas protegidos por una zanja, un montículo y una empalizada. El rey seguía dando órdenes; la primera oleada del sitio había acabado, la dura tarea de esperar había comenzado.

Alejandro, malhumorado, abandonó el campo de batalla junto a sus oficiales, cabalgando a lo largo de la rocosa península, y adelantando a los hombres que se retiraban y a la fila de carros de heridos. Atravesaron las rudimentarias defensas que se habían construido al final de las praderas y llegaron al campamento principal. Eumenes, encargado de la secretaría de Alejandro, había organizado la ubicación de tiendas y pabellones entre dos anchas avenidas que iban de norte a sur y de este a oeste. El recinto real, defendido por una empalizada custodiada por el Escudo de Plata, estaba en el centro, con su altar a Zeus el Todopoderoso. Alejandro había colocado a cada extremo de aquel altar trofeos y armaduras arrebatadas a los persas después de su victoria en el Gránico.

El rey y sus oficiales desmontaron, y mozos y pajes se apresuraron a llevarse sus monturas. Hefestión, que había estado al cargo del campamento, se acercó ansioso. Alejandro le empujó a un lado, levantó la cortina de la tienda y casi se lanzó a su interior. Telamón se habría escabullido (habían preparado un pabellón más pequeño cerca del recinto real, que compartía con Hefestión), pero el rey volvió a la entrada de la tienda.

—¡No te escapes, Telamón! ¡Ni vosotros, Hefestión, Cleito!

Los tres se reunieron con el rey en la tienda para presenciar uno de los ataques de ira reales. Alejandro tiró la capa, la armadura y la túnica, y se puso a andar de un lado a otro, con el sudor brillando en su desnudo torso: en una mano llevaba una espada, en la otra un escudo. De vez en cuando se detenía a golpear una contra el otro, hablando entre dientes.

—Habéis tenido éxito —Cleito, sentado con las piernas cruzadas en el suelo junto a Telamón, intentaba aplacar aquella ominosa rabia—. Hemos puesto arietes contra las murallas. Haremos más mañana. Continuaremos golpeando hasta que entremos.

Alejandro dejó de andar.

—¿Y tú qué sabes de sitios, Cleito? ¡Cuando derribemos esa muralla nos encontraremos con que Memnón ha construido otra! ¿Cuántos hombres hemos perdido hoy, doscientos, trescientos?

—Ellos también han perdido hombres —declaró Hefestión—. Alejandro, la idea de usar las cabañas para cruzar el foso ha sido brillante.

—Telamón, tú no eres un soldado —se mofó Alejandro—. ¡Diles a estos burros por qué estoy furioso!

—Porque nos estaban esperando, ¿verdad?

—Sí, nos estaban esperando —Alejandro le imitó como un niño. Tiró el escudo y la espada a un lado y se puso de cuclillas delante de Cleito—. A veces —gruñó—, ¡puedes ser tan burro como feo!

El guardaespaldas no se inmutó: estaba acostumbrado a los insultos del rey.

—Los persas han llevado a cabo una maniobra bien planeada. No ha sido algo que se pueda preparar —Alejandro chasqueó los dedos— en un abrir y cerrar de ojos. Sabían qué sección de la muralla sería atacada.

—¡Bueno, eso ha sido obvio!

Alejandro le dio una bofetada a Cleito. El guardaespaldas se llevó la mano a su daga.

—Eso no es necesario —comentó Telamón con tranquilidad—. Si a Cleito le han cogido desprevenido, también me ha pasado a mí y a vos. Estoy de acuerdo, señor —añadió con sequedad— en que una incursión desde las puertas de la ciudad lleva tiempo organizarla: los mercenarios griegos, la manera en que la caballería persa les ha cubierto mientras destruían los manteletes y los arietes. Pero no han tenido éxito, ¿verdad?

—No, no lo han tenido —Alejandro forzó una sonrisa—. Han sido demasiado

lentos mientras que nosotros les hemos respondido más rápido de lo que esperaban. ¡Ah, qué bien! —Se levantó, caminó hasta el fondo de la tienda y volvió con una bandeja de copas y una jarra de vino blanco enfriado. Las sirvió él mismo, y le puso una copa en la mano a Cleito.

—Puedes devolverme la bofetada si quieres.

Y así lo hizo Cleito, con un hiriente golpe que puso la mejilla del rey al rojo vivo.

—¡Un macedonio nunca golpea a un macedonio! —bramó Cleito—. Tu padre nunca lo hizo, y tú no deberías hacerlo.

Alejandro dejó su copa, se inclinó hacia delante y le besó en ambas mejillas.

—Siempre el instructor de maniobras —murmuró, se volvió a sentar y cogió su copa de nuevo—. ¡Por nuestros gloriosos muertos!

Ofreció el brindis y vertió la libación en el suelo. Bebieron en silencio durante unos instantes, escuchando los sonidos del campamento y los lejanos gritos del campo de batalla, en el que las máquinas de asalto aún golpeaban las murallas.

—No conseguirán nada —reflexionó Alejandro—. Conociendo a Memnón y a Efialtes, habrán quemado todo en un radio de dos kilómetros alrededor de la muralla y habrán dispersado las tropas: eso no es lo que importa —dio unos toques a la copa—. Tenemos dos problemas. El primero es el manuscrito pitio. ¿Estamos atacando en el lugar adecuado? Quizá mañana me vaya hacia el norte, para mantener a Memnón alerta.

—¿Y el segundo problema? —preguntó Cleito.

—El segundo problema, mi buen hombre —respondió Alejandro—, es que Memnón sabía qué era lo que nos proponíamos —hizo un gesto con dos dedos—. Han estado a esto de tener éxito. Si no hubiésemos desbaratado aquella caballería, los manteletes, los arietes y los hombres de dentro habrían sido destruidos. Y también habrían incendiado nuestro puente.

—Aún podrían hacerlo.

—Pueden intentarlo —Alejandro sacudió la cabeza—. Pero estaremos preparados para eso. Los techos están bien protegidos, y cualquiera que se asome por aquella muralla será abatido por nuestros arqueros, si no es despedazado por una roca o un dardo.

—Podrían intentar otra salida —persistió Hefestión.

—Es posible —admitió Alejandro—, pero tendría que estar muy bien planeada. Memnón es un comandante muy astuto. No le gusta enfrentarse a mí en campo abierto. Si los persas hubieran seguido su consejo, no habríamos tenido ninguna victoria en el Gránico. Es verdad que Efialtes es precipitado e impetuoso. Sin embargo, no olvidéis que fue uno de los comandantes de Tebas. Salieron de aquella ciudad y acabaron derrotados, y, cuando huyeron, se dejaron una puerta abierta, que nosotros aprovechamos. No —sorbió de la copa—. Que intentaran una incursión como ésa sería algo muy raro. Lo que quiero saber es cómo y por quién fue informado Memnón. Nuestro campamento está sellado, y también su ciudad.

—¿Con flechas? —planteó Hefestión—. Es la única manera.

—Imposible —declaró Telamón—. Sé poco sobre asuntos militares, pero si alguien ha salido a escondidas durante la noche o esta mañana para disparar una flecha, le habrían visto. Además, ¿cómo sabría la plaza que es de los suyos?

—¡Continúa! —le instó Alejandro.

—Estoy de acuerdo en que Memnón sabía qué parte íbamos a atacar. No obstante, alguien debió de darle también información precisa sobre las cabañas que se estaban construyendo para superar el foso —sonrió a Alejandro—. ¡Nadie ha hecho nunca algo semejante!

Alejandro arqueó las cejas ante aquel fingido halago.

—Así es —admitió—. Memnón probablemente esperaba que llevásemos escaleras o planchas de madera, que pueden ser destruidas fácilmente por rocas bien dirigidas o por ollas ardiendo. Además, tales puentes no pueden soportar el peso de un ariete. Memnón no sabía lo de las cabañas, pero cualquiera con buena vista que mirase hacia nuestro campamento en seguida se daría cuenta de lo que estábamos tramando. La repentina salida de Memnón tenía como misión destruirlas: una estrategia bien planeada más que un súbito y contundente contraataque. Eso explica el uso de la caballería para cubrir a sus mercenarios... —Levantó la copa y brindó por Telamón—. Estoy de acuerdo contigo. La información debió de ser extensa y detallada. Si iba atada a una flecha —torció el gesto—, esa flecha no conseguiría llegar a la muralla, y no digamos sobrepasarla. ¿Entonces cómo? Sabemos que tienen espías en nuestro campamento.

—¿Como nosotros en el suyo? —preguntó Telamón.

Alejandro se secó el sudor del pecho con un trapo.

—Tenemos espías y una sorpresa —contestó enigmáticamente.

—Por cierto, ¿dónde está Ptolomeo? —preguntó Hefestión—. Pensaba que estaría hoy con nosotros. Siempre le gusta estar al frente con aquel estúpido yelmo emplumado.

Alejandro se puso de pie, hablando entre dientes.

—Hefestión —ordenó—, asegúrate de que el campamento está bien acordonado y vigilado. La contraseña para esta noche es «Apolo». Prepara un sistema de avisos mediante campanillas. Di a todos los centinelas que si encuentro a alguien dormido, catapultaré su cabeza por encima de las murallas. Telamón, tú vas a volver a la villa. Tu amiga pelirroja está allí. Llévate a los escribas contigo. Cuanto antes traduzcan el manuscrito pitio —añadió con amargura—, ¡mejor para todos nosotros!

Caminó hasta el fondo de la tienda, señal de que la reunión había terminado.

—Yo me voy a acabar mi vino —comentó Cleito agriamente.

Se sentó como un enorme oso con su capa de pelo negro, tocándose el moratón de su mejilla izquierda.

Hefestión siguió a Alejandro hasta el final de la tienda. Telamón salió, aún ligeramente aturdido por la batalla. Recordó las palabras de su padre: «Nunca sabes

lo que ocurre en una batalla con exactitud. Lo único que queda son escenas, imágenes en tu mente». Alzó la vista al cielo y se dio cuenta de lo rápido que habían pasado las horas; el sol se estaba poniendo, y una fría brisa disipaba el calor. Su mente aún rebosaba de recuerdos de la batalla: los chirridos de las catapultas, el fuego cayendo del cielo, las cabañas siendo empujadas hacia delante, los arqueros lanzando lluvias de flechas. Hombres agitándose, presos del pánico; humo negro elevándose por los aires. El resonar de los cascos y los destellos de colores de la caballería persa; la falange macedonia avanzando en masa...

—Podría haber sido un desastre —musitó.

Recordó a los heridos y se sintió culpable. Dejó el recinto real y se dirigió al campamento. Los soldados habían olvidado los horrores del día, y ahora se concentraban en prender sus fogatas. Los cuernos y las trompetas sonaban para aquellos que aún tenían obligaciones, como ocuparse de los caballos o cavar letrinas. El resto estaba ansioso de empezar a comer. Las raciones consistían en una buena cantidad de cebada, carne, pan y cebollas, todo espolvoreado con sal y tomillo y envuelto en hojas de higo para mantenerlo fresco. La carreta del vino ya había llegado, y cada unidad cogía su parte en enormes jarras de doble asa. Telamón pasó a su lado a toda prisa. Al fondo del campamento se había establecido un hospital provisional. Tres de los médicos reales, Perdicles, Cleon y Nicias, estaban ya ocupados, con los delantales, las manos y los antebrazos cubiertos de sangre.

Los heridos habían sido distribuidos en tres secciones: los que podían curarse rápidamente, los que necesitarían algún tiempo y los casos desesperados con los que no había nada más que hacer que darles una copa de vino mezclado con drogas y cortarles el cuello con clemencia. De éstos últimos ya se habían ocupado: sobre una loma que dominaba el campamento se había erigido una pira funeraria provisional, y había una gran cantidad de cadáveres amontonados.

—Los sacerdotes rezarán la plegaria —gritaba Cleon desde donde estaba arrodillado junto a una camilla—, y cuando oscurezca se encenderá.

—¿Cuántos muertos hay? —preguntó Telamón, recibiendo un delantal de cuero que le ofrecía un ordenanza.

—Unos cuatrocientos en total.

Telamón se quedó mirando una hilera de cadáveres colocados sobre la hierba, cada uno con su sudario. Podía entender la repugnancia que sentía su padre: jóvenes de diferentes naciones (griegos, cretenses, rodianos, unos cuantos mercenarios sirios y macedonios, vestidos sólo con un taparrabos) yaciendo todos en la paz de la muerte, con los brazos pegados al cuerpo, cuerpos que atestiguaban las terribles heridas que habían recibido. A unos cuantos les faltaba la cabeza, y otros habían perdido brazos o piernas. Algunos no eran más que esqueletos ennegrecidos, con tiras de piel carbonizadas que colgaban como hojas marchitas en un árbol. El hedor era insoportable. Un ordenanza tenía una poma en la mano, y Telamón pudo oler el dulce aroma de la casia. Nicias estaba pidiendo a gritos que le ayudasen, así que fue a echar

una mano. Después se fue hasta la fila de heridos: vendó y entablilló a soldados ansiosos y de ojos desorbitados, y les aseguró que todo iría bien. Cayó la noche. Se encendieron antorchas. Estaba ocupado haciendo una curación, aplicando miel y sal sobre una herida en una pierna, a la vez que gritaba a un ordenanza que mantuviese inmóvil al hombre, cuando oyó el clamor y un gran griterío que provenía del campamento. Se puso en pie de un salto. Un paje se acercaba corriendo entre la hierba, saltando como un ciervo.

—¡Ha habido otro ataque! —gritaba—. ¡Ha habido otro ataque!

Telamón le dijo al ordenanza que se encargara de los vendajes y se apresuró a volver al campamento. Todo era confusión y caos. Los soldados estaban cogiendo espadas y escudos. Los oficiales gritaban, llamando a formar a las unidades. Los cuernos de guerra sonaban la alarma. Las monturas de la caballería estaban siendo preparadas. Entró en el recinto real. El rey, rodeado por sus oficiales, estaba ocupado rearmándose.

—¿Por qué estás aquí? —Alejandro le fulminó con la mirada—. Pensaba que estarías con el resto en la tienda de la secretaría. ¡Está bien, vamos! ¡Vamos!

Telamón no sabía por qué había ido. Casandra le habría preguntado lo mismo, y la respuesta era sencilla: sentía curiosidad. Alguien le trajo un caballo y se unió al rey en su salvaje galope a través del campamento, de vuelta al camino que llevaba a la rocosa península ahora bañado por la luz de la luna. Justo cuando llegaron pudieron oír el cuerno de guerra haciendo la señal de retirada. El rey y su séquito frenaron. Unos oficiales con antorchas se les acercaron corriendo. Detrás de ellos, los camilleros llevaban más heridos.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió Alejandro.

—Dos hombres del regimiento de Perdicles —explicó un oficial—, se han bebido su vino demasiado deprisa. Han abandonado el campamento y han retado a Memnón a un combate hombre a hombre, pidiéndole que repitiese el mismo truco que ha hecho hoy.

—¿Y qué ha pasado?

El oficial se quitó el yelmo.

—Los guardias de la Triple Puerta deben de estar tan borrachos como ellos. Han hecho una salida, ha empezado el combate y nuestros piquetes se han unido. Todo ha acabado, mi señor, el enemigo se ha retirado.

—¿Y los dos soldados? —preguntó Alejandro.

—¡Están muertos!

—¡Bien! —suspiró Alejandro—. Si no lo estuviesen, les haría crucificar para que lo viesen todos. Oficiales, comprobad vuestras unidades. Decid a los mariscales de campo que ordenen a los hombres la retirada. Dad la orden, se acabó la diversión. Ah, por cierto —frenó el caballo—. ¿Los guardias que han dejado traspasar el perímetro a esos dos borrachos?

—¿Sí, mi señor?



—Pueden cavar letrinas durante el resto de la noche.

Alejandro y su séquito se relajaron y se quedaron mirando durante unos instantes las murallas de Halicarnaso. Antorchas y braseros ardían en todas las almenas. Se acercó un poco más. Los arietes aún estaban trabajando; estaban conectados con la primera línea macedonia gracias a una serie de cabañas, como las utilizadas en la construcción del puente, que permitían que los hombres se acercasen a las murallas. Los techos de las cabañas estaban completamente cubiertos de pieles empapadas de agua, como protección contra proyectiles incendiarios. A cada lado de la línea de manteletes, hileras cubiertas de arqueros cretenses observaban las murallas.

—¡Bien! —murmuró Alejandro—. Estamos avanzando lentamente pero con buen pie. Quiero que esas almenas sigan despejadas y que los arietes continúen con su música.

Volvieron al campamento. Mientras desmontaban, Alejandro agarró a Telamón del brazo.

—Quiero mostrarte algo.

Condujo a Telamón y a Hefestión por el recinto real hasta el pabellón de Aristandro. Los encantadores muchachos estaban despatarrados fuera. Habían hecho caso omiso al reciente tumulto, ocupados como estaban dándose un festín. Cuando se acercó el rey, se pusieron de rodillas, con las cabezas inclinadas, aunque su líder aún mordisqueaba un muslo de pollo. El pabellón de Aristandro era pequeño pero elegante, y olía a almizcle e incienso. El Guardián de los Secretos Reales, como siempre hacía para relajarse, llevaba una larga peluca rubia y vestía un camisón azul oscuro de mujer. Estaba sentado en su silla, examinando cuidadosamente sus uñas pintadas.

—Mi señor —se sorbió la nariz mientras se levantaba—, ¿cuánto tiempo tiene que quedarse aquí?

Alejandro le empujó a un lado y se agachó delante de una sábana. La levantó y Telamón vio un cadáver: un joven, desnudo como vino al mundo, con el rostro demacrado y tostado por el sol y la cabeza rapada. Se fijó en el tatuaje azul que tenía en el brazo izquierdo, el toro de Minos. Telamón se puso de cuclillas y giró el cuerpo con cuidado: la nuca del individuo era un sangriento desastre.

—Es un cretense —levantó los dedos del muerto y notó los callos, la señal de un maestro arquero—. Pero ha habido cientos de muertos hoy, ¿qué tiene de especial éste?

—Oh, ¿no se lo pueden llevar? —gruñó Aristandro—. ¿Tiene que quedarse aquí?

—Este hombre no ha sido asesinado en el combate —explicó Hefestión—. Han encontrado su cuerpo fuera, en las praderas.

El cadáver estaba frío, y tenía el vientre hinchado; los músculos ya estaban dilatándose y endureciéndose.

—Sí, tienes razón —asintió Telamón—. Lleva muerto al menos un día, de un salvaje golpe en la nuca.

—Un cazador lo encontró —explicó Aristandro—. Un tracio que buscaba carne fresca para la olla. Vio que las águilas ratoneras volaban alrededor de un pequeño arbusto y encontró el cadáver a unos dos kilómetros del campamento.

—¿Te das cuenta —susurró Alejandro— de lo que significa?

Telamón se cubrió el cuerpo y se puso de pie.

—Alguien mató a un arquero cretense y se llevó su arco y sus flechas.

—Eso es —asintió Alejandro—. Aristandro, di a tus hombres que devuelvan el cadáver al capitán de los arqueros. Esto es obra de nuestro espía —continuó el rey—. Lo que tienes que hacer, Telamón —le golpeó en el pecho—, ¡es descubrir su nombre! ¡Vuelve a la villa y hazlo!

## Capítulo X

«El mismo Alejandro, al frente de todos, asumió el mando y opuso resistencia al enemigo, que dado su número, se creía invencible».

Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, Libro 17, capítulo 26.

**A**lgunos egipcios creen que sólo hay un dios y que el sol es su manifestación física. Lo único que puedo decir —Telamón masticó lentamente la uva y alzó la vista con los ojos entornados hacia las colgantes y entrelazadas ramas del sicómoro— es que nada en la tierra es más agradable que sentarse al sol en un precioso jardín con comida y vino.

—No tenemos ni comida ni vino —comentó Casandra.

—Pronto los tendremos.

—Con una hermosa mujer —añadió Casandra.

—Vaya, ¿dónde está? —Telamón se estremeció tras el codazo que Casandra le dio en las costillas.

—¿Qué decía el amo?

—Es tan agradable estar sentado aquí... —reflexionó Telamón—. Me alegro de estar lejos del campo de batalla.

—Donde el Gran Asesino está ocupado esquivando cadáveres. Es un sanguinario —continuó Casandra con fiereza—. Le importa un comino la vida de los demás. Todo por la gloria del Gran Alejandro.

—Me alegro de que él no esté aquí —contestó Telamón.

—Yo también —replicó—. ¿Por qué os ha enviado a todos de vuelta?

—Quiere que descifre el manuscrito pitio urgentemente. El campamento está abarrotado y cada vez es más fétido. Solán se quejaba mucho, así que Alejandro le dijo a Sarpedón que cogiese una tropa de lanceros y arqueros y nos trajera de vuelta —Telamón se encogió de hombros—. Gentius y Demerata no se alegraron de vernos —prosiguió—. Y desde la muerte del *mageiros* y de su hija, los criados nos miran con malos ojos.

Telamón se inclinó hacia atrás para apoyarse en el tronco del árbol y se quedó observando el Estanque de la Pureza brillando bajo el sol. La villa estaba muy tranquila, custodiada por una reducida escolta militar acampada al otro lado de sus muros. Solán y el resto, encantados de haber vuelto, estaban trabajando en el manuscrito pitio, mientras que Sarpedón había vuelto a sus labores en el jardín. Telamón cerró los ojos y sonrió. La estancia en el campamento definitivamente había afectado a los escribas: Bessos compartía el entusiasmo de Sarpedón por la fragancia de las flores, e incluso Solán trabaja afuera más a menudo. Ya donde iban, Cherolos siempre les seguía. Hacía dos días que habían vuelto. Telamón se sentía en otro mundo. Gentius había comentado en broma que los jardines eran seguros ahora que

habían acabado con las serpientes.

—Deberías haber interrogado a Cherolos con más detenimiento.

Telamón abrió los ojos.

—Mi querida Casandra, ¿qué más preguntas podría hacerle? Lo único malo que hizo fue birlar trozos de pergamino de la habitación de Pamenes y registrar sus alforjas.

—¿Las has encontrado?

—Sí, estaban escondidas entre unos juncos. No había más que ropa, rollos de pergamino, estilos y tinteros, no lo suficiente como para ahorcar a un hombre.

—Cherolos podría haberle tirado por aquella ventana.

—Pero si lo hizo —planteó Telamón—, no habría confesado tan rápido.

—Domina la manipulación de serpientes.

—Cualquiera podría hacerlo con un saco y una vara.

Telamón arrancó un poco de hierba y la frotó entre los dedos. La confrontación con Cherolos parecía muy lejana, pero sólo habían pasado siete días. Después de eso Alejandro había intervenido, ordenando que todos partiesen al campamento mientras las máquinas de asedio eran transportadas desde la playa de Hera. Todo había pasado muy deprisa, las ideas y las palabras volando como pájaros en campo abierto. Telamón había tenido poco tiempo para reflexionar. Había hecho el equipaje apresuradamente con el resto, y le había pedido a Casandra que tuviese cuidado. La repentina marcha, el alboroto de la vida en el campamento, el primer ataque a Halicarnaso, la atención a los heridos y la imagen de aquel extraño cadáver.

—Es raro que Alejandro no haya hecho volver a su nigromante.

—Ah, ¿te refieres a nuestro viejo amigo Aristandro? —bromeó Telamón—. Estoy empezando a preguntarme por qué el rey ha mantenido a su araña bien lejos de nuestra reunión de notables. Aparte de ocuparme de su oído, que ya está mejor, apenas he tenido tiempo para pensar en el papel de Aristandro en todo esto, si es que lo tiene.

—Bueno, ahora ya has vuelto —Casandra se arrodilló a su lado. Se había hecho una corona de flores silvestres, se la quitó y se la puso al médico en la cabeza—. Mira, pareces el dios Pan. Te traeré una flauta y yo quizá baile.

—¿Sabes bailar? —preguntó Telamón.

—Como un camello con picores.

Telamón suspiró, y echó un vistazo a los trozos de pergamino amontonados a su derecha, que tenían una pequeña piedra encima para evitar que se los llevara la brisa de la tarde.

—¿Y nuestro rey duerme bien?

—Sí. Le ofrecí recrear las circunstancias de la muerte de su padre, pero dijo que estaba demasiado ocupado. A mi aún me intriga —se acomodó mejor la corona de flores en la cabeza— por qué Halicarnaso le evocó tales recuerdos. Me pregunto por qué Alejandro mantiene a Aristandro lejos de mí, y por qué Ptolomeo, que nunca está

lejos del rey, parecer llevar una vida por su lado.

—¿Así que nuestro rey está tramando algo?

—Siempre lo está —Telamón hizo una pausa—. Ése es el gran error que la gente comete con Alejandro. En un banquete puede comportarse como un borracho y meterse en conversaciones subidas de tono. También tiene el perfil de un atleta, y el noble y proporcionado rostro de un erudito ateniense. Algunos incluso dicen que su cabeza podría tomarse por la de Apolo en forma humana —no hizo caso de las risas de Casandra—. Pero su mente es como un foso de serpientes retorciéndose. Ha heredado toda la sutileza y la astucia de sus padres. A Alejandro le encanta engañar a sus enemigos. Una vez oí de un zorro que arrastraba la cola para que sus presas creyesen que estaba más preocupado por sus heridas que por cazarlas. No sé si la historia es inventada o no, pero la idea es que el zorro siempre vencía. En los campos de Marte, a las afueras de Roma...

—¿Has estado allí?

—Oh sí —sonrió Telamón—. Los romanos organizaban combates entre sus héroes, con espadas y escudos de madera. Una vez vi una exhibición impresionante: un espadachín que fingía estar herido para atraer a su enemigo a una trampa.

—¿Y Alejandro está haciendo eso ahora?

—Creo que sí. Antes de abandonar el campamento, Hefestión me contó una extraña historia. Le pregunté lo mismo que tú me has preguntado, si Alejandro dormía bien. Me respondió que el rey no dormía para nada bien. De hecho, a menudo estaba completamente despierto y no se iba a la cama hasta que la tercera guardia no había acabado. Se sentaba en una loma en la que atendíamos a los heridos. Desde allí se puede estudiar el cielo sobre Halicarnaso: Hefestión cree que Alejandro está esperando algo.

—¿Una señal?

—Algo así. Una flecha incendiaria, supongo.

—¿Entonces hay traidores en Halicarnaso?

—Casandra, ¿hay pulgas en un perro?

—Pero Halicarnaso es leal a Darío —objetó Casandra—. Todo el mundo lo sabe. Puede que haya unos cuantos agitadores, alborotadores...

—Lo sé, yo pensaba lo mismo —Telamón se calló al oír sonidos de platillo en la casa—. Gentius y Demerata —suspiró— están ensayando otra vez. Al parecer, es posible que el rey venga a otra demostración de la habilidad de nuestro gran actor. Casandra, te toca ir a por comida y vino.

—¿No los puede traer un criado?

—No te fíes de ellos. Inspecciona nuestra habitación con mucho cuidado, he colocado algo justo detrás de la puerta, y luego consigue comida y vino. Comeremos aquí fuera y estaremos durmiendo antes de que se ponga el sol.

Casandra se puso en pie.

—¿Y qué hay del manuscrito pitio?

Telamón sonrió.

—Sabes algo, ¿verdad? —Se volvió a agachar.

—Estoy empezando a saberlo —Telamón se puso un dedo en los labios—. Pero lo estoy haciendo lenta y cuidadosamente. Bueno, ¿qué hay de ese vino?

Cassandra se fue indignada. Telamón recogió la tabla de escritura y se la puso en el regazo. Abrió el tintero, mojó el afilado estilo en él y empezó a escribir. Formó sus letras con sumo cuidado.

—¡Pamenes! ¿Por qué murió con alpiste en la mano? —Se detuvo—. ¿Era normal que tuviera las semillas todavía en la mano? —murmuró—. ¿No tendrían que habérsele caído?

Recordó algunos de los cadáveres de los campos de batalla en los que las espadas y las dagas tenían que arrancarse de los inertes y laxos dedos. ¿Por qué tenía una sandalia suelta? ¿Por qué volvió Cherolos? Alzó la vista hacia las ramas. Sin duda el sacerdote era ambicioso. Le encantaría ser él quien tradujese el manuscrito pitio y se ganase el afecto de su reina. ¿Fue Cherolos quien sacó el estilo y algunos otros manuscritos de la habitación de Pamenes? ¿Sabía Cherolos que Pamenes era realmente un mago persa, un espía? Hizo una pausa y bajó la vista a lo que había escrito. ¿Y en qué era en lo que había progresado tanto Pamenes, con su constante referencia al cinco y a la letra epsilon? ¿Cuál era el significado de las citas de Sófocles en las que la letra E estaba señalada? Pamenes había hecho lo mismo en un fragmento de la *Riada*. ¿Por qué era importante el número diez? ¿Le habían asesinado simplemente para robarle todos sus conocimientos? Pero nadie tenía ninguna garantía de que Solán, Bessos, e incluso Cherolos no hubiesen hecho sus propios progresos, con éxito pero en secreto, en la interpretación de aquel extraño manuscrito. ¿Y qué tenía que decir de todo eso Aristandro? «Ni siquiera los grandes filósofos podrían descifrarlo». Sacudió la cabeza.

—Es raro —murmuró—. ¡Es muy raro!

Entonces, ¿la muerte de Pamenes era obra de un traidor? ¿O de otro traidor como él, ansioso por silenciarle y robarle lo que había descubierto? Se mordió el labio: era un acertijo que aún no podía comprender. ¿Era Gentius el asesino, el espía persa? ¿Creyó que Pamenes, un joven encantador, había seducido a su mujer? ¿Estaba Gentius resolviendo un problema personal además de adelantar el trabajo de sus superiores en Halicarnaso? Telamón suspiró y apartó la tabla de escritura. Cruzó los brazos y cerró los ojos. Si la muerte de Pamenes era un misterio, los asesinatos del *mageiros* y de su hija eran igualmente desconcertantes. Es cierto que el asesino de la muchacha pudo estar buscando acabar con Sarpedón, ¿pero por qué matar a su padre?

—Nuestra habitación está a salvo —Cassandra estaba delante suyo. Colocó la bandeja en el césped y preparó las servilletas.

—El pan está acabado de hacer —explicó—, y el queso es bueno —sonrió—. Lo he cortado yo misma. También he servido el vino. Tienes razón. Los criados están hoscos, no les gusta este lugar.

—No puedes culparles —contestó Telamón—. Me estaba preguntando por los asesinos. ¿Por qué debían morir el *mageiros* y su hija? Ah, ya sé que Sarpedón era la verdadera víctima, no ella —se rascó la cara y apartó con la mano una mosca que daba vueltas sobre el pan—. ¿Pero por qué el cocinero? ¿Qué había tan importante en él? ¿Habría visto algo?

Se sentaron y comieron en silencio.

—Mira —Telamón agarró a Casandra por el brazo—. Me gustaría una audiencia con nuestros colegas. Pide a Solán, a Bessos, a Cherolos y a Sarpedón que vengan aquí.

—¿Para qué? Me preguntarán el motivo. Dirán que están ocupados.

—Diles que es para hablar de la muerte de Pamenes.

Casandra se fue. Al poco rato volvió atravesando el césped. Sus acompañantes, aparte de Sarpedón, no estaban precisamente contentos. Solán daba grandes zancadas, oscilando los brazos. Cherolos parecía más asustado, mientras que Bessos estaba abstraído. Se sentaron a la sombra de un árbol. Sarpedón se había quitado los guantes y se retiró los vendajes. Telamón le inspeccionó las manos rápidamente.

—Sí, los cortes se han curado bien: la piel es rosada y nueva.

—¿Por eso estamos aquí? —se burló Solán—. ¿Para hablar de las manos de Sarpedón?

—No, de Pamenes. ¿Durante cuánto tiempo había trabajado en la corte de la reina Ada?

—Unos dos años.

—¿Y era bueno en su trabajo?

—Era un escriba muy hábil —intervino Bessos—. Hablaba con fluidez griego, koiné, persa, árabe y egipcio.

—¿Cuándo aumentó el interés de la reina Ada por el manuscrito pitio? —preguntó Telamón.

—Siempre ha estado interesada —respondió Solán—. Al menos desde que estoy a su servicio. Hace algunos años, cuando Alejandro intentó atravesar por primera vez el Helesponto, el manuscrito fue despolvado y examinado, pero los escribas de la reina nunca pudieron entenderlo, de manera que fue guardado de nuevo en el olvido. Después de la batalla del Gránico, la reina nos proporcionó nuestra propia cámara en su palacio. Teníamos un solo encargo: traducir el manuscrito pitio. Pamenes —escupió el nombre— era quien estaba al mando, así que él hizo casi todo el trabajo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Telamón.

—Leyó la historia de Herodoto, y otras narraciones de cómo diferentes generales enviaban mensajes secretos, pero —sonrió con falsedad— no parecía servirle de nada. Se veía tan confundido como nosotros.

—Pero tú eres el escriba principal de la reina Ada, ¿no?

—Oh sí —la voz de Solán se volvió sardónica.

—Ahora bien —Telamón se quitó unas migas de su túnica—. Todos sois hombres

inteligentes.

—Oh, gracias.

Telamón hizo caso omiso del sarcasmo de Solán.

—Sabemos que Pamenes era un espía, un mago persa. No es de extrañar que fuese muy hábil. ¿Alguna vez se os ocurrió que Pamenes supiera más sobre el manuscrito pitio de lo que os decía?

La sonrisa desapareció del rostro de Solán.

—Eso ya nos lo preguntaste —le acusó.

—Bueno, pues os lo pregunto otra vez. Y es más, ¿cómo sabemos que Pamenes no os engañaba deliberadamente, no hacía el asunto más complejo, no os llevaba por caminos que no conducían a ninguna parte?

—¿Quieres decir...? —exclamó Bessos.

—Quiero decir que Pamenes era dos personas. En público, el querido y leal escriba de la reina Ada, tan confundido como vosotros sobre ese enigmático manuscrito. En privado, un espía persa que trabajaba duro en traducir el cifrado para sus superiores en Persépolis.

—Es posible —confesó Sarpedón.

—¿Alguno de vosotros trabó amistad con él?

—Era bastante agradable —contestó Bessos—. Comía y bebía con nosotros, aunque no hablaba mucho.

—Y no lo considerábamos extraño —añadió Sarpedón—. Todo el mundo en el palacio sabía que la reina Ada recompensaría a aquél que tradujese el manuscrito.

—¿Cuántas copias se hicieron?

Solán se quitó unas manchas de tinta de los dedos.

—Pitias escribió el manuscrito describiendo cómo construyó las murallas de Halicarnaso y se lo entregó a la reina Ada. Por supuesto que se hicieron copias.

—¿Pudo haberse enviado una a Macedonia?

—Es posible. Sólo los dioses saben cuántas copias existen —Solán hizo una pausa—. Nadie estaba realmente interesado. ¿Quién iba a imaginar que Halicarnaso sería sitiada por un ejército macedonio?

—¿Entonces la gente estaba más interesada en el tesoro? —Casandra intervino. Solán le lanzó una mirada fulminante.

—Yo aún creo —dijo Bessos en voz baja— que la muerte de Pamenes pudo haber sido un accidente.

—Yo no —replicó Telamón, poniéndose de pie.

—¿Nos podemos ir ya? —preguntó Solán—. Alejandro enviará mensajeros para ver qué progresos estamos haciendo.

—¿Y los estáis haciendo?

Su pregunta fue recibida con miradas de perplejidad. Alzó la mano.

—Entonces será mejor que sigáis con vuestro trabajo.

Atravesó el jardín, cruzó la entrada del gran patio empedrado y se alejó por el



camino. El final de la tarde era cálido; los pájaros volaban bajo, las lagartijas se deleitaban sobre los rocosos muros. Telamón se quedó quieto cuando una serpiente salió deslizándose por el frondoso margen y desapareció entre la maleza. Siguió caminando. Se detuvo para examinar unas flores silvestres, cogió unas cuantas y olió su aroma, y miró hacia atrás rápidamente. Nadie le estaba siguiendo. Llegó a la entrada de la villa donde los dos persas habían sido crucificados.

El suelo aún estaba manchado por la pira funeraria, aunque según la costumbre las cenizas de los quemados habían sido esparcidas a los cuatro vientos. El campamento de lanceros y arqueros cretenses se encontraba en un campo colindante: no se creían la suerte que habían tenido al ser retirados de la batalla para holgazanear, comer y beber entre la exuberante hierba verde. Habían levantado sus tiendas y barracones destartalados usando ramas y matorrales. El aire olía a boñiga de caballo, a humo de leña, al sabor agrídulce de carne seca asándose. Los soldados, vestidos sólo con túnicas, holgazaneaban, comiendo, bebiendo y jugando a dados. Un oficial vino a toda prisa, disculpándose por el caos.

—No estoy aquí para inspeccionaros —les informó Telamón—. Pero me gustaría hablar con uno de vuestros arqueros, el mejor que tengáis.

El oficial, intentando esconder el odre del que había estado bebiendo, estuvo encantado de ir a buscarlo. Volvió con un joven vestido con un chaleco corto de cuero y una falda de lino; una aljaba con flechas le colgaba de una correa por encima del hombro: llevaba el poderoso arco compuesto por el que eran conocidos los suyos.

—¿Hablas griego?

—Tan bien como vos —en el delgado rostro del cretense se dibujó una sonrisa.

Telamón se dio cuenta de lo largos y fuertes que eran sus brazos. En sus muñecas llevaba protecciones de cuero, y unas pequeñas fundas de lona adornaban los dedos de su mano izquierda. El cretense siguió su mirada.

—Es lo mejor —le dijo—. Si no, los callos empeoran. ¿Queríais preguntarme algo?

—¿Puedo retirarme? —preguntó el oficial.

Telamón asintió, abrió su bolsa y sacó una moneda de plata.

—Yo no soy un asesino —protestó hoscamente el cretense, aunque sus ojos se fijaron en la pieza plateada como un halcón en una presa succulenta.

—Yo no quiero que asesines a nadie —respondió Telamón—. Soy el médico del rey.

—Sé quién sois —la mirada del cretense se detuvo en Telamón—. Tenéis a aquella moza pelirroja, por la que a mis amigos y a mí se nos cae la baba. A vos no os gustan los hombres, así que ¿por qué estáis ofreciendo a un arquero cretense una moneda de plata?

—Quiero examinar tu arco.

—Es sagrado.

—Por eso te estoy ofreciendo una moneda de plata.

El cretense le arrebató la moneda y le entregó su arma. Telamón lo examinó con curiosidad. Era un arco compuesto, elaborado con diferentes tiras de madera superpuestas, y tenía una empuñadura de cáñamo endurecido.

—Está hecho con cerezo y fresno —le explicó el cretense—. Al igual que las flechas. Están afiladas según para qué se las quiere. La cuerda es de tripa, aunque se puede usar bramante. Las plumas de buitres son lo mejor para el vuelo de la flecha.

Le entregó una. Telamón encajó la flecha y puso el arco hacia arriba como si fuese a disparar hacia el aire. Era torpe, y recordó a Cleito regañándole en el campo de entrenamiento de Mieza.

—No sois muy bueno, ¿verdad? —El cretense le cogió el arco y la flecha—. Es mucho más difícil de lo que creéis.

Encajó la flecha y, usando los dos dedos más largos de su mano izquierda, tensó el arco, con la brillante punta de la flecha apuntada directamente al pecho de Telamón.

—A esta distancia —murmuró el cretense— podría atravesaros.

—¿Y si corro?

—¡Tendríais que correr como el viento! En un buen día con buena visibilidad y sin brisa —continuó el arquero—, podría abatirlos hasta a una distancia de ciento ochenta metros —bajó el arco—. ¿No habéis visto cómo los utilizamos contra los defensores de Halicarnaso?

—De eso es de lo quería hablar contigo. Reúnete conmigo fuera del campamento. En la entrada de la villa. También quiero que le pidas a ese oficial algún trozo de pergamino.

El cretense parecía desconcertado.

—Has aceptado mi moneda de plata —explicó Telamón—. Quiero enviar un mensaje.

Telamón salió del campamento y se sentó en la entrada de la villa, mirando hacia el polvoriento camino. Recordó a los arqueros en el asedio, figuras ágiles y rápidas, tensando las cuerdas y lanzando una flecha tras otra, llenando el aire con una negra y densa lluvia. Oyó un ruido. El cretense se había puesto un par de sandalias y llevaba su arco y tiras de pergamino grasiento.

—¿Estuviste en el asedio? —le preguntó Telamón, poniéndose de pie.

—Oh sí, tuve la suerte de escapar.

—¿Te fue posible lanzar una flecha por encima de las murallas?

—Por supuesto; había muy poco viento, y cuanto más nos acercábamos, más fácil se hacía. Si se reúne a los arqueros —comentó el cretense— y se apunta a cualquier lugar concreto, seguro acabarán alcanzando algo o a alguien.

Telamón recordó a Alejandro mirando el cielo nocturno.

—¿Y una flecha incendiaria?

—Es fácil —contestó el arquero. Cogió una flecha de la aljaba—. Se embadurna la punta por aquí, con brea, se encaja, se mete en una llama y luego se lanza lo antes

posible.

—¿La llama no quema la madera?

—No de inmediato, consume la brea y luego se apaga. Probablemente lo mejor es escoger una flecha más larga.

—A ver.

El cretense encajó la flecha y bajó la punta como si la encendiese.

—Ahora la punta está ardiendo —alzó el arco con elegancia, tensó la cuerda, hasta su oreja, y soltó la flecha. Telamón apenas la vio mientras desaparecía en el cielo azul.

—En una noche oscura —explicó el cretense— se vería bastante bien. Cuando la flecha empieza a caer, la llama se extiende.

—¿Y un mensaje? —preguntó Telamón.

El cretense cogió otra flecha de su aljaba.

—¿Dónde colocarías el trozo de pergamino?

—Alrededor de cualquiera de los extremos de la flecha, pero tendría que ser pequeño. Os lo enseñaré —se agachó, cogió una tira de pergamino y la enrolló en la flecha, sacó un trozo de cordel de su bolsa y lo ató fuerte—. Ahora, observad qué ocurre.

De nuevo colocó la flecha y la disparó en dirección a los árboles. Esta vez se clavó.

—¿Veis a lo que me refiero? —El cretense sacó otra flecha de la aljaba—. La flecha está bien equilibrada —dio unos toques a las negras plumas de buitre—. Está esto y la punta. Si se pusiera un peso en cada extremo, su trayectoria se vería entorpecida.

Debió de notar la decepción en el rostro de Telamón.

—Esto es por lo del arquero que mataron, ¿verdad? —preguntó—. El que tenía la cabeza aplastada y al que le habían robado las armas. Lo sabe todo el campamento.

—¿Conocías a la víctima?

—Venía del mismo pueblo que yo, cerca del antiguo palacio de Cnosos.

—¿Por qué estaría solo en las praderas?

—Por la misma razón por la que lo estaré yo cuando hayáis acabado. ¿Alguna vez os habéis cansado de la carne en salmuera, la fruta reseca y el pescado podrido? Estaba cazando.

—Alguien debió de tenderle una emboscada.

—Era bastante bebedor —contestó el cretense—. Quizá se quedó dormido. No es tan extraño, después de una larga marcha y la tripa llena de vino.

—Te diré qué ocurrió —Telamón sacó otra moneda de su bolsa y se la entregó—. Un traidor o un espía estaba buscando un arco, del tipo que sólo utilizan los arqueros expertos como tú. No logró robar uno de la intendencia ni pedirselo prestado a tus oficiales: están muy vigilados. Así que se apoderó de las armas de ese arquero, y durante la lucha, en algún momento, disparó una flecha con un mensaje que superó

las murallas de Halicarnaso.

El delgado rostro del cretense sonrió.

—Puedo comprender vuestra lógica, señor. Sí, para lanzar una flecha por encima de las murallas de Halicarnaso se necesitaría uno de éstos. Pero ¿una flecha con un mensaje? —Levantó dos dedos—. El mensaje debería ser muy pequeño, un trozo de pergamino ligero, o la flecha nunca llegaría a su destino.

Telamón suspiró.

—Bueno —extendió la mano—. Pensé que tenía que probarlo.

El cretense le dio la suya y se marchó dando grandes zancadas. Telamón se apoyó contra el pilar. Tenía razón, así no habría sido posible. Un espía le dijo a los persas que Alejandro estaría en la Villa de Cibele, vulnerable a un ataque. ¿Cómo lo habría hecho? ¿Disparando una flecha desde la villa, dejando un mensaje bajo una piedra? Hizo lo mismo cuando los persas atacaron, advirtiéndoles de que el rey probablemente visitaría Halicarnaso a caballo para ver las fortificaciones. ¿Cómo lo hizo entonces? ¿Y cómo consiguió luego enviar un mensaje al otro lado de las murallas sobre las cabañas que estaba construyendo Alejandro?

Absorto en sus pensamientos, entró a la villa. Cruzó el patio y miró a su alrededor. Las criadas estaban lavando ropa junto al pozo. Gentius estaba gritando:

—¡Demerata! ¡Demerata! ¡Dónde te has metido!

Telamón siguió caminando. El jardín estaba vacío: las copas y las bandejas que él y Casandra habían usado aún estaban a la sombra del árbol. Caminó hacia allí, cogió la jarra de vino, la olió y la vació en el césped. Miró a su alrededor; nadie. El calor era sofocante, y la hierba se estaba chamuscando: recordó a los oficiales de Alejandro rezando para que lloviese. Consideró volver a su habitación, pero aún estaba fascinado con la cuestión de por qué el espía había matado a aquel arquero cretense. Vagó por la fresca sombra del huerto. Se detuvo ante una mancha en la hierba, iluminada por un rayo de sol que traspasaba las ramas.

—Y ese es otro misterio —susurró, con la mirada en el suelo—. ¿Por qué mataron a aquel pobre gato?

Siguió andando. Se detuvo para examinar unos hongos en la corteza de un árbol. Se estiró para cogerlos con cuidado. En ocasiones lamentaba haber dejado Egipto con tanta prisa: había hecho muchos amigos allí, médicos y sanadores de las Casas de la Vida. Muchos afirmaban que hongos como aquellos tenían propiedades curativas mágicas; que si se mezclaban con leche agria y se pulverizaban, a menudo podían curar infecciones profundas de pulmón y garganta.

—Me pregunto si debería probarlo.

Se estiró para coger un trozo, pero le falló un pie y su rodilla desnuda rozó contra la dura corteza. Hizo un gesto de dolor y se agachó. Al hacerlo, una flecha se clavó en el árbol por encima de él.

Se giró de golpe, olvidando el cansancio, con la garganta seca. Lo único que podía ver eran árboles, ramas que sobresalían y zonas soleadas. Se quedó mirando la

flecha, larga y fina como la que le había enseñado el cretense. Oyó un ruido. Se escondió detrás del árbol y otra flecha pasó silbando.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

El huerto se había quedado en silencio, como si todos los seres vivientes se hubiesen dado cuenta de que la muerte había llegado. Maldijo en voz baja. Si corría, el misterioso arquero le seguiría. Si se quedaba allí, el asesino al final se acercaría y acabaría su trabajo. Cogió una rama caída. Se sintió un tanto ridículo, con un palo seco como única arma. Miró a derecha e izquierda: no se oía ni se movía nada. No había más que árboles y maleza.

Caminó hacia atrás. Después del huerto había un prado en el que Alejandro había colocado sus tiendas. Si el arquero le conducía hasta allí... Oyó un grito lejano; Gentius aún estaba llamando a su esposa. Logró ver una sombra, no más que una silueta, moverse a su derecha. Utilizando los árboles como protección, deshizo los pasos hacia el jardín.

Su perseguidor se dio cuenta de sus intenciones. Una flecha surcó el aire, era una advertencia de que el camino de vuelta estaba vigilado y protegido. Intentó controlar la respiración y el temblor de una de sus piernas. Estaba a punto de ponerse a correr cuando un cuerno de guerra sonó alto y claro. Habían dado la alarma.

—¡Casandra! —gritó—. ¡Casandra! ¡Sarpedón! ¡Casandra! ¡Casandra!

De nuevo se oyó el cuerno. Salió corriendo. En esta ocasión ninguna flecha le siguió. Los árboles cada vez eran menos, lo que indicaba que el jardín estaba cerca. Siguió gritando.

—¡Casandra! ¡Sarpedón! ¡Casandra!

—Telamón, ¿qué ocurre?

Salió de golpe de entre los árboles y cayó de rodillas. Casandra se acercó corriendo.

—¿Qué ocurre?

Se puso en pie tambaleándose y señaló a los árboles.

—¡Un asesino, allí!

—¿Quién? —Casandra miró hacia la huerta, desafiante.

—¡No, no vayas! —advirtió Telamón—. Sea quien sea va armado con arco y flechas. ¡Ojalá supiera quién es, por Apolo! —El cuerno volvió a sonar—. ¿Qué es eso?

—No lo sé —respondió Casandra—. He venido a buscarte, algo pasa en la villa.

Telamón olvidó sus propios problemas y cruzaron el jardín en dirección a la villa. Sarpedón estaba allí, y ciertamente parecía como si no hubiese estado fuera. Telamón se preguntó si el asesino aún estaría merodeando por el huerto. El espartano estaba en la base de las escaleras mirando hacia arriba. Un soldado bajó haciendo ruido.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Telamón.

El soldado tenía cara de haber estado durmiendo un rato.

—No lo sé, señor.

Telamón le agarró por el hombro y señaló el cuerno que le colgaba de una correa alrededor del cuello.

—Tú has dado la alarma. ¿Qué pasa?

Un llanto sobrecogedor resonó desde la galería superior. Bessos, Solán y Cherolos aparecieron en la entrada, con trozos de pergamino entre sus dedos manchados de tinta.

—Estábamos afuera, en los jardines.

—¿Juntos o separados? —preguntó Telamón con brusquedad.

—Siempre trabajamos cada uno por su lado —comentó Solán.

Telamón ya había empezado a subir las escaleras. El llanto era sobrecogedor. Llegó a la galería y continuó más deprisa. La puerta de la habitación de Pamenes estaba abierta. Gentius estaba arrodillado en el suelo junto a la cama en la que Demerata yacía, con la cuerda que la había estrangulado aún alrededor del cuello. El actor estaba sumido en la pena, con las manos en la cara, balanceándose hacia delante y atrás. Telamón estudió el cadáver: el rostro de Demerata se había vuelto de un color negro azulado, tenía los ojos fuera de las órbitas y la lengua apretada entre los dientes. Tocó el cuerpo. Ya estaba enfriándose.

—¿Qué ha pasado? —Miró por encima del hombro al soldado.

—Soy el guardia de la casa, señor. Estaba al final de las escaleras.

Telamón le estudió con atención: llevaba una gastada túnica de cuero y botas de marcha, y un pelo alborotado enmarcaba su oscuro rostro.

—¿De qué regimiento eres? —le preguntó Telamón.

—De la cuarta línea de la infantería agriana —respondió el hombre—. Nuestro apodo es los Toros. El resto de mi unidad está en los campos, siguiendo el camino que sale de la villa.

Gentius continuaba gimiendo, ajeno a los que abarrotaban el dormitorio.

—Explícame qué ha pasado —exigió Telamón.

—Él estaba buscando a su esposa —contestó el soldado.

—¿Cuánto rato has estado de guardia?

—No mucho. Paseo por todas partes, a veces abajo, a veces arriba. Parecía muy preocupado y por eso subí con él. Primero miramos en su habitación, pero no había nadie —el soldado se encogió de hombros—. Me dijo que bajara y echara un vistazo fuera. Lo hice y volvía a entrar. Él aún no había encontrado a su mujer. Buscamos en otras habitaciones, abrimos la puerta de ésta, y ella estaba ahí acostada, con el cuello retorcido, por eso he dado la alarma.

—¿Y vosotros? —Telamón miró sombríamente a su alrededor.

—Afuera en el jardín —contestó Sarpedón. Señaló la tierra que había en su túnica—. Yo he vuelto hace un rato, los demás han llegado después.

—Gentius, ¿qué ha pasado? —Telamón le apartó con delicadeza las manos de las mejillas. Gentius alzó la vista, afligido.

—Yo estaba ensayando los versos de Creonte. Ella tenía que ser Antígona. Fui a

la cocina a por algo de pan y miel —se tocó los labios con una mano temblorosa—. Mi garganta. Cuando regresé...

—¿Dónde estabais?

—En el *andron*. Cuando regresé ella se había ido. Entonces empecé a buscarla; como ha dicho este soldado, no la encontraba por ninguna parte. Subí. Al principio no me atreví a abrir las otras habitaciones, pero la puerta de Pamenes estaba abierta. Me asomé, y ella no estaba. Bajé y volví a subir. Buscamos de nuevo por toda la casa, la encontramos y dimos la alarma.

—¿Dices que subiste y miraste en la habitación de Pamenes dos veces?

—Sí. La primera vez —respondió el soldado—, estaba vacía, y cuando buscamos de nuevo, encontramos el cadáver.

Gentius se quedó mirando el cuerpo de su esposa y arrancó a llorar. Telamón puso una sábana sobre el rostro de la mujer muerta.

—Creo que es mejor que nos vayamos —comentó—. Gentius, Casandra se encargará del cuerpo de tu esposa. Con este calor, la pira funeraria debe encenderse esta misma noche, entonces haremos las ofrendas...

## Capítulo XI

«Efiálfes les aconsejó no esperar a que la ciudad fuese tomada y se encontrasen cautivos».

Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, Libro 17, capítulo 26.

**N**o lo puedes cambiar. Ni los propios dioses pueden deshacerlo. Se sigue, necesariamente, a lo que has hecho. Incluso ahora, las vengativas Furias, las cazadoras del Hades que persiguen y destruyen, ¡están esperándome y tendrán su presa!

Gentius, de pie junto a la pira funeraria, entonaba el sombrío discurso de Tiresias, el adivino ciego de Tebas, en la *Antígona* de Sófocles. Telamón, Casandra y los demás se encontraban detrás de él. La pira, construida por los soldados, se elevaba unos metros del suelo. El cuerpo de Demerata yacía en lo alto: llevaba una moneda entre los labios para pagar a Caronte, el cadavérico barquero del mundo subterráneo, además de trozos de pan, en cada mano muerta, para dar de comer al perro guardián del Hades. Gentius alzó la copa de vino, bebió, y vertió el resto sobre la pira funeraria. Estaba oscureciendo, aquel extraño crepúsculo entre el día y la noche cuando el cielo se vuelve de un inquietante azul. Telamón se sintió presenciando una representación: Gentius tiró un poco de aceite, cogió una tea y la lanzó encima de la pira. Las llamas prendieron las astillas, al principio muy despacio, pero con la brisa, alcanzaron el aceite y toda la pira se convirtió en una lengua de fuego que se alzaba hasta el cielo oscurecido. Gentius, seguido por el resto, lanzó puñados de incienso. Se quedaron durante un rato, como requería el rito, hasta que las llamas empezaron a apagarse, y entonces volvieron por el portal hasta la villa.

Telamón agarró a Casandra del brazo.

—¡Detente! ¡Espera un momento!

Los demás siguieron caminando, agrupados en torno a Gentius, murmurando sus condolencias. Telamón se dirigió hasta el arquero cretense con el que había estado hablando aquella misma tarde, y que ahora estaba de centinela vigilando la pira funeraria hasta que las llamas desapareciesen. A la luz de las llamas el rostro del cretense parecía delgado, hambriento, más rapaz: sus brillantes y ávidos ojos estudiaban el amplio busto de Casandra. Estiró la mano y le tocó el cabello rojo que le asomaba por debajo del manto.

—¡Basta ya! —se quejó ella.



El cretense sonrió y descansó ambas manos en la larga lanza con la que iba armado. Detrás de él, sus compañeros murmuraban y se acercaban para ver mejor a Casandra.

—Tengo otra pregunta que hacerte —dijo Telamón.

—Pagasteis bien. Hacedla.

Saltaban chispas cuando las astillas ardían y crepitaban.

Se apartaron un poco.

—¿Qué ocurre —preguntó Telamón— si coges tu arco y le atas a una flecha una tira de pergamino como si fuera una cinta? ¿Afectaría su peso o su trayectoria?

El cretense torció el gesto y se encogió de hombros.

—¿Un trozo de pergamino?

—Sí, tan largo como la flecha o incluso más. Es decir, como una cinta o una serpentina.

El cretense se giró y parloteó en su dialecto a sus compañeros. Una acalorada conversación tuvo lugar. El cretense levantó la mano y volvió a mirar a Telamón.

—Podría afectar la trayectoria un poco, pero no mucho. Aquí tenemos arqueros que han participado en espectáculos en los que se atan cintas de colores a las flechas y se disparan al aire. Dicen que no sería muy distinto.

—Muchas gracias —Telamón abrió su bolsa y deslizó una moneda de plata en la mano del hombre—. Bebe una libación a la salud de la difunta. Ah —volvió—. Esta tarde, después de separarnos, ¿alguno de tus arqueros ha dejado el campamento y ha entrado en la villa?

El cretense negó con la cabeza...

—Por supuesto que no. Preferimos estar aquí en campo abierto. Nuestras órdenes son bastante estrictas. Hay un guarda en la casa. La única razón por la que entraríamos —sonrió rapazmente y señaló a Casandra— sería para verla.

Telamón y Casandra se marcharon, y los arqueros se pusieron a reír entre ellos. Uno se puso a aullar.

—No creo que debas salir a pasear —murmuró Telamón—, ni salgas de la villa.

—¡Ya me he encontrado antes con cretenses! —gruñó Casandra—. En Tebas, con los tracios y los tesalios y toda la escoria de la humanidad.

Telamón se detuvo y se quedó mirando las luces de la villa titilando entre los árboles.

—¿Qué ocurre, gran pensador?

—Todo y más —respondió con evasivas—. El peligro agudiza el ingenio y remueve la memoria, Casandra. Estoy desconcertado por muchas cosas. ¿Te acuerdas de aquel pedazo de pergamino que encontramos en la habitación de Pamenes con unos símbolos extraños, y del bastón redondo de casi un metro de largo?

—Sí, pensamos que era basura.

—Yo no creo que lo fuese. Después del ataque en el huerto de esta tarde y del asesinato de Demerata, he decidido quedarme en mi habitación.

—Lo sé —se quejó ella—. No me has contado lo que pasó.

—No importa. No importa —Telamón le cogió la mano y acarició sus dedos—. Con ese manto azul oscuro, estás tan encantadora como la noche, Casandra.

—¡Vaya, amo! —Le hizo caídas de ojo—, ¿no me habrás traído aquí a la oscuridad para hacer travesuras?

—Deberías ponerte aceite en las manos —contestó Telamón—. Tienes los dedos ligeramente callosos. Quizás es el agua de esta villa.

—O el duro trabajo que hago para mi amo.

—Estaba pensando en nuestro amigo Pamenes —continuó Telamón—. Era un espía persa y trabajaba en la corte de la reina Ada. Pero ¿qué hacen los espías?

—Revelar secretos.

—Pero ¿cómo se comunicaba Pamenes con sus superiores? No podía marcharse de la corte y cabalgar hasta Halicarnaso o cualquier otro sitio: eso sería sospechoso. En cualquier caso, recordé una historia de Herodoto que leí hace años. Le pedí a Solán su copia para estudiarla otra vez.

—Lo sé, no parabas de hablar entre dientes.

—Solía haber un sistema para los mensajes secretos —Telamón no hizo caso de su burla—. Se llamaba escitala.

—¿Qué significa?

—Escitala es una palabra antigua que quiere decir «bastón»: era un sistema usado por los espías. Al parecer consistía en dos piezas redondas de madera, de igual longitud y grosor, es decir, con exactamente las mismas dimensiones. El espía se queda un palo, y sus superiores el otro. Siempre que el espía desea enviar un informe secreto o un mensaje, coge una tira larga y estrecha de pergamino y la enrolla alrededor de la escitala: no deja ningún espacio vacío, sino que cubre por completo el bastón con el pergamino. Después, escribe lo que desea sobre el pergamino, lo desenrolla de la escitala...

—Claro —comentó Casandra—. Y si están utilizando un código, simplemente parece un trozo de pergamino con extraños símbolos.

—Exacto —asintió Telamón—. Sólo puedes comprenderlo si tienes un bastón similar, idéntico en longitud y grosor, para enrollar el pergamino en él.

—¿Y Pamenes hacía eso? ¿Por eso encontramos el palo en su habitación, y los trozos de pergamino?

—Creo que sí —Telamón siguió caminando—. Los tiramos a un lado como si fuesen basura. Sospecho que el asesino de Pamenes se enteró del método de la escitala, y por eso supo que Pamenes era un espía. Le mató, pero utilizó el mismo método para comunicarse con sus superiores en Halicarnaso.

—¿Y el manuscrito pitio?

—No creo que el manuscrito pitio sea lo que Alejandro dice que es —contestó Telamón—. Esta noche voy a intentar descubrir sus secretos. No —alzó una mano—. No te burles. Yo no descifré la clave, se la debemos a Pamenes.

—¿Es por eso que lo mataron?

—Quizá.

—¿Y su asesino le ha estado contando todo a Memnón?

—Sin duda —murmuró Telamón—. El espía, ese asesino, utilizó el método de la escitala para enviar la información a Memnón de que Alejandro se estaría hospedando en la villa. Podría hacerse fácilmente: se deja un pergamino debajo de una roca o en el tronco de un árbol y lo recoge un mensajero que no sea capaz de leerlo.

—¿Y él dejó mensajes similares junto al cadáver de Pamenes, para que se lo llevaran los persas?

—Sí, creo que sí.

—¿Y el ataque sorpresa de Alejandro? —preguntó Casandra—. Por eso estabas hablando con el cretense, ¿verdad?

—Estaba mirando el problema desde el ángulo equivocado —respondió Telamón—. Seguía pensando en un pedazo enorme de pergamino atado al final de una flecha. Sin embargo, con el método de la escitala, el trozo de pergamino se convierte en una serpentina. El espía lo ató al extremo de una flecha. Se disfrazó, con cierto riesgo, luego la disparó y el mensaje fue enviado. Estoy hablando de una tira de pergamino de no más de un metro de largo. En el fragor de la batalla, ¿quién se daría cuenta, excepto Memnón, que estaría esperándolo?

—Por supuesto que sí, pero tu razonamiento es un tanto confuso, Telamón. La flecha probablemente fue lanzada de noche, el día antes de que Alejandro lanzara su ataque.

Telamón estaba de acuerdo. Siguieron andando lentamente, deteniéndose una y otra vez mientras Telamón le explicaba cómo el espía había matado al arquero cretense y le había robado el arco y las flechas, que luego había utilizado contra él mismo en el huerto.

—Si supiera quién es —susurró Casandra en la oscuridad—, le cortaría el cuello o le envenenaría la comida. ¡Tiene que ser uno de esos escribas! He hablado con el guardia, el que ayudó a Gentiús a buscar a Demerata: me ha dicho que Sarpedón estaba dentro mientras te estaban atacando. Los escribas, sin embargo, estaban fuera en el jardín. Qué ingenio —continuó—. Serpientes, flechas, mensajes secretos.

—No es tan sorprendente —contestó Telamón—. Toda Grecia está hablando sobre nuevos inventos, sobre la obra de tal ingeniero o tal médico. ¿Has visto alguna vez la comedia de Aristófanes *Las nubes*?

—Sí, la vi una vez en el festival de Edipo en Tebas.

—¿Recuerdas la parte en la que Sócrates está discutiendo con un amigo sobre un caso en el tribunal?

—Sí.

—Su amigo responde: «Él sería capaz de coger un trozo de cristal, utilizarlo como espejo para atraer la luz del sol y poder derretir la cera de la tabla de escritura

en la que están las citas».

—Ah sí —contestó Casandra—. Cuando Alejandro asedió Tebas, un miembro del consejo sugirió erigir espejos enormes en las murallas para aumentar el calor del sol e incendiar su maquinaria de asalto.

—¿Y por qué no lo hicieron?

—Alguien preguntó qué pasaría si hacía un día nublado.

Telamón se puso a reír y se dispuso a seguir caminando pero Casandra le agarró del brazo.

—Sé que el asesino querría matarte. Haces demasiadas preguntas. Pero a la pobre Demerata...

—Ah sí, ¡pobre Demerata! Debo hablar con Gentius de eso.

Entraron en el patio. El resto de los huéspedes se había reunido en el *andron*, donde Gentius había organizado una cena funeraria. Telamón y Casandra se les unieron un rato. Sarpedón interpretó una canción triste. Gentius recitó más versos: un hermoso poema de Safo. Bessos entonó un canto fúnebre de Homero. El vino fue servido. Telamón, recordando lo que tenía que hacer, se excusó y volvió a su habitación. Cogió el manuscrito pitio y lo estudió, anotando sus observaciones.

Casandra subió y comenzó a hablarle. Telamón respondió con gruñidos y comentarios vagos. Ella se quejó y se tumbó en la cama indignada. Él siguió trabajando. De vez en cuando se detenía, andaba hasta la ventana y miraba afuera. El cielo estaba estrellado y la brisa agitaba los árboles. Recordó la pira funeraria y las lastimeras palabras de Gentius, y le dio un vuelco el corazón. En parte, si no hubiese sido por Demerata, su propio cuerpo podría estar sobre una pira, reduciéndose a cenizas. Volvió a sus escritos, pero veía que no podía concentrarse. Cogió la historia de Herodoto que Solán le había prestado, una buena copia transcrita por algún erudito.

«Debería haber caído en cuenta lo de la escitala», pensó. ¿No había visto acaso un artilugio parecido en los templos de Egipto? Recordó a su bella Anuala llevándole alrededor de uno de los grandes pilares de la Sala de las Columnas, le estaba traduciendo los jeroglíficos de algún decreto o relato, dando vueltas y más vueltas hasta que él se mareó. Ella se puso a aplaudir y a reír. Casandra murmuró algo entre sueños. Sonrió para sí. ¿Qué le habría parecido Casandra a Anuala? En su aspecto eran muy diferentes, pero compartían la misma franqueza y el mismo negro sentido del humor. Suspiró y volvió a sus estudios.

—Ya sé —murmuró, rascándose la mejilla con la punta del estilo— que la E es la letra más usada en el alfabeto griego, lo cual explica por qué Pamenes habla del número 5; epsilon es la quinta letra. Pamenes estaba demostrándolo con citas de Sófocles, o contando cuántas veces salía la E en un fragmento de la *Ilíada*. Pero ¿qué significaba el diez?

Siguió trabajando. Revisó el alfabeto dispuesto en el cuadro de cinco filas y cinco columnas y los diferentes números del manuscrito pitio. Los números podía

entenderlos, pero ¿qué eran esos pequeños cuadrados? Los señaló en su copia. Miró de nuevo el alfabeto y de inmediato volvió al manuscrito pitio. «¿Puede ser esto?», se preguntó. «¿Es posible?». Escribió la primera línea del cifrado. Lenta y laboriosamente, empezó a usar el alfabeto para comprender los números. Al principio no podía creer lo que había descubierto. Lo comprobó una y otra vez, pero tenía sentido. Se entusiasmó tanto que se puso en pie de un salto y le dio un puntapié al taburete. Casandra se agitó.

—¿Qué pasa? —gimió.

Telamón encendió más lámparas de aceite y las colocó sobre la mesa.

—¡Creo que el manuscrito puede traducirse!

Casandra se enrolló una sábana y se le acercó a toda prisa.

—Aquí está el alfabeto dispuesto en cinco filas y cinco columnas —le explicó.

	<b>1</b>	<b>2</b>	<b>3</b>	<b>4</b>	<b>5</b>
<b>1</b>	<b>A</b>	<b>B</b>	<b>C</b>	<b>D</b>	<b>E</b>
<b>2</b>	<b>F</b>	<b>G</b>	<b>H</b>	<b>I/J</b>	<b>K</b>
<b>3</b>	<b>L</b>	<b>M</b>	<b>N</b>	<b>O</b>	<b>P</b>
<b>4</b>	<b>Q</b>	<b>R</b>	<b>S</b>	<b>T</b>	<b>U</b>
<b>5</b>	<b>V</b>	<b>W</b>	<b>X</b>	<b>Y</b>	<b>Z</b>

—Lo entiendo —dijo ella.

—La quinta letra, la E, es la más usada. El código podría ser bastante simple: la A sería el 11, la B el 12, la C el 13, la D el 14 y la E el 15. La F sería el 21, la G el 22, y así sucesivamente. Pitias, sin embargo, fue muy astuto. Lo que hizo fue quitar la letra E y la sustituyó por este cuadradito. Así que si estás buscando un número para la E, que es el esencial, nunca lo encontrarás. Por momentos, sospecho que simplemente evitó emplear el símbolo de la E. Pitias, como demostraré, también inició este manuscrito utilizando tantas palabras como pudo que no contuviesen la letra E. Luego complicó las cosas aún más al introducir el siguiente sistema. Para la letra A utiliza el 11, lo cual es fácil de deducir por como está dispuesto el alfabeto, pero de nuevo la cosa se pone confusa, porque la B debería ser el 12. Sin embargo, lo que hizo Pitias con cada letra después de la A fue sumarle el número 10. Así, la B es 22 en lugar de 12; la C se convierte en 23 en lugar de 13; la D es 24, y la E está escondida. La F pasa a ser 31. Además, sólo hay 25 letras, de manera que quien intente descifrar este código acabará más confuso.

—¿Y has aplicado eso al manuscrito? —preguntó Casandra.

—Sí, lo he hecho —Telamón bajó la voz—. Quiero mantenerlo en secreto, porque llevará algo de tiempo traducirlo por completo. Tengo que ser preciso.

—¿Es sobre las murallas de Halicarnaso?

—No lo creo —Telamón cogió el trozo de pergamino y se lo pasó—. Aquí están los primeros números del manuscrito pitio —le explicó—. He puesto las letras debajo: recuerda sumarles 10, el número que aparecía en el trozo de papel que Cherolos nos entregó.

<b>45</b>	<b>64</b>	<b>54</b>	<b>33</b>	<b>34</b>	<b>11</b>	<b>53</b>
<b>P</b>	<b>Y</b>	<b>T</b>	<b>H</b>	<b>I</b>	<b>A</b>	<b>S</b>
<b>11</b>	<b>52</b>	<b>23</b>	<b>33</b>	<b>34</b>	<b>54</b>	<b>[]</b>
<b>A</b>	<b>R</b>	<b>C</b>	<b>H</b>	<b>I</b>	<b>T</b>	<b>E</b>
<b>23</b>	<b>54</b>	<b>54</b>	<b>44</b>			
<b>C</b>	<b>T</b>	<b>T</b>	<b>O</b>			

Cassandra levantó la vista.

—¿Pitias, arquitecto de...?

—Filipo —respondió Telamón—. Ésa es la próxima palabra. Lo que creo que pasó fue esto —prosiguió—: Pitias mantenía correspondencia con Filipo. Envió una copia a la reina Ada. Dudo que esto tenga que ver con las fortificaciones de Halicarnaso.

—Pero eso es lo que dice la gente.

—Eso es lo se quiso que la gente dijese. Me apuesto una moneda de plata contra una de oro a que esta carta llegó, o justo antes o justo después del asesinato de Filipo. Alejandro u Olimpia no pudieron comprenderlo. Sólo Filipo tenía la traducción y se la guardaba para él, por eso nuestro Alejandro está tan fascinado. Me pregunto qué es lo que contiene en realidad. La historia era perfecta: Pitias, travieso como un mono, es contrariado y decide guardar bajo llave cierto secreto sobre las imponentes murallas de Halicarnaso. Es como un juego de niños, la gente corriendo por un laberinto buscando algo que no está allí.

—¿Entonces no hay ningún punto débil en las murallas? —preguntó Casandra.

—Podría haberlo. Sabemos que Alejandro está moviendo su maquinaria de asalto; puede que haya algún fallo —Telamón dio unos toques al pergamino—. Pero hay más de lo que los ojos ven. Ya ves, Casandra: hace años, justo antes de que Filipo fuese asesinado, el rey intentó casar a su otro hijo, Arrideo, con una princesa de Halicarnaso. Alejandro se ofreció a sí mismo en secreto. Filipo terminó enterándose y eso condujo a una seria ruptura entre padre e hijo. Tengo la profunda sospecha de que esta carta tenía más que ver con eso que con cualquier fortificación militar. Y ése es el motivo —se puso en pie y se estiró— de que Alejandro esté teniendo más

pesadillas sobre su padre. Tengo ganas de descubrir la verdad.

—¿Continuarás? —preguntó Casandra.

Telamón negó con la cabeza.

—No. Ya he abierto la puerta, volveré a ello más descansado. Mañana quiero hablar con Gentius —le dio un beso en la frente—. Ahora voy a lavarme e intentaré dormir —echó un vistazo a la ventana—. Y espero soñar.

—¿Con qué?

Telamón casi responde «con Egipto», pero se reprimió justo a tiempo.

—¿Y el asesino? —la voz de Casandra sonaba hueca en la oscuridad.

—Sin prisa pero sin pausa —Telamón se calló mientras se echaba agua en la cara. Agarró un trapo y se secó—. Siempre he pensado que Pamenes es la clave. Tengo mis sospechas, pero muy pocas pruebas.

Se quitó la túnica y se estiró en la cama, mirando la habitación con la mente rebosante de posibilidades. ¿Qué había dicho Aristandro? Ni siquiera los grandes filósofos podrían descifrarlo. Por supuesto, el Guardián de los Secretos Reales debió de intentar traducir el manuscrito pitio y fracasó. Sonrió para sí. ¡Debió de ponerse hecho una furia! Sin embargo, Aristandro no se referirá a sí mismo. ¿Se lo habría enseñado a su antiguo tutor, Aristóteles? ¿Habría intentado el gran filósofo descifrarlo? De ser así, no le habría dedicado mucho tiempo ni concentración: no le gustaban ese tipo de enigmas y rompecabezas; a él le preocupaban más los que denominaba «problemas reales».

—¿Qué estás pensando? —la voz de Casandra sonó adormilada—. Casi puedo oír tu mente, como las ruedas de un carro, dando vueltas sin parar.

—Estoy empezando a entender por qué Alejandro visitó a la reina Ada. Debió de enterarse de que los escribas estaban ocupados con el manuscrito pitio. Sospecho que si Pamenes hubiese vivido más días... —Se incorporó de repente.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —preguntó Casandra, enojada.

—¿Qué hubiese pasado —exclamó Telamón— si Pamenes hubiese llegado al mismo punto al que he llegado yo hoy, pero no hubiese puesto sus ideas por escrito? Casandra, piensa, eres un espía persa. Has resuelto cierto misterio, un secreto que a tus superiores les encantaría saber. ¿Qué harías después?

—Correría —Casandra respondió enfadada—. Correría como el viento.

—Eso es lo que Pamenes pensaba hacer. Por eso fue asesinado. ¿Te acuerdas de las alforjas que robó Cherolos? Pamenes las había preparado para escabullirse. El asesino lo sabía, y atacó antes de que se marchara.

\*\*\*

Los pardos ojos del manso guepardo, con una cadena de oro alrededor del cuello, miraban vidriosos a Memnón, que apartó la vista con desagrado.

—Nunca me ha gustado este animal —murmuró—. Le vi matar a un pavo real en

los jardines. Orontobates lo tiene desde que era un cachorro.

Efialtes se repanchingó en un triclinio, mirando al techo de la gran sala de banquetes del palacio; levantó un pie y, una vez más, estudió la cicatriz que tenía justo encima del empeine.

—Tuviste suerte —comentó Memnón—. Aquella flecha podría haberte alcanzado en lugar de rozado.

—No tanta como Alejandro —respondió el tebano—. Si hubiésemos conseguido deshacernos de esos manteletes, habríamos podido quemar ese puente y masacrar a unos cuantos —alzó una mano—. ¿No lo oyes, Memnón? Escucha el martilleo.

Memnón se puso de pie y caminó hasta la jamba de la ventana que daba al jardín. El palacio del gobernador no quedaba lejos de las murallas. Cerró los ojos y escuchó. Ahí estaba, como olas distantes rompiendo en las rocas, el sonido constante de los arietes macedonios que golpeaban la piedra, intentando forzar una entrada. Abrió los ojos y saboreó la fragancia del jardín.

—¿Crees que ha traducido el manuscrito pitio? —pregunto Efialtes—. Movié su asedio hacia el norte y ahora ha vuelto. Parece haberse decidido por la zona entre la Triple Puerta y la torre.

—Logrará entrar. Cuando lo haga, tendremos una sorpresa para él —contestó Memnón—. Otra gran muralla, de forma cóncava, para que los defensores de cada extremo puedan lanzar lo que quieran a los ingenieros de Alejandro. Tendrá que rogar al cielo. Pero Alejandro —añadió— no es lo que me preocupa en este momento.

—Ni a mí —Orontobates, vestido con una túnica dorada y púrpura oscuro, unas botas altas plateadas y un gorro frigio sobre sus oscuros y aceitados rizos, se apoyó elegantemente en el dintel de la puerta.

El guepardo se levantó y caminó hasta él, silencioso como un fantasma, tensando los músculos bajo su satinada piel. Orontobates se puso de cuclillas y le dio unos bocados de la mesa. Le acarició la cara, y le rascó entre las orejas.

—Tan encantador como el alba —murmuró—. He tenido que traérmelo aquí. La ciudad no es segura. Estoy abandonando mis casas privadas, y trayendo todos los tesoros aquí.

Habló en voz baja, pero sus palabras produjeron escalofríos a Memnón. Habían fortificado la ciudad, sus murallas eran gruesas e inexpugnables. Tenían provisiones, municiones, armas, escuadrones de caballería, los mejores mercenarios hoplitas que el oro pudiese comprar además de unidades de élite del ejército de Darío. Tenían agua y comida para diez días, mientras que la flota de guerra persa permanecía en el puerto. Alejandro estaría acampado en la rocosa península quemándose al sol, lanzándose inútilmente contra las murallas.

—No lo tuvimos en cuenta —Orontobates alzó la cabeza, aún acariciando la cara del guepardo con sus enjovados dedos—. No pensamos en ello, ¿verdad, mi señor? —repitió—. ¿En los traidores entre nosotros?

Orontobates se puso en pie y se sentó en el triclinio junto a Efialtes. Echó un



vistazo a la estancia: las paredes estaban pintadas de oro, decoradas con rombos plateados y violetas y racimos de uvas. El mismo motivo decoraba las redondas y achaparradas columnas, mientras que el suelo y el techo eran de mármol y brillaban como el cristal, creando la impresión de estar entre dos piscinas: agua arriba y agua abajo. La cámara brillaba de luz: al menos un centenar de lámparas de aceite resplandecían en cornisas y hornacinas. El mobiliario era de la mejor acacia y del mejor sándalo: mesas hermosamente talladas con ribetes de oro y plata y taburetes con los mejores acolchados. Los triclinios eran un regalo personal de Darío, cubiertos de tela escarlata y estampados con leones dorados.

«¿Tendré que quemar todo esto?», pensó Orontobates. Separó los dedos y alzó la vista por debajo de sus cejas. Memnón le estaba observando con curiosidad.

—¿Estáis nervioso, señor Gobernador? ¿Por qué? —Memnón estiró su mano, con los dedos separados—. Siempre hacéis esto cuando estáis ansioso.

Orontobates sonrió. El guepardo saltó en el triclinio junto a él, moviéndose y retorciéndose para poder descansar la cabeza sobre su regazo.

—Estoy nervioso —contestó el persa—. ¿Os dais cuenta, Memnón, de que tenemos tantos soldados patrullando la ciudad como en las murallas?

—Pero ¿por qué? —exclamó Memnón—. Hace diez días la ciudad era nuestra. Ahora estáis hablando de desasosiego, de armas encontradas, de ataques a nuestros soldados.

—El barrio de los alfareros es casi una fortaleza en sí misma —respondió Orontobates—. Y por si eso no bastara, cuando enviamos soldados, nuestros oponentes se escabullen entre miradas hoscas y oscuras quejas.

—¡Deberíamos rodear el lugar! —gritó Efiates—. Arrasarlo y matar a todos los que encontremos —se incorporó de golpe y se sentó, con los pies separados—. Pero hay más, ¿verdad, Orontobates?

—Nuestros espías están ocupados en las vinerías y en los mercados —asintió el persa—. Escuchan las conversaciones. Están seguros de que han oído la lengua macedonia.

—Pero aquí hay macedonios —comentó Memnón—. En Halicarnaso vive gente de todas las naciones bajo el sol.

—¿Jóvenes? —Orontobates arqueó las cejas—. ¿Delgados de cuerpo y cara? ¿Con olor a sudor de caballo?

—¿Y por qué no arrestan a esos hombres? —preguntó Efiates.

—Yo sólo estoy repitiendo los rumores y los chismes —Orontobates sonrió con falsedad—. Es posible —continuó— que Alejandro haya enviado una columna secreta a la ciudad antes de que sellásemos nuestras puertas.

—Pero tendría que ser de menos de cien hombres —observó Memnón—. Cualquier otra cosa se notaría.

Orontobates se frotó las manos.

—¿Y si...?

—¿Y si qué? —gruñó Memnón, volviendo a sentarse junto a Efiates.

—¿Y si hay más de cien? —dijo Orontobates—. ¿No nos ha dicho nada vuestro espía?

Memnón negó con la cabeza.

—Lanzó una flecha antes de que Alejandro iniciara el ataque —respondió—. Nos contó lo de las cabañas de techo plano y que aún no habían traducido el manuscrito pitio. Pero —se encogió de hombros—, después de eso, silencio.

—¿Sabéis quién es?

—Ojalá. Ha recibido su oro, y mi promesa de que si el manuscrito pitio es traducido el tesoro escondido será suyo. Lo que quiero saber es qué es lo próximo que va a hacer Alejandro. ¿Hay un punto débil en las murallas? ¿Lo encontrará? ¿Y nosotros cómo...?

Memnón se calló al oír unos apresurados pasos. Uno de sus oficiales, vestido con media armadura, irrumpió en la estancia.

—¡Mi señor, será mejor que vengáis!

—¿Qué ocurre?

—¡En los jardines, mi señor!

Los tres siguieron al oficial a través del pórtico de columnas y bajaron las escaleras. Justo en ese momento, la brisa nocturna trajo el olor a quemado y, volviéndose hacia la derecha, vieron las llamas alzándose por encima de los árboles. Los sirvientes del palacio y los soldados ya estaban llevando cubos; había chambelanes pidiendo ayuda, y los cuernos y los platillos sonaban para dar la alarma.

—¡Detened el pánico! —ordenó Memnón.

—¿Qué pasa? —murmuró Efiates.

—Parece una de mis residencias estivales. Hay un bosquecillo de cipreses, una delicia, un paraíso —explicó Orontobates— justo al lado de las murallas. Sería mejor que...

—¡No vamos a ninguna parte! —replicó Memnón—. ¡Podría ser un accidente, pero también podría tratarse de algo más!

Unos guardias de palacio acuartelados estaban saliendo a los jardines, vistiéndose a toda prisa, empujados por los oficiales para que se colocaran en posición. La guardia personal de Memnón apareció en seguida por la puerta, haciendo ruido con las armaduras. Se impuso el orden. Dos anillos de hombres armados dispuestos en forma de herradura, griegos y persas, con espada, escudo y jabalina, protegían las principales entradas del palacio.

Un paje vino corriendo por el césped, con una antorcha titilando en la mano. Los soldados le dejaron pasar. Un oficial cogió la antorcha y el muchacho se tambaleó y cayó de rodillas ante Orontobates. Hablaba en persa, señalando hacia las llamas. Hablaba tan rápido que Memnón no podía seguirle. Orontobates alzó la mano pidiendo silencio.

—Mi señor Memnón —el rostro de Orontobates estaba lívido—. ¡No ha sido un

accidente! ¡Estamos siendo atacados!

El paje se retiró. El oficial de Memnón volvió.

—El incendio está bajo control —le informó, quitándose mugre de la cara.

—¿Hay intrusos?

El oficial negó con la cabeza.

—No, mi señor, sólo lanzaron cinco flechas incendiarias por encima de la muralla, y esto.

Le entregó una funda de cuero cilíndrica, como la que utilizaban los mensajeros, estropeada y rallada: la tira para colgársela al hombro estaba raída y descolorida. Memnón la agarró, le quitó el tapón y sacó un pequeño pergamino. Se hizo atrás para leerlo.

—No es para mí —comentó, entregandoselo a Efialtes.

El tebano se lo arrebató, gritando al oficial que le acercase la antorcha.

—Os diré lo que dice —murmuró Memnón—. «Alejandro de Macedonia a Efialtes de Tebas, traidor: Efialtes de Tebas no seáis tan osado, pues vuestro señor Memnón está comprado y vendido». Efialtes rompió el manuscrito, y lo tiró al suelo. Lo aplastó con el talón, con el rostro lleno de ira.

—Nos están provocando, Memnón: están más cerca de lo que pensamos. Entonces, ¿qué les respondemos?

—Comprado y vendido —murmuró Orontobates—. Eso significa que tenemos traidores más cerca de lo que creemos.

—Mi señor.

Memnón se volvió. Había un chambelán en las escaleras haciéndole señas.

—Señores, será mejor que vean esto.

Le siguieron de vuelta al pórtico, donde el humo del incendio hacía volutas. A Memnón le costaba controlar el miedo. El rostro del chambelán no ayudaba mucho: un anciano enjuto con ojos enrojecidos por falta de sueño.

—¡Señores, el prisionero, el Eunuco está muerto!

—¿Qué? —exclamó Orontobates.

Siguieron al chambelán por el palacio, bajando las escaleras a toda prisa hasta el laberinto de mohosos túneles que conducían a las mazmorras. Doblaron una esquina. Un murmullo de voces les recibió. Guardias y carceleros se agolpaban en la puerta de la celda en la que el Eunuco había sido confinado. Memnón los quitó de en medio y entró. La sala era cómoda, más una habitación que una celda. Al parecer el Eunuco se había subido a la mesa, había cogido el cordel que llevaba en la cintura, había atado un extremo al gancho de una viga, se había hecho un nudo alrededor del cuello y se había tirado al vacío: su largo cuerpo colgaba inerte, oscilando ligeramente como un muñeco roto, con los pies separados, los brazos caídos, y el cuello y la cabeza extrañamente retorcidos. Su feo rostro tenía un color indefinible, su mirada era vacía, y un hilo de saliva le bajaba por la barbilla. Memnón olisqueó y se fijó en el cuenco del agua: vio que salían volutas de humo.

—¡Bajadlo! —ordenó.

Un soldado sostuvo al cadáver mientras otro subía a la mesa y cortaba la cuerda. Colocaron el cuerpo del Eunuco en el suelo. Memnón se arrodilló junto a él. La piel aún estaba caliente. Chasqueó los dedos. El soldado le dio una daga y cortó el nudo: el cadáver dio una ligera sacudida al salir el aire de los pulmones que había quedado dentro.

—Lleva muy poco tiempo muerto.

Examinó el rostro y el cuello del Eunuco. No encontró ninguna señal ni golpe a excepción del verdugón violeta oscuro alrededor de la garganta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Se levantó y caminó hasta el humeante cuenco de bronce. Se había vaciado el agua y ahora estaba lleno de ardiente ceniza negra. Echó un vistazo a la celda. Todo estaba en su sitio: el pequeño catre, la túnica y el cinturón colgados de un gancho en la pared. Una lámpara de aceite se había apagado, pero otra todavía brillaba con fuerza. Sobre un escritorio cerca de la pared había un plato de comida a medio acabar, una copa y una jarra de vino.

—¿Qué ha pasado? —repitió. Señaló al carcelero de cara rechoncha—. Tú, Cerbero.

—Procuramos que estuviese cómodo —el carcelero no quería sentirse intimidado. Se acercó arrastrando los pies, con los brazos abiertos en tono de súplica—. Mi señor, nos dijisteis que procurásemos que estuviese cómodo.

—Eso ya lo sé —replicó Memnón.

—Tenía su ropa, un cinturón, e incluso un cuchillo. Nosotros estábamos comiendo en un extremo del pasillo, y los guardias en el otro. Entonces oímos que habían dado la alarma.

Memnón miró a los soldados.

—Es verdad, señor. Dejamos el pasillo y subimos las escaleras. Cerbero y los carceleros nos siguieron. Nos preguntábamos qué estaría pasando. Alguien dijo que nos estaban atacando, vimos el humo...

—¿Y luego qué?

—Volví a la celda —contestó Cerbero—. Olí el humo y pensé que venía de fuera. Cuando miré por la rejilla el Eunuco estaba colgado del cuello, y salían llamas y humo del cuenco. Cuando encontré mis llaves y abrí la puerta... —El hombre se encogió de hombros—. Ya era demasiado tarde. El Eunuco estaba muerto.

Memnón estudió la rechoncha y astuta cara, los babosos labios y la mirada furtiva.

—Mi señor —gimió el carcelero—. Yo solía hablar con el Eunuco. Estaba asustado. Pensaba que una vez hubiese acabado con su trabajo, sería crucificado. Creía que no había escapatoria.

Memnón se giró y bajó la vista al cuenco.

—¿Ha quemado todo? —preguntó Efialtes.

Memnón asintió.

—Ha quemado su copia del manuscrito y todas las anotaciones que había hecho —cerró los ojos para controlar su furia—. ¡Desnudad al cadáver! —Se fue hasta la puerta y se giró—. No, pensándolo mejor, olvidémoslo. Tú —señaló al carcelero—, llévatelo al incendio de ahí fuera. Que sirva de algo. ¡Tira el cadáver a las llamas y acabemos con el asunto!

Cuando volvieron a la sala de banquetes, el chambelán les estaba esperando de pie en la entrada. En esta ocasión se hincó de rodillas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Orontobates.

El chambelán alzó una cara llorosa.

—Mi señor, aún hay peores noticias.

—¡Levántate! —dijo Orontobates entre dientes.

El chambelán se negó.

—Mi señor, ya sabéis que he estado trabajando duro día y noche —hablaba despacio para que Memnón y Efiates le pudiesen entender—. He oído los informes de nuestros espías en la ciudad. Justo antes de que dieran la alarma, uno de los mejores, un hombre serio e ingenioso...

—¿Sí, sí? —Orontobates le interrumpió con impaciencia.

—Ese hombre —el chambelán levantó la cabeza—, ese hombre juraría por el alma de su madre que vio una fila de macedonios del Escudo de Plata muy cerca del palacio.

Orontobates lo agarró por la túnica. Lo puso de pie y lo zarandó.

—¡Mientes! ¡Tu espía se equivoca!

El chambelán, temblando de miedo, sacudió la cabeza.

—¡Mi señor, os digo la verdad!

Efiates se apartó de repente, dando una patada a un taburete. Orontobates empujó al chambelán fuera de la sala y cerró la puerta de golpe. El guepardo se le acercó, pero Orontobates lo apartó con el pie. El animal se quejó y se fue a un rincón.

—¿Puede ser cierto? —dijo Efiates entre dientes—. ¡El Escudo de Plata! ¿El regimiento de guardias macedonio, aquí? ¿Cómo?

—El espía debe ser interrogado —gruñó Memnón—. Ha dicho que vio una fila, puede que veinte o treinta hombres. Veamos —intentó ordenar sus ideas—. Podría tratarse de un pequeño grupo que se hubiera escondido aquí antes de que empezase el asedio.

—¡Pero llevan armadura! —gritó Efiates—. ¿Por qué llevar armadura y atraer la atención? ¿No lo veis, Memnón? —Cogió una copa, se la bebió entera y la estampó contra el suelo—. Querían que les viéramos. ¿Cómo sabemos que no se han visto más filas de macedonios en alguna otra parte de la ciudad? ¿Y si entraron estandartes para incitar a la multitud? ¿Y si distribuyeron oro y plata como soborno?

—¿Y la muerte del Eunuco? —intervino Orontobates—. ¿Es sólo una coincidencia? ¿Y el mensaje para Efiates? Y ahora nos dicen que se han visto

macedonios dentro de las murallas.

Memnón atravesó la sala y cogió un pergamino, un mapa detallado de la ciudad. Lo puso sobre una mesa, apartando las copas y los platos de golpe, y lo desenrolló.

—Señores —usó copas para aguantar el pergamino y pidió a los otros dos que se acercasen—. Ahora no es momento para berrinches ni cóleras —dibujó la formación en herradura de las murallas de la ciudad—. Aquí es donde hemos opuesto resistencia —señaló el centro de la herradura—. Aquí es donde Alejandro y su ejército han destruido las murallas.

Para enfrentarnos a eso sólo dejamos un pequeño ejército aparte y concentramos todos nuestros efectivos aquí. Seguramente dejamos penetrar a los macedonios —mover el dedo—. Entre las murallas y el puerto está la extensa ciudad de Halicarnaso. Ahora voy a describir una especie de pesadilla. Si hay macedonios en la ciudad —miró a Efiates con cara de advertencia para que mantuviese la calma—, ¡sólo los dioses saben cómo llegaron hasta aquí o dónde están! Supongamos que mientras nos concentramos en las murallas, intentando deshacernos de Alejandro, la ciudad se levanta en nuestra contra, armados y guiados por macedonios. Estaríamos atrapados por ambos lados. Si nos volvemos para hacerles frente, los macedonios podrían entrar y estaríamos acorralados. Si los ignoramos, esa muchedumbre podría asaltar las puertas y Alejandro no necesitaría sus arietes ni sus torres de asalto.

—Podríamos dividir nuestras fuerzas —intervino Efiates.

—Eso significaría desproteger las murallas, y sería un caos. Efiates, sois un comandante experimentado. Algo que los soldados no pueden tolerar es darse cuenta de que el enemigo ya no está delante sino detrás de ellos. Habría desertiones, motines, y algunos se rendirían. Seríamos asesinados o capturados y entregados a Alejandro —aguantó la mirada a Efiates—. Él ha dado su solemne palabra; si caemos en sus manos, nos crucificará.

Orontobates se quitó su gorro frigio y lo tiró al suelo, se aflojó el cuello de la túnica debajo de su hermosa capa.

—¿Qué podemos hacer? —murmuró.

—Sabéis qué tenemos que hacer —contestó Memnón—. ¡Algo con lo que pensé que nunca estaría de acuerdo, pero cuanto antes lo hagamos, mejor!

## Capítulo XII

«Pixodaro, rey de Caria, ofreció a su hija para casarla con Arrideo».

Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*, Libro 1, capítulo 9.

**P**or qué mataste a tu esposa?

Gentius se levantó de un salto, pero Telamón, sentado en un taburete delante de él, le obligó a sentarse de nuevo. El actor abría y cerraba la boca, agitaba los dedos con nerviosismo.

—No sé de qué estás hablando —tartamudeó.

Telamón miró a Casandra, que estaba apoyada en la puerta de la habitación. Reprimió un bostezo y se frotó la cara. Había dormido muy poco, pero consideró mejor coger el toro por los cuernos y hacer frente al asesino.

—Tú mataste a tu esposa —repitió—. Cogiste una cuerda y la estrangulaste.

—Yo no fui.

—¿Entonces quién?

La cabeza de Gentius se movió. Telamón notó el espasmo del músculo encima de su mejilla.

—No eres bueno mintiendo —añadió en voz baja—. Si tú no mataste a tu esposa, ¿quién lo hizo?

—Pues uno de los otros. ¡Incluso podrías haber sido tú!

—¿Y por qué tendría que matar yo a tu esposa? Apenas la conocía. Y lo mismo puede decirse de Solán, Bessos o Sarpedón. Gentius, eres un asesino. Estás lleno de culpa y remordimiento. En realidad no planeaste matarla. Perdiste los estribos y ocurrió. Estabas buscando a tu esposa y seguramente la encontraste en la habitación de Pamenes, llorando por su antiguo amante. Se te acabó la paciencia. No podías aguantar más burlas. Cogiste una cuerda y la enrollaste alrededor de su cuello con tus poderosas manos. Debió de morir rápido, tan rápido como una gallina a la que un granjero le retuerce el cuello.

Gentius intentó hablar, pero su voz era ronca.

—Y luego empezaste con aquella farsa, por cierto, una actuación no muy buena, Gentius, de buscar a tu esposa. Hiciste subir a aquel guardia, y que te acompañara de habitación en habitación. Lo que él no sabía era que tú ya habías asesinado a Demerata y habías escondido su cuerpo en el dormitorio de Pamenes, debajo de la cama o detrás de la puerta. La abriste, miraste dentro rápidamente, y a efectos prácticos estaba vacía. Entonces fuisteis a revisar a otra parte. Mientras el guardia seguía buscando, tú te escabulliste, recogiste el cadáver de tu mujer y lo estiraste sobre la cama. El guardia volvió a su posición al final de las escaleras y tú continuaste con tu búsqueda ficticia fuera de la casa. Volviste, le pediste que te acompañase de nuevo y, ¿quién lo iba a decir?, encontrasteis el cuerpo de tu esposa

despatarrado sobre la cama de Pamenes, con una cuerda alrededor de su garganta. El guardia fue tu testigo. La habíais estado buscando frenéticamente. Ya habíais entrado en la habitación de Pamenes y no habíais encontrado nada. El asesinato, por tanto, debía de haber ocurrido mientras tú y él estabais en otra parte. Menuda tontería, una obra con muy mala trama.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —dijo Gentius con voz ronca.

—Nadie fue visto subiendo las escaleras ni hablando con Demerata —contestó Telamón—. No había indicios de ninguna lucha. Podía ser ligera y frágil, pero Demerata habría golpeado a cualquiera que no conociese y que se le acercase demasiado. No —le dio unas palmadas en el hombro—. Mataste a tu mujer. La estrangulaste, escondiste su cuerpo, organizaste aquella búsqueda ficticia y lo preparaste todo antes de que el guardia estuviese presente, que fue cuando decidiste que tu obra había llegado a su fin.

—¿Y qué pruebas tienes de eso?

—Más de las que necesito. Preguntaré al guardia quién subió aquellas escaleras, quién llevó a Demerata a aquella habitación y por qué tendría que ir ella allí —hizo una pausa—. Hay otra prueba. Estás lleno de culpa y remordimiento. Cuando examiné el cuerpo, parecías estar sumido en tu dolor, casi ido. Sin embargo, después de que el guardia hubiese contado su versión, tú respondiste con lógica. Seguro que habías escuchado cada palabra.

El rostro de Gentius se relajó y sus hombros se encorvaron.

—¿Por qué la mataste? —preguntó Casandra en voz baja.

—Porque la amaba. Demerata era mi público, mi inspiración. Toda alma tiene su canción, y ella era la mía —se le llenaron los ojos de lágrimas—. Nos conocimos en Atenas, en el Festival de las Flores, hace unos dieciséis años. Era la hija de un vendedor de vino, pequeña y oscura. Venía a ver mis actuaciones nocturnas. Me enamoré de ella en seguida. No tuvimos hijos, pero me acompañaba cuando viajaba de ciudad en ciudad recibiendo los aplausos de los grandes —las lágrimas le caían por las mejillas—. Las mujeres me abordaban, pero yo las ignoraba. Demerata también tenía sus admiradores. Al principio, los toleré. Pensé que no era nada malo, pero entonces, como grandes vacíos en un guión, supe que algo iba mal. Aquel joven soldado, aquel joven poeta... Me convertí en un cornudo, pero la amaba aún más. Se lo toleraba. Ella siempre me prometía que no lo volvería a hacer, que me sería fiel y que en realidad sólo me amaba a mí. Yo me consideraba un gran actor, Telamón, pero pensándolo bien —se puso a reír de repente—, Demerata era aún mejor. Se disgustaba cuando rompía su promesa. Yo estaba acongojado porque me rompía el corazón. Y luego vino Pamenes —suspiró—. Cuando oímos cómo el Macedonio había ganado la gran batalla del Gránico, decidimos que era más seguro dejar los caminos a los ejércitos en marcha, y refugiarnos por un tiempo en la corte de la reina Ada, en su fortaleza de Alinde. Era fresca, y estaba lejos del calor y el polvo: aquella vieja reina rechoncha nos dio la bienvenida con los brazos abiertos.



—¿Y Demerata y Pamenes?

—Demerata conoció a Pamenes. Esta vez fue diferente, no era una aventura ocasional —Gentius aguantó los sollozos—. A Demerata realmente le gustaba. Por aquel entonces la corte estaba revolucionada con parloteos y rumores sobre cómo Alejandro estaba marchando hacia el sur, sobre cómo iba a sitiar la gran ciudad de Halicarnaso, sobre qué puntos débiles tenía. En fin, el manuscrito pitio se convirtió en el centro de la vida de la reina Ada. Solán, Bessos —agitó la mano—. Les conocí a todos ellos.

—¿Y Demerata y Pamenes se hicieron amantes?

—Sí, se hicieron amantes. Por aquel entonces yo era el marido dócil. Me aterrorizaba que Demerata me dejara. Decidí mirar para otro lado. Finalmente me marché de Alinde. A Demerata le dolió profundamente, pero ¿a mi qué me importaba su dolor? Yo había ganado el patrocinio de Alejandro —abrió los brazos—. El resto ya lo conoces.

—¿Discutiste con Demerata sobre Pamenes?

—Ella prometió serme fiel y evitarle, pero él era un hombre apuesto, con sus oscuros ojos vidriosos y su reservado rostro. Sabía que ella me estaba mintiendo —añadió con amargura—. Volvió a él como un perro a su vómito.

—¿Y la noche que Pamenes murió, estuviste buscando a Demerata?

—La estaba buscando, y la encontré a altas horas de la noche en la habitación de Pamenes. Estaban sentados en la cama. Oh, nunca les cogí con las manos en la masa, pero los podía imaginar. Si tengo alguna habilidad, es la de distinguir entre realidad y ficción. Estaban allí sentados, sonrojados, con las ropas de cualquier manera y una copa de vino en el suelo.

—¿Os peleasteis?

—Sólo me los quedé mirando con mala cara, cerré la puerta y me marché sin decir nada. Fingí estar dormido cuando Demerata se metió en la cama. Decidí continuar como si nada hubiese pasado, ensayando mis versos mientras ella interpretaba el papel de la esposa perfecta, apuntándome cuando los olvidaba —sonrió levemente—, presentándome con el sonido de los platillos —se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Cuando Pamenes apareció muerto, representé mi papel. Mantuve mi rostro solemne y me hice el preocupado.

—¿Le mataste? —preguntó Casandra, sin hacer caso de la mirada de advertencia de Telamón.

—No me acerqué a la habitación de Pamenes —replicó—. No le maté, pero me encantó saberlo muerto. Fui a dar un paseo más allá del jardín. Estaba tan satisfecho que dancé como una ménade.

—¿Sospechaste de alguien? —preguntó Telamón.

Gentius soltó una risotada y se volvió.

—Te he observado, médico. Estudias síntomas, ¿verdad? Siempre buscando, siempre indagando. ¡No lo sé! Solán, Bessos, Sarpedón y Pamenes eran como las

cuatro esquinas de una habitación reunidas. Un grupo cerrado y hermético.

—¿Y Cherolos?

—Ah, él se unió a ellos bastante tarde. No confío mucho en Cherolos, con su amor por las serpientes y ese extraño culto. ¿Crees en los dioses, Telamón? Yo no. Cherolos es lo que pretende ser, un sacerdote, posiblemente un espía de la reina Ada encargado de vigilar a los otros —el actor negó con la cabeza—. No lo sé realmente, y tampoco me importa.

—¿Y ayer? —preguntó Telamón.

—Oh, empezó bien. Alejandro había dicho que cuando tomase Halicarnaso...

—¿Perdona? —le interrumpió Telamón.

—Eso fue lo que me dijo. Que se haría con ella como Agamenón con Troya, pero no lo explicó. En cualquier caso —Gentius se frotó las manos—, cuando Halicarnaso caiga, se supone que actuaré en el gran teatro. Estaba muy contento. Si me aseguraba el patrocinio de Alejandro de Macedonia...

—¿Pero Demerata lo estropeó todo?

—Sí, ella no estaba. El guardia estaba dormido en el piso de abajo, los demás estaban fuera en el jardín y Sarpedón estaba en las cocinas. Encontré a Demerata en la habitación de Pamenes. Estaba arrodillada en el suelo llorando, recitando un poema de amor. No me oyó entrar. Me quedé detrás de ella. Fue el poema lo que me dolió. Pamenes estaba muerto, pero ella aún iba a visitar su sombra y a susurrarle palabras de cariño. Tenía un cordel en mi bolsa, de los que se usan para pasar por los ojetes de las túnicas. Un momento estaba de pie detrás de ella y al siguiente estaba poniendo la cuerda alrededor de su cuello. Se lo apreté con rapidez. Ella apenas se resistió, agitándose como un pájaro atrapado en la mano. Murió. Escondí el cuerpo detrás de la puerta —torció el gesto—. Demerata era pequeña. Y entonces monté aquella farsa... no muy convincente, ¿verdad?

Telamón sacudió la cabeza.

—Sabía que sólo sería una cuestión de tiempo —reflexionó Gentius—. Pero pensaba que estaríais distraídos con los demás asuntos. La muerte de Demerata podía ser una más de las extrañas muertes que han tenido lugar aquí —le aguantó la mirada a Telamón—. Eres mucho más astuto de lo que pensaba. Habrías sido un excelente actor. Te habría dado el papel, quizá, de Creonte en *Antígona*, o incluso el del mismo Edipo.

—Ése fue tu otro error —sonrió Telamón levemente—. En la pira funeraria citaste un fragmento de *Antígona*. Si no recuerdo mal los versos, dijiste: «Las cazadoras del infierno que persiguen y destruyen están esperándome». Pero eso no es correcto. En la obra, Tiresias está hablando con el rey Creonte, y el verso debería decir: «¡Las cazadoras del infierno que persiguen y destruyen te están esperando!». Prácticamente admitiste tu propia culpa.

—¿Lo hice? —Gentius empujó el taburete—. ¿Cometí un error como ése? —Se frotó la cara con las manos—. ¿Y cuál es mi destino, médico?

—Eso no lo tengo que decidir yo: tendrá que aplazarse hasta que el rey sea informado —el corazón de Telamón se ablandó con el dolor en la mirada de Gentius—. Si estás diciendo la verdad, fuiste muy provocado. Un período de locura que los dioses pueden enviar.

—¡O los demonios del Hades! —replicó Gentius.

—Te quedarás aquí —continuó Telamón—. Pero hay una manera de ablandar el corazón del rey.

Gentius frunció el ceño.

—¿Recuerdas la noche que fuiste a la habitación de Pamenes? ¿Estaba oscuro?

Gentius asintió.

—¿Pero su dormitorio tenía lámparas de aceite?

—Sí, sí, estaban encendidas: tres o cuatro, si no recuerdo mal.

—Si puedes —le instó Telamón—, intenta recordar qué más viste. Sé lo de Pamenes y Demerata, pero ¿qué más? ¡Por favor, Gentius, piensa!

El actor cruzó los brazos y se sentó, cabizbajo. Telamón oyó ruido de cascos en el patio, gritos y voces, pero no les hizo caso.

—¿Cómo estaba la habitación de Pamenes, Gentius? ¿Puedes recordarlo? Eres actor, tienes muy buena memoria. Imagínate de pie en la entrada: la oscuridad, las zonas iluminadas por las lámparas de aceite.

—Estaba muy limpia y ordenada —respondió Gentius—. Sí, ésa fue mi impresión. El escritorio estaba despejado, no repleto de manuscritos.

—¿Estás seguro de eso?

—Oh sí, y de algo más.

Telamón refrenó su impaciencia: no quería sugerir nada.

—Las alforjas de Pamenes estaban apoyadas en la pared, sin abrochar; estaban llenas de ropa.

—¿Tuviste la impresión de que se iba a marchar?

Gentius alzó la vista de repente.

—¿Por qué dices eso?

—Sólo es una sospecha. ¿Por qué Demerata —insistió Telamón— le visitó aquella noche en particular? ¿Dijo algo ella?

—Lloró por él. Discutimos. Ella decía que la muerte de Pamenes no cambiaba las cosas. Que si estuviese vivo, tampoco le habría visto más.

—Entonces, se marchaba...

Telamón se calló al oír ruido de caballos afuera y un golpe en la puerta: se abrió y Hefestión, vestido con la armadura de la caballería, entró con aire arrogante. Llevaba un yelmo de guerra en una mano y una pequeña fusta en la otra.

—¡Salve al nuevo Patroclo! —susurró Casandra—. ¡Enviado a toda prisa por el amado Aquiles!

Hefestión, acostumbrado a esas burlas, le guiñó el ojo. Se quedó mirando a Telamón, y luego a Gentius.

—¿Problemas, médico?

—Problemas —asintió Telamón—. Y aún más con tu llegada.

—¿Nuestro amo nos quiere ver? —murmuró Casandra.

Hefestión hizo un gesto.

—Me ha enviado para recogerte. El rey necesita tu consejo. Quiere tenerte cerca.

Telamón se puso en pie.

—¡Guardia! —gritó.

El soldado entró. Telamón señaló a Gentius.

—Este hombre será confinado en su propia habitación, se le proporcionará agua y comida. Le acompañarás dondequiera que vaya.

El guardia se puso firme, con la mano sobre la empuñadura de su espada.

—¿Y si intenta escapar, señor?

—No me escaparé —declaró Gentius cansinamente, poniéndose en pie—. Prometo que no me escaparé. Es más, nunca podré escaparme de lo que he hecho.

Hefestión miró, perplejo, a Telamón, quien respondió negando con la cabeza.

—¿Hay algo más que puedas recordar? —preguntó Telamón.

Gentius se giró en la entrada.

—Sí. Las últimas boqueadas de mi esposa —se llevó las manos a los oídos—. Las oigo vaya donde vaya —el soldado le condujo a su habitación.

—No, no me preguntes —Telamón se estiró para aliviar un calambre en su espalda—. ¿Nos tenemos que ir ahora?

—He traído caballos —respondió Hefestión—. El rey también querrá saber qué hay del manuscrito pitio.

Telamón le aguantó la mirada.

—Sería mejor que nos fuésemos ahora —le pidió Hefestión—. El rey necesita a todos los soldados. Voy a dejar dos guardias aquí para enderezar a aquellos sinvergüenzas holgazanes que están tomando el sol en los campos de ahí fuera.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Telamón.

—Te lo contaré mientras cabalgamos.

Al poco rato, con sus equipajes listos, Telamón y Casandra, rodeados por la unidad de Hefestión, dejaron la Villa de Cibeles. Dos oficiales se quedaron atrás para poner orden entre los hombres acampados a las afueras. Al principio, Casandra tuvo que soportar las ligeras chanzas de sus compañeros. Uno acercó bastante su caballo y tiró de su pelo rojo. Ella le respondió gritando una obscenidad. Hefestión gruñó algo por encima del hombro y los jinetes la dejaron tranquila.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Hefestión.

—Te lo diré cuando se lo haya dicho al rey.

—¿Y el manuscrito pitio?

—Se lo diré al rey —sonrió Telamón—. Y él te lo podrá explicar.

Hefestión se puso el casco y miró al cielo con los ojos entrecerrados.

—Hubo un gran alboroto anoche —comentó—. Algo estaba pasando en la

ciudad. Alejandro vio sus flechas incendiarias.

—¿Flechas incendiarias? —repitió Telamón.

—Oh sí, cinco o seis en el cielo nocturno. Sólo los dioses saben qué significan. Alejandro no cabía en sí de la alegría.

Continuaron a medio galope. El camino se hizo más concurrido: carretas que traían provisiones, piquetes alejados y unidades que regresaban al campamento principal. Coronaron la colina, y el campamento macedonio se extendió frente a ellos. El contraste era muy marcado. Las onduladas praderas parecían desaparecer bajo un mar de tiendas y pabellones, barracones irregulares, manadas de caballos, líneas de piquetes, fosos y, por todas partes, el oscuro humo de las fogatas elevándose hacia el soleado cielo azul. El olor del campo daba paso al acre humo de la madera, al hedor de la carne quemada, la boñiga de caballo, el cuero, el sudor, la cera: el olor de millares de hombres acampando mientras esperaban la carnicería de la batalla.

Hefestión los condujo por la entrada principal del campamento, hasta la ancha avenida que el mariscal de campo mantenía despejada. Telamón echó un vistazo a su alrededor.

—Todo el mundo —murmuró— sigue a un ejército.

Los campesinos locales habían acudido con carretillas repletas de productos: pan crujiente, uvas pasas, cubos de cuero llenos de agua de algún manantial. El aire estaba lleno de especias, y del penetrante olor del aceite de pescado y de los higos. También habían llegado actores ambulantes para entretener a los soldados. Un grupo de bailarinas sirias, con los rostros pintados, cabello negro que les caía por la espalda, sinuosos cuerpos aceitados y brillantes, giraban con un ruido de brazaletes al ritmo pegadizo del laúd y los tambores: bailaban, como un mar de color en movimiento, dando palmadas mientras los soldados las acompañaban y aclamaban. Un adivino afirmaba tener el don de discernir a quién le iría bien en la batalla y a quién no.

—Me apuesto una moneda de plata —dijo Hefestión— a que no le dice a nadie que va a morir.

Los barberos y cirujanos habían montado sus tenderetes provisionales. Hojalateros y vendedores ambulantes ofrecían brazaletes y anillos a precios baratos. Hombres escorpión vendían amuletos y fetiches para ahuyentar cualquier mal. De vez en cuando, Telamón encontraba algún rostro que conocía, y levantaba la mano para saludar.

—Las tiendas del hospital están al otro lado, donde hay un poco de sombra —explicó Hefestión—. Pero no creo que Alejandro os necesite para eso.

Llegaron al recinto real, custodiado por un regimiento del Escudo de Plata. Unos mozos se ocuparon de sus caballos. Hefestión llevó a Telamón por delante del gran altar, rodeado de trofeos. A Casandra le dijeron que esperase mientras Telamón era conducido a la tienda real. Telamón se detuvo, sorprendido: pensó que Alejandro estaría allí, rodeado de sus comandantes, enfrascados sobre mapas, pero la tienda estaba oscura, sin ninguna lámpara de aceite encendida. Había un montón de ropa

sobre un triclinio. Se movió y Telamón pudo ver al rey recién despertado. Alejandro apartó la ropa y se sentó en el borde del lecho, frotándose la cara de sueño. Se levantó y se les acercó. Tenía el pelo bien cortado, la cara afeitada, la túnica limpia. Olía a aceite.

—He estado durmiendo.

—¿Soñando?

Alejandro se frotó los ojos de nuevo.

—No, no más pesadillas. Aquel médico de Corinto, Nicias, me dio una pócima para dormir.

—Úsala con prudencia —le advirtió Telamón—. Podrías caer en un sueño y no despertar nunca.

—«El sueño es hermano de la muerte». —Alejandro dijo una famosa cita. Agarró una capa de una percha colocada en uno de los mástiles y, inclinándose hacia Telamón, caminó hacia la cortina de la tienda—. ¿Y el manuscrito pitio? —murmuró.

—¿Sabes que es una carta del arquitecto Pitias a tu padre?

—Lo sospechaba —la expresión de Alejandro no cambió—. Llegó a Pella cinco días antes de que muriese. Ya conocías a mi padre, se pasaba el día ocupándose de sus invitados. Por eso nunca lo tradujo del todo. Bueno —agitó la mano—, ahora no me fastidies, Telamón, quiero que veas algo. ¡Hefestión! —gritó—. ¡Un escuadrón del Escudo de Plata! Voy a enseñar a Telamón lo ocupados que hemos estado.

Los pajes se le acercaron corriendo con la armadura real. Sólo cogió su yelmo de guerra y se los quitó de encima; los caballos ya estaban preparados, así que montaron. Alejandro les condujo fuera del recinto a través del foso. El hedor era insoportable: inmundicia humana mezclada con la asquerosa grasa que usaban los soldados para cocinar y con el agrio humo que se elevaba sobre la pira funeraria al otro lado de la empalizada del campamento. Dejaron el monte y fueron hasta el ardiente promontorio, en el que las blancas rocas devolvían los rayos y el calor del sol.

Alejandro había regresado a su punto de ataque original, y seguía golpeando las murallas cerca de la Triple Puerta. Telamón nunca había visto semejante devastación. Las murallas de Halicarnaso parecían como si hubiesen sido quemadas por algún brutal incendio, ennegrecidas y resquebrajadas desde la base hasta las almenas. El foso estaba siendo rellenado lentamente con tierra, y en otros lugares con más cabañas de techo plano; había incluso un puente que llevaba hasta la entrada principal de la ciudad. Los lanzadores de dardos, las catapultas, las ballestas y otras máquinas de asalto se habían acercado, defendidas por elevados escudos de madera cubiertos con varias capas de pieles. El campo de batalla entre la maquinaria de asedio y el foso estaba atestado de cadáveres. Alejandro siguió la mirada de Telamón.

—He tenido que enviar heraldos —murmuró— pidiendo permiso para retirar a nuestros muertos.

—¿Y Memnón te ha concedido el honor?

—Tiene que hacerlo —contestó Alejandro con tono grave—. Es un griego. Puede

que un día necesite pedir el mismo favor.

Telamón alzó la vista hacia las almenas: los espacios en las fortificaciones estaban tapados con escudos de madera, pero podía ver el brillo de las armaduras. De vez en cuando uno de los escudos de madera se retiraba de repente: los arqueros, apiñados, lanzaban una lluvia de flechas y luego se retiraban antes de que los cretenses, que merodeaban como lobos abajo, pudiesen contraatacar.

—No hay ningún punto débil en la muralla, ¿verdad? —preguntó Telamón, mirando la mancha negra de aceite que cubría gran parte de la muralla debajo de una de las torres de la ciudad.

—Vaya, ¿has traducido el manuscrito por completo?

—No, sólo he empezado.

—No hay ningún punto débil —susurró Alejandro—. Me apuesto a que esta parte de la muralla es tan buena y tan fuerte como cualquier otra sección.

Sonó un cuerno. Las catapultas y las ballestas fueron tensadas con crujidos y chirridos, y los hombres gritaban al cargarlas y prepararlas. De nuevo el cuerno de guerra sonó, con un largo y ensordecedor eco.

—¡Disparad! —gritó un oficial.

Se soltaron las cargas en medio de zumbidos y chirridos de palancas. Las mortales saetas, rocas y ollas ardientes o se estamparon contra las murallas o volaron sobre las almenas para crear caos al otro lado. Los arietes a lo largo del muro tomaron aquello como señal para reanudar sus golpes, que resonaban como el ritmo de un tambor. Líneas de arqueros cretenses con sus faldas de guerra rojas avanzaron poco a poco, con las flechas preparadas. Sobre las almenas, los escudos de madera fueron retirados, y ollas ardiendo y piedras cayeron sobre las gruesas protecciones de piel que cubrían los escudos de los arietes. Los ingenieros de Alejandro respondieron. Una olla en llamas, lanzada con una catapulta, alcanzó a un grupo de arqueros enemigos apiñados entre las fortificaciones. Las figuras se convirtieron en antorchas humanas. Una de ellas resbaló por la muralla y acabó rebotando sobre las cabañas antes de caer en el foso.

—Así continúa —murmuró Alejandro—. Día tras día, aunque he prometido una sorpresa.

Alejandro adelantó su caballo, haciendo caso omiso de las advertencias de Hefestión. Telamón percibió que algo estaba a punto de pasar. Vio que se prendía fuego cerca de las murallas, donde uno de los arietes estaba trabajando. De repente los hombres de dentro dejaron la larga fila de manteletes y corrieron a cubrirse con los arqueros. Telamón observó todo impresionado.

—¡Mirad! —gritó Alejandro—. ¡Allí!

Una grieta apareció en la muralla justo encima del ariete que los macedonios habían abandonado. La fisura se ensanchó y la albañilería se rompió como si fuese un trozo de pergamino. Cuando cayeron las primeras piedras, hubo un estruendo y la sección sobre los arietes se derrumbó formando nubes de polvo blanco. A éste le

siguieron otros derrumbes a cada lado. La parte alta de la muralla, que aguantaba las almenas, parecía que fuese a quedarse como un puente en el aire. Más nubes de polvo seguidas de pequeños ladrillos y trozos de argamasa, y aquella sección también se colapso con un estruendo retumbante. El rostro de Alejandro, ya sin sueño, era todo sonrisas. Las máquinas de asedio cesaron el fuego y una resonante ovación prorrumpió entre las tropas macedonias.

Durante unos instantes todo fue confusión. La sección derruida yacía en un gran montón de rocas y piedras irregulares. Las nubes de polvo aún se extendían. Las murallas a cada lado del gran boquete estaban desiertas. El polvo desapareció, y los gritos de los macedonios se apagaron.

—¡Lo que pensaba! —exclamó Hefestión—. Han construido una media luna —dibujó una forma con los dedos—. Como un cuarto creciente: una muralla detrás de la muralla.

Telamón vislumbró lo que Hefestión había descrito: habían levantado un muro, muy similar al que había defendido la ciudad. Un enorme escudo de piedra cóncavo, no tan alto como la muralla principal, pero también almenado y fortificado. Los soldados y los arqueros enemigos ya estaban sobre él. La muralla derribada había aplastado al mantelete de abajo, pero Hefestión explicó que el ariete se había retirado.

—Ahora es cuando realmente comienza la diversión —susurró—. Si atacamos la media luna, Memnón, utilizando esa nueva muralla y la antigua, podría lanzar lluvias de flechas sobre nuestros flancos.

Alejandro, sin embargo, parecía imperturbable, indicando a sus capitanes que los arietes debían avanzar.

—¡Golpead la nueva muralla! —declaró—. No debe ser, no puede ser tan fuerte como la otra.

Y, girando su caballo, Alejandro hizo un gesto a Telamón y a los demás para que le siguieran de vuelta al campamento. Dejaron el campo de batalla al clamor de los soldados y los chirridos y zumbidos de las catapultas y ballestas, mientras la furiosa matanza comenzaba de nuevo.

Una vez regresaron al recinto real, Alejandro permitió a Telamón visitar a Casandra: la habían llevado a un pabellón adjunto que tendrían que compartir con los demás médicos reales. Después de un rato, Telamón fue llamado de nuevo a la tienda del rey.

—Quiero que trabajes en el manuscrito pitio —Alejandro le señaló una mesa, ya preparada, con lámparas de aceite brillando en la penumbra.

—¿Por qué ahora? —preguntó Telamón—. ¿Qué es tan urgente?

—Quiero saber lo que dice. Me gustaría saberlo antes de tomar Halicarnaso.

—¿Por qué se quedaron los demás en la Villa de Cibeles?

—Porque no son de mi confianza. Uno de ellos es un espía y un asesino. Hefestión mencionó algo de que habían asesinado a Demerata.

—Lo hizo Gentius —respondió Telamón—, en un ataque de celos. Está bajo



arresto.

—Oh, le pondré en libertad —dijo Alejandro entre dientes. Le hizo un gesto para que se sentara a la mesa.

—Si no confías en ellos —planteó Telamón, abriendo su alforja y sacando sus instrumentos de escritura—, ¿por qué se les encomendó el manuscrito pitio?

—Tenía que aceptar la oferta de ayuda de la reina Ada.

—Y necesitas toda la ayuda que puedas conseguir —añadió Telamón, abriendo el tintero—. Has intentado traducirlo antes, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Aristandro lo intentó, fracasó miserablemente, y perdió los nervios. Se lo di a Aristóteles, pero dijo que era superior a él —el rey frunció el ceño—. No sé si lo encontró difícil o no quiso molestarse. Eres extraordinario, Telamón.

—No lo soy —contestó el médico—. Pamenes, el escriba muerto, sí lo era. Prácticamente me dio la llave: sólo fue cuestión de hacerla entrar en la cerradura.

Explicó a Alejandro lo que Pamenes había descubierto. El rey, sentado sobre el filo de su cama, escuchaba con atención, asintiendo de vez en cuando, interrumpiendo con alguna pregunta. Una vez Telamón acabó, Alejandro se estiró en la cama, con un brazo sobre los ojos, hablando para sí.

Telamón volvió a su traducción. Había interrupciones constantes: entraban y salían mensajeros, los comandantes informaban con susurros. Seguían pasando las horas. Telamón tradujo línea a línea. Salió en dos ocasiones para tomar aire y ver a Casandra, pero volvió a su trabajo. Al principio había avanzado muy despacio, pero ahora que había superado las defensas que Pitias había dispuesto, empezaba a ir más rápido: en seguida se dio cuenta de por qué Alejandro estaba tan ansioso por descubrir el secreto del manuscrito. Tradujo una línea y levantó la vista.

—La Villa de Cibeles —comentó—. ¿Sabías que una vez fue propiedad del mismo Pitias?

Alejandro, repantigado en una silla de campamento, con un mapa en el regazo, levantó rápidamente la vista.

—¿Estás seguro? —Estudió el rostro de Telamón—. Estás seguro —sonrió—. ¿Y qué más?

—Pitias no enterró su tesoro en la ciudad. Lo enterró en aquella villa.

Telamón se puso a maldecir y cerró los ojos. Las imágenes iban y venían. Solán y Bessos vagando por los jardines, nunca en el mismo lugar. Sarpedón ocupándose de las plantas y cavando como si la tierra fuese suya. Pamenes aplastado bajo aquella ventana, con un charco de sangre oscura como una aureola alrededor de su cabeza destrozada. Las estrictas instrucciones de Solán a las criadas y fregonas de que no merodeasen por la casa.

—¿Qué ocurre? —Alejandro le estaba estudiando con curiosidad.

—Creo que sé quién es el espía y cómo mataron a Pamenes. Nos han engañado.

—Siempre lo hacen —protestó Alejandro.

—¿Lo sabías?

El rey negó con la cabeza.

—Telamón, sólo sé tres cosas. La primera, que Pitias envió esa carta a mi padre, la reina Ada se guardó una copia y algún espía en su corte la tradujo y se la dio a los persas. La segunda, que Pitias, cuando se enteró de la muerte de mi padre, además de descargar su ira contra los gobernantes de Halicarnaso, debió de difundir la historia de que el manuscrito contenía ciertos secretos sobre las debilidades de las murallas de la ciudad —suspiró—. Y que, antes de huir de Halicarnaso, enterró su tesoro allí. ¡No sabía que la Villa de Cibeles había sido suya!

—¿Y el tercer secreto?

Alejandro enrolló el mapa, lo puso en la mesa y caminó hasta la cortina de la tienda. Les dijo a los guardias que se alejasen y, acercando un taburete, se sentó junto a Telamón.

—¿Debo contarte el tercer secreto, Telamón? Pitias envió un mensajero a mi padre con ese manuscrito. Le dijo algo extraordinario: que el punto débil de Halicarnaso estaba en las rocas de Nyssa.

—¡Nyssa! —exclamó Telamón.

—Sí, el afloramiento rocoso al este de la ciudad: un laberinto de cuevas. Una de ellas, según Pitias, contenía un pasadizo secreto desde la antigüedad que se extendía por debajo de la península y subía hasta la ciudad. Pitias le dijo a mi padre que él había recorrido aquel túnel: que en algunos lugares era estrecho, de no más de un metro de ancho, que a veces estaba bloqueado, pero que un buen soldado sin duda podría seguir adelante. Bueno, ya sabes que mi padre tenía la ambición de invadir Persia. Halicarnaso es el mayor puerto marítimo del Egeo. Tarde o temprano tiene que ser tomado. Filipo envió espías a Halicarnaso y buscaron las rocas de Nyssa. Muchos de ellos no regresaron, pero uno sí: el mensajero enviado por Pitias, un hombre astuto que se hacía llamar «el rapsoda de Efeso».

—¡El rapsoda de Efeso! —exclamó Telamón.

—De vista y mente agudas. El rapsoda encontró tanto la entrada como la salida a la ciudad. Le envié de vuelta para que siguiera espionando, pero nunca regresó: probablemente fue capturado y ejecutado. Bueno, pues me dejó un mapa aproximado. Cuando llegué a la villa, Ptolomeo escogió a los mejores hombres del regimiento del Escudo de Plata bajo las órdenes de oficiales de confianza...

—¿Entonces es ahí donde ha ido Ptolomeo?

—Ptolomeo ha estado muy muy ocupado —respondió Alejandro—. Como un sastre enhebrando una aguja, Ptolomeo ha estado enviando hombres por ese pasadizo hasta la ciudad: iban a reunirse con los otros que yo había enviado antes. Según tengo entendido, los hombres salen por un pozo seco en el barrio de los alfareros. Miembros del que está en contra de los persas les dieron refugio. En cualquier caso, ahora tenemos suficientes hombres en la ciudad para representar una verdadera amenaza para Memnón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Telamón.

—Pedí que hiciesen una señal una vez los oficiales creyesen que tenían suficientes hombres en Halicarnaso para crear división o provocar un levantamiento. Anoche llegó esa señal: tres flechas incendiarias lanzadas hacia el cielo nocturno. Ptolomeo tiene órdenes estrictas. Una vez haya suficientes hombres dentro de la ciudad, tienen que armarse y vestirse como macedonios y dejarse ver, sobre todo que los vean los espías de Memnón.

Telamón se puso a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Alejandro.

—Dijiste que tomarías Halicarnaso como Agamenón tomó Troya. ¿Ptolomeo es tu caballo de Troya?

—¡Así es!

—Memnón debe de estar aterrorizado.

—Seguro. Si sospecha que hay una fuerza hostil detrás suyo o, incluso peor, que un alzamiento en la ciudad puede separarle de sus tropas en la bahía y de la flota persa, se lo tendrá que volver a pensar —se giró y se quedó mirando la cortina de la tienda—. Bien, ya casi no hay luz —murmuró.

—¿Por qué no has dicho nada de esto a nadie?

—Ptolomeo juró mantener el secreto. Nadie lo sabía excepto yo. A ninguno de esos hombres que fueron a las rocas de Nyssa se les permitirá volver antes de que la ciudad sea conquistada.

—¿Lo sabe Aristandro?

Alejandro negó con la cabeza.

—Telamón, eres médico, no soldado, pero ponte en el lugar de Memnón. Tus hombres están todos apiñados sobre las murallas alrededor de la Triple Puerta. Mis máquinas de asedio podrían estar golpeando esas murallas hasta que los fuegos del Hades se extinguiesen...

—Pero si Memnón teme un levantamiento —le interrumpió Telamón—, estará constantemente mirando por encima del hombro. ¿Podría ocuparse de la amenaza en la ciudad?

Alejandro volvió a sacudir la cabeza.

—Demasiado peligroso. Memnón se desgastaría. Yo podría provocar el mismo problema que está intentando evitar. ¡Piensa, Telamón!

—¿Y lanzar un ataque? —contestó el médico—. Podría buscar un respiro lanzando un ataque total sobre tus máquinas de asalto, e incluso sobre tu campamento.

Alejandro le dio unos ligeros toques en la mejilla, imitando el famoso gesto de Aristóteles cuando felicitaba a un alumno.

—Muy bien, sabio médico. Memnón nunca soñó que tendría que dejar aquellas murallas por un asalto total, ni Efiates tampoco, pero no tienen elección. Es lo que yo haría si estuviese en su lugar; una ofensiva sangrienta: hacer una masacre entre los arqueros, incendiar la maquinaria de asalto, atacar el campamento, y luego retirarse a

la ciudad para ocuparse del problema interno.

—¿Ptolomeo está dentro de la ciudad?

Alejandro negó con la cabeza.

—No, es demasiado valioso. Tiene órdenes estrictas de quedarse en las rocas de Nyssa y encargarse de la entrada de los hombres —el rey torció el gesto—. Como puedes apreciar, Telamón, no podía decir ni una palabra de esto a nadie. Tenía que descubrir si el pasadizo podía utilizarse, si podía meter suficientes hombres en la ciudad. ¿Te imaginas qué pasaría si Memnón lo descubriese? Destrozaría toda la ciudad. Pitias era la única persona que conocía todo lo del túnel. Lo descubrió cuando supervisaba la construcción de las murallas de la ciudad.

—¿Y el rapsoda de Efeso?

—Ah, tenía familia en Macedonia. Mi madre se encarga de ellos —Alejandro sonrió levemente—. Fue bien recompensado.

—Pero ¿y si fue apresado por los persas?

Alejandro se encogió de hombros.

—Para entonces era demasiado tarde. No me traicionaría, y los persas no mostrarían clemencia —retiró el taburete—. Además, tengo amigos en Halicarnaso que se ocuparían de él. No te preocupes por el rapsoda.

Telamón estudió el rostro de Alejandro.

—Ahora alcanzareis la gloria, ¿verdad, mi señor? —dijo en voz baja—. La gran ciudad de Halicarnaso, cayendo como una manzana madura en manos del brillante general de Macedonia, el asediador de ciudades, el derribador de puertas. Tu estrella brillará aún más alta. «¿Puede alguna ciudad resistir a aquel hombre?» se preguntarán. «¿No es el favorecido, el escogido por los dioses?».

—Las noticias impresionarán toda Persia y toda Grecia —Alejandro alzó las manos—. Una victoria tan grande como la del Gránico.

—¿Te contó tu padre lo de Nyssa?

—No. Se lo dijo a su nueva esposa, Eurídice. Cuando mi padre fue asesinado, mi madre, por supuesto, capturó a Eurídice y la amenazó con matarla a ella y a su recién nacido si no le contaba todo lo que Filipo le había dicho. La pobre muchacha se creyó las amenazas. Confesó todo: los amantes de Filipo, sus secretos. Cómo, borracho en su lecho nupcial, fanfarroneaba con que podría hacerse con la gran ciudad de Halicarnaso.

—¿Y Olimpia te lo contó?

—Claro —Alejandro se puso en pie—. Justo después de matar a Eurídice y a su bebé —jugó con los anillos de sus dedos—. Yo no tuve nada que ver. Ya conoces a mi madre. Nunca ha podido soportar a un rival. Me contó lo de las rocas de Nyssa. Me dijo que no lo comprendía del todo, pero yo sí. Conocía la mente de mi padre. Cuando sitió Bizancio, Filipo envió un mensaje a los ciudadanos de que habría tomado la ciudad pacíficamente, pero sus gobernantes habían exigido un soborno muy alto.

—¿Y qué hicieron?

Alejandro rió.

—Creyeron a mi padre. Mataron a sus gobernantes, y los que le apoyaban abrieron las puertas y mi padre tomó la ciudad.

—¿Y tú tomarás Halicarnaso?

—Si los dioses son favorables: ¡Memnón atacará esta noche y le estaré esperando! —Alejandro volvió a su asiento—. Mañana a esta hora, podemos estar de celebración en el palacio del gobernador. Bueno, Telamón, continúa con tus estudios, pero antes de que lo hagas, explícame qué más ha estado ocurriendo en la Villa de Cibeles.

## Capítulo XIII

«Consiguieron dar muerte a Efiates y a muchos otros, y finalmente obligaron al resto a refugiarse en la ciudad».

Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, Libro 17, capítulo 27.

**P**itias, arquitecto, a Filipo, rey de Macedonia, os saluda. Os agradezco vuestras recientes misivas enviadas en nuestro cifrado común. Las he leído y destruido. Os insto a hacer lo mismo, para proteger mis propios intereses personales. Pixodaro se ha hecho con el poder en Halicarnaso y ha exiliado a la reina Ada. No me ha pagado por el trabajo que he realizado, me ha defraudado de manera vil y desleal...

Telamón dejó de leer y alzó la vista. Había caído la noche. Fuera, el pabellón real estaba rodeado por una unidad de élite de los Compañeros. Sólo Alejandro estaba presente, sentado en una silla en forma de trono conseguida en un campamento persa después de la conquista de Mileto. Iba vestido con media armadura, la coraza grabada de oro estaba apoyada en la pata de la silla, y su ornado yelmo de guerra, con su pluma teñida de rojo y negro, sobre un taburete. Su escudo ovalado, con el bravo león de Macedonia, yacía en el suelo entre él y Telamón.

—Un hombre resentido —observó el médico.

—¡Sigue leyendo! —ordenó Alejandro.

Me preguntáis sobre las fortificaciones de Halicarnaso —Telamón tosió para aclararse la voz—. Las murallas exteriores son fuertes y están reforzadas con torres, y las entradas auxiliares y la Triple Puerta pueden fortificarse fácilmente. En caso de asedio, podría cavarse un foso alrededor de las murallas en forma de herradura para impedir cualquier maquinaria de asalto, arietes, y mineros que intenten cavar en la parte baja para debilitar las fortificaciones. Dentro de las murallas, las casas pueden derribarse fácilmente para proporcionar un campamento militar a los defensores, mientras que las dos ciudadelas a cada lado del puerto podrían reforzarse y defenderse con la flota imperial persa. Las praderas y la campiña al otro lado del promontorio de Halicarnaso son frondosas y fértiles, repletas de árboles, cultivos y flores. Proporcionarán buen forraje para los caballos. Hay arroyos en abundancia que van a parar al mar y numerosos manantiales; semejante terreno fértil podría mantener a un ejército invasor. Los puertos de Halicarnaso y Myndus están vigilados por la flota persa, pero los trirremes de guerra podrían encallarse en la playa de Hera, una pequeña bahía a unos pocos kilómetros al sur. Mi propia residencia, la Villa de Cibele, se encuentra en el camino que lleva hasta allí. Es desde aquí que os escribo.

Me quedaré un día más antes de reunirme con la reina Ada en su fortaleza de Alinde. He enterrado mi tesoro aquí, no en la ciudad.

Telamón dejó de leer.

—Os he hablado, señor —dijo, formalmente— sobre mi opinión de la Villa de Cibeles y las extrañas muertes que han ocurrido allí.

Por unos instantes Alejandro permitió que la furia se reflejase en su rostro: se inclinó hacia delante, con el labio inferior sobresaliente, y golpeando con el pie el escabel como si quisiese apartarlo de un golpe.

—Os ruego, señor...

—Alejandro, mi nombre es Alejandro para ti, Telamón, que has hecho tan buen servicio.

—Creo —insistió Telamón— que debería enviarse una compañía de lanceros a la villa de inmediato.

—No puedo permitírmelo —la mano del rey sacudió el aire—. No quiero molestias en el campamento esta noche. Los persas pueden tener espías en el camino: ese asunto tendrá que esperar. Tú empezaste la caza, Telamón, y tú puedes acabarla. Quiero saber lo de Pitias. ¡Continúa!

La verdadera debilidad de Halicarnaso —Telamón levantó la carta— no yace en sus murallas, fortificaciones, defensas ni puertas, sino en un angosto pasadizo que puede encontrarse en las rocas de Nyssa, un afloramiento al oeste de la ciudad, morada de chacales, serpientes y reptiles. Si mis deducciones son correctas, ese estrecho conducto permitirá a un sitiador introducir a hombres en la ciudad. Si los habitantes descubriesen el pasadizo, podría sellarse en seguida. Descubrí ese fallo mientras buscaba una cantera, y lo utilicé yo mismo para huir de la ciudad, bien lejos de los oficiales de Pixodaro.

—¡Detente! —Alejandro se rascó la barbilla—. La carta de Pitias llegó en la primavera en que mataron a mi padre —se apoyó en la silla—. Puedo imaginármelo, con la tripa llena de vino, saltando como una cabra en celo —miró por debajo de las cejas a Telamón—. Solía bailar en su dormitorio como un muchacho; ahí fue probablemente donde le contó a su segunda esposa Eurídice lo de las rocas de Nyssa. ¡Cómo debió de soñar Filipo con ser aclamado como el gran sitiador de ciudades, el general que saqueó Halicarnaso! Y todo tan secreto, igual que el método de la escitala —se mordió el labio—. También había leído sobre eso, pero lo había olvidado. ¡Un trozo de manuscrito enrollado en un bastón! ¡Qué curioso, qué astuto!

Telamón le observó.

—¿Sabes lo siguiente que dice Pitias?

Alejandro asintió.

—Lo sospecho. ¡Continúa!

A mi entender... —Telamón se mojó los labios y la garganta con un trago de vino—. A mi entender —continuó, repitiendo las palabras del difunto Pitias—, las fortificaciones de Halicarnaso sólo pueden ser tomadas furtivamente: sin las rocas de Nyssa significaría un asedio tan largo como el de Troya. La ciudad puede abastecerse por mar, y tiene innumerables pozos. Los griegos destacan entre la población de la ciudad, pero muchos han aceptado el dominio persa y se consideran súbditos naturales del Gran Rey. Ahora cambiemos de tema —se aclaró la voz, nervioso—. Seguramente recordareis que deseabais crear una alianza entre la casa real de Macedonia y Pixodaro, gobernador de Halicarnaso. Ofrecisteis a vuestro hijo Arrideo como posible esposo para la parienta de Pixodaro: sin vuestro conocimiento, Pixodaro también recibió una oferta de alianza matrimonial por parte de vuestro otro hijo Alejandro, vástago de Olimpia. Os iba a comunicar esta noticia a vos pero me enteré de que nada menos que Olimpia ya os ha informado.

—¿Qué?

Alejandro se puso en pie de un salto, apartando el taburete de una patada. Avanzó hacia Telamón, con la mano sobre la daga egipcia que llevaba en el cinturón.

—¡Alejandro, no soy Olimpia, soy Telamón!

Alejandro levantó un puño cerrado, tenía el brazo tenso y la mejilla le temblaba de rabia. No miraba a Telamón, sino a un punto por encima de su cabeza, moviendo los labios, farfullando una letanía de silenciosas maldiciones.

—¡Así fue como se enteró mi padre! —Volvió a su silla—. Siempre me lo había preguntado, Telamón —tenía uno de aquellos arrebatos, no de ira descontrolada sino de fría y silenciosa furia, de esos que recordaban tanto a Olimpia—. Filippo se había divorciado de Olimpia —explicó—. Me ignoraba, y esperaba casar al pobre imbécil de Arrideo con una princesa de Halicarnaso —tiró la daga al suelo—. Pensé que mis días en Macedonia habían acabado.

Envié a uno de mis mejores agentes, a un actor llamado Tesalio, a negociar con Pixodaro.

—¿Por qué? —preguntó Telamón.

—Pensaba que tendría que huir de Macedonia —respondió Alejandro—. Si quería conquistar mi propio imperio, ¿qué mejor lugar que Halicarnaso? Mi padre descubrió mi embajada secreta. Tesalio huyó a Corinto. Ptolomeo, Hefestión y los demás fueron enviados al exilio y mi padre me soltó un sermón, cruel y frío, en el que me amenazó diciendo que si le volvía a contrariar, me enviaría a un lugar en el que ya no podría causarle problemas. Le conté todo a mi madre.

—¿Y pocas semanas después Filippo fue asesinado?

Alejandro se le quedó mirando.

—No debes culpar a Olimpia —Telamón intentaba tranquilizar al rey.



—¿Por qué no?

—¿No te das cuenta? —planteó Telamón—. Ella tenía sus propios planes para Filipo. No quería que te convirtieses en un principito menor de una ciudad griega en Persia. Macedonia era tu fuerza, y así debía seguir siendo. Olimpia tenía sus propios planes para Filipo, Eurídice y su bebé —dio unos toques en la carta—. Como tú dices, Filipo no tuvo tiempo para traducir esto antes de que Olimpia atacase.

—Oh sí —contestó Alejandro, como si estuviese hablando solo—. Mi madre atacó tan rápido y con tanta furia como una de sus serpientes. Hizo ejecutar a Eurídice y a su hijo e incineró sus cuerpos. Cada día mezcla un poco de sus cenizas con su vino, producto de los viñedos de Grecia. No te extrañe que mi madre siempre dijese que si esperas lo suficiente en la orilla del río, verás pasar los cadáveres de tus enemigos. Según ella, la venganza es mejor cuando es plena, larga y duradera —hizo un gesto con ira—. ¿Y el resto de la carta?

Esos sorprendentes acontecimientos —continuó Telamón— fueron muy discutidos por Pixodaro y su consejo. Se planteó una cuestión: ¿Filipo se oponía a ofrecer a su propio hijo Alejandro por los rumores de que éste no era su verdadero vástago sino un bastardo?

Telamón escuchó la brusca inhalación del rey.

—«Vuestro enviado respondió diciendo que Alejandro era vuestro verdadero hijo y el descendiente de un dios» —alzó la vista—. Esto es lo que querías, ¿verdad? ¿Es esto lo que has estado buscando tanto? Cuando Filipo se divorció de tu madre, cuando ya no se te consideraba el legítimo heredero, cuando tomó a otra esposa y engendró a otro hijo, Filipo seguía declarando que tú eras su verdadero hijo. Pero ¿qué quiere decir con «el descendiente de un dios»?

Telamón, sabiendo lo peligroso que era aquel asunto, se quedó callado.

—¿Qué quería decir mi padre? —Alejandro se enderezó en la silla, con sus ojos de extraño color mostrando miríadas de emociones: placer, orgullo, alivio, satisfacción, curiosidad.

—¿Sospechabas todo esto? —preguntó Telamón.

—El mensajero de Filipo murió en el baño de sangre que hubo después del asesinato de mi padre, Olimpia se ocupó de ello. Yo no sabía qué creer.

—Y esto —Telamón alzó la carta de Pitias— empezó a provocar esas pesadillas. Tú esperabas que se tradujese para que todo el mundo leyese que Alejandro no era el verdadero hijo de Filipo.

—¿Y el resto de la carta? —preguntó Alejandro repentinamente.

Es mi intención enviaros esta carta —Telamón volvió al manuscrito pitio— y huir a la corte de la reina Ada. La Villa de Cibeles quedará vacía. Mis criados ya se han

ido. Mis disputas con Pixodaro las conoce ya todo el mundo. No puedo esperar a convertirme en su obligado invitado. Todo está tranquilo mientras os escribo: confío más en Filipo de Macedonia que en aquellos a los que he servido tan bien. Os mando saludos. Me despido de vos.

Telamón bajó el manuscrito.

—Todo lo demás —dijo— es pura ficción: los rumores promovidos por Pitias de que su carta podría desvelar el punto débil de las fortificaciones, cuando en realidad contenía un daño aún mayor, un secreto más peligroso. Al parecer debió de hacer una copia y llevársela a la corte de la reina Ada. Pamenes la descubrió y transcribió una versión para sus superiores.

Alejandro levantó una mano para que se callara.

—¡Filipo está muerto! ¡Pitias está muerto! —murmuraba el rey—. Y Halicarnaso traicionada. Esta noche, o la siguiente, Memnón debe mover ficha. Será instado por el exaltado e impetuoso Efiartes. En realidad, no tienen alternativa: tienen que salir y luchar —atravesó la estancia, y le extendió la mano a Telamón—. Lo has hecho muy bien, médico.

—Rendiré homenaje al fantasma de Pamenes.

—Sí —Alejandro le estrechó la mano—. Y yo me haré con Halicarnaso y le diré a mi madre lo que sé. Sería mejor que durmieses un poco, Telamón, aunque no muy profundamente.

El médico apenas había vuelto a sus dependencias cuando oyó los cuernos de guerra sonando, dando la alarma, los gritos de los oficiales, los sonidos de hombres corriendo. Casandra refunfuñó y se dio media vuelta en la cama. Telamón cogió sus armas, un yelmo abollado, una coraza, un escudo y una espada. Se colgó el cinturón en un hombro, haciendo caso omiso de las apagadas peticiones de Casandra de que fuese con cuidado. Sabía que no tenía más remedio que ir. Era un miembro de la casa real: donde iba el rey, especialmente en peligro, Telamón tenía que seguirle.

Alejandro estaba armándose, Hefestión y Seleuco también. Otros comandantes comenzaron a llegar, la mayoría de ellos preparados, mientras Alejandro daba órdenes secretas para que el campamento se pusiese en pie de guerra. Los oficiales se arremolinaron. Se encendieron más antorchas. Los caballos relinchaban, asustados, pues percibían el nerviosismo de sus jinetes. Las trompetas y los cuernos de guerra sonaban en la noche. Todo el campamento estaba siendo despertado.

Telamón montó en su propio caballo y, rodeados por la guardia real, dejaron el recinto. Las unidades macedonias, el Escudo de Plata, las falanges, las compañías de arqueros, los peltastas de escudo ligero, los mercenarios, espoleados y empujados por sus oficiales respectivos, se dirigían en tropel hacia las defensas del campamento, pisoteando la empalizada, utilizándola para cruzar el improvisado foso, avanzando como una flecha hacia donde el combate estaba teniendo lugar. Alejandro y su séquito, abriéndose paso, dejaron las praderas y cabalgaron hacia la rocosa península.

El aire nocturno estaba hendido del fragor de la batalla, el son de las trompetas, los golpes de las armas. El fuego quemaba el cielo nocturno, y el acre olor del humo subía en espirales por todas partes. Las murallas de Halicarnaso se hicieron visibles, con sus almenas iluminadas; el área alrededor de la Triple Puerta se había convertido en el campo de batalla. Máquinas de asedio, manteletes y cabañas protectoras estaban todas ardiendo, y sus llamas convirtieron la noche en día.

Alejandro frenó. La batalla había dado un giro. Los persas habían salido por una puerta auxiliar, tanto a caballo como a pie, y estaban intentando frenar a los macedonios, llevarlos hasta el foso y masacrarlos. Ya habían hecho retroceder a las tropas de Alejandro, prendiendo fuego a la maquinaria mientras otra tropa persa, de caballería e infantería, compuesta también por griegos, había salido de otra puerta al final de la muralla para completar el cerco.

—¿Cuántos hombres? —gritó Alejandro—. ¿Cuántos hombres teníamos aquí?

—¡Unos tres mil! —respondió un oficial a voces.

Los persas, tan decididos a aniquilar a los macedonios que habían rodeado, no se dieron cuenta de la llegada del rey a las praderas. Alejandro se la había jugado, y estaba en manos de Tyche, la diosa de la fortuna.

\*\*\*

La fuerza enemiga estaba presionando por ambos lados, haciendo todo lo que podía para completar el cerco. Alejandro permanecía sentado como una estatua, observando cómo sus hombres estaban siendo masacrados, y cómo sus máquinas de asedio habían sido totalmente destruidas. En la oscuridad Telamón podía oír al resto del ejército macedonio marchando hacia la batalla. Miró por encima del hombro; las tropas parecían fantasmas en tropel en plena noche. La línea de combate macedonia se extendió como una luna creciente, la formación habitual: caballería a cada extremo, la infantería ligera, la gran falange macedonia, los soldados de a pie armados con sus pequeños escudos y sus largas sarisas. Sonaron las trompetas, pero los persas, enfrascados en la batalla, parecían no darse cuenta del ejército que se estaba formando detrás en la oscuridad. Nadie había escapado de su cerco de acero, ningún oficial ni ingeniero había llevado noticias al campamento macedonio.

—Si no nos los hubiésemos esperado —Alejandro se volvió para hablar a Hefestión— habrían masacrado a todos los de aquí y habrían atacado el campamento —desenvainó la espada y la levantó—. ¡Enyalios con Macedonia!

El grito de guerra se repitió por toda la rocosa península con ovaciones y sonos de trompetas. Telamón, sentado en su caballo, empujado por los de su alrededor, sintió un sudor frío. Los persas aún no se habían dado cuenta.

—¡Enyalios con Macedonia!

Se repitió el grito de guerra. Los trompetas del propio Alejandro habían sido llamados. Éstos proclamaron la orden de avance general, con largos y aterradores

toques. La noche se transformó: ya no había una brisa fresca, un cielo estrellado y una luna como un barco anclado, sino una tierra repleta de cadáveres, grandes hogueras ardiendo, consumiendo las terribles máquinas de guerra de Alejandro, las montañas de cuerpos y los gritos y alaridos de los heridos. Telamón esperaba que la línea persa se volviese para enfrentarse a aquella nueva amenaza, o incluso retirarse. Sin embargo, mientras los macedonios avanzaban, las tres puertas de la ciudad se abrieron de repente, con un agudo y chirriante sonido que hizo detener a la línea macedonia. Por ella salía un escuadrón de la caballería persa tras otro, cabalgando para intervenir entre los macedonios y la fiera lucha que estaba teniendo lugar bajo las murallas. Detrás de ellos, avanzaba a toda prisa una masa de infantería, los mercenarios griegos de Memnón, fáciles de distinguir con sus escudos redondos y sus yelmos emplumados. Alejandro no tuvo más remedio que detenerse ante aquella nueva amenaza. La caballería persa galopaba por el rocoso terreno, dividiéndose en dos, dejando que el centro lo llenasen falanges y falanges de mercenarios griegos.

El ataque había sido bien planeado. Habría dos batallas. Para ganar, Alejandro tenía que atravesar este nuevo ejército: sus oficiales se preguntaban entre murmullos por qué Alejandro los retrasaba, dando tiempo a Memnón para desplegarse. Telamón sabía el motivo: Cleito el Negro les había instruido en ello una y otra vez. Filipo también había bajado a los bosques de Mieza y les había descrito todas las complejidades y las sutilezas de una batalla así. Alejandro tenía que estar seguro de que aquella salida desde la ciudad era la última.

La maniobra de Memnón apenas se había completado cuando el rey alzó su espada, brillante y resplandeciente a la luz de las llamas. Los trompetas dieron la señal, un largo estruendo de desafío. La línea macedonia avanzó. El terreno entre ellos y la fuerza de Memnón no era suficientemente extenso como para ir al galope, pero los macedonios, guiados por Alejandro, atacaron por el centro. El rey, rodeado de sus compañeros, su guardaespaldas Cleito el Negro como siempre a su derecha y Hefestión a su izquierda, empezó su sangrienta tarea. Telamón sintió como si estuviesen entrando en una pesadilla. Gritos y chillidos, caballos y hombres cayendo al suelo, jabalinas y lanzas volando por los aires. Por todas partes había jinetes alcanzados de lleno, o caballos que, pinchados por algún proyectil, corcoveaban y se encabritaban, tirando a su jinete.

Telamón no sabía cómo avanzaba la batalla en cada flanco. Podía oír el fragor de la batalla, el choque de las armas. Alejandro y su séquito iban al frente, como una punta de flecha, penetrando más y más entre las líneas enemigas. Telamón, atrapado en el círculo real, no tenía más remedio que seguirles. Ya había experimentado lo mismo antes y, como le había confesado a Casandra, había luchado poco. Si aquel círculo se rompía, el poder y la leyenda de Alejandro se harían añicos.

El ejército macedonio estaba avanzando, y Telemón podía ver delante de él el resplandeciente acero, el choque de espadas contra escudos, el sangriento empuje del combate hombre a hombre. Alejandro y su grupo estaban atacando al cuerpo de élite

de las fuerzas de Memnón, Era una lucha de griegos contra griegos, con furia guerrera alimentada no sólo por las perspectivas de dinero o gloria, sino por resolver enemistades y agravios del pasado. Hubo un momento en el que el círculo se rompió. Cuatro hoplitas griegos, con la armadura brillante de sangre, pudieron penetrarlo, pero de inmediato fueron rodeados y abatidos por la guardia real.

Telamón podía entender la táctica de Alejandro. Debía acabar con aquella amenaza persa y hacer retroceder a los que estaban masacrando a sus hombres hasta el foso. Las murallas de Halicarnaso estaban cada vez más cerca. Telamón, mirando hacia arriba por debajo de su yelmo, pudo entrever pequeñas figuras sobre las almenas, perfiladas por las llamas. Fue distraído por un clamor a su derecha. ¡Ya no estaban rodeados por macedonios sino por mercenarios de Memnón! Una sección del ejército de Alejandro había cedido ante tanta furia. El propio rey estaba siendo obligado a retirarse, agachando su cuerpo para no ser alcanzado. Alejandro estaba sin casco, con su pelo rubio manchado de sudor y las piernas y los brazos salpicados de sangre. Gritaba a Hefestión, quien se había separado durante la batalla. Por unos instantes la línea macedonia estuvo a la defensiva, moviéndose hacia atrás lentamente. Telamón perdió la noción de lo que estaba ocurriendo. Estaba atrapado en una densa aglomeración que oscilaba hacia atrás y hacia delante. De vez en cuando bajaba la vista y vislumbraba la vacía mirada de un cadáver o un brazo cercenado aún agarrando una espada. Había hombres retorciéndose de dolor en el suelo, pero acababan siendo aplastados cuando la caballería de Alejandro retrocedía. El estruendo de la batalla sonaba como un tambor. Miradas perdidas, ojos heridos. Hombres atrapados en el frenesí de la matanza y la masacre. La punta de flecha macedonia estaba siendo rechazada, replegándose sobre sí misma. Por todas partes un persa penetraba, o un grupo de mercenarios griegos. Eran destrozados y rajados, hundiéndoles bien las espadas en el pecho. Telamón luchaba para permanecer montado; su caballo, firme, no tenía miedo. La presión era tan intensa, que en algunos lugares los soldados no podían ni levantar sus armas. Las trompetas sonaban. Se oyó un gran clamor.

—¡Enyalios! ¡Enyalios! ¡Enyalios con Macedonia!

Durante unos segundos toda la batalla pareció congelarse; los hombres se volvieron de piedra, como un friso en la pared de un templo. De nuevo el clamor. La intensa presión empezó a ceder, como un río rompiendo su presa. Los hombres estaban huyendo. Alejandro lideraba el avance. Telamón sintió como si una enorme muralla hubiese sido derribada. El espacio entre él y sus compañeros se ensanchó. Estaban avanzando y entonces se detuvieron, girando hacia izquierda y derecha. Le cayó el alma a los pies ante la línea de hombres, ensangrentados y malheridos, que lo miraban fijamente, pero no eran el enemigo; eran lo que quedaba de la fuerza de asalto de Alejandro atrapada por los persas. ¡Lo habían conseguido! Los persas y los griegos de Memnón habían sido vencidos y luchaban por retirarse, desesperados por alcanzar las puertas y ganar la seguridad de la ciudad.

Telamón miró a su derecha y contuvo el aliento ante la increíble belleza de una falange entera de lanceros macedonios, con las sansas bajas como púas de puercoespín. Reconoció sus colores y la armadura. Eran los veteranos, la Vieja Guardia, el corazón del ejército de Alejandro, los antiguos soldados de Filipo, quienes siempre servían como retaguardia. Debieron de ver el caos y avanzaron, apartando a sus propios hombres. Telamón no podía dejar de temblar. Se sintió mareado. Era consciente de las enormes murallas de Halicarnaso, de las hogueras que aún ardían con fiereza, de los crujidos de la madera y del calor de las llamas, del humo que subía como una neblina cubriendo el férreo hedor de sangre.

La batalla se había dividido. Los macedonios estaban empujando al ejército persa, enfrascados en un combate cuerpo a cuerpo ante la Triple Puerta. Los mercenarios de Memnón estaban oponiendo una valiente resistencia, pero el resto de la fuerza persa cruzó a toda prisa el puente provisional bajo la torre de entrada hacia la seguridad de la ciudad. Telamón apartó su caballo. Una flecha le rozó la cara. Volvió adonde la línea de combate macedonia había permanecido en un principio.

Alzó la vista para contemplar el resplandor anaranjado bajo el cielo nocturno: los incendios habían empezado al otro lado de las murallas. El fragor de la batalla estaba por todas partes. A la derecha, los persas habían podido despejar la puerta trasera y se aseguraron de cerrarla tras ellos, pero la Triple Puerta demostró ser tarea difícil. La retaguardia de Memnón estaba en el puente. Telamón observó horrorizado cómo las grandes compuertas, negras como la noche, se acercaban la una a la otra. Estaban casi cerradas cuando se oyó un horrible chasquido. Las puertas se cerraron, dejando sin escapatoria a los que estaban luchando sobre el puente cuando éste cedió del todo. Telamón cerró los ojos. Los hombres de la retaguardia de Memnón cayeron al foso, atrapados como lobos en una trampa.

Los lanceros macedonios se retiraron. Los arqueros cretenses corrieron hacia delante, fila tras fila. Se arrodillaron al borde del foso y dispararon lluvias de flechas. Los espantosos gritos resonaron por todas partes. Algunos de los más resueltos defensores se hicieron cargo de la torre y las murallas a cada lado de la Triple Puerta, pero los centenares de hombres perdidos en el foso fueron el sangriento sacrificio por el fracaso del plan de Memnón. Se acercaron más arqueros cretenses. Se les unieron lanzadores de jabalina. Telamón echó un vistazo al campo de batalla. Los muertos yacían a montones en la rocosa superficie que se extendía delante de las murallas. Aquí y allí un hombre gemía y gruñía. Caballos enloquecidos trataban de levantarse, agitando las patas y retorciendo la cabeza, como monstruos intentando emerger del suelo. La línea de combate macedonia ya estaba replegándose, y los hombres se detenían a cortar el cuello de algún camarada o enemigo caído. Los ordenanzas corrían con camillas. Telamón desmontó rápidamente. Entró en el campo de batalla, resbalando y pisando charcos de sangre. Una mano le tocó el tobillo. Un persa yacía allí, mirándole fijamente y con el cuerpo temblando. Telamón se agachó y aflojó la mano del hombre y en ese momento el persa sufrió un último temblor y su cabeza se

quedó inmóvil, con la mirada vidriosa y perdida. Otros hombres gritaban. Telamón se detuvo junto a un arquero cretense que andaba a gatas, y le ayudó a ponerse en pie. Puso el brazo alrededor suyo y le ayudó a llegar hasta un grupo de camilleros. Al hacerlo, recordó las palabras de su padre: «Recuérdalo siempre, Telamón: al final, para los heridos, no hay verdadera diferencia entre una batalla perdida y una ganada».

Entregó el soldado a los ordenanzas y volvió sobre sus pasos, buscando entre los montones de cuerpos alguna señal de vida. Los gritos le resonaron en los oídos. Hombres con espantosas heridas en el vientre y el pecho pedían agua desesperadamente. Había barullo de diferentes lenguas, y por todas partes la destrozada panoplia de combate: yelmos y escudos, espinilleras, espadas y dagas hechas añicos, arcos y lanzas rotos. Aparecieron luces de antorchas. Los macedonios estaban buscando compañeros o un botín. De vez en cuando se oía el grito de algún desgraciado que era ajusticiado. Telamón encontró a dos persas temblando junto al cadáver de un caballo. Les ayudó a levantarse, y les empujó hacia las filas macedonias, haciéndoles gestos para que mantuviesen las manos hacia delante como señal de rendición. Los dos hombres habían dado sólo unos pocos pasos cuando hubo un silbido de flechas y ambos cayeron. Apenas golpearon el suelo, los arqueros cretenses aparecieron de entre la oscuridad, como lobos buscando cuerpos a los que robar. Telamón ya no podía más. Se sentó en el suelo y se puso la cara entre las manos.

—¿Qué es lo que ocurre, Telamón? ¿Tan blando como siempre?

El médico apartó las manos y fulminó con la mirada a Cleito el Negro, sentado sobre su gran caballo de guerra junto a Alejandro.

—¡Y supongo que para ti habrá sido un gran día, sanguinario! —respondió Telamón gritando.

Cleito se puso a reír y luego escupió en dirección a Telamón.

Alejandro hizo avanzar a su caballo. Tenía la armadura abollada, salpicada de barro y sangre, y la cara magullada y ennegrecida por el humo.

—Venga, Telamón. ¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¡Levántate, hombre!

Telamón agarró la mano extendida del rey y se puso en pie. Alejandro cogió las riendas con una mano y ayudó a subir a Telamón con la otra, luego condujo a su grupo lejos del campo de batalla hasta un círculo de antorchas en el que se había dispuesto un cuartel general provisional. El rey desmontó y pidió vino a gritos. Los pajes vinieron corriendo con tazas de barro cocido y odres rellenos. Telamón aún se sentía mareado y se sentó en el suelo. Alejandro le dejó solo mientras sus comandantes le informaban: Seleuco, Amintas, Hefestión. Incluso Ptolomeo apareció, con su rostro marrón como una almendra y la mirada brillante, y tan impertinente como siempre. Le dio un ligero cachete a Telamón en la nuca.

—¡La batalla es nuestra, la ciudad es nuestra, médico!

Telamón le recordó que las puertas aún estaban cerradas. Ptolomeo le susurró que tuviera paciencia. Hefestión trajo una taza de vino y ayudó a Telamón a incorporarse.

Los caballos fueron apartados y Alejandro, con una mano apoyada sobre el hombro de un paje, se quedó mirando ávidamente la Triple Puerta.

—¡Quiero a la mejor patrulla desplegada! —ordenó—. ¡Tienen que vigilar las almenas!

—¿Por qué? —preguntó Cleito.

—Porque dentro de poco van a quedarse desiertas —Alejandro se bebió el vino de un trago. Estaba a punto de continuar cuando sonó un grito, y un grupo de compañeros vino corriendo llevando un fardo ensangrentado entre todos. Lo dejaron en el suelo a los pies de Alejandro y abrieron las puntas de la capa. Alejandro y sus compañeros se pusieron alrededor. El cadáver estaba destrozado: un profundo corte de espada le había cortado la parte izquierda de la cara, saltándole los dientes y la boca, y parte de la mandíbula había desaparecido.

—¡Efialtes! —exclamó Alejandro. Se arrodilló y tocó el cabello ensangrentado del muerto—. ¿Dónde lo habéis encontrado?

—Cerca del puente.

—La muerte de un guerrero —murmuró Alejandro, poniéndose de pie—. Ojalá tuviese a un hombre como él conmigo. Pero, después de Tebas, se creó una enemistad a muerte, ojo por ojo.

Efialtes iba vestido con una túnica. La coraza, las espinilleras y la falda al parecer le habían sido robadas, junto con su yelmo, su escudo y sus sandalias.

—¡Vestidlo con la armadura de un guerrero! —Alejandro miró los dedos del sucio y dañado cadáver—. Lavad su cuerpo con aceite. ¡Dadle un funeral de héroe!

Los guardias recogieron su espeluznante carga y se adentraron en la noche. Alejandro volvió a contemplar las fortificaciones.

—Mirad —señaló.

Siguieron su indicación. Las luces ya estaban desapareciendo. Un extraño y silencioso vacío había descendido, roto de vez en cuando por los gritos de los heridos o por los relinchos de algún caballo asustado.

—¡Hefestión! ¡Cleito! ¡Ordenad a la línea de combate que se reúna! —Se giró y agarró a Telamón del brazo—. Tú, médico, vuelve al campamento. Bebe algo de vino y duerme un poco. Mañana, justo después del amanecer, dispón de una patrulla de reconocimiento, vuelve a la Villa de Cibeles y haz lo que tengas que hacer.

Telamón murmuró su agradecimiento y, dando tumbos, se adentró en la oscuridad mientras Alejandro llamaba a gritos a sus heraldos y trompetas.

\*\*\*

Memnón se sentó al pie de la acacia en los jardines del gobernador de Halicarnaso, con su ensangrentada y abollada armadura apilada junto a él. El rodiano se estaba secando el sudor y la suciedad de la cara y el cuerpo con una esponja. De vez en cuando agarraba una copa de las manos de algún oficial, la bebía con calma y



se la devolvía bruscamente. Orontobates, de cuclillas a su lado, ya se había cambiado. Había prescindido de todas las galas de un comandante persa y llevaba un simple jubón acolchado y polainas; su escudo, la espada y el gorro persa descansaban en el suelo junto a él. El palacio del gobernador era una enorme hoguera. Escribas y empleados estaban quemando preciados manuscritos, registros, documentos, cualquier cosa que no pudiesen llevarse.

—Efiartes está muerto —Memnón intentó mantener el tono de voz—. Se estaba retirando conmigo hacia el puente cuando él y sus oficiales fueron rodeados por un grupo del Escudo de Plata.

Fulminó con la mirada a Orontobates. El persa parecía haber envejecido en cuestión de horas: su fino y carnosos lustre había desaparecido, sus mejillas tenían arrugas, su mirada era fiera y desafiante. Él también había combatido amargamente.

—Todo está perdido —susurró el persa.

—Aún podríamos ocuparnos de las murallas —replicó Memnón—. Podríamos aguantar.

Pero, mientras hablaba, un mensajero se les acercó corriendo por la hierba, se arrodilló y susurró algo al oído de Orontobates. El gobernador se puso en pie, con las manos abiertas. Memnón se le quedó mirando mientras caminaba de un lado a otro golpeándose con el puño en el muslo. Por todos los jardines los hombres se estaban recuperando de la carnicería en la Triple Puerta. Algunos de ellos ya se habían escabullido en la oscuridad, y Memnón no les podía culpar. Si los macedonios penetraban, los persas podrían pedir algún acuerdo, pero Alejandro había proclamado que cualquier griego que fuese encontrado armado contra él podía esperar poca misericordia.

—¿Cuántos hombres nos quedan? —Se volvió hacia el oficial.

—Unos cientos, señor.

El hombre no se había molestado en limpiarse, y llevaba la cara aún manchada de barro seco y sangre. Memnón se sintió culpable, y le ofreció su copa.

—Bebe —le instó, y le señaló las cestas de comida—. Repón tus fuerzas. ¿Tú también quieres irte?

El hombre negó con la cabeza.

—Me quedaré con vos, señor, vivo o muerto. Ninguno de vuestros oficiales abandonará el estandarte de Memnón de Rodas —el hombre suspiró cansado—. Hemos jugado y hemos perdido. ¡La próxima vez que juguemos podríamos ganar!

Memnón le dio unas palmadas en el hombro.

—Llena la tripa —le dijo—. Dile a los hombres que hagan lo mismo y que reúnan las armas, y que saqueen todo lo que puedan —sabía lo que le habían dicho a Orontobates: el persa aún caminaba de un lado a otro farfullando en voz baja.

—Los macedonios están en la ciudad, ¿verdad? —preguntó Memnón, con la voz cascada.

Orontobates asintió.

—Al menos un regimiento del Escudo de Plata.

—¿Nos bloquearán el paso si volvemos? —preguntó Memnón.

—No lo creo —Orontobates sacudió la cabeza—. Sus oficiales serán recibidos y acogidos por los demócratas, los líderes de la multitud. Intentarán hacerse con los edificios importantes: la tesorería, los templos, cualquier cosa que necesiten los macedonios.

Memnón sintió que le invadía un sentimiento de ira.

—¿Cómo? —exclamó, poniéndose de pie y chasqueando los dedos a sus oficiales para que le ayudasen a armarse. El frío aire nocturno cortaba su sudorosa piel. Se puso la túnica por la cabeza con dificultad, y luego levantó los brazos para que la coraza pudiese abrocharse.

—No lo sé —Orontobates extendió las manos y se quedó mirando el cielo—. Ese maldito manuscrito pitio... No hay ningún punto débil en las murallas, pero debe de haber un pasadizo secreto para entrar en la ciudad —apartó una mano—. Probablemente afuera, en la península, un río subterráneo que se haya secado.

—¡El manuscrito pitio! —gruñó Memnón—. ¡Nuestro caballo de Troya! ¡Nos han tendido una trampa, Orontobates, nos han engañado completamente! —Miró con furia al palacio y recordó el cadáver del rapsoda de Efeso y el cuerpo del Eunuco colgado del techo.

—Bueno, si el Macedonio quiere la ciudad, ¡dejemos que la tenga! —bramó.

—¿Negociareis un acuerdo? —Orontobates se le acercó y estiró las manos—. Mi señor Memnón, estaré con vos hasta la muerte. ¿Qué tenemos que hacer?

—¡Quemad la ciudad! —ordenó Memnón—. Que arda mientras nos vamos. Orontobates, algunos de vuestros hombres pueden hacer de incendiarios. Que se vistan como ciudadanos. Deben causar todo el daño posible. Se rascó una barbilla sin afeitarse.

—Las hogueras ya han empezado —declaró Orontobates—. Obra de los macedonios.

—Bueno, pues acabemos lo que ellos han empezado —Memnón llamó a sus heraldos. Las trompetas y los cuernos de guerra sonaron. Todo él volvió a la vida: los hombres reuniendo las armas, buscando a los oficiales, organizándose en sus unidades. Orontobates dio la orden a la caballería para que creasen un camino delante de ellos.

—¡Nos retiraremos al puerto! —gritó Orontobates—. ¡Fortificaremos sus dos ciudadelas y, si quieren los dioses, aguantaremos hasta que el Gran Rey envíe más tropas!

Sus palabras sonaron huecas. Se volvió alarmado mientras Memnón desenvainaba su espada.

—¿Mi señor?

Memnón señaló al palacio.

—Tengo un asunto pendiente.

El rodiano corrió atravesando el césped rodeado por sus oficiales; subieron a toda prisa los escalones hasta el vestíbulo. Los criados ya estaban huyendo, con las manos llenas de cualquier cosa que habían podido pillar. Orontobates también les siguió, escoltado por sus oficiales. Memnón recorrió los pasillos de mármol, hirviéndole la sangre al ver el esplendor que tendría que abandonar.

—¡Quemadlo! —gritó—. ¡No dejemos que los macedonios duerman en nuestras camas!

Sus oficiales obedecieron: volcaron las lámparas de aceite, cogieron las antorchas de las paredes y las lanzaron dentro de las habitaciones. Al final de un pasillo Memnón se detuvo y miró con tristeza al guepardo del gobernador muerto sobre un charco de sangre, degollado.

—¿Quién lo ha hecho? —Orontobates se abrió paso—. ¡Por el Señor de la Luz! —Se agachó y acarició la pata de su mascota preferida—. No hacía daño a nadie. Incluso se han llevado su collar.

Se apresuraron. Memnón llegó a los escalones que bajaban hasta las mazmorras y las bajó deprisa. Todos los guardias se habían ido, las puertas de las celdas estaban abiertas, el pasillo vacío, pero Cerbero y cuatro de sus carceleros estaban sentados en taburetes en la sala de torturas al final de todo. Habían bebido mucho, y ni siquiera se dignaron a levantarse cuando entró Memnón.

—Mi señor —Cerbero estaba apoyado contra la pared—. Creo que un gran desastre ha caído sobre nosotros.

Memnón bullía ante la insolencia del rechoncho y baboso rostro del hombre. Detrás de él sus oficiales se amontonaron, preguntándose por qué su señor les había llevado hasta allí.

—Fijaos en su cuello —susurró Orontobates—. ¡El collar de mi guepardo!

Memnón pudo ver el aro plateado alrededor del cuello de Cerbero, con el resto de la cadena escondido bajo su túnica manchada de sudor. El carcelero le siguió la mirada.

—Yo mismo he encontrado al guepardo —dijo, arrastrando las palabras—. Estaba muerto, por eso lo he cogido.

—El rapsoda de Efeso —Memnón dio un paso adelante—. Nos habría podido decir muchas cosas. Tú silenciaste su lengua para que no confesara nada. En realidad estaba muerto antes de que el señor Mitra llegase. Estás a sueldo de los rebeldes de la ciudad, ¿verdad?

Cerbero se levantó tambaleándose, con el rostro encendido. Uno de sus compañeros alargó la mano, buscando su espada, que tenía en el suelo junto a él.

—Estás a sueldo de los rebeldes —repitió Memnón—. Incendiaste la residencia de verano del gobernador y, mientras todos estábamos distraídos, tú y tus compañeros ahorcasteis al Eunuco y quemasteis sus manuscritos.

—¡Eso es ridículo!

—No, es la verdad.

Memnón se le acercó. Cerbero fue a por su espada mientras sus compañeros se ponían en pie de un salto. Uno atacó a Memnón con una daga. Éste se lo quitó de encima con un puñetazo: embistió por encima de la mesa y clavó su espada en el pecho de Cerbero. El carcelero hizo arcadas y trató de agarrarse a la espada, con los ojos desorbitados, boquiabierto de pánico y dolor. Memnón volvió a clavársela y se apartó. Cerbero se tambaleó hacia delante y cayó desplomado. El resto de sus compañeros se quedaron helados. Memnón chasqueó los dedos.

—¡Matadlos a todos! —ordenó.

Dio media vuelta y salió de la sala dando grandes zancadas. Detrás de él se podían oír los gritos y los quejidos de los carceleros mientras eran atacados por sus oficiales y ejecutados de inmediato. A Memnón no le importaba. Había perdido otra batalla, y mañana sería otro día.

## Epílogo

«Memnón... reunió a sus generales... celebró una reunión y decidió abandonar la ciudad».

Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, Libro 16, capítulo 27.

**L**a masacre en la Villa de Cibeles empezó justo después del alba. Los cocineros y sus ayudantes fueron los primeros en morir. Una muchacha que estaba en el pozo, subiendo el cubo de cuero, oyó un ruido y se quedó mirando aterrorizada: una figura enmascarada, vestida con un manto, con la capucha puesta, estaba en el pórtico con una cruel flecha puntiaguda cargada en su arco. Ella dejó la cuerda y se giró para ponerse a correr, pero la flecha le atravesó la garganta. Cayó contra los adoquines, con las manos temblorosas, luego se quedó quieta, y su sangre se mezcló con el polvo. A los cocineros y sus ayudantes en las cocinas, cuatro en total, les pesaban los párpados de sueño, bostezando y estirándose mientras intentaban encender los carbones y empezaban el trabajo diario. Les alegraba que la villa estuviese desierta, con menos bocas que alimentar. El asesino atacó tan rápido como un cernícalo zambulléndose. Un minuto la entrada estaba abierta, dejando entrar la gris penumbra del amanecer; al siguiente estaba tapada por el arquero, que disparó dos flechas; cada una alcanzó su blanco antes de que los demás se dieran cuenta de qué horrores les venían encima. El panadero murió estirándose para coger un cuchillo de carnicero que había sobre una mesa. El muchacho encargado del asador intentó abrir la puerta trasera, pero quedó clavado en ella por la fuerza de la flecha. El asesino miró a su alrededor, con sus ojos brillando detrás de la máscara. Inspeccionó a todos los cadáveres antes de contar las flechas que le quedaban en la repleta aljaba. Cruzó la habitación, cogió una jarra de vino, bebió un sorbo y vertió el resto sobre el carbón ardiente.

Cherolos estaba en su dormitorio, arrodillado sobre un cojín, con las manos extendidas, y la mirada fija en su diosa serpiente. Se le hacía difícil orar. Deseaba con todas sus fuerzas volver a la corte de la reina Ada. ¿Qué tenía que ver él con manuscritos que contenían secretos que no podía comprender? ¿Y con aquellos escribas que eran tan reservados, cuyas conversaciones eran tan difíciles de escuchar a escondidas? El cometido de Cherolos era espiarles, y tenía que admitir, a su pesar, que había fracasado. Había sido un torpe. El astuto médico, con su bruja de pelo rojo que le seguía a todas partes, en seguida había descubierto que él había entrado en la habitación de Pamenes y se había llevado aquellas alforjas. Por lo menos, suspiraba Cherolos, el médico se había ido con los guerreros. Quizá nunca regresaría. Quizá nadie lo hiciera, y Cherolos podría volver en secreto a Alinde y recuperar su tremendamente aburrida pero cómoda vida en sus lúgubres vestíbulos y galerías.

Oyó un ruido fuera en el pasillo, y se preguntó quien estaría levantado tan

temprano. Uno de los pinches de cocina había sido enviado al campamento macedonio la mañana anterior. Había rumores de la gran victoria macedonia; de que los defensores de Halicarnaso habían intentado salir a atacar en masa, pero habían sido repelidos. Al regresar el pinche lo había confirmado. Los escribas habían quedado muy acongojados con la noticia. Habían fracasado en la traducción del manuscrito pitio, y ahora parecía que sus labores ya no eran necesarias. Solán, de hecho, se había puesto furioso: sospechaba que el médico se había enterado de los secretos de Pamenes y que ya había ganado la carrera por descifrar los misterios del cifrado pitio. Bessos también se había mostrado decepcionado, triste y con mala cara. Sarpedón se había reído. El mercenario estaba ansioso por dejar la villa y disfrutar de las riquezas que podría conseguir cuando los macedonios entrasen en la ciudad.

Se oyó de nuevo el crujido en el pasillo. Cherolos se levantó de mala manera y abrió la puerta. La flecha se le clavó en el pecho y le hizo caer de espaldas. Su asesino entró con él rápidamente, cerrando la puerta de golpe con el talón. Se agachó. Cherolos se le quedó mirando, luchando por respirar, intentando comprender los horribles dolores en el pecho y el cuello. El ataque fue repentino, la sangre le borboteaba en la garganta, y aquellos ojos le observaban con curiosidad como si quisiesen cazar el último suspiro de vida en él. Cherolos tembló y se quedó inmóvil.

El asesino continuó su labor, bajó las escaleras hasta el *andron* donde dos guardias macedonios, que habían bebido demasiado de las jarras de vino que les habían dado la noche anterior, aún yacían despatarrados en el suelo, perdidos en sus borrachos sueños. El asesino sacó su daga y les cortó el cuello con rapidez. Fue un tajo mortal, como el de quien corta el pescuezo a un cordero: el cuchillo hundiéndose en la piel, la tráquea y las arterias, la sangre saliendo a borbotones. Los hombres daban sacudidas en su agonía. El asesino observó y esperó hasta que dejaron de moverse.

—¿Hay alguien aquí?

Sonrió bajo su máscara al oír la desagradable voz de Solán.

—¿Hay alguien aquí? ¡Guardias! ¿Por qué está la casa tan silenciosa?

El asesino salió del *andron*. Solán estaba al final del pasillo, dándole la espalda. El arco estaba tenso, la flecha cargada. El asesino se preparó. Solán oyó algo y se volvió, pero era demasiado tarde. La flecha le alcanzó en el pecho, enviándole contra la pared. El asesino atravesó el pasadizo, observó la cara del anciano, la mirada de sorpresa paralizada. Dio una patada al cuerpo y lo giró hacia la puerta. La luz del día era más intensa. Había hecho lo que había podido.

\*\*\*

El sol ya había salido del todo para cuando Telamón llegó a la Villa de Cibeles. Él y Casandra habían logrado dormir unas cuantas horas antes de que los despertara el capitán de los *prodomoi*, la caballería ligera que hacía de avanzadilla y se encargaba

de las escaramuzas del ejército de Alejandro.

—Nos tenemos que ir ahora, señor —insistió el oficial, mirando con admiración a Casandra, que también hacía esfuerzos por despertarse.

Telamón le dijo que esperase fuera mientras ellos se vestían de prisa y comían el pan duro y la fruta más bien marchita de sus cestas de ración del cuartel. El capitán de los exploradores estaba eufórico por lo que había pasado durante la noche: estaba impaciente por llevar a Telamón a la villa y volver para unirse al resto del ejército. Alejandro había entrado en la ciudad de Halicarnaso, y estaba intentando salvar lo máximo que pudiese de los incendios que Memnón y Orontobates habían causado.

Cuando Telamón y Casandra salieron de sus dependencias se encontraron la mayor parte del campamento desierto. Muchas tiendas y pabellones habían sido desmontados, incluso los del recinto real. El altar había sido desmantelado, y la empalizada que separaba la tienda del rey del resto del campamento había sido aplanada.

—Oh sí, señor, ahora todos están en la ciudad —comentó el capitán—. No podíamos creerlo. Las almenas estaban defendidas, pero al poco rato estábamos golpeando a las puertas con nuestros arietes y nadie oponía resistencia —tosió cuando una ráfaga de humo les pasó por delante.

—¿Y el fuego? —preguntó Casandra.

—Ardiendo alegremente —respondió el capitán—. Han quemado el palacio del gobernador y todos los edificios que se encontraron.

—¿Y Memnón?

—Él y el gobernador persa se han retirado a una fortaleza en la bahía. Hay rumores de que se les permitirá quedarse allí hasta que se pudran.

Telamón se abrochó la capa y asintió. Casandra volvió a su tienda, y empaquetó su bolsa para proteger, como ella decía, sus preciosas posesiones de los ladrones macedonios.

—No estarán en la ciudadela mucho tiempo —siguió comentando el capitán—. Ahora que tenemos la ciudad, los persas se verán obligados a abandonar el puerto.

—¿Y los ciudadanos? —preguntó Telamón.

—Oh, la ciudad ha sido tomada con tranquilidad. El rey ha ordenado que no haya saqueos ni ataques contra nadie. Los únicos contra los que se ha luchado han sido los que se alzaron en armas contra nosotros, pero ya no queda ninguno. Bueno, debemos irnos, señor, el sol está saliendo. Ah, señor, el rey me ha dejado esto para vos.

Telamón desenrolló el pergamino. El mensaje era escueto.

—«Alejandro, Rey, a Telamón el Médico, saludos. Volved a la Villa de Cibele y haced lo que debáis. Emprended cualquier acción que sea necesaria pero traedme la cabeza del traidor». El final del pergamino estaba sellado con el blasón real violeta con la insignia personal de Alejandro.

El capitán le ofreció su odre de vino.

—¿Queréis beber, señor? ¿O vuestra mujer?

—¡No soy su mujer! —replicó Casandra, saliendo de la tienda—. ¿Qué haremos con nuestras alforjas?

El capitán suspiró, entró, y volvió con ellas auestas. Telamón se ofreció a ayudarlo.

—No, señor. El rey me ha pedido que cuide de vos.

Abandonaron el estropeado recinto. Un escuadrón de exploradores les estaba esperando; habían tenido un papel principal en la invasión de la ciudad, y sus rostros y brazos aún estaban ennegrecidos por el fuego y el humo. Algunos llevaban valiosas joyas alrededor de sus cuellos y muñecas: Telamón dudaba de que hubieran cumplido la orden del rey de no saquear más que lo permitido. Silbidos y chiflidos recibieron la aparición de Casandra. El capitán desenvainó su espada y ordenó silencio. Los hombres se giraron tímidamente, como si estuviesen interesados en el arnés de sus caballos. Trajeron una mula y la cargaron con el equipaje. Él caballo de Telamón de la noche anterior estaba preparado.

—Tienes mejor aspecto que yo —le susurró Telamón.

A Casandra le dieron un pequeño poni, uno de raza peluda y de pie firme. Diferentes exploradores se ofrecieron a guiarlo cogiéndolo por las riendas, pero Casandra se las arrebató y se quedó mirándolos con el ceño fruncido. Dejaron el campamento y fueron a buen ritmo. Telamón repantigado en su montura, Casandra trotando detrás. El capitán charlaba sin parar sobre las glorias de Halicarnaso, de lo encantado que estaba el rey de que se hubiese salvado el mausoleo. Aún seguía hablando cuando entraron en el patio de la villa y vieron un cadáver tirado al lado del pozo.

El capitán se calló y frenó. Unos cuantos exploradores formaron inmediatamente un anillo defensivo alrededor de Telamón, mientras que otros entraron corriendo en la casa y empezaron a inspeccionarla. Telamón oyó gritos. Uno de los soldados salió:

—¡No hay peligro, señor! —gritó—. ¡Sería mejor que vinierais!

Dentro, los truculentos hallazgos estaban por todas partes: cuerpos desplomados en las cocinas, el fuego apagado, los dos guardias degollados. Cherolos retorcido en su habitación. Solán, con sus manos agarrando la flecha que le había atravesado el pecho. Telamón palpó los cadáveres: estaban fríos, con la sangre congelándose, atrayendo ya moscas y hormigas. Casandra, pálida, se sentó al pie de las escaleras.

—Muerte y sangre —masculló.

—¿Qué ha pasado, señor? —preguntó el capitán.

—No lo sé.

—¿Persas?

Telamón negó con la cabeza.

—Lo dudo. Creo que... —se calló al oír gritos en el piso de arriba. El soldado volvió, empujando a Gentius delante de él. El actor estaba desmelenado, sucio y sin afeitar, y con cara de sueño. Telamón pudo oler el vino en su aliento, y notó unas manchas en su túnica gris. Gentius le echó un vistazo al cadáver de Solán, al enorme



charco de sangre, y se hincó de rodillas.

—Hay otro más, señor —señaló el soldado.

Sarpedón bajó las escaleras, con toda la cara ensangrentada. Se estaba tocando las muñecas, y se llevó una mano a la cabellera: su corto pelo, justo debajo de la oreja izquierda, estaba tieso con sangre seca. Tenía un corte en la cara y un golpe al lado de la boca.

—¡Llévalos a la sala de telares! —ordenó Telamón.

Una vez allí, ordenó que trajesen vino, y cualquier cosa de comer que encontrasen en la cocina. Sarpedón y Gentius se sentaron de golpe en la mesa. Cuando sirvieron la comida y el vino, Gentius comió ávidamente. Sarpedón, como si estuviese aturdido, dio un sorbo a su copa y mordisqueó un trozo de pan.

—Están todos muertos —empezó Telamón. Se detuvo cuando Casandra entró en la habitación, seguida por el capitán de la guardia, que se fue al otro extremo de la mesa y se sentó entre Sarpedón y Gentius.

—Mis hombres están fuera, señor. Me parece que falta uno de los escribas.

—Bessos —Sarpedón alzó la vista con cara de sueño—. Bessos ha huido, ¿verdad?

—Los únicos que quedan, señor —el capitán señaló a ambos lados—, son éstos dos. Los demás están todos muertos, asesinados con una flecha o degollados.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Telamón.

—Lo de siempre —respondió Sarpedón—. Sabíamos que habías dejado un guardia con él —hizo un gesto hacia Gentius—. Solán sintió curiosidad por lo que estaba pasando en la ciudad. Oímos rumores y envió a uno de los muchachos de la cocina. Volvió con la noticia de que una gran batalla había tenido lugar y que la ciudad había caído, así que decidimos celebrarlo. Todos, incluso Gentius, bebimos y comimos —Sarpedón se encogió de hombros, llevándose la mano al golpe de la cabeza—. Y nos fuimos a la cama.

—¿Qué hora era?

—Ah, debió de ser sobre la tercera guardia. Tengo el sueño ligero. Bebí tanto como todos los demás. Me levanté a orinar. Unos instantes más tarde alguien me golpeó en la parte de atrás de la cabeza. Me giré —Sarpedón señaló el moratón al lado de la boca—, y me volvió a golpear. Recuerdo que caí. Cuando recobré el sentido, estaba en un rincón de mi habitación, atado de pies y manos. Volví a quedarme inconsciente. Oí gritos. Cuando se me despejó la mente, los exploradores estaban cortándome las cuerdas e intentando ponerme en pie.

—¿Y tú, Gentius?

—¿Están todos muertos? —El actor bajó la mirada abrumado hacia la mesa—. ¿Han muerto todos, como Demerata?

—¡Han sido asesinados! —dijo Telamón con brusquedad—. Me pregunto por qué no te habrán matado a ti.

—Tenía miedo —respondió Gentius arrastrando las palabras—. Solán dijo que no

me preocupase de ti ni de tus órdenes, que podía unirme a las celebraciones, pero estoy preocupado, veo cosas. Me asusta que Pamenes y Demerata me visiten —se llevó los dedos a los labios, y alzó la vista al techo.

—Se está volviendo loco —susurró Casandra.

—Pero ¿por qué no te mataron?

—Eché el cerrojo de mi puerta. Eché el cerrojo —repitió— y me quedé dormido. Me desperté esta mañana. Salí a la galería, pero tenía tanto frío que regresé a la cama.

—Ahí es donde le hemos encontrado, roncando como un cerdo —declaró el capitán—. Ah, por cierto, señor, se han llevado un caballo de los establos.

—¡Bessos! —gruñó Sarpedón—. Como la ciudad había caído debió de huir para reunirse con sus superiores.

—¿Podría Bessos haberlos matado a todos? —preguntó Casandra.

—¿Por qué no? —Sarpedón cogió su copa de vino e hizo un gesto de dolor cuando se disponía a beber.

Telamón le hizo señas al capitán de los exploradores. Salieron de la sala de telares. Una vez en el patio, Telamón agarró al hombre del brazo.

—Capitán, ¿os habéis encontrado a Gentius dormido en la cama?

—¿El chiflado? Oh sí, como he dicho, roncando como un cerdo.

—¿Y al otro?

—Atado de pies y manos, con la puerta medio abierta, y cuerdas alrededor de sus muñecas y tobillos.

Telamón miró al cadáver de la muchacha de la cocina, que aún yacía sobre un charco de sangre. Cerró los ojos e inspiró profundamente. No se esperaba todo aquello. Esperaba encontrar la villa como la había dejado, sin los bellacos. Pero ¿aquello? Se giró hacia el capitán.

—Que recojan los cuerpos. Encontraréis madera. El día pronto será caluroso, así que deben incinerarse. Ah —le hizo señas para que se acercara—, sois un capitán de exploradores, ¿verdad?

—El mejor del ejército, señor.

—¿Tenéis hombres que puedan seguir huellas? El hombre que huyó, Bessos, no habrá utilizado los caminos, sino que habrá cabalgado atravesando las praderas. ¿Podrían vuestros hombres encontrar sus huellas, seguirle?

—¿Puede un pájaro volar? —sonrió el capitán—. Dos de mis muchachos os dirían si un caracol se ha marchado de aquí, no digamos un caballo y un jinete.

—Decidles —ordenó Telamón— que si descubren algo importante ¿me entendéis? Cualquier cosa importante..., tendrán una moneda de plata cada uno.

—Entonces será mejor que vaya con ellos, señor.

—En tal caso, serán tres monedas de plata —respondió Telamón.

Volvió a la sala de telares. Gentius había cruzado los brazos, y estaba cabizbajo, hablando para sí. Sarpedón seguía comiendo. De tanto en tanto sacudía la cabeza, como si intentara liberarse del dolor.

—Podéis descansar aquí un rato —anunció Telamón—. Se os traerá más comida cuando las cocinas estén preparadas. Si tenéis que orinar, los guardias de ahí fuera os acompañarán —le hizo señas a Casandra para que le siguiese.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, una vez salieron de la sala.

—No lo sé —se sacó el anillo de su dedo y estudió la insignia de Asclepios. Le hizo un guiño a Casandra—. Ya has visto los síntomas. ¡Encontremos la causa!

Telamón empezó a buscar por la villa, revisó la galería, las habitaciones, las bodegas, las despensas y los jardines de fuera. Pasó la mañana. Los exploradores reunieron los cadáveres, y un poco de madera, astillas y aceite. Telamón observó cómo hombres y mujeres con los que había convivido eran consumidos por las llamas.

—¡Este lugar apesta a muerte! —declaró Casandra—. ¡No voy a volver a entrar en esa casa!

Telamón se reunió con ella en el pequeño y floreado cenador. De tanto en tanto los exploradores se acercaban para ver si todo estaba bien, o para compartir la comida y el vino que habían encontrado. El día transcurría. El sol se hizo demasiado abrasador, así que se fueron a sentar a la sombra de un sicómoro: estaban descansando allí cuando el capitán de los exploradores volvió. Se agachó ante Telamón y le contó lo que había encontrado.

—Muy extraño, ¿verdad, señor?

—Volved a salir —Telamón abrió su bolsa y dejó caer tres monedas de plata en la callosa mano del soldado—. E intentad encontrarle. Habrá tres más de éstas para compartir.

Una vez el capitán se hubo marchado, Casandra empezó a interrogarle. Telamón negó con la cabeza, con el dedo en los labios.

—Tengamos paciencia —murmuró, tumbándose sobre la hierba—. No hay prisa, y estoy muy cansado.

Se obligó a relajarse, agitando brazos y piernas, y dejó volar su mente. Las ideas iban y venían. La espantosa batalla frente a las murallas de Halicarnaso; la sangre y el horror en aquella masacre; los silenciosos cadáveres; Gentius haciéndose el loco; Sarpedón tocándose las heridas. Fue despertado de repente por el capitán de la guardia.

—Le hemos encontrado, señor.

—¿El resto lo sabe? —preguntó Telamón, incorporándose—. ¿Seguro que nadie más lo sabe?

—Sólo yo, vos, y dos de mis muchachos.

—¡Bien! —suspiró Telamón—. Capitán, cuando todo esto acabe, os contaré toda la historia, pero ahora voy a decirle la verdad a alguien más.

Sarpedón y Gentius estaban tomando el sol en el patio. Telamón les ordenó que volviesen a la sala de telares. Ambos parecían más fuertes, más despiertos. Telamón esperó hasta que tomaron asiento. El capitán de los exploradores se sentó entre ellos

mientras algunos de sus hombres, siguiendo las órdenes de Telamón, se distribuyeron por la sala, curiosos por lo que estaba a punto de pasar: habían hablado entre ellos sobre aquella misteriosa villa y sus cadáveres, y de aquel médico tan interesado en el jinete que había huido.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Sarpedón. Casandra notó que estaba más alerta, más nervioso.

—Os voy a contar una historia —respondió Telamón— sobre la ciudad de Halicarnaso. Su antiguo gobernador, Pixodaro, expulsó a su hermana, la reina Ada, que se refugió en la fortaleza de Alinde en lo alto de las montañas. Se convirtió en una exiliada. A nadie le importaba realmente. No le pasó nada interesante excepto que el famoso arquitecto, el responsable de las fortificaciones de Halicarnaso, le dio un extraño documento que luego se conoció como el manuscrito pitio. Pitias era malicioso, y todo tipo de historias maravillosas empezaron a difundirse en torno a su manuscrito: que contenía un informe detallado sobre una seria debilidad en las fortificaciones que había construido, así como los datos del lugar en el que había enterrado su preciado tesoro. En realidad, el manuscrito pitio era simplemente una copia de una carta enviada a Filipo de Macedonia.

Sarpedón se movió para mirar a Telamón de frente, jugando con su muñequera de cuero.

—Todo el mundo se interesó en el manuscrito pitio, especialmente los gobernantes de Persia cuando se dieron cuenta de que Macedonia estaba a punto de invadir sus provincias occidentales. Halicarnaso es el mayor puerto del Egeo...

—¿Así que obtuvieron copias del manuscrito pitio? —Sarpedón acabó la frase—. ¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Después de la batalla del Gránico —Telamón aguantó la mirada de Sarpedón—, la reina Ada decidió que era el momento de traducir el manuscrito. Reunió a su alrededor a un número de aventureros, trotamundos, hombres como tú, Sarpedón, mercenarios que habían ofrecido sus habilidades o sus espadas. Lo que la reina Ada no sabía es que uno de aquellos escribas contratados, Pamenes, era en realidad un espía persa de alto rango, un mago, un sacerdote, que probablemente trabajaba para el propio señor Mitra: un escriba de gran habilidad, versado en traducir códigos secretos y cifrados. Pamenes empezó su trabajo con Solán y Bessos, y su guardián fuiste tú, Sarpedón, el mercenario espartano. La reina Ada puede que tuviese sus sospechas, pero decidió vigilar de cerca a aquel selecto grupo colocando a su propio espía, el sacerdote Cherolos.

—Eso ya lo sé —se sonrió Sarpedón—. Cherolos era un fisgón.

—Sí, y uno no muy bueno —replicó Telamón—. De lo que la reina Ada no se dio cuenta fue que tú, Sarpedón, habías persuadido al resto para tramar tu propia conspiración secreta. A ti no te interesaban realmente las defensas de Halicarnaso. ¿Qué os importaba a ti, a Solán, o a Bessos quién gobernara la ciudad?

—¿A mí? —Sarpedón le interrumpió—. ¿Me estás acusando a mí?

—No, lo estoy demostrando —replicó Telamón—. Tu verdadera preocupación era el tesoro de Pitias: para ser más precisos, su casa, la Villa de Cibeles en la que Pitias había vivido. Solán sabía que la villa había sido suya, y que luego la había vendido, y habrás deducido que si Pitias enterró su tesoro en alguna parte, sería aquí, no en la ciudad de Halicarnaso —se encogió de hombros—. Solán debió de remover cielo y tierra para asegurarse de que esta villa se convirtiese en el cuartel general en el que él y sus escribas pudiesen trabajar. Todos vosotros convencisteis a la reina Ada de que era esencial para vosotros seguir al ejército macedonio. Ella, por supuesto, aceptó de buen grado, así como nuestro rey. Después de todo, la reina Ada iba a recuperar su ciudad, y vosotros seríais vigilados por los macedonios, por no mencionar su propio espía Cherolos. Tengo razón, ¿no?

Sarpedón, sin que le afectara ni un ápice, asintió lentamente.

—Podría enviar mensajeros a la reina Ada —continuó Telamón—. Estoy seguro de que tendrá copias de los documentos que autorizaban a Solán a tomar esta casa —se detuvo.

Gentius también estaba escuchando atentamente. De vez en cuando levantaba la cabeza o miraba al techo, como si aquellas duras palabras estuviesen despejando la niebla de dolor que nublaba su alma.

—En cualquier caso, todos vosotros llegasteis a la Villa de Cibeles —continuó Telamón—. Una pequeña y feliz compañía, pero había un problema. ¡Pamenes! Nunca decía nada, pero Solán, Bessos y tú, Sarpedón, os disteis cuenta de que él estaba haciendo grandes progresos. También sospecho que, para entonces, os disteis cuenta de quién era Pamenes en realidad, un espía persa. También descubristeis cómo se comunicaba con sus superiores en Halicarnaso y en otras partes, con el método de la escitala.

—¿La qué? —preguntó Sarpedón.

—Oh, venga, por favor —sonrió Telamón—. El método de la escitala, usado por los comandantes espartanos para enviarse mensajes entre ellos. Coges un palo de aproximadamente un metro, envuelves un pergamino a su alrededor, escribes tu mensaje sobre él y luego lo desenrollas. A menos que sepas de qué se trata y tengas un palo idéntico, lo único que verás es un pergamino con unas extrañas marcas.

La mano de Sarpedón se fue hasta una bandeja en la que había un cuchillo, pero el capitán de los exploradores se inclinó hacia delante y se lo arrebató. Sarpedón sonrió para sí.

—Debisteis vigilar a Pamenes —prosiguió Telamón—, como un gato a una ratonera. Tarde o temprano traduciría el manuscrito pitio y huiría. No podíais dejar que eso pasase. Teníais que continuar vuestra búsqueda del tesoro del arquitecto. Además, Pamenes podría haber encontrado algo interesante que os ayudase en vuestras pesquisas. Ahora bien, en la noche antes de que le matasen, sé, por él —Telamón señaló a Gentius—, que Pamenes estaba a punto de marcharse. Y lo que es más importante, vosotros también lo sabíais. A primera hora de aquel día, mientras

supuestamente estabais trabajando en el jardín, Solán y Bessos visitaron a Pamenes en su habitación. Le atrajeron hasta la ventana, o quizá ya estaba allí con su alpiste, buscando a sus amigas las palomas. Pamenes era arrogante. Tenía calados a Solán y a Bessos. No tenía nada que temer. Había encontrado la clave del manuscrito pitio, y se marcharía antes de que Alejandro y el ejército macedonio llegasen. Así que está en aquella ventana. Tú, Sarpedón, estabas en el jardín de abajo vigilando; Solán y Bessos, que silenciosamente pasaron el cerrojo a la puerta detrás de ellos, le empujaron. Después dijeron que no oyeron ruidos, ni gritos ni quejidos. Por supuesto Gentius, que ensayaba sus versos con el sonido de los platillos, proporcionaba una buena protección. Entonces te acercaste corriendo para asegurarte de que estaba muerto y diste a tus compañeros la señal de que todo iba bien. Mientras tanto, saquearon el dormitorio de Pamenes y se llevaron todos los documentos interesantes...

—¡Pero la habitación estaba cerrada! —interrumpió Gentius—. ¡Lo recuerdo, la habitación estaba cerrada!

—No, se quedó abierta —respondió Telamón—. Bessos después inventaría la historia de que oyó a alguien moviéndose dentro: fue para levantar sospechas. También sabía que Cherolos había intentado reunirse con Pamenes, por eso mencionó los pasos, para convertir sus sospechas en hechos.

—Y era verdad —intervino Casandra—. Cherolos sí fue a buscar a Pamenes, pero en las dos ocasiones que visitó aquella habitación, el escriba ya estaba muerto, despatarrado debajo de la ventana.

—A Cherolos no le interesaba menos Pamenes que a vosotros —continuó Telamón—. Estaba intentando recoger información para su real señora. Cogió las alforjas empaquetadas y se las llevó, prometiéndose a sí mismo devolverlas en el momento adecuado. Por supuesto —extendió las manos—, cuando el cuerpo de Pamenes fue descubierto, Cherolos decidió esconder las bolsas fuera en el jardín: había encontrado muy poco en ellas. Solán y Bessos se habían llevado lo importante.

Sarpedón dio un gran suspiro e hizo el gesto de levantarse, pero el capitán de los exploradores rápidamente desenvainó la espada y presionó la cara de la hoja contra el cuello del espartano. Los demás soldados se movieron, poniendo las manos en los mangos de sus espadas.

—Si yo fuera tú, me estaría quieto —murmuró Telamón—. Sarpedón, no vas a ir a ninguna parte excepto a aquella fatídica mañana. Ya tenías el diario secreto de Pamenes, el cual, sospecho, te lanzó Solán desde la ventana. Lo escondiste en el jardín, y así fue como te cortaste las manos. Lo envolviste en un trapo y lo enterraste debajo de un espinoso rosal. Entonces fuiste corriendo hacia donde estábamos Casandra y yo para que te curásemos esos cortes. Sin duda recordaríamos que cuando mataron a Pamenes, estabas o trabajando en el jardín o te estábamos vendando las manos, un pequeño precio que pagar por lo que habías conseguido.

—¡No tienes pruebas! —El rostro de Sarpedón se volvió horrible. Y como si

quisiera recordar a Telamón su herida, se tocó un lado de la cabeza.

—Ahora sé que Pamenes se marchaba —Telamón usó los dedos para enfatizar cada punto—. Por eso llevaba sus sandalias; normalmente caminaba descalzo por su habitación. Y por eso sus alforjas estaban empaquetadas. Además, la noche anterior había tenido una cita amorosa con Demerata, y ella notó que se iba.

La mención de su esposa provocó en Gentius otro ataque de llanto.

—Solán y Bessos seguramente inspeccionaron los manuscritos de Pamenes con rapidez, e hicieron una copia. O puede que la hicieras tú mismo, Sarpedón. No eres tan ignorante como finges ser. Sabes poesía. Sabes que tu tocayo fue el hijo de Zeus y que luchó en Troya. Pero ahora llegamos a la parte interesante...

Telamón se levantó y fue hasta una mesa auxiliar: llenó una copa de agua para él y otra para Casandra y regresó con ellas.

—Si Pamenes trabajaba para los persas, tú, Sarpedón, trabajabas para Memnón, el renegado rodiano, comandante en jefe de Halicarnaso. ¿Te encontraste con él? Sospecho que sí —Telamón no esperó una respuesta—. Le habías ofrecido ser su espía.

—¡Pero según lo que dices —gritó Sarpedón—, los persas ya tenían uno, Pamenes!

—Conozco a los griegos y a los persas —respondió Telamón—. Pamenes debía de trabajar para el señor Mitra. Puede que Orontobates lo supiera, pero Memnón no resistiría la oportunidad de tener su propio espía: alguien que fuese capaz de entregarle al rey Alejandro en sus manos. A ti en realidad no te importaba Memnón ni Halicarnaso. Querías oro y plata, y Memnón pagaría. Bien —deslizó él dedo por el borde de la copa—, gracias a ti y a Pamenes, la Villa de Cibele estaba bien vigilada. De hecho, todo lo sabíamos, incluso cómo enviaba Pamenes sus mensajes a la ciudad: en un pergamino que escondía debajo de tal árbol, piedra o arbusto. Tú seguiste el mismo método. A primera hora Pamenes murió, informaste a tus nuevos superiores de la noticia y de que sus manuscritos se encontrarían en su cuerpo, así como de que Alejandro estaba llegando a la Villa de Cibele protegido por sólo una pequeña guarnición.

—¿Por qué debería haber hecho eso? —preguntó Sarpedón con sorna.

—Oh, tuviste que hacerlo: Solán y Bessos estarían de acuerdo —Telamón dio un sorbo a la copa—. Tenías que asegurar a tus amos de Halicarnaso que, a pesar de la muerte de Pamenes, su buen trabajo continuaría.

—Pero —Gentius se rascó la cabeza—, ¿no estarían furiosos al saber que su espía había sido asesinado? ¿Un mago sagrado, un sacerdote?

—Desde luego. Sarpedón conoce a los persas: si era posible, recuperarían el cadáver de Pamenes. Por eso escondió el manuscrito en el cuerpo después de que lo cubrieran con un sudario y lo dejaran en el cobertizo. No sé cómo describió Sarpedón la muerte de Pamenes, posiblemente como un accidente, o un asesinato de los agentes de Alejandro. Eso podía incluir a Cherolos, a mí, o incluso a ti, Gentius. Una treta

muy inteligente y sutil. Solán, Bessos y Sarpedón se habían desecho de un rival y le habían robado sus conocimientos. Al mismo tiempo, al desaparecer Pamenes, tú, Sarpedón, tendrías toda la atención de sus amos en Halicarnaso. Solán y Bessos se concentraron en traducir el manuscrito pitio mientras tú, fingiendo ser jardinero, hurgabas en los terrenos de la villa buscando el tesoro de Pitias. Los demás al final se te unieron. Me di cuenta de cómo, al pasar los días, Solán y Bessos continuaban sus estudios no tanto en sus habitaciones como en el exterior. ¿Por qué, Sarpedón? ¿Es que Solán ya había registrado la casa de arriba abajo y no había encontrado nada? ¿Es por eso que contrató a las criadas y les dio órdenes estrictas de no merodear por el piso de arriba? No quería que alguna moza de cocina espabilada y con buena vista se diese cuenta de lo que estaba pasando.

—Pero ¿no has dicho que Cherolos les estaba vigilando? —preguntó Gentius.

—Supongo, como yo —Telamón le sonrió—. Pero Cherolos no era muy buen espía. Puedes caminar por la casa fingiendo admirarla, estar perdido, o buscar algo. Nuestros conspiradores pronto llegaron a una conclusión. Si Pitias había escondido su tesoro, seguramente no estaba en la villa propiamente dicha, sino en alguna parte del subsuelo.

—¿No has respondido a la pregunta de Gentius! —comentó Sarpedón con nerviosismo—. Cuando intentamos entrar en la habitación de Pamenes, la puerta estaba cerrada, y no había escalera... —Se mordió la lengua.

—¿Qué ibas a añadir? —preguntó Telamón—, ¿qué no había escalera para trepar por ella y cerrar la puerta y así aumentar el misterio? No —apartó una mano—. Después de que Solán y Bessos se marchasen, Cherolos fue a la habitación. Bessos le oyó, y luego lo mencionó para dirigir las sospechas hacia el sacerdote. Después de que te vendásemos las manos, Sarpedón, llevabas guantes. Cogiste uno de esos postes de las viñas; son lo bastante largos como para poder llegar a la habitación de Pamenes. Eres un soldado hábil, un luchador de recursos. Trepaste por ese poste con la destreza de un mono, entraste en el dormitorio de Pamenes, comprobaste que todo estuviese en orden, cerraste la puerta con cerrojo y volviste a bajar.

—Podrían haberme visto —contestó Sarpedón.

—Lo dudo. Recuerdo que Bessos salió al jardín para hacernos entrar a la reunión. Entonces iría y montaría guardia mientras tú subías y bajabas —Telamón se encogió de hombros—. Tardaste el menor tiempo posible y luego tiraste el poste a los zarzales. Bessos entró en la casa, y tú te reuniste con nosotros, haciéndote el inocente. Después de aquella reunión, tú y tus conspiradores os pusisteis a trabajar en el manuscrito de Pamenes para ver qué podíais descubrir. Utilizando el método de la escitala, enviasteis las noticias con un mensajero, algún campesino o algún hojalatero ambulante. La muerte de Pamenes se había hecho parecer un posible accidente. Tenías lo que buscabas, suficiente como para mantener a tus señores de Halicarnaso felices. Les contaste lo de la inminente llegada del rey, y lo de la escasa tropa que le acompañaba. Memnón probablemente ya lo sabía por sus propios espías. Lo que



realmente querías era que atacase la villa y recogiese la información que habías escondido en el cuerpo —dio unos golpes en la mesa—. Supongo que dejarían su recompensa en alguna parte.

—¿Qué recompensa? —bramó Sarpedón.

—Oro, colocado en el sitio acordado, para que compartieses con el resto. Todo estaba pactado. Por supuesto no querías que el ataque tuviese demasiado éxito. Tú, o uno de tus conspiradores, encendiste una luz y la colocaste en la ventana para guiar la entrada de los persas. Para demostrar lo inocente que eras, decidiste tomar el aire nocturno con aquella muchacha de la cocina. De nuevo estabas defendiendo tu posición. Si estabas fuera, entonces no podías ser tú quien estuviese aguantando una linterna en la ventana. Procuraste que la muchacha también lo viese. También te hiciste el héroe, siendo el primero en dar la alarma. Querías asegurarte de que los persas tuviesen éxito, pero no demasiado: un ataque nocturno que se pudiera defender gracias a que tú te mostraras como el guardia siempre fiel. Los persas vinieron. Sabían dónde encontrar el cuerpo de Pamenes. Se lo llevaron a él y los documentos que llevaba escondidos. También dejaron el pago acordado. ¿Y la muchacha de la cocina? No era tan tonta como pensabas. ¿Empezó a sospechar y te preguntó por qué la habías sacado afuera en aquella noche en particular? ¿Vio realmente la luz, o tuviste que señalársela?

El rostro de Sarpedón había perdido su aire de hosco desafío: su valentía empezó a disminuir, y apareció su nerviosismo. Gentius se levantó de repente.

—No me encuentro bien —se tocó el estómago—. Yo no participé en eso.

Telamón hizo una señal a uno de los exploradores, el cual agarró al actor por el brazo y le empujó fuera de la sala.

—¡Monta guardia a su lado! —gritó Telamón. Miró a los demás soldados. La mayoría de ellos eran macedonios, intrigados por aquella guerra dialéctica. El capitán le había empezado a coger manía a Sarpedón, mientras el resto de sus hombres comprendían que estaban tratando con un hombre que había intentado traicionar, e incluso matar a su rey.

—Matasteis a aquella pobre muchacha —comentó Telamón—. Puede que tú no entrases en la cocina, pero Bessos o Solán pudieron haber cambiado un trozo de queso en buen estado por uno envenenado. Le dijiste a ella que te lo trajera al jardín. Sabías que le gustaba el queso, y que le sería imposible resistir la tentación. De nuevo desviaste las sospechas: no estuviste en la cocina, y además el veneno era supuestamente para ti. Ella tenía que morir para que dejase de hacer preguntas, y su padre sufrió un destino similar, por si acaso ella se lo había contado todo. Trabajabas en el jardín. Pudiste atrapar unas cuantas serpientes en un saco y ponerlas en una jarra de anguilas —se detuvo—. O en mi habitación.

Sarpedón apretó los puños: tenía una mirada atormentada. Desvió los ojos hacia la puerta.

—Yo tenía que morir, ¿verdad? —insistió Telamón—. ¿De quién fue la idea? ¿De

Solán, de Bessos, tuya? ¿Tenías miedo de que atase los cabos sueltos que había dejado la muerte de Pamenes? —Sorbió la copa—. Lo volviste a intentar en el huerto, tú o uno de tus compañeros de conspiración, pero lo frustró todo la misteriosa muerte de Demerata. Esperabas que Cherolos fuese culpado: adoraba a la diosa Meretseger y tenía práctica con las serpientes. Mataste a aquel gato inofensivo para que pensásemos que era parte de algún macabro sacrificio de Cherolos hacia su diosa egipcia. Tenías que continuar con tu escogido papel de guardia fiel...

—¡Ayudé al rey al aconsejarle la playa de Hera! —gritó Sarpedón.

—Sospecho que Alejandro ya sabía qué hacer con sus barcos. Tu interés era ayudarlo. Querías que el sitio a la ciudad continuase hasta que hubieses acabado con tu búsqueda aquí. Hiciste un favor similar a tu propio señor Memnón y a los persas en Halicarnaso. Atrajiste a aquel arquero cretense hasta el monte. ¿Lo hiciste con comida y vino, o simplemente le estabas esperando? Le diste un golpe seco en la nuca, le desnudaste y cogiste su arco y su aljaba. Aquella noche, utilizando el método de la escitala, enrollaste un trozo de pergamino a una de esas largas flechas. Eres un arquero, Sarpedón. Avanzaste hasta las murallas y lanzaste tu mensaje contando a Memnón lo de las cabañas de techo plano que Alejandro iba a utilizar para llenar el foso —Telamón se encogió de hombros—. Memnón agradecería aquella noticia. Después volviste conmigo a la villa. Intentaste matarme, fallaste, pero debiste alegrarte cuando me fui con Hefestión. Entonces fue cuando encontraste el tesoro. Enviaste al mozo de cocina al campamento y te enteraste de que Halicarnaso estaba a punto de caer. Tú y tus compañeros teníais vuestro botín, así que era hora de celebrarlo y marcharse. Pero tú lo habías planeado de otra manera —se puso de pie y caminó por la habitación—. He conocido a hombres como tú, Sarpedón, valientes como panteras, despiadados, fuertes y duros, resistentes como el sol del desierto. Disfrutas con el peligro y te encanta la excitación de la batalla. No ibas a compartir el botín de tu victoria, así que los mataste a todos.

—Tenía un golpe en la cabeza. Estaba atado. Tu capitán lo ha dicho.

Telamón se inclinó hacia él, hasta unos pocos centímetros de su cara.

—Un golpe autoinfligido, al igual que los cortes y los moratones. Para un hombre tan duro como tú, Sarpedón, ¡qué precio tan pequeño por un tesoro escondido! Te ataste los tobillos tú mismo, y liaste las cuerdas alrededor de tus muñecas. Cualquiera podría pensar que estaban bien atadas, especialmente cuando fueron contadas en una habitación a oscuras. Me gustaría examinar esas cuerdas, aunque estoy seguro de que te habrás deshecho de ellas. No encontraríamos ni una pista de un nudo.

—¿Y si hay otro asesino? —intervino el capitán—. ¿Por qué no os mató como al resto?

—Buena pregunta —respondió Telamón—. Bessos tenía que parecer el asesino. Sarpedón podría encontrar una explicación convincente. ¿Quizá Bessos sintió pánico? ¿Quizá le tenía aprecio a Sarpedón, así como a Gentius? Por eso el actor también seguía vivo, para desviar las sospechas. Gentius, desde luego, estaba

durmiendo la borrachera.

Sarpedón intentó ponerse en pie de un salto, pero fue frenado por el capitán de los exploradores.

—¿Y dónde está Bessos? —gritó.

—Oh, encontramos su cadáver.

—No es posible... —Sarpedón cerró los ojos.

—Sí que lo es —intervino el capitán—. Mis hombres y yo podemos seguir la pista de los caracoles. Podemos decir qué pájaros han picoteado el suelo. Encontramos huellas de caballo recientes cerca de una puerta trasera. Nos pareció extraño, porque las huellas no eran tan profundas como deberían si un jinete hubiese ido montado. Encontramos al caballo pastando a unos kilómetros de aquí. También descubrimos el rastro de los pasos de un hombre, que debía de ir cargado con un peso considerable. Donde terminaban las huellas desenterramos a Bessos: tenía el cuello rajado de oreja a oreja, y la boca y los ojos llenos de tierra.

—Así que ya ves —Telamón se sentó en el banco que había ocupado antes Gentius—. ¿Quién más queda, Sarpedón? ¡El actor no! ¿Está tan trastocado y lleno de vino rancio que le sería muy difícil subir las escaleras, y ya no digamos tensar un arco? Eso nos deja a Sarpedón el espartano, el traidor, espía y asesino. El listo que esperaba el momento adecuado para escabullirse.

La cara de Sarpedón permaneció inmóvil. Sólo un parpadeo y una gota de sudor que le bajaba por la mejilla delataron su nerviosismo.

—El rey te crucificará —murmuró Telamón—. Podrías tardar días, incluso semanas, en morir.

—¿No habrá clemencia? —preguntó con voz ronca.

—Sólo un poco —respondió Telamón, armándose de valor ante el asesino que había matado una y otra vez sin pensárselo dos veces—. Ya no necesitarás el tesoro de Pitias. ¿Dónde está?

Sarpedón se tapó los ojos con las manos.

—Lo encontramos en el pozo —apartó las manos—. Encontraréis puntos de apoyo en un lado, peldaños de hierro. Justo por encima del nivel del agua hay un saliente. Contiene un cofre grabado en bronce lleno de daricos de oro de Persia, y plata recién acuñada de Macedonia.

—¿Y mis acusaciones? —preguntó Telamón.

—La muerte de Pamenes fue como la has descrito. Pensamos que sería tomada como un accidente. Yo sabía que era un espía. Entré en Halicarnaso y ofrecí mis servicios a Memnón. Me dijo que pagaría una vez hubiese demostrado mi buena fe. Pero ahora ¿qué más da? —suspiró Sarpedón, arrugando los ojos con divertimento—. Es un juego de azar, ¿verdad, médico? Todo es como dices. Jugué y perdí. No cumplí la primera regla. Me volví avaro. ¿Me garantizas una muerte rápida?

Telamón hizo una señal al capitán de los exploradores.

—¡Traed el tesoro!

El capitán ordenó a dos de sus hombres que fuesen al pozo. Telamón volvió a su asiento junto a Casandra. Fuera en el pasillo Gentius lloraba con voz queda. Al poco rato, los soldados volvieron y colocaron el sucio cofre sobre la mesa. Telamón levantó la tapa. Casandra dio un grito ahogado al ver el oro y la plata brillando bajo la luz. Telamón asintió al capitán.

—¡Que sea rápido!

Se gritaron órdenes. Sarpedón no opuso resistencia, y lo sacaron de la habitación atado. Telamón oyó que tiraban un trozo de madera a los adoquines del patio. Un hombre gritó. Sarpedón respondió, y luego hubo un silencio que fue roto por un ruido sordo. Telamón cerró los ojos. El capitán de los exploradores regresó pavoneándose a la sala, con la punta de la espada manchada de sangre.

—¡Coged el cuerpo! —ordenó Telamón—. Que lo quemem con el resto. Poned la cabeza en una cesta y enviádsela al rey. Casandra, tráeme algo de cera para lacrar y trozos de cordel fuerte —dio unos toques al cofre—. El rey estará encantado.

Telamón se quedó solo en la sala de telares. Apoyó los brazos sobre la mesa y se quedó mirando la habitación, ahora tan silenciosa y calmada. ¿Acudirían en masa los fantasmas a aquel lugar desde las puertas del infierno? ¿Seguirían al ejército? ¿La marcha de Alejandro sería flanqueada por una creciente horda de aquellos que habían muerto, asesinados, atrapados en el sangriento caos de sus conquistas?



PAUL C. DOHERTY. (Middlesbrough, Inglaterra, 1946). Durante 3 años estuvo en un seminario católico en Durham pero finalmente no se ordenó. Estudió Historia en las universidades de Liverpool y Oxford donde obtuvo el doctorado con una tesis sobre Eduardo II e Isabel I. Trabajó como profesor de secundaria en varias ciudades de Inglaterra. Durante 25 años, ha sido director de la Trinity Catholic High School de Essex, una de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, y compagina su faceta de profesor con la de escritor. Es autor de aproximadamente 60 libros. Actualmente vive con su mujer Carla, 6 hijos y 2 caballos en un pueblo entre Essex y Londres.

Ha escrito con varios seudónimos (Michael Clynes, Paul Harding, C. L. Grace...), utilizando últimamente su nombre original.

En 1987 empezó a publicar series de novela histórica de misterio: la Edad Media, el Antiguo Egipto, Roma y Grecia. En total ha superado las 12 series de novela histórica, 11 novelas y 7 libros de historia. Sus obras están bien ambientadas y documentadas, con desenlaces imprevistos. Paul Doherty utiliza un lenguaje sencillo y comprensible que hace de la lectura un ejercicio placentero.